

Gemma Herrero Virto



¿Tú me
ves?

El susurro de los condenados
III

¿TÚ ME VES? III

EL SUSURRO DE LOS CONDENADOS

Gemma Herrero Virto

Copyright 2019 Gemma Herrero Virto

Título: ¿Tú me ves? III: El susurro de los condenados

Autor: Gemma Herrero Virto

Revisor: Julen Díaz Llorente

Diseño de portada: Mónica Gallart (Book Cover Land)

Página web: www.gemmaherrerovirto.es

Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>

Twitter: @Idaean

Copyright de la presente edición: © 2019 Gemma Herrero Virto

Fecha de publicación: 6 de Febrero de 2019

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mis lectores, porque sin vosotros nada de esto tendría sentido.

Decís que os hago soñar con mis historias.
Vosotros hacéis que se cumplan mis sueños al leerlas.

ÍNDICE

Nota de la autora

1. [Al y Eli. Newark \(New Jersey\). Octubre de 1989](#)
2. [Al y Eli. Prisión de Sing Sing, Ossining \(Nueva York\). Octubre de 1989](#)
3. [Al. Prisión de Sing Sing, Ossining \(Nueva York\). Octubre de 1989](#)
4. [Eli. Swanton \(Vermont\). Octubre de 1989](#)
5. [Al y Eli. Swanton \(Vermont\). Noviembre de 1989](#)

Agradecimientos

Otras obras publicadas

NOTA DE LA AUTORA

Como ya sabréis por las novela anteriores de esta serie ([La maldición de la casa Cavendish](#) y [Carpe diem](#)) la música tiene un papel muy importante en esta historia. De hecho, uno de los protagonistas principales es un guitarrista que sueña con convertirse en estrella de rock. Por ello, en esta nueva historia, también he incluido muchas canciones, que sirven como particular homenaje a la fantástica música que se hacía en los años 80.

Al igual que hice en la novela anterior, he reunido todas las canciones que aparecen en este libro en una lista que podéis encontrar en Spotify. Como características en común, todas ellas fueron escritas antes del fin de 1989 y todas ellas son una pasada. Os dejo el enlace de la lista aquí para que podáis escucharlas si no las conocéis o para que las utilicéis como banda sonora de la novela:

<https://open.spotify.com/user/idaean/playlist/5YilUk9PAckgUWEgdY838H?si=ZyVMHjAvSiu4VgMxD1x6lg>

Esta es la lista de canciones:

Learning to fly – Pink Floyd

About a girl – Nirvana

Bad medicine – Bon Jovi

The lady in red – Chris de Burg

We will rock you – Queen

Never gonna give you up – Rick Astley

Jailhouse rock – Elvis Presley

Texas flood – Stevie Ray Vaughan

Right here waiting – Richard Marx

Need you tonight – INXS

I just called to say I love you – Stevie Wonder

I drove all night – Cyndi Lauper

So far away – Dire Straits

Run to you – Bryan Adams

Where the streets have no name – U2

Sweet child o' mine – Guns 'N Roses

Nothing's gonna stop us now – Starship

No surrender – Bruce Springsteen

Todas estas canciones forman parte de la historia de la música, de mi propia historia y de la de muchos de vosotros. Espero que las disfrutéis.

AL Y ELI
NEWARK (NEW JERSEY)
OCTUBRE DE 1.989



CAPÍTULO UNO

—Bueno, pues ya estamos aquí —anunció Al tras detener la caravana.

Le devolví una sonrisa forzada, pero ni siquiera me moví. Necesitaba un poco más de tiempo para buscar fuerzas en mi interior, así que le hice un gesto con la mano para que esperara y seguí tarareando la última estrofa de *Learning to fly*. Me miró confuso y apagó la radio.

—Eli, tía... Has escuchado esa canción veinte mil veces. ¿Tenemos que esperar hasta que acabe?

Fingí una nueva sonrisa y me desabroché el cinturón de seguridad. Traté de aparentar normalidad, pero se me escapó un suspiro de agobio. Él me miró, enarcó una ceja y alargó su mano para tomar la mía.

—¿Qué pasa? —me preguntó—. Dijiste que no tenías ningún problema por visitar a mi familia.

—Y no lo tengo —contesté—. Adoro a tus padres y a Laetitia... Pero va a haber mucha más gente. Ya sabes que no me gustan los desconocidos.

—Mujer, es una boda... Quedaría rara con cinco invitados. Al menos tendrá que venir el novio —bromeó él.

—No pasa nada, en serio —dije antes de tomar una profunda bocanada de aire para infundirme valor—. Sobreviviré.

—No te agobies. Será una ceremonia íntima, solo los familiares y amigos más

cercanos. Ya verás como todos te caen muy bien.

Él me sonrió y me apretó la mano para tranquilizarme. Yo le devolví la sonrisa y asentí, aunque estaba dispuesta a apostar un montón de dinero a que no todo el mundo me iba a gustar. Sabía que Al no podía comprenderme. Para él tratar con la gente era tan fácil... Todo el mundo caía hipnotizado ante su encanto según le conocían. Era sencillo ser sociable cuando todos te adoraban, cuando solo tenías que entrar en una habitación para que la gente se girara y corriera a saludarte, cuando las conversaciones cesaban en cuanto hablabas tú para poder escucharte, cuando cualquier cosa que dijeras parecía ocurrente y digna de elogio... Para mí todo era mucho más complicado. Me aterraba la idea de llamar la atención, de que me miraran, de que juzgaran lo que hacía o decía, así que trataba de pasar desapercibida. El problema era que, cuando lo conseguía, me sentía pequeña, gris e insignificante. Las relaciones sociales eran para mí una fuente de insatisfacción continua, así que trataba de evitarlas. Por desgracia, en aquella ocasión no me iba a ser posible.

No pude seguir discutiendo más porque la puerta de la casa de los McNeal se abrió y los padres de Al aparecieron en el umbral y se acercaron a la caravana con los brazos abiertos. Su expresión de alegría al vernos hizo que el nudo de mi estómago se relajara un poco. Aquella gente me apreciaba de verdad. No estaría sola entre un montón de extraños.

Bajé de la caravana y fui recibida por un abrazo de oso de James, el padre de Al. Lucrecia, mientras tanto, apretaba a su hijo con tanta fuerza que temí que se le fueran a saltar los ojos de las órbitas. Al cabo de unos segundos, nos soltaron para intercambiarse y seguir achuchándonos. Cuando Lucrecia terminó de apretarme hasta hacer que me crujieran las costillas, se separó un poco para contemplarme con el ceño fruncido.

—¡Qué delgados estáis los dos! Seguro que os pasáis el día comiendo chucherías y no hacéis ni una sola comida caliente.

—Mamá, llevas toda la vida alimentando a tus hijos con comida de lata —se burló Al—. Estoy seguro de que como mejor ahora que cuando estaba en casa.

Lucrecia frunció aún más el ceño y le lanzó una mirada envenenada. James soltó una carcajada y se acercó a su mujer para agarrarla por la cintura.

—No le hagas caso —le dijo a Al—. Está obligada a decir esas cosas. Lo pone en el “Manual de la buena madre”. Capítulo cinco.

Lucrecia le dio un golpecito en el pecho, fingiendo que seguía enfadada, pero el brillo de sus ojos lo desmentía por completo. Se veía que estaba feliz por tener de nuevo a toda la familia reunida.

—¿Dónde está Laetitia? —preguntó Al—. ¿Ni siquiera va a salir a saludar a su hermano?

—Ha ido con Joe al restaurante —contestó Lucrecia—. Creo que había algún problema con la organización de los asientos. No es fácil sentar a más de cien personas y que todo el mundo esté contento.

Miré a Al y negué con la cabeza mientras sentía cómo el pánico inundaba mi cuerpo. ¿Más de cien personas? ¿Eso era lo que entendía por una ceremonia íntima? Él prefirió hacer como que no se daba cuenta de mi expresión y se quedó contemplando la casa con gesto melancólico.

—Bueno, habrá que instalarse —dijo con una sonrisa—. Supongo que mi habitación seguirá libre.

—Pues la verdad es que no... —respondió James—. Tus tíos de Wisconsin no encontraron hotel y hemos tenido que meterlos ahí.

—Sí, creo que, con tantos invitados, hemos abarrotado todos los hoteles de Newark —comentó Lucrecia riendo.

—Vaya, esperaba poder dormir unos días en una cama de verdad... —Al se giró hacia mí y se encogió de hombros—. Tendremos que seguir durmiendo en la caravana.

Yo le devolví una sonrisa que, en aquella ocasión, era sincera. La verdad era que prefería dormir en nuestra caravana sin tener que compartir espacio con un montón de desconocidos. En aquel momento, me parecía una especie de santuario en el que poder refugiarme y sentirme a salvo. Las siguientes palabras de Lucrecia sirvieron para destrozarse aquella ilusión en trozos diminutos.

—Es una suerte que tengáis la caravana. Tu tía Emily, la de Harrisburg, llega esta tarde con sus dos hijos y no tenemos habitación para los niños. ¿Os importaría que cogieran un par de sacos y durmieran en el suelo con vosotros?

Recé en un segundo todas las oraciones que conocía para que a Al se le ocurriera una buena excusa, pero no sirvió de nada. Él me agarró por la cintura, como si quisiera demostrar con el gesto que la decisión era de los dos, mientras contestaba con una amplia sonrisa en la cara.

—No hay ningún problema. Estaremos encantados. ¿Verdad, Eli?

—Claro, claro... Encantados —dije yo con el tono más alegre que podía llegar a fingir.

—Vamos dentro —sugirió James—. Tenemos café caliente recién hecho.

—Es tan estupendo que hayáis podido venir hoy —dijo Lucrecia mientras nos acercábamos a la casa—. Habéis llegado justo a tiempo para las despedidas de soltero.

Para mí desgracia, Laetitia y su novio Joe habían decidido hacer despedidas por separado, así que tuve que alejarme de Al y salir con un montón de desconocidas. Además, Laetitia se obsesionó con estar despampanante aquella noche y se pasó más de dos horas arreglándose. Acabamos llegando al restaurante con más de media hora de retraso y las invitadas nos recibieron impacientes y hambrientas. Nos sentamos a toda prisa y Laetitia no tuvo tiempo ni de presentarme. En realidad lo agradecí. No me apetecía tener que sonreír y darle un par de besos a cada una de aquellas chicas. Lo único que quería era cenar tranquila, tomar un par de copas y marcharme de allí lo antes posible con cualquier excusa.

Las amigas y familiares de la novia iban todas bien vestidas y la cena fue tranquila y agradable. Me permití relajarme. Parecía que no íbamos a acabar borrachas perdidas en un local de striptease metiendo billetes en el tanga de algún desconocido. Cuando, después de la cena, llegó una tarta en forma de enorme pene y empezó a correr el champán, me di cuenta de que me había equivocado. Parecía que aquella tarta había sido una señal de despedida para la educación y el buen gusto y la bienvenida a las bromas groseras y las risitas histéricas.

Me limité a ir vaciando a sorbos mi copa de champán y a sonreír de vez en cuando, fingiendo que aquello me divertía, mientras veía como a Laetitia le regalaban un picardías de color rojo pasión para la noche de bodas y un enorme consolador por si Joe no daba la talla. Cuando por fin dejaron de reírse como una cuadrilla de hienas, una de las chicas se dirigió a Laetitia:

—No nos has contado cómo conociste a Joe.

—Bueno, le conozco desde hace años —contestó ella—. Era uno de los mejores amigos de Al. De hecho, tenían una banda de rock y querían convertirse en estrellas.

Aquella afirmación desató un nuevo coro de risitas agudas.

—No os riais —dijo Laetitia—. No eran malos del todo. Cuando Al empezó a salir con Eli y dejó de vivir con nosotros, Joe se pasaba de vez en cuando por casa para preguntar si teníamos noticias tuyas. Cada vez que venía, nos sentábamos a tomar algo y a hablar de nuestras cosas y, al cabo de unas semanas, empecé a pensar que quizá no venía solo a preguntar por Al... Ya me entendéis.

—¿Y qué hiciste? —preguntó otra de las invitadas.

—Le dije que si lo que quería era verme, había muchos sitios mejores que la cocina de mi casa. Él tuvo que reconocer que venía por mí y me invitó al cine —contestó ella con una sonrisa triunfal—. Y así hemos llegado hasta aquí. He tenido mucha suerte.

—La que sí que ha tenido suerte es esa tal Eli —dijo una chica morena, sentada al otro lado de la mesa—. Ha conseguido cazar a tu hermano y eso sí que es una buena presa.

—Ya te digo —contestó una pelirroja que estaba a su lado—. Tu hermano está buenísimo. No sé cómo se ha dejado pillar por esa lagarta.

Laetitia desvió la mirada hacia mí, pero yo negué con la cabeza, indicándole que las dejase continuar. No serviría de nada cortarlas y montar una escena. Aquellas chicas debían de verme tan insignificante que no podían relacionarme con la tía que les había robado al hombre de sus sueños.

—Yo estoy enamorada de Al desde que era una cría —continuó la morena—. No puedo creer que se me haya escapado.

—Todas lo estábamos. No es justo que nos hayamos pasado media vida suspirando por Al y que haya llegado una desconocida y se lo haya llevado... —intervino otra amiga—. Pero no se ha escapado todavía. Que esté recorriendo el país con esa chica no quiere decir que vaya a acabar casándose con ella. No es lo mismo echar unos polvos en una caravana que quedarse con alguien para toda la vida.

—Chicas, ¿y si hablamos de otra cosa? —intervino Laetitia, sin poder aguantar más—. Es mi hermano. No me siento muy cómoda oyéndoos hablar así de él y de su novia.

—Venga... ¿Ahora vas a defenderla? —la cortó la pelirroja—. Sé sincera... ¿Cuánto tiempo más crees que la aguantará antes de darle la patada y decidirse a

sentar la cabeza? Tenemos que estar preparadas.

—No hace falta esperar a que le dé la patada —dijo la chica morena con aire de suficiencia—. Estoy segura de que, si me lo encuentro esta noche, soy capaz de convencerle de que se venga conmigo a recordar viejos tiempos.

—Es verdad —intervino otra de las chicas, riéndose como una hiena—. Tú estuviste enrollada con él. Venga, confiesa... ¿Llegaste a tirártelo?

—Esas cosas no se le preguntan a una dama —respondió la morena con una sonrisa burlona antes de dar un sorbo a su copa de champán.

—¡Serás gorrinaca! —gritó la pelirroja—. Sí que te lo tiraste. Cuenta, cuenta...

Sus palabras fueron coreadas por más risitas chillonas. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Me levanté, cogí mi copa de champán y una cucharilla y empecé a dar golpecitos para llamar su atención. Poco a poco, todas se fueron callando y empezaron a mirarme. Eché un vistazo a Laetitia, que se había cubierto la cara con las manos mientras negaba con la cabeza. Sentía tener que dar un espectáculo en su despedida, pero no podía continuar callada.

—Buenas noches a todas. Antes no ha dado tiempo a que Laetitia nos presentara, así que, si no os importa, voy a hacerlo ahora. —Paseé la mirada entre todas las invitadas. Sus expresiones de confusión parecían indicar que les importaba una mierda quién era yo y que no entendían por qué les estaba cortando el rollo de aquella manera—. Soy Eloise Carter. Eli para los amigos. Sí, Eli, la novia de Al. Lamento informaros de que no tenéis ni la más mínima posibilidad de “cazarlo”, porque es lo bastante listo como para no fijarse en unas mierdas de tías como vosotras. Y ahora, con vuestro permiso, me marchó, a ver si le encuentro y le echo un par de polvos en la caravana.

Todas me miraban con la boca abierta, sin ser capaces de decir una sola palabra. Descolgué la chaqueta del respaldo de mi silla y me decidí a marcharme, pero, de repente, me giré y volví a hablar.

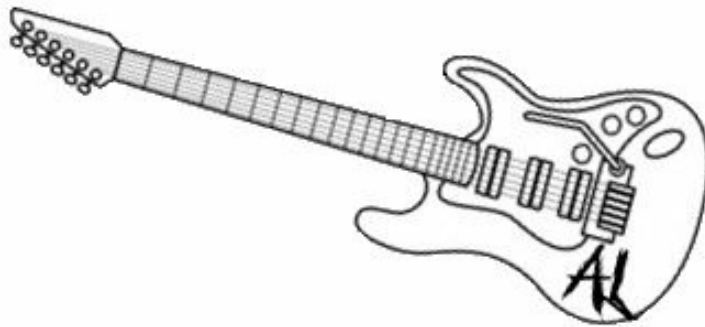
—Puede que nunca me case con él, pero llevo tirándomelo más de cuatro años y os puedo asegurar que es una pasada. Moríos de envidia, zorras.

Aquello pareció desatar sus lenguas, porque todas empezaron a chillar a la vez. Por suerte, yo ya me marchaba y no pude distinguir lo que me estaban diciendo. Paré un segundo en la máquina de tabaco de la entrada, saqué un paquete y salí a la fría

noche.

Una vez en la calle, me di cuenta de que no conocía Newark y no tenía ni idea de por dónde quedaba la casa de los padres de Al. Encendí un cigarrillo y empecé a caminar sin rumbo fijo hasta que encontré a un policía al que pude preguntarle por el Upper Roseville, el barrio en el que vivían. Por suerte, iba en la dirección correcta.

Continué mi camino fumando un cigarrillo tras otro para tratar de detener el temblor que recorría todo mi cuerpo. Para ser una persona a la que no le gustaba llamar la atención, acababa de montar una escena de la que estarían hablando en la ciudad durante meses. Me sentí aún peor al darme cuenta de que, en cuestión de un par de días, tendría que volver a encontrarme con todas aquellas chicas en la boda de Laetitia.



CAPÍTULO DOS

Joe levantó la persiana del garaje de su casa y dio las luces. Al entró y giró sobre sí mismo con los brazos en cruz y una gran sonrisa adornando su cara. El sitio estaba igual que la última vez que estuvo allí con los chicos. La batería de Tim seguía situada al fondo del garaje y había varias guitarras y bajos colgando de las paredes. Incluso olía igual, a gasolina y aceite de motor mezclado con el humo de innumerables cigarrillos.

—¿Habéis seguido ensayando? —les preguntó mientras se acercaba a una pared para descolgar una guitarra.

—Bueno, últimamente no mucho... —contestó Tim—. Cuando nos convencimos de que no ibas a volver, estuvimos con otro guitarrista un par de meses, pero la cosa no cuajó.

—¿Intentasteis reemplazarme? ¡Qué cabrones! —Al negó con la cabeza, como si no pudiera creérselo.

—Eh, que fuiste tú el que nos abandonó para irte con esa tía a recorrer el país haciendo quién sabe qué —protestó Tim.

—Resolvemos casos paranormales —contestó Al mientras se colgaba la guitarra.

—Pensaba que tú no creías en esas gilipolleces —dijo Tim, sarcástico.

—Y no lo hago. Soy la parte racional del grupo. —Al tocó unos acordes y, descontento con el sonido, se puso a afinar la guitarra mientras hablaba—. ¿Se puede

saber por qué no funcionó con el nuevo guitarrista?

—Porque cantaba como un gato pisado —intervino Joe, cogiendo su bajo—. ¿En serio vamos a quedarnos en mi despedida tocando encerrados en el garaje de mis padres?

—¿Se te ocurre algo mejor? —preguntó Al—. No es por ofender, pero esos amigos de la facultad que has traído daban vergüenza ajena. ¡Vaya colección de pedos!

—Sí. La verdad es que se han pasado un poquito con la bebida —reconoció Joe.

—¿Un poquito? Si hubiéramos seguido con ellos, habríamos acabado la noche en un bar de striptease o en algún burdel. Yo no quiero tener que darle explicaciones a Eli mañana y, créeme: tú tampoco quieres tener que dárselas a mi hermana.

—Es lo que tiene salir con un par de brujas: que dan miedo —bromeó Joe.

—Joder, pues yo no tengo novia a la que darle explicaciones. No me habría importado ir con ellos —protestó Tim.

—Con la suerte que tienes, habrías pillado alguna venérea —se burló Al—. Vamos, ponte a la batería.

—¿No les importará a los padres de Joe que me ponga a aporrear la batería a estas horas?

—No están. Han salido con mis tíos a celebrar que su hijo se casa —contestó Joe—. Mi madre estaba emocionadísima. Llevaban sin salir desde la Guerra de Secesión. No creo que vuelvan en toda la noche.

Cuando Tim se sentó a la batería, Joe se colgó el bajo y tocó unas notas. Antes de continuar, se giró hacia Al, se sopló el flequillo para dejar su cara a la vista y le lanzó una sonrisa.

—¿Te sabes esta?

—¿*About a girl* de Nirvana? —Al asintió y le devolvió la sonrisa—. No me gusta mucho el *grunge*, pero esta no está mal. Venga, a darlo todo. Vamos a hacer que se caigan las paredes de este garaje.

Ya estaba amaneciendo cuando Al se despidió de sus amigos. Había sido una noche

fantástica: los tres juntos de nuevo como si el tiempo no hubiera pasado, recordando aquellos sueños de convertirse en grandes estrellas del rock... Se sentía extraño. Por un lado se había divertido tocando, bebiendo cervezas y hablando con los chicos, pero todo había estado teñido por la añoranza, por la melancolía, por saber que sus sueños solo se habían quedado en eso, por la eterna pregunta de qué habría sucedido si él no se hubiera marchado y lo hubieran intentado de verdad.

Sacó el paquete de tabaco del bolsillo de la chaqueta y encendió un cigarrillo. El humo se fundió con el vaho de su aliento en aquella fría madrugada de octubre, provocando una bocanada eterna. Al siguió con la mirada aquellas volutas blanquecinas mientras dejaba que sus pensamientos vagaran. Sabía que no servía de nada torturarse con lo que pudo ser y no fue, pero no podía dejar de pensar en Bon Jovi, aquel otro grupo de New Jersey que había empezado más o menos a la vez que ellos y que ahora conseguían discos de oro y daban giras por medio mundo. Encima se habían atrevido a ponerle a su último disco el título de *New Jersey*, el nombre de su estado. Aquel nombre tendría que haber sido para los NewArkangels. Estaba seguro de que, si hubieran seguido adelante, habrían podido hundir a aquellos pringados.

Estaba tan sumido en sus pensamientos que, sin darse cuenta, se encontró en la verja del jardín de sus padres. La casa estaba oscura y silenciosa y no salía luz de ninguna de las ventanas. Abrió la puerta de la verja con mucho cuidado para que no chirriara y se acercó a la caravana, que también tenía todas las luces apagadas. Cuando solo estaba a unos pasos, descubrió el brillo rojizo de un cigarro. Había alguien sentado en las escalerillas de la puerta de la caravana. A pesar de la oscuridad reinante y de que la persona que estaba oculta en las sombras iba vestida de negro, reconoció a Eli. Se acercó a ella. La chica estaba encogida sobre sí misma, abrazándose para luchar contra el frío del amanecer.

—¿Qué haces aquí? Pensaba que estarías dormida hace horas. ¿Tanto tiempo habéis estado de juerga?

Se sentó a su lado en las escaleras, la empujó un poco con la cadera para que le dejara sitio y, después, pasó un brazo por su espalda para darle calor. Ella apoyó la cabeza en su hombro. Aquel simple gesto hizo que todos los absurdos pensamientos con los que había estado torturándose desaparecieran. Él ya había cumplido un sueño, seguía viviendo en él cada día. Estar con ella le hacía feliz y no lo cambiaría ni por todos los discos de oro del mundo. Depositó un beso en su pelo y ella se apretó aún más contra su cuerpo.

—No sé si seguirán de juerga —contestó Eli en un susurro—. Yo he vuelto hace horas.

—¿Llevas horas aquí sentada con este frío?

—Sí. Tus primos están durmiendo dentro y no me apetecía estar ahí con unos desconocidos.

—Joder, Eli... Mira que eres rara. —Él soltó un resoplido de frustración—. ¿Y se puede saber por qué te has ido de la despedida?

—Bueno, he tenido algunas diferencias con las invitadas... —Ella bajó la cabeza e, incluso con la débil luz de las farolas, Al se dio cuenta de que se había sonrojado.

—¿Qué diferencias? ¿Y con quién?

—No sé sus nombres, pero da igual. Creo que las he ofendido a todas. —Eli irguió la cabeza, orgullosa, y se encogió de hombros—. Las he llamado zorras y no sé qué más... ¿Hay alguna posibilidad de que no tenga que ir a la boda de tu hermana?

—¿Estás loca? ¿Se puede saber qué ha pasado para que hagas algo así?

—Se pusieron a hablar de lo guapo que eres y de que todas estaban deseando pillarte y a decir que solo estabas conmigo para divertirme, pero que no seguiríamos juntos mucho tiempo... Intenté controlarme, pero no pude. Lo siento.

—Tú no tienes que sentir nada. —Al la abrazó con más fuerza mientras intentaba contener la risa—. Soy yo el que debería pedir perdón por estar tan bueno.

—No tiene gracia, Al. —Ella le dio un codazo en las costillas y se separó, enfadada—. ¿Te imaginas lo que va a ser estar en esa boda sabiendo que todas desean que me muera para tirársete encima?

—Pues no te mueras y que se jodan. —Al pasó su brazo por la cintura de Eli para volver a atraerla a su lado—. Vas a ir a esa boda con la cabeza muy alta del brazo del tío más guapo de todo Newark. Vas a hacer que todas ellas se mueran de envidia. ¿En serio quieres perderte eso?

—Sigues siendo un chulo asqueroso. —Su voz había cambiado y parecía algo más alegre—. ¿Es que no vas a cambiar nunca?

—Si algún día dejo de ser un tipo extraordinario, me volveré más modesto. Prometido. —Al le guiñó un ojo y le estampó un sonoro beso en los labios—. Venga, vamos a dormir, que hace frío.

Se levantó y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse. Tiró de ella para que se estampara contra su cuerpo y rodeó su cintura con los brazos para volver a besarla. Ella correspondió a su beso, pero notó que seguía incómoda y tensa.

—¿Qué pasa, Eli? —preguntó cuando se separaron.

—¿ A dónde se supone que vamos? —preguntó ella en un susurro.

—Ahora a dormir a la caravana y, dentro de dos días, a la boda de mi hermana —contestó él, confuso.

—No, tonto. Te pregunto a largo plazo. ¿Lo nuestro va a algún sitio o es lo que ellas dicen: una aventura, una locura de juventud de la que te acabarás cansando? ¿Crees que vas a querer pasar toda tu vida conmigo recorriendo el país en nuestra caravana y cazando fantasmas?

—¿Cuándo vas a dejar de ser tan insegura? ¿Cuándo vas a ver lo increíble que eres en realidad? —Él la abrazó con fuerza y depositó un beso en su frente—. No puedo creer que sigas dudando de todo lo que te quiero.

Ella le devolvió el abrazo y suspiró mientras hundía la cabeza en su pecho. Al cabo de unos segundos, levantó la mirada y le dirigió una sonrisa.

—Supongo que no cabe más ego que el tuyo en esta relación —dijo burlona.

—Vamos a la caravana y te demostraré que el ego no es lo único grande que tengo. —Se inclinó sobre ella y le mordisqueó el cuello.

—Tentador, pero no... Te recuerdo que tienes a tus dos primos pequeños durmiendo en el suelo —respondió ella, apartándole mientras se reía.

—Mierda. Lo había olvidado. —Soltó un bufido de frustración—. Está bien, pero te lo apunto para otro día. Vamos a dormir.

Entraron dados de la mano en silencio, con cuidado de no pisar a los dos niños que dormían en el suelo. Cuando se acostaron, Al se puso detrás de Eli y la abrazó hasta que notó que su respiración se volvía tranquila y profunda. Estaba preocupado por la conversación que acababan de tener. No le gustaba que aquellas chicas le hubieran hecho daño por su culpa ni que ella siguiera dudando de que la quería de verdad. Tendría que encontrar alguna manera de demostrarle lo mucho que le importaba.



CAPÍTULO TRES

Cuando me desperté, el sol entraba con fuerza a través de las ventanillas de la caravana. Era un sol de octubre. Por muy luminoso que fuera, no conseguía calentar el frío ambiente del interior del vehículo, pero hizo que me despertara de buen humor. Me giré bajo las mantas para buscar el cálido cuerpo de Al y darle un abrazo de buenos días, pero allí no había nadie. Toqué las sábanas y noté que ya estaban frías. ¿Cuándo se había marchado? ¿Y cómo era posible que no me hubiera dado cuenta?

Me senté en la cama y vi que los dos críos que deberían estar durmiendo en el suelo también habían desaparecido. No habían recogido nada y sus sacos de dormir continuaban tirados, al igual que las ropas que habían llevado el día anterior. Me levanté enfurruñada, hice una bola con los sacos y la ropa y lo dejé todo encima del sofá. Esperaba que la causa de que no hubieran recogido fuera que no habían querido molestarme, porque no pensaba pasarme los días que estuvieran allí limpiando toda la mierda que tiraran.

Me vestí a toda prisa y salí de la caravana. La casa estaba cerrada y no salía luz ni ruido a través de ninguna de las ventanas. Aquello era muy extraño. Se suponía que, dado que Laetitia se casaba al día siguiente, la casa estaría repleta de familiares. Aquello debería haber sido un circo y no el santuario de paz que en aquel momento parecía. Además, ¿dónde se habían ido todos y por qué nadie me había avisado?

Empecé a rodear la casa con la esperanza de que hubieran dejado abierta la puerta trasera. Cuando doblé la esquina, me encontré a James, el padre de Al, sentado en un banco. El hombre estaba recostado hacia atrás, contemplando el jardín, que en

aquel día de otoño ofrecía un aspecto precioso. Había cientos de hojas caídas sobre la hierba, que adornaban el suelo con sus matices dorados, anaranjados y pardos. La brisa, aunque fría, era suave y podían escucharse los cantos de algunos pájaros desde las ramas casi desnudas de los árboles.

Me acerqué a James. Él debió de escuchar mis pasos sobre las hojas secas, porque dio un respingo y se giró hacia mí con expresión asustada mientras escondía algo a su espalda. Dejé escapar una risa, me acerqué hasta él y me senté en el banco a su lado.

—Solo soy yo. Puedes sacar la pipa —le dije, guiñándole un ojo—. No voy a decirle nada a Lucrecia. Tu secreto está a salvo conmigo.

—Gracias, hija. —Se llevó la pipa a los labios y le dio una larga calada con cara de satisfacción—. Hay que ver lo difícil que es fumar a escondidas con la casa llena de invitados. Vivo todo el día con miedo de que me pillen y se chiven a mi mujer.

—Hablando de los invitados... ¿dónde está todo el mundo?

—La mayoría se ha ido a hacer turismo por la ciudad o de compras.

—¿Y Al? Se ha marchado sin avisarme.

—Se ha ido con su madre y su hermana. —Me pareció notar un titubeo en la voz de James—. Creo que tenían que hacer algunas compras de última hora para la boda.

—Espero que no intenten convencer a Al de que se ponga un traje. Yo llevo meses insistiendo y ha sido imposible.

—Ya le conocen. Es más fácil que se deje poner una soga al cuello que una corbata —bromeó James.

—Así que tenemos toda la mañana para nosotros solos —dije, apoyándome en el respaldo del banco para disfrutar de la tranquilidad del jardín—. No puedo decir que me dé pena.

—Tanta gente te agobia, ¿verdad? —James me guiñó un ojo para demostrarme que me conocía mucho mejor de lo que yo pensaba—. Tranquila, mañana acabará todo.

—Hoy podríamos aprovechar para que cumplas una promesa que me hiciste y que, hasta el día de hoy, no has podido cumplir.

—¿Qué promesa? —preguntó él, enarcando una ceja.

—Cuando estábamos investigando la casa Cavendish, me dijiste que me enseñarías a fumar en pipa —contesté con una sonrisa.

—Bueno, no fui el culpable de incumplir esa promesa. Cierta joven se escapó sin despedirse y se llevó mi magnífica caravana y a mi único hijo varón. —Cuando vio que yo agachaba la cabeza, avergonzada, soltó una carcajada—. Tranquila, me hiciste un favor. La caravana era un cacharro viejo y mi hijo estaba en una edad bastante insoportable. Se les ve mejor a los dos desde que están contigo.

Yo levanté la cabeza y observé sus ojos. Me gustaba la forma en la que me miraba James. Me hacía sentir segura y querida, como si nunca fuera a compararme con nadie, como si nunca fuera a juzgarme por nada. Me sentía tranquila y aceptada a su lado. Él me sonrió y, tras darme una palmada en la pierna, se levantó del banco.

—Ven, vamos a buscar una pipa. Tengo que cumplir esa promesa. —Se encaminó hacia la puerta. Al ver que no le seguía, se giró y me hizo un gesto con la mano para que me moviera—. Ven, tienes que elegir una pipa. Te regalaré la que quieras.

—Pero no sé nada de pipas —protesté—. Y, además, voy a estar muy rara. Las chicas no fuman en pipa.

—Las chicas pueden hacer lo que les dé la gana. Tú no serás rara. Serás especial —me dijo, volviendo a guiñarme el ojo—. De todos modos, hasta que estés preparada para mostrarle al mundo lo especial que eres, será nuestro secreto.

Por fin había llegado el día de la temida boda. Me desperté malhumorada y huraña y me levanté para empezar a prepararme. La caravana ya estaba vacía. Supuse que todos estarían dentro de la casa, ultimando los preparativos. Eso me dejaba un rato de tranquilidad para luchar contra mi mal humor y ensayar unas cuantas sonrisas falsas frente al espejo mientras trataba de hacer algo con mi pelo.

Escuché un par de golpes en la puerta de la caravana y abrí para encontrarme con Lucrecia. Llevaba una bata de felpa y en su pelo no cabía un solo rulo más. No pude evitar una risita al verla con aquellas pintas, acostumbrada como estaba a sus vestidos vaporosos y su aspecto místico. Sin decir una palabra, ella me cogió de la mano y tiró de mí.

—Vamos, querida. Hay muchísimo que hacer.

—¿Dónde vamos? —le pregunté.

—Dentro de casa. Tienes ahí el vestido de dama de honor y habrá que hacer algo con tu pelo.

Me frené en seco, haciendo que Lucrecia también tuviera que detenerse. Ella se giró hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Dama de honor? ¿Yo? —pregunté cuando recuperé la capacidad de hablar.

—Sí... ¿Al no te ha dicho nada? —La mujer negó con la cabeza y frunció aún más el ceño—. Este chico es un desastre. Lo olvida todo.

Volvió a cogerme de la mano y tiró de mí hacia la puerta de casa. Yo me dejé llevar mientras pensaba que estaba segura de que Al no lo había olvidado. Él sabía que, si me hubiera avisado de que Laetitita me había elegido como dama de honor y que iba a tener que ser el blanco de todas las miradas en aquella boda, yo me habría negado en redondo. El muy capullo me lo había ocultado hasta que fuera demasiado tarde para negarme. Me apunté mentalmente la tarea de matarlo en cuanto le viera.

Lucrecia y sus hermanas pasaron las dos siguientes horas luchando contra mi pelo: primero me pusieron rulos, después lo alisaron... Parecía que nada las complacía. Al final optaron por hacerme un recogido en el que dejaron algunos rizos sueltos. Después me echaron un montón de maquillaje y, como colofón final, me enfundaron en un vestido rojo de escote palabra de honor y falda vaporosa. Caminé hasta el espejo, pensando que parecería una tarta *Red Velvet*, pero el resultado me sorprendió. No parecía yo. El traje y el peinado eran demasiado llamativos para mi gusto, siempre acostumbrada a ir de negro, pero mi imagen me hizo esbozar una sonrisa.

—Estás preciosa, cariño —me dijo Lucrecia, depositando un beso en mi mejilla—. Vamos, los chicos ya nos están esperando abajo.

Seguí a Lucrecia hasta las escaleras mientras me recordaba la promesa de matar a Al. Seguro que él llevaba sus pantalones ajustados, una camiseta desgastada y su eterna chaqueta de cuero mientras yo tenía que morirme de vergüenza con aquellas pintas. Cuando llegué a la parte de arriba de las escaleras y le vi, me quedé paralizada. El pobre Al también había acabado sucumbiendo a los deseos de su madre y su hermana y llevaba un traje negro, camisa y corbata. Solté una risita al verle luchar contra la corbata como si le estuviera asfixiando. Parecía incluso más incómodo y avergonzado que yo. Cuando él levantó la mirada hacia lo alto de las escaleras y se

quedó contemplándome con la boca abierta y los ojos brillantes, como si nunca hubiera visto algo tan bonito en toda su vida, mis ganas de estrangularlo quedaron olvidadas. Bajé las escaleras y él me ofreció su brazo para que me apoyara.

—¿Preparada?

—No voy a estarlo nunca —respondí, encogiéndome de hombros—. Vamos. Pasemos este mal trago cuanto antes.

La boda fue mejor de lo que había esperado. La novia estaba guapísima, la ceremonia fue muy emotiva y, a pesar de que tuve que pasarla de pie al lado del altar, expuesta a las miradas de todos, no me temblaron demasiado las piernas. Una vez en el restaurante, nos sentaron en una mesa con varios tíos y primos de Al, que resultaron más simpáticos de lo que esperaba. Tras tomar un par de copas de champán, me sentí lo bastante segura de mí misma como para apartar la mirada de mi plato y contemplar el comedor. A pesar de que estaba a gusto en mi mesa con aquellas personas, llevaba minutos sintiéndome observada, como si tuviera varios pares de ojos clavados en mi espalda. Eché una mirada a mi alrededor y pude comprobar que no era solo una sensación. Varias chicas me observaban desde la mesa de las amigas de Laetitia y cuchicheaban entre ellas. Reconocí a la morena que dijo en la despedida que podría robarme a Al aquella misma noche si se lo propusiera. No me esquivó la mirada. Siguió atravesándome con aquellos ojos que parecían echar fuego como si esperara que yo fuera a caer fulminada de un momento a otro. Le dirigí una sonrisa antes de apoyar mi cabeza en el hombro de Al y darle un leve mordisco en el cuello, esperando que fuera ella la que cayera muerta en el sitio por un ataque agudo de envidia.

—¡Qué acaramelados! —comentó una de las tías de Al—. Creo que pronto tendremos otra boda.

—No tenemos ninguna prisa en casarnos —respondió Al—. Estamos muy bien así.

—No, no... —intervino otra de sus tías—. Esa no es manera de vivir, recorriendo el país en una caravana como una pareja de hippies. Tendréis que formar un hogar y tener hijos.

—Tía Mildred, por favor... Hasta hace un año ni siquiera podíamos pedir una cerveza en un bar y ya queréis convertirnos en una pareja aburrida. Tenemos veintidós años. Dejados disfrutar un poco de la vida.

—Bueno, esa es tu manera de verlo, pero a lo mejor tu pareja no opina lo mismo —insistió Mildred—. ¿Qué piensas tú, Eli? ¿No quieres casarte y tener niños?

La maldije mentalmente. Aquella era una conversación que ni siquiera nos habíamos planteado Al y yo. ¿Por qué aquellas mujeres no podían dejarnos en paz y buscar a otra pareja a la que martirizar?

—La verdad es que yo soy muy feliz así. No me importaría seguir tal y como estamos durante mucho tiempo —contesté, intentando parecer muy segura para terminar aquella conversación.

Escuché un coro de risitas a mi espalda, procedente de la mesa de las amigas de Laetitia. Me giré para contemplarlas y vi cómo cuchicheaban y se reían mientras me miraban. Volví a centrarme en mi plato como si no me importara, pero Al se dio cuenta de que me pasaba algo y también se giró hacia ellas.

—Tranquila, todo esto acabará pronto —me susurró al oído.

—Eso espero. Hay demasiados cuchillos en esta mesa como para que pueda controlarme mucho más tiempo —contesté, tratando de bromear.

Cuando terminó la comida, una banda de música ocupó el escenario y empezó a tocar las primeras notas de un vals. Laetitia y Joe salieron al centro del salón y empezaron a bailar. Él parecía un poco nervioso y torpe. Se notaba que bailar el vals no era lo suyo, lo que despertó algunas risas burlonas de Al. Yo le di un codazo para que se callara y me quedé embobada contemplando cómo bailaban. Sus miradas enamoradas compensaban de sobra la falta de técnica. Un carraspeo a mi espalda me sacó de mi atontamiento. Me giré para encontrarme con la chica morena, que contemplaba a Al con una dulce sonrisa.

—Hola, Al. Venía a pedirte que me concedieras el primer baile, si a tu acompañante no le importa, claro —dijo, lanzándome una mirada burlona.

Miré hacia la mesa de las amigas de Laetitia. Todas estaban giradas hacia nosotros mientras seguían riéndose y diciéndose cosas al oído. Sentí que la ira se encendía en mi interior, como si alguien hubiera prendido una gigantesca hoguera y, por un segundo, deseé cambiar mis poderes por la piroquinesia y reducir aquel comedor de bodas a cenizas con todas ellas dentro. ¿Hasta dónde pensaban seguir con sus bromas? ¿Tan insignificante me creían como para tratar de levantarme el novio estando presente?

—Lo siento mucho, Kate, pero voy a cantar ahora —respondió Al antes de levantarse para dirigirse hacia el escenario.

Me sentí un poco decepcionada. Había esperado que Al le respondiera algo más borde que la pusiera en su lugar o que hubiera bailado conmigo la primera canción para hacer que todas aquellas zorras se murieran de envidia. Sin embargo, lo comprendía. En cuanto Al tenía una oportunidad de coger una guitarra y lucirse frente al público, ya no pensaba en nada más.

—¿A quién se la vas a dedicar? —preguntó Kate con voz coqueta.

—Ahora lo verás —le respondió Al, guiñándole un ojo.

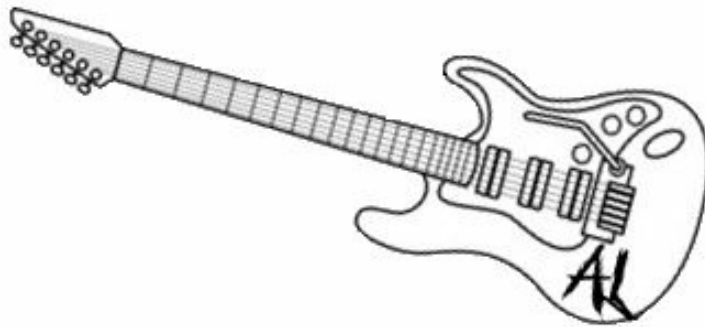
La hoguera de mi interior cobró aún más fuerza. Me prometí a mí misma que si se le ocurría decir una estupidez como “Le dedico esta canción a todas las chicas guapas de la sala”, me levantaría de inmediato, me largaría de la boda y no volvería a hablarle en años.

Se acercó al pianista e intercambió unas frases con él. Cuando el vals terminó y los novios se retiraron entre aplausos, Al se acercó al micrófono. Me sorprendí de que no hubiera pedido prestada una guitarra. El pianista empezó a tocar las primeras notas y Al descolgó el micrófono del soporte y me miró. Me extrañó que no dijera unas palabras antes de empezar a actuar, como siempre hacía. Pensé que había decidido no dedicarle la actuación a nadie, pero, cuando empezó a cantar *Lady in red* con sus ojos fijos en mí, supe para quién estaba cantando. Aparté por un segundo mi mirada de él para contemplar a las amigas de Laetitia. Las risas habían cesado por completo.

Volví a fijarme en Al y le dirigí mi sonrisa más dulce. Él se bajó del escenario, llevando el micrófono, y caminó hacia nuestra mesa. Cuando estuvo a mi lado, me tendió la mano para que me levantara. Sentí que las piernas me temblaban y, durante un segundo, me pregunté cómo era capaz de hacerme aquello sabiendo la vergüenza que me daba ser el centro de atención. Sin embargo, agarré su mano y dejé que me llevara hasta la pista. Apoyé la cabeza en su hombro mientras empezábamos a girar y él seguía cantando. Durante el tiempo que duró la canción, me olvidé de dónde estábamos y de las decenas de personas que nos contemplaban. Me centré en el calor que desprendía su cuerpo, en su voz dulce y a la vez rasgada, en cómo su mano, apoyada en el trozo de mi espalda que el vestido dejaba al descubierto parecía hacer arder mi piel... Cuando la canción terminó y escuchamos los aplausos del público rompiendo el hechizo, me asusté y miré alrededor, como si me sorprendiera que toda

aquella gente hubiera aparecido de repente para llenar un mundo que, hasta hacía unos segundos, había sido solo de los dos. Él puso su mano bajo mi barbilla para hacer que levantara la cabeza y le mirara a los ojos.

—Recuerda siempre que yo te veo: sé que eres la chica más maravillosa que existe y que no hay nadie en el mundo que se te pueda comparar. No vuelvas a tener miedo.



CAPÍTULO CUATRO

Regresaron a casa andando cuando el reloj ya había pasado de las dos de la mañana. Al se giró hacia Eli y sonrió. La elegante apariencia que habían lucido por la mañana se había desvanecido por completo. Varios mechones habían escapado del recogido de Eli y llevaba puesta su chaqueta, que le quedaba enorme. Además, estaba tan poco acostumbrada a los zapatos altos que se los había quitado y los llevaba en la mano, agarrados por los tacones. Él no presentaba mejor aspecto. Hacía horas que llevaba los faldones de la camisa por fuera del pantalón y las mangas arremangadas. Además, se había desabrochado los dos primeros botones y se había aflojado la corbata. Volvió a sonreír al pensar que al menos aún la conservaba puesta. Aquella mañana había pensado que no tardaría ni una hora en quemar aquel instrumento de tortura a la menor oportunidad.

—¿No tienes frío? —le preguntó Eli—. Si quieres, te devuelvo la chaqueta.

—No te preocupes. Estoy bien —mintió él, esperando que no le castañetearan los dientes—. Enseguida llegamos.

Su casa ya se divisaba al final de la calle. Caminaron a paso rápido hasta traspasar la verja del jardín. Eli se dirigió decidida hasta la caravana, pero él la agarró por la cintura y la detuvo.

—¿Qué haces? Vamos dentro. Te vas a quedar helado.

—Espera —le pidió él, guiándola para que se sentara en las escaleras de la caravana—. Antes de entrar, tengo que decirte una cosa.

—¿El qué? —preguntó ella después de sentarse.

—Hay un regalo para ti en el bolsillo de la chaqueta.

Ella enarcó una ceja, metió las manos en los bolsillos y sacó una pequeña cajita con la mano derecha. Se quedó mirándola extrañada, como si fuera una nueva especie de insecto que acabara de descubrir.

—¿Qué es esto, Al?

—Ábrelo y lo sabrás.

—No será lo que estoy temiendo...

—Joder, ábrelo y sal de dudas, mujer...

Se arrepintió de sus palabras en cuanto las pronunció. Esa no era manera de declararse a una chica, pero aquella situación le estaba poniendo demasiado nervioso. Eli abrió la caja con cuidado, como si temiera que algo fuera a saltar del interior para morderla y, cuando descubrió el anillo, soltó un grito de sorpresa.

—Al, esto no era necesario... —dijo con voz emocionada.

—Sé que no es necesario. —Al se sentó a su lado y la abrazó por la cintura—. Yo no necesito anillos, ni papeles, ni una iglesia para saber lo que tenemos, pero, si tú lo necesitas, aquí lo tienes.

Eli se quedó en silencio, contemplando hipnotizada el pequeño anillo plateado que parecía relumbrar en su caja a la débil luz de las farolas.

—Es oro blanco —explicó él—. Sé que odias el color amarillo del oro. ¿Te gusta?

—Sí, me encanta... Pero tengo que decirte que te has equivocado. Esto no es un anillo de compromiso. Es una alianza de boda. —Ella esbozó una tímida sonrisa, como si se avergonzara de tener que corregirle.

—Lo sé. Mi madre y mi hermana estuvieron dándome la brasa con eso toda la mañana. Es mi manera de decirte que, para mí, yo ya estoy casado contigo, que ya soy tuyo para siempre. Solo tienes que decir una palabra para que vuelva a vestirme de pingüino y me plante firme frente a un altar.

—Sabes que no necesito nada de eso. —A pesar de esas palabras, Al notó que su voz sonaba emocionada y que los ojos le brillaban—. Me basta con tenerte a mi

lado.

—Lo sé, pero el otro día me preguntaste a dónde íbamos a largo plazo, si me imaginaba en el futuro recorriendo el país en nuestra caravana cazando fantasmas. — Al se levantó y se colocó frente a ella—. Me lo imagino, Eli. Me lo imagino perfectamente. Puedo vernos a los dos, con ochenta años, llegando a una casa encantada al ritmo de *We will rock you*. Derraparemos frente a la puerta levantando una nube de gravilla y saldremos renqueantes para plantarnos en el recibidor y retar a los fantasmas. Nuestra fama será tan grande, tanto en este mundo como en el más allá, que los espíritus saldrán despavoridos tan solo con el ruido de nuestros andadores. ¿No te lo imaginas?

Eli se quedó mirándole durante unos segundos hasta estallar en una carcajada. Se rió tanto que tuvo que llevarse las manos a la tripa para tratar de contenerse. Al se preocupó. No era aquella la respuesta que esperaba a su declaración de amor. Cuando la risa de Eli disminuyó de intensidad, ella le miró a los ojos y asintió.

—Sí. Claro que me lo imagino —contestó, aún entre risas, levantándose para echarle los brazos al cuello—. No puedo soñar un futuro mejor.

Él se separó un par de pasos, cogió la caja que ella aún llevaba en la mano y sacó el anillo.

—Bien, entonces vamos a ello... —Tomó una profunda bocanada de aire antes de seguir hablando—. Eloise Ryanne Carter, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí. Claro que quiero —respondió ella.

—Pues por el poder que me confiere estar en el jardín donde tuve mi casa del árbol, yo nos declaro marido y mujer. —Él le puso el anillo en el dedo y, acto seguido, la cogió en brazos directo hacia la caravana.

—¿Qué haces? —preguntó ella sin parar de reírse.

—Cruzarte el umbral en brazos.

—¿Y tus primos?

—Han salido para Harrisburg esta misma tarde —dijo él, dirigiéndole una sonrisa pícaro—, así que no te vas a librar de consumir el matrimonio.

A la mañana siguiente, se levantaron pasado el mediodía y entraron en casa para

intentar que Lucrecia se apiadara de ellos y les dejara tomarse al menos un café aunque ya hubiera pasado la hora del desayuno. La madre no solo les puso una taza de café ardiente y cargado, sino que llenó la mesa de tortitas calientes, zumo de naranja recién exprimido, galletas, cereales... Al sintió que el estómago se le revolvía al ver tanta comida, pero se forzó a tomarse el café y un vaso de zumo y a ponerse un par de tortitas en el plato para que su madre dejara de fruncir el ceño. Cuando la mujer se marchó rumbo a la cocina, Al se inclinó hacia Eli y le susurró.

—Espero que no traiga más comida o vomitaré.

—Lo mismo digo —contestó Eli mientras se apretaba las sienes—. ¡Qué dolor de cabeza! No tendría que haber bebido tanto.

—¿Recuerdas algo de lo de anoche? —preguntó Al.

—¿Te refieres a esto? —dijo ella, moviendo su mano derecha frente a él para enseñarle el anillo—. Sí, tranquilo. No me he arrepentido.

—Me alegro. —Al le dio un largo trago a su vaso de zumo antes de seguir hablando—. ¿Has pensado qué vamos a hacer ahora?

—No. No tenemos ningún caso apalabrado —respondió ella tras encogerse de hombros—. Quizá deberíamos quedarnos a pasar unos días con tus padres.

—¿Con mis padres? —preguntó él, asombrado—. ¿Por qué?

—Bueno, ahora que se ha marchado Laetitia, igual se sienten un poco solos —respondió ella—. Ya sabes... Todo eso del síndrome del nido vacío...

—No tengo ni idea de qué estás hablando. Estoy seguro de que mis padres llevan años deseando librarse de sus polluelos —dijo él, encogiéndose de hombros—. Está bien. Si quieres que nos quedemos unos días, lo haremos. Pero, después, nos iremos a Swanton.

—¿Y eso por qué? Esto no va de joder al otro con visitas familiares —se quejó Eli.

—No es eso, boba... Tendré que pedirle tu mano a tu madre o a tu hermano...

—Ni de palo. Mi mano es mía y te la doy yo. No tienes que pedirle permiso a nadie más.

—Está bien, está bien... —contestó él riendo—. De todos modos, creo que deberíamos pasarnos por allí. Tu cuñada debe estar a punto de explotar, ¿no?

—No hables así de ella. No es una bomba andante. —Eli le dio un sorbo a su café y asintió—. Creo que tienes razón. Me gustaría estar allí cuando nazcan mis sobrinos.

—Gemelos... Me compadezco de tu hermano. Tiene que ser lo más parecido a una pesadilla.

En aquel momento escucharon el timbre del teléfono. James gritó desde el salón que ya lo cogía él. Le oyeron intercambiar unas frases y, unos segundos después, se acercó por el pasillo hasta asomarse a la puerta de la cocina.

—Al, es para ti —le anunció.

—¿Y quién es? —preguntó Al.

—Un tal Ethan Morris, de Rockport. ¿Le conoces?

Al asintió, se puso en pie y caminó hacia el salón. Después de su fría despedida en Rockport, hacía ya tres años, no había esperado volver a hablar con Ethan en la vida.

—Hola, Ethan. Soy Al.

—Hola, Al. ¡Qué suerte he tenido! Solo había llamado para dejarte un recado. No esperaba encontrarte en casa de tus padres.

—Sí, he venido a pasar unos días por la boda de mi hermana.

—Lo siento. No pretendía molestar...

—Tranquilo. Se casaron ayer. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Sigues con esa chica?

—¿Con Eli? —Al se sintió molesto al ver que Ethan no quería ni pronunciar su nombre. Parecía que seguía enfadado con ella—. Sí, seguimos juntos.

—Estupendo. Creo que tengo un trabajo para vosotros dos.

—¿De qué se trata?

—Bueno, es un asunto un poco delicado para hablarlo por teléfono. —Ethan se quedó unos segundos en silencio, como si estuviera recapacitando—. Si salgo ahora, puedo estar en Newark sobre las cinco de la tarde. ¿Podríamos quedar para vernos?

—Por supuesto.

—Perfecto, os llamaré desde alguna cabina cuando esté llegando para que me digáis dónde quedamos.

El policía colgó y Al se quedó unos segundos contemplando el teléfono con escepticismo. Era muy extraño que Ethan les hubiera llamado para pedir su ayuda. Estaba seguro de que no tenía ninguna gana de volver a verles en la vida después de lo que había pasado con John. Por si fuera poco, iba a hacerse un viaje de más de cinco horas para poder explicarles el trabajo en persona. Aunque él no creía en los presentimientos, pensó que algo en aquel asunto olía muy mal, a problema de los gordos.



CAPÍTULO CINCO

Aún faltaban diez minutos para las cinco cuando llegamos a la cafetería en la que habíamos quedado con Ethan. Pedimos una coca-cola para cada uno y, cuando la camarera nos las trajo, cogí un cigarrillo del paquete que Al había dejado sobre la mesa y me limité a fumar mientras miraba por la ventana. Él me agarró una mano para llamar mi atención. Yo desvié la vista del paisaje para encontrarme con una expresión de preocupación en su rostro.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco —confesé—. Pensaba que Ethan me odiaba. Prácticamente nos echó de su pueblo. Y ahora aparece diciendo que quiere contratarnos...

—Bueno, han pasado tres años. Supongo que habrá reflexionado y se habrá dado cuenta de que no puede seguir culpándote por lo que pasó. —Intentó consolarme Al—. O puede que esté pasando algo muy gordo en Rockport y nos necesite tanto como para olvidar lo mucho que nos odia.

—No nos odia. Me odia a mí —dije antes de dar un sorbo a mi coca-cola—. Me preguntó qué puede estar pasando que sea tan grave como para olvidarse de aquello y pedirnos ayuda.

—¿Crees que Apolyon puede haber vuelto? —preguntó Al, abriendo mucho los ojos.

—No. No puede ser eso... Creo que ese bicho tardará siglos en recuperarse antes de poder volver a salir del infierno... O, al menos, décadas. Lo que sea, pero

espero que, si regresa, ya no sea problema mío.

Un coche aparcó frente a la cafetería. Cuando el conductor se bajó, reconocí a Ethan. No llevaba su uniforme de policía y debía haber aumentado un par de tallas de camisa desde la última vez que nos vimos, pero su cara no había cambiado... y la expresión de rencor que me dirigió a través de la ventana según me distinguí tampoco. Sentí que un frío glacial me recorría y que la culpabilidad y la vergüenza regresaban a mi mente. No era justo, después de todo lo que me había costado perdonarme a mí misma, que él pudiera hacerme sentir de nuevo tan culpable con una sola mirada.

Ethan entró en el bar, nos dirigió un saludo con la mano y, en lugar de acercarse a la mesa, fue directo a la barra para pedir un café. Cuando se lo hubieron servido, caminó hasta nosotros y se sentó enfrente de Al. Intenté no ponerme paranoica, pero me dio la impresión de que no quería mirarme a los ojos mientras hablaba y que prefería estar lo más lejos posible de mí.

—Hola, Al —saludó cordialmente antes de girarse hacia mí para hablar con un tono mucho más frío—. Buenas tardes, Eloise.

Pensé en decirle que, al contrario de lo que pasaba con el resto de la gente, solo permitía que mis amigos más cercanos me llamaran Eloise (de hecho, solo Al me llamaba así) y que para él era Eli, pero preferí no tensar la situación desde el inicio, así que me limité a devolverle una sonrisa forzada y a mantenerme en silencio, dejando que fuera Al quien llevara el peso de la conversación.

—Hola, Ethan. —Al le devolvió el saludo mientras se incorporaba para darle un par de palmadas en el brazo. Parecía tan feliz como si acabara de reencontrarse con un viejo amigo—. ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal las cosas por Rockport?

Ethan empezó a explicarle las últimas anécdotas del pueblo. Cuando me di cuenta de que aquello se había vuelto una conversación informal entre colegas y que no tenía nada que ver con el caso que había venido a encargarnos, decidí desconectar y fijé mi atención en la televisión, que en aquel momento retransmitía el vídeo de *Never gonna give you up* de Rick Astley. Me pregunté, como había hecho todas las veces que lo había visto, qué tenía aquel chico para haberse convertido en el ídolo de todas las adolescentes. Personalmente, no me gustaban nada los pelirrojos y menos si cantaban una mierda de música como aquella, pero, aún así, me quedé mirando la pantalla como si nunca antes en la vida hubiera visto algo tan interesante.

—Eli, ¿estás escuchando? —preguntó Al, sacándome de mis pensamientos—. Ethan dice que tiene un trabajo para nosotros.

—Perdona, me había distraído —me disculpé—. ¿Un trabajo? Habíamos dicho que nos íbamos a tomar unas vacaciones para acompañar a tus padres unos días... No sé si nos viene bien ir ahora hasta Massachusetts.

—No tendríais que ir hasta Massachusetts —se apresuró a corregirme Ethan—. El caso es aquí al lado, en Nueva York.

—¿Y qué se te ha perdido a ti en Nueva York para que quieras contratarnos? —preguntó Al.

—No soy yo quien os va a contratar, sino mi primo Stan —explicó Ethan.

Yo iba a decirle que, aunque Nueva York nos quedase cerca, no teníamos ninguna intención de aceptar un caso en las siguientes semanas. No estaba cómoda con él, no me gustaba la manera en la que rehuía mi mirada... Me daba la impresión de que él estaba incómodo en mi presencia, que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para no decirme a la cara lo que pensaba de mí. Si, a pesar de ello, había venido a buscar nuestra ayuda, era que el caso era complicado o peligroso. Algo en mi interior me decía que lo mejor que podíamos hacer era levantarnos y marcharnos de allí sin preguntar nada más. Estaba pensando en la manera de decirle a Ethan que no estábamos interesados y que lamentaba haberle hecho venir desde Rockport para nada cuando Al se inclinó hacia adelante, apoyó los brazos en la mesa y le lanzó a Ethan una sonrisa, invitándole a seguir hablando.

—¿Y qué es lo que necesita tu primo Stan de nosotros?

—Bueno, os lo explicaré... El trabajo de mi primo Stan también está relacionado de alguna manera con el mantenimiento de la ley y el orden —dijo en tono críptico—, así que, cada vez que nos juntamos, solemos pasar horas contándonos anécdotas y batallitas. En las últimas navidades, nos invitó a pasar unos días en una cabaña que tiene en Maine, en el medio del bosque. Después de la cena de Nochebuena, nos quedamos frente a la chimenea, disfrutando del calor del fuego y bebiendo un whisky tras otro y, no sé cómo, me encontré contándole todo lo que sucedió en Rockport la última vez que estuvisteis allí... No sé por qué lo hice. Ni siquiera le he contado nada a mi Rossie. Y, de repente, todo salió, como un vómito incontenible, como un torrente que se desborda... Creo que, en realidad, necesitaba contárselo a alguien.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Al, interesado—. ¿Se lo creyó?

—No lo sé... Ni siquiera sé si yo mismo me lo creo —contestó Ethan, negando con la cabeza—. Cuando terminé de hablar, nos quedamos los dos en silencio, mirando los rescoldos de la hoguera. Terminamos los whiskies, nos dimos las buenas noches y fuimos a dormir. Nunca habíamos vuelto a hablar de ello hasta ayer.

—¿Y qué pasó ayer? —se interesó Al.

—Me llamó por teléfono y me preguntó si conocía alguna manera de encontrarlos. Me dijo que estaban pasando cosas muy raras en su trabajo y que necesitaba contratar a alguien como vosotros.

—¡Genial! —exclamó Al—. Las cosas muy raras son lo nuestro. ¿Verdad, Eli?

Yo me limité a encogerme de hombros y mirar por la ventana. Me daba igual todo lo que nos contará Ethan y lo mucho que su primo nos necesitara. No tenía ninguna gana de ayudar a alguien que me despreciaba tanto como para no querer mirarme a la cara.

—¿Te contó algo sobre esas cosas raras que suceden? —preguntó Al cuando se cansó de esperar a que yo interviniera en la conversación.

—No. Me dijo que era un asunto muy delicado y que prefería mantenerlo en secreto.

—Entonces, sintiéndolo mucho, no vamos a poder ir —dije mientras le lanzaba una falsa sonrisa de disculpa—. Como te hemos dicho, íbamos a tomarnos unos días de descanso y no vamos a dejarlo por un encargo del que no puedes decirnos nada.

—¿En serio? —preguntó Al, enarcando una ceja—. Siempre eres tú la que dice que tenemos que trabajar y te enfadas cada vez que te hablo de pillar vacaciones...

—Pues esta vez te doy la razón —le dije mientras le daba una patada por debajo de la mesa para que dejara de contradecirme—. Hemos estado trabajando sin parar durante meses y ya va siendo hora de que nos tomemos un descanso.

—Eli, espera... —me llamó Ethan al ver que me levantaba de la mesa para marcharme—. Escúchame... Sé que tú y yo no nos llevamos muy bien...

—Esa es una manera muy delicada de describir nuestra relación —dije encarándome a él por primera vez desde que nos habíamos encontrado—. Tú me odias, me desprecias, te da asco todo lo que represento y no puedes perdonarme por lo que pasó con John.

—No es así, Eli... He pensando mucho en lo que pasó y ya no te culpo.

Agachó la cabeza, incapaz de mantenerme la mirada. Supe que mentía. Eso me hizo pensar que, si estaba dispuesto a tragarse su orgullo y suplicarme para que aceptara, lo que nos estaba pidiendo era aún más complicado y peligroso de lo que yo había pensado en un primer momento.

—No seas rencorosa, Eli. Déjale explicarse. —Al ignoró mi bufido de indignación y volvió a dirigirse a Ethan—. ¿Entonces no sabes nada del caso? ¿Son apariciones, fenómenos poltergeist?

—No sé mucho. Solo me ha dicho que está muriendo gente —contestó Ethan.

Sentí un escalofrío recorriendo mi espalda. Lo que me temía. Iba a ser un caso peligroso. Las palabras de Ethan no parecieron afectar en la misma medida a Al. Se inclinó aún más sobre la mesa, como si resolver asesinatos fuera su mayor afición.

—¿En serio? ¿Y dónde está sucediendo eso? ¿En una casa encantada?

—No, en una prisión, pero no puedo contaros más —dijo Ethan, mientras negaba con la cabeza—. Si queréis saber el resto, tendréis que acompañarme.

—¿Acompañarte a dónde? —preguntó Al, levantándose para ponerse en marcha.

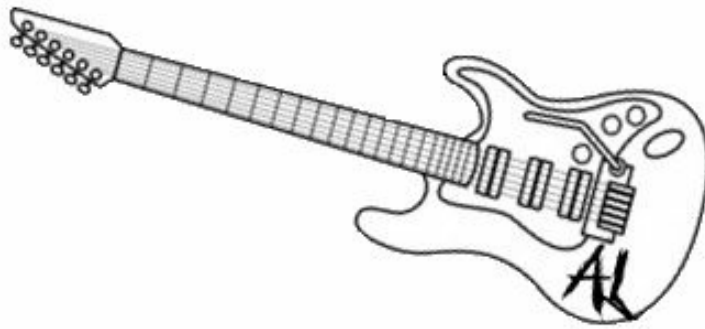
—A la prisión de Sing Sing.

—¿Sing Sing? —Al parecía tan entusiasmado como si acabaran de invitarle a pasar un fin de semana en Las Vegas—. ¡Es una de las prisiones más antiguas y legendarias de todo Estados Unidos! No puedo creer que nos vayan a dejar entrar allí a investigar.

—No vais a tener ningún problema por eso —dijo Ethan—. Mi primo es el director de la prisión.

Salieron del bar hablando animadamente, sin consultarme siquiera si yo estaba interesada en seguir con aquello. Me levanté enfadada, me puse la chaqueta y les seguí hasta el coche de Ethan, mientras me juraba a mí misma que solo estaba acompañándoles para escuchar el problema de su primo, pero que, si le veía la más mínima pega a aquella investigación, pondría cualquier excusa y me llevaría a Al de allí aunque tuviera que arrastrarlo de las orejas. Estaba segura de que no me resultaría difícil encontrar un millón de razones para no meternos en aquel lío.

AL Y ELI
PRISIÓN DE SING SING,
OSSINING (NUEVA YORK)
OCTUBRE DE 1989



CAPÍTULO UNO

La gruesa reja de entrada a la prisión se cerró a su espalda. Al observó cómo, desde un torreón, un guardia armado seguía su avance con la mirada sin perder detalle. Sabía que estaban entrando como “invitados” y podrían marcharse en cuanto quisieran. Aún así, no pudo contener la sensación de claustrofobia que se le instaló dentro ante la vista de aquellos imponentes muros, de los enormes edificios rojizos de estrechas ventanas, de los innumerables torreones desde el que decenas de pares de ojos les observaban...

Echó un vistazo al asiento de al lado. Eli estaba recostada, con los brazos cruzados frente al pecho y el ceño fruncido. Parecía que ella tampoco estaba a gusto con aquella visita y que no iba a ayudarle a sentirse más cómodo. Comprendía que no se llevara bien con Ethan y que no tuviera la más mínima gana de ayudarle. Sin embargo, era ella la que siempre estaba insistiendo en meterse a investigar cualquier caso en el que pareciese haber algo sobrenatural y en ayudar a la gente a librarse de ello. Ethan había dicho que en aquel lugar estaba muriendo gente. No podían pasar de algo así solo porque Eli no le soportara.

Antes de que reuniera el valor suficiente para decirle algo, Ethan aparcó su coche y salió. Le siguieron fuera y se dirigieron a un edificio rojizo.

—Ese es el edificio de administración —dijo Ethan, señalándolo—. Vamos, nos están esperando.

Empezó a temer que fueran a cachearles y que, en cuanto le pusieran las manos encima a Eli, esta montaría tal escándalo que les echarían. Sin embargo, Ethan se

dirigió a un mostrador que había a la entrada. Tras intercambiar unas palabras con el guardia, este les indicó que podían pasar y pidió a otro hombre que les acompañara.

Subieron un par de pisos hasta llegar a un despacho que hacía las veces de recepción. Estaba limpio y ordenado, con las paredes cubiertas de archivadores. Sentado tras una amplia mesa, había otro guardia que les informó de que el director les estaba esperando. El que les había escoltado caminó hasta una puerta de madera oscura y dio un par de golpes en ella. Una voz les invitó a pasar.

Entraron en un amplio y elegante despacho. Las paredes, pintadas de blanco, también estaban llenas de archivadores. Destacaban dos enormes ventanales con forma de arco que ocupaban casi la totalidad de la pared del fondo. Al se sorprendió al ver que, incluso en el despacho del director de la prisión, las ventanas lucían unas gruesas rejas.

Un hombre se levantó desde detrás de su escritorio y se acercó a ellos. Era muy alto y delgado. Su piel tenía un tono pálido y enfermizo. El pelo le empezaba a clarear, pero él trataba de ocultarlo mediante una hilera de largos mechones que cruzaban su cabeza de lado a lado formando un intrincado laberinto. Su impoluto traje negro le daba aspecto de empleado de funeraria. El hombre se acercó a Ethan y ambos intercambiaron un abrazo y varias palmadas en la espalda. Cuando se separaron, el director les lanzó una mirada escrutadora desde detrás de sus pequeñas gafas redondas de montura dorada.

—¿Estos son los chicos de los que me hablaste? —preguntó arrugando el entrecejo—. ¿Los investigadores psíquicos?

Al no se molestó por aquella mirada de incredulidad. Sabía la impresión que su aspecto solía causar. Su chaqueta de cuero y sus pantalones ajustados no se correspondían con la imagen que uno podía hacerse de un experto en temas paranormales. Las pintas que llevaba Eli, con sus mallas agujereadas, sus camisetas con portadas de discos de heavy metal y su pelo cardado tampoco ayudaban mucho.

—Sí, somos nosotros. —Al se adelantó para tenderle la mano con una sonrisa de confianza en la cara—. Aleister McNeal y Eloise Carter.

El director les devolvió el saludo y después les indicó con un gesto que podían sentarse, antes de volver a ocupar su sitio tras el escritorio.

—Encantado de conocerlos. Ethan me ha hablado muy bien de vosotros.

—Lo dudo mucho —masculló Eli entre dientes.

Al le lanzó una mirada de reproche. Se suponía que ella era la responsable y formal del grupo, pero llevaba toda la tarde portándose como una cría. Comprendía que no quisiera ayudar a Ethan, pero estaba convencido de que iban a pagarles muy bien por aquel trabajo y, al menos, quería escuchar la oferta.

—Nosotros también estamos encantados de conocerle. —Continuó hablando como si no hubiera escuchado a Eli—. Su primo Ethan nos ha dicho que tienen un problema en la prisión y que podríamos serle de ayuda.

—Sí, es cierto... —El hombre se quitó las gafas y se apretó el puente de la nariz con dos dedos, como si tratara de ahuyentar una migraña. Después se levantó, se dirigió a una esquina del despacho y se sirvió un whisky —. ¿Queréis tomar algo?

Al se dio cuenta de que, con aquel ofrecimiento, el hombre estaba tratando de ganar tiempo y reunir el valor suficiente para contarles lo que pasaba. O quizá estaba tratando de evaluar si podía fiarse de ellos. Le dirigió su mejor sonrisa mientras negaba con la cabeza.

—No, gracias. Es usted muy amable. —Al carraspeó e intentó hablar con su tono más serio y profesional—. Señor Morris, no tiene que preocuparse por nada de lo que vaya a contarnos. No vamos a juzgarle y nada de lo que se diga en este lugar saldrá de aquí. Tiene nuestra palabra.

El director asintió, vació la mitad de su vaso de un trago y regresó a su asiento. Tomó una larga bocanada de aire, volvió a asentir y empezó a hablar.

—Tienes razón. Lo mejor será que os lo cuente cuanto antes para que me digáis si podéis ayudarme a resolver esta locura. —El director se reclinó en el respaldo de su sillón—. Lo primero que debéis saber es que hay incontables rumores y leyendas que dicen que esta prisión está embrujada.

—¿En qué sentido? —preguntó Eli, interviniendo por primera vez en la conversación.

—Ya sabéis... Hay gente que dice que siente presencias o un frío repentino, que cuenta que escuchó susurros en los corredores, que sienten que, de repente, están acompañados... Podéis escuchar esas historias tanto de boca de los presos como de los mismos guardias.

—¿Y nos ha llamado por eso? —dijo Eli enarcando una ceja.

—No, claro que no. Esas historias llevan décadas rondando por Sing Sing sin que hayan supuesto ningún problema. Digamos que forman parte del folclore del lugar. —El director les dirigió una sonrisa nerviosa—. Teniendo en cuenta la cantidad de gente que ha muerto entre estos muros, es normal que se cuenten estas cosas.

—¿Y qué es lo que ha cambiado? —preguntó Al.

—Hace un par de meses sucedió algo para lo que no tenemos explicación. —El director abandonó su postura envarada y se inclinó hacia ellos, bajando el tono de voz como si tuviera miedo de que alguien pudiera estar escuchando—. Un guardia del pabellón B sacó a uno de los presos de su celda, cerró la salida del pabellón y lo llevó por los corredores hasta la antigua Casa de la Muerte. Cuando consiguieron encontrarles, el guardia estaba en estado de shock y el preso estaba muerto.

—Bueno, es un suceso muy triste, pero no le encuentro nada de sobrenatural —le cortó Al—. Es muy posible que ese guardia tuviera algo en contra de ese preso o que estuviera sometido a mucho estrés...

—Dejadme explicarlo todo antes de opinar, por favor. —El director pareció molesto por la interrupción. Daba la impresión de que, ahora que había empezado a hablar, tenía prisa por contar toda la historia—. El preso estaba tirado en el suelo y presentaba quemaduras. Además, se le habían derretido los ojos. La autopsia confirmó que había muerto electrocutado. El guardia fue interrogado en multitud de ocasiones, pero se reafirmó en su primera declaración: No se acordaba de nada. Solo recordaba que estaba haciendo su ronda, como todas las noches, y, de repente, tenía a aquel preso muerto a sus pies y sus propios compañeros estaban gritándole y deteniéndole.

—Es un suceso extraño, pero podría explicarse por el estrés, tal y como ha dicho Al —intervino Eli—. ¿Hay algo más que les haga pensar que puede deberse a causas paranormales?

—Sí, por desgracia hay mucho más. Hace tres semanas volvió a suceder lo mismo. Otro guardia y otro preso, por supuesto, pero idéntico resultado. —El director soltó un largo suspiro y tomó otro trago de su vaso antes de seguir hablando—. Eso convirtió la prisión en un caos. Una cosa es que un guardia se vuelva loco y mate a un preso. Es un suceso horrible, pero se le puede dar una explicación razonable y entregar al culpable a la justicia. Sin embargo, cuando el caso se repitió... Empecé a recibir muchas presiones de altos cargos para que explicase qué estaba sucediendo y les asegurase que no iba a volver a repetirse. Los guardias empezaron a ponerse

nerviosos y el rumor corrió por toda la prisión. ¿Imagina lo que es tener a más de dos mil reclusos violentos y peligrosos temiendo que uno de los guardias pueda volverse loco y matarlos? La situación empezó a volverse insostenible...

—¿Y qué hizo usted? —preguntó Eli, al ver que el hombre había parado de hablar.

—Todo lo que estuvo en mis manos —respondió—. En Sing Sing siempre estamos escasos de personal. Es una cárcel de máxima seguridad en la que están encerrados los delincuentes más peligrosos de todo el estado. Además, es una de las prisiones más antiguas y saturadas. Eso hace que nadie pida ser asignado aquí. Los chicos que salen de la academia a los que se les asigna este destino ya han rellenado su solicitud de traslado a otro centro incluso antes de entrar. Comenté nuestros problemas con el gobernador y, por suerte, se decidió a ayudarme. A ninguno de mis guardias se le ha concedido el traslado a otro centro y se me han asignado muchos de los nuevos reclutas que han salido de la academia en las dos últimas semanas. Además, la mayoría de los guardias empezaron a trabajar más horas de las normales. Eso me permitió poner dos guardias en cada galería del pabellón B en lugar de uno y situar hombres en el corredor que lleva desde allí hasta la antigua Casa de la Muerte. También recibimos presupuesto para colocar cámaras de seguridad en los lugares afectados.

—¿Y consiguieron que las muertes cesaran? —quiso saber Eli.

—Por desgracia, no. —El hombre vació lo que quedaba en su vaso de un solo trago—. Hace dos noches volvió a suceder.

—Pero eso no puede ser... —intervino Al—. ¿Y todas las medidas de seguridad?

—No sirvieron de nada. —El director se levantó de su sillón y caminó hacia un televisor situado en una esquina del despacho—. Lo que voy a mostraros es un montaje hecho a partir de lo que grabaron todas las cámaras de seguridad situadas entre el pabellón B y la antigua Casa de la Muerte. Espero que vosotros podáis darme una explicación sobre esto. Yo lo habré visto cien veces y no la encuentro.

El hombre encendió el televisor, metió una cinta en el vídeo y pulsó el botón para que empezara a reproducirse. Al y Eli se levantaron de sus asientos y se acercaron a la pantalla. La imagen era muy oscura y tenía poca calidad, pero se distinguía un pasillo en penumbra y una gran reja de hierro custodiada por dos hombres que conversaban

entre sí. La cinta no tenía sonido, así que no podían saber qué estaban diciendo, pero, de repente, ambos hombres dejaron de hablar y uno de ellos cayó al suelo. El otro hombre no pareció sorprenderse. Ni siquiera trató de ayudar a su compañero. Empezó a andar por el pasillo mientras revolvía en el llavero que llevaba al cinto. Tras abrir una de las celdas, sacó de ella a un hombre, que trataba de resistirse, de arrojarse al suelo, de agarrarse a las verjas... El guardia que tiraba de él parecía tener una fuerza sobrehumana o estar imbuido de una voluntad inquebrantable, porque siguió arrastrándole como si no pesara nada hacia la gran puerta de hierro. Después, abrió la reja, hizo pasar al hombre al otro lado y volvió a cerrar a su espalda. Unos segundos después, se veía bajar a varios guardias por una escalera situada al fondo. Llegaron hasta la reja y empezaron a tirar de ella, pero no consiguieron abrirla. El director detuvo la reproducción para explicarles lo que habían visto:

—Solo uno de los guardias del piso de abajo tiene la llave que cierra la reja del pabellón.

—Y justo el guardia que tenía la llave fue el que decidió secuestrar a uno de los presos y llevárselo, dejando encerrados a todos sus compañeros —intervino Al—. ¡Qué casualidad tan afortunada para él!

—¿Y qué le pasó a su compañero? ¿Por qué cayó desplomado de esa manera? —preguntó Eli.

—Se desmayó sin más —contestó el director.

—Vaya, otra afortunada casualidad, ¿no? —comentó Al.

—Hay muchas más casualidades. Demasiadas —dijo el director volviendo a poner la cinta en marcha—. Ahora lo veréis.

La imagen mostraba un largo corredor mal iluminado. Lo único que se distinguía con claridad era una línea de color amarillo que dividía el corredor en dos y que parecía marcar el camino. Más adelante se veía otra reja, frente a la cual esperaba un guardia. Cuando el que había escapado del pabellón B apareció ante la cámara, llevando casi a rastras al preso, el guardia que custodiaba la verja cayó al suelo, profundamente dormido. El otro hombre solo tuvo que acercarse, revolver en su cinturón hasta encontrar la llave que necesitaba y abrir la verja, llevando con él al preso que seguía luchando y debatiéndose. Aquella misma secuencia se repitió tres veces más en tres nuevas verjas antes de que el director volviese a detener la reproducción.

—¿Se os ocurre ya alguna explicación para esto que acabáis de ver? —preguntó

con una mirada que parecía suplicante.

Ellos negaron con la cabeza, sin poder apartar la vista de la pantalla. El director lanzó un largo suspiro y volvió a poner la grabación en marcha.

—Pues ahora viene lo peor...

Las imágenes en pantalla mostraban un pasillo de color blanco con celdas a uno de los lados. La pared de enfrente estaba llena de ventanas enrejadas, pero era de noche y no entraba luz por ellas. Tan solo había un par de bombillas que, en lugar de iluminar la escena, parecían acrecentar las sombras. Se intuía movimiento en las celdas: sombras aún más oscuras que parecían acechar desde detrás de los barrotes, unas manos que se aferraban de repente a las rejas, el brillo de unos ojos en la oscuridad...

—¿Qué lugar es ese? —preguntó Al, sintiendo que el estómago se le contraía sin que pudiera explicar por qué.

—El corredor de la muerte —contestó el director.

El guardia apareció en pantalla, arrastrando al preso. Al agradeció que la grabación no tuviera sonido. Si hubiera podido escuchar los alaridos de terror de aquel hombre, aquello habría sido mucho peor. Ya era demasiado duro ver sus ojos aterrorizados, tan abiertos que daba la impresión de que iban a salirse de las cuencas, su cara desencajada, su boca abierta en un grito mudo... Los dos hombres recorrieron el pasillo hasta una nueva verja situada al fondo. Aquella verja no estaba cerrada ni había ningún guardia custodiándola.

La imagen de la cámara cambió de nuevo. Se veía una estancia circular rodeada de celdas. También estaba muy oscuro y, a pesar de que se percibían movimientos al otro lado de los barrotes, no pudieron distinguir a sus ocupantes.

—Este es el salón de baile —explicó el director.

—¿El qué? —preguntó Al, confuso.

—El salón de baile. Es el nombre con el que se conocía al lugar en el que los condenados a muerte pasaban su última noche para que pudieran prepararse: tomaban su última cena, podían recibir alguna visita de algún familiar cercano, ser oídos en confesión...

Vieron entrar en plano al guardia y al prisionero, que se había arrojado al suelo.

El hombre se retorció y pataleaba, fuera de sí. El guardia seguía tirando de él como si no le supusiera ningún esfuerzo, a pesar de que debería de estar agotado por estar luchando con un hombre que oponía tanta resistencia. Se encaminaron hacia una puerta situada en el centro de la pared del fondo.

—¿A dónde lleva esa puerta? —preguntó Eli sintiendo un estremecimiento.

—A la sala de ejecuciones —respondió el director.

Al tuvo ganas de pedirle que detuviera la reproducción. Sabía lo que iba a suceder y no tenía ninguna gana de verlo. Se sentía enfermo tan solo con anticipar las imágenes que iban a contemplar a continuación. Le parecía que un frío extremo se había adueñado de su interior, sentía el estómago revuelto y tenía todo el cuerpo en tensión, como si sus nervios se hubieran convertido en unos cables estirados al máximo y al límite de su resistencia. Sin embargo, no dijo nada. No podía demostrar lo asustado que estaba y las ganas que tenía de marcharse de allí y poder olvidarse de todo aquello. No sería profesional.

La imagen de la pantalla volvió a cambiar. Se veía una habitación en penumbras en la que solo destacaba una vieja silla oscura, iluminada por un foco. No era una silla normal. Tenía correas por todas partes: para las manos, para los pies, para la cabeza... El guardia arrastró hacia allí al preso, le levantó como si no pesara nada y, de un empujón, lo estampó contra el asiento. Después sujetó sus manos y piernas sin que pareciera que le costará esfuerzo vencer la resistencia del otro hombre, que trataba de escapar desesperado.

Cuando le tuvo sujeto y le hubo amarrado también por la frente, colocó un casquete sobre su cabeza y, un segundo después, la luz que iluminaba la silla empezó a fluctuar, mientras el preso se retorció, preso de incontenibles espasmos. Al se forzó a seguir mirando la pantalla. Por un lado, aquellas imágenes le horrorizaban, pero, por otro, se sentía hipnotizado por ellas. No podía creer que lo que estaba viendo fuera real. El preso seguía debatiéndose mientras un humo negro empezaba a surgir de su cuerpo. Se acercó un poco más para tratar de distinguir qué era lo que brotaba de los ojos del hombre. ¿Estaba llorando? ¿Se podía llorar mientras te electrocutaban? Cuando se dio cuenta de que, en realidad, lo que surgía de aquellas cuencas eran los ojos del preso derritiéndose, se apartó de un salto de la televisión y, sin poder contenerse, vomitó sobre la alfombra.

Cuando acabó, levantó la cabeza y vio al director, que le lanzaba una mirada

que era a la vez comprensiva y reprobadora. El hombre le tendió un pañuelo y Al se limpió la boca y forzó una sonrisa de agradecimiento.

Eli también se había separado de la televisión y se encontraba de espaldas a la pantalla, tapándose la boca con la mano. Parecía que ella había conseguido contener las ganas de vomitar, pero había estado muy cerca. El director estuvo callado un par de minutos para permitir que se repusieran.

—¿Estáis preparados para continuar? —les preguntó—. Lo que queda ya no es tan malo.

Asintieron y volvieron a acercarse a la pantalla. El director reanudó la reproducción. El cuerpo del preso siguió convulsionando unos segundos más, antes de quedar inmóvil definitivamente. La luz que iluminaba la silla dejó de fluctuar y se quedó fija, mostrando aquel cadáver con una claridad fría y descarnada. El guardia que le había llevado hasta allí seguía firme al lado de la silla, con una expresión de paz absoluta en el rostro.

Pocos segundos después, un grupo de guardias entró en la sala. Uno de ellos corrió hacia el preso y trató de encontrar sus constantes vitales, mientras los demás rodeaban a su compañero. Este pareció despertar de su letargo. Aunque no pudieron escuchar sus palabras, vieron que movía la boca diciendo algo.

—¿Sabe qué fue lo que les dijo a sus compañeros cuando le detuvieron? —preguntó Eli.

—Sí, exactamente la misma frase que dijeron los otros dos guardias —contestó el director tras apagar el vídeo y volverse hacia ellos—: “Aún no sé por qué estoy aquí”.

Dos hombres vestidos con monos naranjas salieron del despacho del director después de limpiar el desastre que había organizado Al. Le lanzaron una mirada despectiva al pasar, pero, por suerte, no dijeron nada. Ethan les había explicado que eran cabos de limpieza: presos a los que, por su buena conducta dentro de la prisión, se les asignaban ciertas tareas a cambio de privilegios.

Volvieron a entrar en el despacho del director. Olía a desinfectante con aroma de pino que enmascaraba casi en su totalidad el olor del vómito. Al intentó ignorarlo y se sentó muy tieso en su sillón, dispuesto a encararse con el director.

—Creo que tiene que contestarnos a unas cuantas preguntas —dijo en cuanto el

otro hombre ocupó su sitio.

—¿Preguntas? ¿Qué preguntas?

—Para empezar nos gustaría saber si han interrogado a los tres guardias que asesinaron a los presos. ¿Les han dicho por qué lo hicieron? —intervino Eli, impidiéndole hablar.

—Por supuesto que les hemos interrogado —contestó el director—. Dicen que no recuerdan absolutamente nada. Según cuentan, su último recuerdo antes de ser detenidos es el de estar trabajando tranquilamente en el pabellón B.

—¿Podríamos hablar con ellos? —siguió preguntando Eli.

—No están aquí. Como comprenderéis, no podíamos encerrarlos en la misma prisión en la que fueron guardias estando acusados, además, de la muerte de algunos presos. Están confinados en celdas de máxima seguridad en la prisión de Elmira a espera de juicio. No creo que se pueda hablar con ellos.

—Vaya, entonces no podemos saber si tenían algo contra esos presos —comentó Eli.

—No tenían absolutamente nada contra ellos. —El director dio un golpe con la mano abierta sobre la mesa de su despacho, haciendo que se sobresaltaran—. Mirad, me da mucha pena la vida de esos presos, pero, aunque suene políticamente incorrecto, me preocupa mucho más la vida de mis hombres. Cada uno de esos tres guardias va a cumplir condena por haber asesinado a sangre fría a un preso indefenso. Eso son muchos años de cárcel. ¿Os hacéis una idea de lo bien que lo pasa un funcionario de prisiones encerrado entre presos comunes? Van a tener que pasar esa condena encerrados en una celda de seguridad, sin contacto con ningún otro ser humano, disfrutando de una hora de patio diaria... Y estoy seguro de que no son culpables, de que aquí está pasando algo que escapa de toda explicación lógica.

—No se ponga así. Le comprendemos y vamos a ayudarle —dijo Eli mientras extendía su brazo sobre la mesa para tomar la mano del director e intentar tranquilizarle.

Al se sorprendió. Desde el momento en el que Ethan había aparecido para tratar de contratarles, ella no había hecho otra cosa que poner excusas para no aceptar aquel trabajo. Tras haber visto de qué se trataba, era él quien no quería permanecer ni un minuto más en aquel lugar: una prisión de máxima seguridad en la que residían los

peores delincuentes del estado y en la que algún extraño fenómeno parecía controlar la voluntad de los guardias y hacerles asesinar gente a sangre fría. Desde que había visto el vídeo solo podía pensar en poner todas las millas posibles entre ellos y aquel lugar y, justo en ese momento, Eli decidía cambiar de opinión y comprometerse a ayudar. Negó con la cabeza mientras se echaba el flequillo hacia atrás con ambas manos y soltaba un largo resoplido de frustración. Debería de haberlo sabido. Eli no era capaz de pasar de largo si sospechaba que algún ente maligno estaba haciendo de las suyas. Siempre lo consideraba como algo personal.

—Bueno, antes de aceptar el trabajo, yo también tengo alguna pregunta que hacerle —dijo, mirando al director a los ojos—. Usted ha dicho que hizo todo lo que estuvo en su mano para asegurarse de que no hubiera más muertes. ¿No se le ocurrió ni por un segundo desenchufar esa puta silla eléctrica?

El director se le quedó mirando durante unos instantes antes de soltar una risita nerviosa que fue subiendo en intensidad hasta convertirse en una carcajada. Al pensó que toda aquella tensión había terminado por desquiciar a aquel pobre hombre.

—No lo entiendes... No lo entiendes en absoluto... —dijo cuando pudo contenerse y volver a hablar—. Todo lo que habéis visto en el vídeo no está ahí. La última ejecución en esta cárcel fue en 1963. El corredor de la muerte ya no existe, ni el salón de baile, ni la sala de ejecuciones... Todo eso es ahora un centro de formación. Hay talleres, aulas...

—No puede ser... —intervino Al cuando fue capaz de cerrar la boca—. Lo hemos visto en ese vídeo...

—Lo sé... Es una locura, ¿verdad? —El director soltó otra risita histérica.

—¿Y la silla? —preguntó Eli—. ¿Sigue aquí?

—No, la silla tampoco está. Lleva años en un museo de Virginia.

Después de disculparse con el director, salieron del despacho y siguieron caminando hasta un pasillo en el que pudieran hablar a solas. Eli se apoyó en una pared y se quedó esperando.

—¿Qué era eso tan importante que no podíamos discutir delante de Ethan y su primo? —preguntó al ver que Al no se arrancaba a hablar.

—¿En serio estás pensando en aceptar este caso? No me lo puedo creer...

—¿Y por qué no? Para mí está claro que hay fenómenos sobrenaturales en este lugar —contestó ella—. No podemos marcharnos y dejarles a su suerte. ¿Quién les ayudaría?

—Me da igual. Hay un montón de brujos y adivinos en cada ciudad. Seguro que Nueva York está plagado de ellos... —dijo Al mientras se paseaba arriba y abajo por el pasillo.

—No. Nueva York y todas las demás ciudades están plagadas de charlatanes y timadores. —Eli se acercó a él y le tomó la mano para hacer que se detuviera y la mirara—. Esta gente necesita a alguien que pueda ayudarles de verdad. Si no lo hacemos, morirá más gente y más guardias tendrán que pasar el resto de su vida en la cárcel por un delito que en realidad no han cometido.

—Bueno, esa gente ya pasaba la vida en una cárcel. ¿Qué más nos da a qué lado de las rejas lo haga?

—No estás hablando en serio —le dijo ella con voz suave pero firme—. ¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué no quieres aceptar este caso?

—¿Tú sabes la gente que hay ahí dentro? Esto es una prisión de máxima seguridad. La gente que está encerrada aquí son asesinos, delincuentes violentos... Es muy peligroso, Eli. No quiero entrar ahí.

—Te comprendo, pero no nos pasará nada —le consoló ella—. Estaremos juntos y todo irá bien.

—¿Cómo que estaremos juntos? —preguntó él, negando con la cabeza—. Tú no vas a entrar ahí.

—¿Y por qué no? Hay mujeres guardias. Las he visto al entrar. Nos infiltraremos para investigar...

—¡Que no! —gritó él—. Ni de palo, Eli. No voy a dejarte al alcance de esa gentuza.

—Vaya... Tengo una noticia que va a herir tu orgullo de machito alfa: Tú no mandas sobre mí.

—Eloise, cariño... —Se acercó a ella y le acarició la mejilla con dulzura—. Solo estoy tratando de protegerte.

—Lo sé, pero no necesito que me cuides como a una princesita desvalida. Te recuerdo que yo soy la bruja del cuento. —Eli le dirigió una sonrisa—. Sabemos que hay algo sobrenatural ahí dentro y lamento informarte de que en esos temas soy yo la que está más preparada y la que tiene que preocuparse por protegerte, así que no vuelvas a ponerte chulito conmigo.

—Está bien. Lo siento. —Al resopló y miró al techo, desesperado—. No se trata de si ahí dentro hay peligros naturales o sobrenaturales ni de quién tiene que proteger a quien. Este caso apesta, Eli. Es demasiado peligroso. Tomémonos unas vacaciones, tal como habíamos hablado, y olvidémonos de ello.

Eli se quedó unos segundos observándole en silencio, al tiempo que negaba con la cabeza. Después le tomó las manos y clavó la mirada en sus ojos.

—No podemos olvidarnos. Al menos, yo no puedo. —Ella apretó sus manos y él sintió una especie de corriente eléctrica que surgía de ella, una energía inquebrantable—. No puedo seguir adelante después de haber visto la desesperación en los ojos de ese chico al saber que iba a morir. Si me marcho, habrá más muertes, más chicos volverán a luchar desesperadamente por su vida mientras alguien les ata a esa maldita silla y les fríe el cerebro. ¿En serio crees que puedo olvidar todo eso y marcharme?

Al soltó sus manos y volvió a caminar arriba y abajo por el pasillo. Su mente funcionaba a mil revoluciones por segundo, tratando de encontrar un argumento que pudiera convencer a Eli, aunque sabía perfectamente que no lo había y que estaban condenados a aceptar aquel maldito caso.

—Está bien, pero pediremos cincuenta mil dólares por el trabajo. Si nos vamos a meter en esta mierda, que sea para algo. —Esperó a que ella asintiera antes de seguir hablando—. Y, si en algún momento vemos que nuestras vidas están realmente en peligro, nos largaremos sin mirar atrás. ¿De acuerdo?

—Trato hecho —dijo ella con una sonrisa triunfal en el rostro—. Vamos a decírselo al director.



CAPÍTULO DOS

Cuando entramos en la habitación del motel, dejé mi mochila en una esquina en la que no molestara, cerca del armario. Al no fue tan cuidadoso. La arrojó al suelo de cualquier manera y se derrumbó en la cama para probarla.

—El colchón no está mal —dijo, dando un par de golpecitos para invitarme a acompañarle.

—Pues será lo único que no esté mal en este antro...

Me puse las manos en las caderas y giré sobre mí misma para observar la habitación en detalle. Era bastante deprimente. Todo estaba pintado en un desvaído tono beige, que debía servir para ocultar el color de la nicotina de los millones de cigarrillos que se habían fumado allí desde la última vez que pintaron. Al mirar las cortinas amarillentas, me planteé que quizá su color original, al igual que el de las paredes, había sido blanco. Los muebles eran escasos y parecían sacados de algún mercadillo. Aparte de la cama y de un armario empotrado cuya puerta no encajaba bien, solo había una mesa con la pintura descascarillada y un taburete en el que daba miedo sentarse.

—Esto es una cochinería —dije, volviéndome hacia Al—. Si el director no puede pagarnos un alojamiento mejor, no entiendo por qué no podemos dormir en la caravana.

—¿Y dónde la íbamos a dejar? ¿En el aparcamiento de la prisión? —Al se sentó en la cama y me tendió la mano para que me acercara—. Llamaría demasiado la atención y la gente haría preguntas. En serio, esto no está tan mal. Queda a menos de

diez minutos andando de la cárcel, está limpio y no hay bichos. En peores sitios hemos dormido.

—Está bien... Nos quedaremos aquí —dije, sentándome a su lado tras soltar un suspiro.

Al sonrió, puso una mano en mi pecho y empujó para tumbarme sobre la cama. Después, con un ágil movimiento, se colocó sobre mí y me agarró las muñecas para inmovilizarme.

—En serio, el colchón parece cómodo. —Me lanzó una de sus irresistibles medias sonrisas—. Si quieres, lo probamos.

—No podemos —le dije, mordiéndome el labio inferior mientras le lanzaba una mirada apenada—. Nuestro turno en la prisión empieza en una hora.

—Joder, es verdad... —Se quitó de encima de mí y frunció los labios como un niño enfadado—. No entiendo a qué viene tanta prisa. Podríamos haber empezado mañana. Solo nos ha dejado cuatro horas para que Ethan nos llevara de vuelta a Newark, explicárselo todo a mis padres, recoger nuestras cosas y volver aquí a instalarnos. No he empezado a trabajar allí y ya estoy estresado... Y se supone que ahora tenemos que pasar toda la noche despiertos.

—Es comprensible que tenga prisa. No sabe cuándo se volverá loco alguno de sus guardias y tiene a más de dos mil presos al borde del motín. —Me puse de pie y le di un par de palmadas en la espalda para que me imitara—. Venga, si cuando volvamos nos vemos con fuerzas, podremos probar el colchón.

—Sí, seguro... —se quejó él—. Como no sea para dormir... Estoy destrozado ya.

—Vamos, quejica. No podemos llegar tarde el primer día de trabajo.

Después de ponernos los uniformes, nos dirigimos a la sala en la que se asignaban los turnos de trabajo. Había una larga fila de guardias preparados para entrar al turno de noche, todos vestidos con uniforme gris. Cuando nos colocamos en la fila, muchas cabezas se giraron para observarnos, pero nadie nos saludó ni nos sonrió ni nos preguntó nada. Tras echarnos un breve vistazo, todos volvieron a mirar hacia delante.

—Vaya, parece que la gente no es muy sociable por aquí —comentó Al en

susurros.

—Supongo que el ambiente estará raro con las cosas que están pasando — respondí—. Limitate a estar atento y a escuchar. No hemos venido aquí a hacer amigos.

—Claro, para ti es fácil. A ti no te gusta hacer amigos en ningún sitio.

Me limité a lanzarle una mirada enfadada y a permanecer en silencio mientras la fila iba avanzando. Cuando llegó mi turno, le entregué mi tarjeta de control a un hombre con camisa blanca, lo que le identificaba como oficial. El hombre consultó mis datos y después pasó unos segundos buscando mi nombre en una larga lista que tenía sobre la mesa.

—Carter al pabellón B. Galería R.

Sonreí y recogí mi tarjeta de control. Me aparté unos pasos de la fila, pero me quedé cerca de la puerta para esperar a Al. Vi cómo el sargento tomaba su tarjeta y tras consultar su lista, le asignaba también al pabellón B, pero a la galería T. No tenía ni idea de dónde estaba cada una, pero esperaba que no nos hubieran puesto demasiado separados.

Nos apoyamos en una pared a esperar a que se formara el grupo de guardias a los que se había asignado el pabellón B aquella noche. A pesar de que Al trataba de disimularlo, noté que estaba inquieto. Se daba golpecitos en los muslos al ritmo de una canción que debía estar sonando en su cabeza. Al cabo de un par de minutos, no pudo contenerse y empezó a cantar en voz baja:

—*Todo el mundo en el bloque de celdas estaba bailando el rock de la cárcel...*

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunté en un susurro—. ¿Es que no puedes comportarte ni una sola vez de forma apropiada?

—Joder... ¿Y qué hay más apropiado que cantar *The jailhouse rock* en una cárcel que además se llama Sing Sing?

—El nombre no significa eso, listillo —le dijo un guardia con cara de pocos amigos—. Proviene de los indios que vivían aquí y significa “Piedra sobre piedra”.

—Deja al chaval —intervino otro guardia, lanzándole una mirada burlona—. ¿No ves que es nuevo? Ya verás cómo, después de un par de noches en el pabellón B, se le pasan las ganas de cantar.

Él miró hacia otro lado, como si no les hubiera oído. Me alegré de que no les contestara. Por muy encantador que resultara Al en todas las situaciones sociales, me parecía que no iba a tener mucho éxito en aquel sitio.

Nos pusimos en marcha siguiendo a otros guardias que se dirigían al pabellón B. Empecé a sentirme nerviosa en el mismo momento en el que puse un pie en el corredor que llevaba hasta allí. Era estrecho, oscuro y mal ventilado. Tan solo estaba iluminado por algunas fluorescentes, que emitían una luz amarillenta y enfermiza. Algunas de ellas parpadeaban, provocando que nuestras sombras parecieran moverse por la pared de forma desacompañada a nuestros movimientos, como si fueran seres independientes que nos acompañaran y trataran de imitarnos.

El olor a humedad lo impregnaba todo. Junto al eco de nuestros pasos, se escuchaba el goteo continuo del agua cayendo del techo. Había charcos por todo el suelo y, en algunas paredes, se veía el agua filtrándose como un manantial que hubiera encontrado una salida. El ambiente era agobiante, el aire parecía pesar y me resultaba difícil respirar, pero seguí adelante, tratando de estar lo más cerca posible de Al. Me habría encantado darle la mano, pero no habría quedado nada profesional, así que me limité a caminar tras él siguiendo la línea amarilla que dividía el corredor en dos y marcaba el camino.

Tuvimos que pasar por tres rejas, cada una de ellas custodiada por un guardia. No entendía bien qué me pasaba, pero cuanto más avanzábamos hacia el pabellón B, peor me sentía. Parecía que el aire era cada vez más denso y que le costaba llegar a mis pulmones. Traté de respirar más rápido para obtener algo de oxígeno, pero solo conseguí marearme. Al se giró hacia mí y me miró preocupado, pero yoforcé una sonrisa y le susurré que estaba bien. Se me pasaría, solo eran los nervios por estar en un sitio tan lúgubre y estrecho. No padecía claustrofobia, pero la verdad era que nunca antes me había encontrado en una situación como aquella: rodeada de gruesos muros, atrapada por infinidad de rejas... Si había un sitio adecuado para sufrir claustrofobia, era aquel. Me planteé lo mucho que habíamos avanzado y lo que me costaría salir de allí si entraba en pánico y conseguí que mi ansiedad se multiplicara por mil.

Me forcé a reducir el ritmo de mi respiración y a tomar bocanadas de aire largas y profundas. Había practicado técnicas de relajación cientos de veces para los rituales. Aquel era el momento de ponerlas en práctica y recobrar el control. Me repetí a mí misma mil veces que no había nada que temer, que todo estaba bien, que yo era fuerte y me había enfrentado a cosas mucho peores. Conseguí que mi corazón se relajara el

ritmo de sus latidos y que mi respiración volviera a la normalidad, pero seguía sintiéndome mal. No era solo ansiedad, no era solo claustrofobia. Había algo más, algo que yo todavía no percibía de forma consciente. Algo en mí, quizá mis facultades de bruja, sí podía notarlo y trataba de advertirme de que no debía continuar, de que tenía que darme la vuelta y correr sin mirar atrás.

No lo hice. Seguí adelante detrás de la fila de hombres hasta que llegamos a la última verja, la que daba paso al pabellón B. En cuanto puse un pie dentro de aquel sitio y la reja se cerró a mi espalda, me quedé paralizada. No fue solo el frío y la oscuridad que dominaban aquel enorme lugar, sin ningún adorno ni espacio para la esperanza. Era su atmósfera, algo tan denso y oscuro como nunca antes había sentido. Se notaba en el aire, que era casi irrespirable. Olía a sudor, a odio, a miedo, a cientos de cuerpos hacinados en aquel lugar húmedo y sin ventilación. Y olía a algo más. Si las pesadillas tuvieran un aroma, sería ese. Se percibían los recuerdos de los malos tratos, de los latigazos, de los cientos de presos ejecutados, de los miles que habían muerto en aquellas celdas, condenados a no salir jamás con vida de aquel lugar. Todas aquellas sensaciones me golpearon, me invadieron y me dejaron paralizada. En aquel momento, cuando solo podía rezar para recuperar mi capacidad de movimiento y huir de allí o para poder gritar y pedir ayuda, llegó lo peor.

Los sentí allí, rodeándome. Desde que había perdido mi don, ya no podía verlos, pero sabía que estaban ahí. Las primeras sensaciones fueron sutiles. Incluso me pregunté si mi estado de nervios me estaba haciendo imaginarlo. Solo fue un frío repentino, como si una corriente gélida hubiera llegado desde las ventanas para acariciar mi piel. El vello de todo mi cuerpo comenzó a erizarse y el pelo de la nuca pareció ascender, como si alguien lo estuviera levantando para acariciar mi cuello. Empecé a notarles alrededor. Cada vez eran más. Parecía que ellos también se habían dado cuenta de que había alguien que podía percibir su presencia y se acercaban a mí como una marea. Comencé a escuchar sus respiraciones anhelantes y a sentir su pútrido aliento sobre mi piel. Me rodeaban, me olfateaban intentando descubrir qué era yo, por qué me encontraba más cerca de su plano que los demás mortales... Empecé a escuchar sus voces, pero solo eran débiles susurros y no podía distinguir palabras. No me importaba. Sabía lo que querían decirme. Querrían que hablase con alguno de sus familiares o que les ayudase a liberarse, a vengarse, a llevar a cabo cualquier asunto que hubieran dejado pendiente en el momento de su muerte... No podía ayudarles. Aunque hubiese entendido sus ruegos, eran decenas, cientos, miles de almas torturadas. Ayudarles a todos, incluso si sus peticiones eran lícitas, me llevaría toda la

vida.

—Eli, ¿estás bien? —me preguntó Al mientras se giraba hacia mí.

No pude contestarle. Seguía paralizada, incapaz de hablar o de moverme, sintiendo que cada vez me rodeaban más y más de aquellos seres. Solo pude mirarle, esperando que él comprendiera que necesitaba que me sacaran de allí.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó uno de los guardias acercándose a nosotros.

Creo que los seres se dieron cuenta de que yo quería escapar, porque, de repente, empecé a sentirlos sobre mi piel. Era una sensación fría y desagradable, cargada de dolor y desesperación. Empezaron a tocarme, a agarrarme, a golpearme para atraer mi atención. No era solo una sensación. Estaban allí de verdad. Algo rasgó la manga de mi camisa y las marcas de unos arañazos surgidos de la nada surcaron mi antebrazo. Supe que, si no me sacaban de allí, aquellos seres perdidos y desesperados acabarían por matarme.

Al se acercó a mí, me tomó por los hombros y me zarandeó, pero yo no pude reaccionar. Noté que mi cuerpo empezaba a temblar de forma descontrolada. La luz comenzó a volverse cada vez más débil y sentí que mis piernas ya no podían sostenerme. Mientras mi mente se retiraba hacia la inconsciencia, aún pude escuchar los gritos desesperados de Al.

—¡Ayudadme! ¡Está convulsionando! ¡Abrid esa puta reja!

Cuando abrí los ojos, lo primero que vi fue su sonrisa. Se abalanzó sobre mí y me miró como si estuviera contemplando un pequeño milagro. Aunque mi mente seguía nublada y no recordaba bien qué era lo que había pasado, supe que estaba preocupado, porque se contuvo y, en lugar de abrazarme hasta dejarme sin respiración, se inclinó sobre mí y me acarició el pelo.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó nervioso.

—No lo sé —contesté mientras miraba alrededor, confusa—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—En la enfermería. Te desmayaste nada más entrar al pabellón B. ¿No recuerdas qué te pasó?

Los recuerdos regresaron a mí como una marea, haciendo que mi ansiedad volviera a ascender, que mi corazón se desbocase y mis pulmones se cerrasen. Me senté en la cama y escruté la habitación al borde del ataque de nervios, temerosa de que todavía pudieran estar allí. Al se sentó en la cama y me abrazó con fuerza.

—Estás a salvo —me susurró mientras me mecía como a una niña pequeña—. No te va a pasar nada.

Me quedé entre sus brazos un par de minutos, hasta asegurarme de que todo estaba bien y recuperar el control. Parecía que no había ningún espíritu en la enfermería o, al menos, no era capaz de percibirlo. Cuando mi respiración volvió a su ritmo normal, Al me soltó y me tomó de las manos.

—¿Qué ha pasado? ¿Puedes contármelo?

Yo asentí y tomé aire un par de veces antes de empezar a hablar.

—Hay muchísimas almas atrapadas en ese pabellón. Puede que cientos o miles... —A pesar de que sabía que estaba a salvo y que nada iba a atacarme, mi voz se quebró por el miedo y todo mi cuerpo empezó a temblar—. Notaron mi presencia, se dieron cuenta de que yo era diferente y de que podía percibirlos y acudieron todos a mí. Todos trataban de hablarme, de pedirme cosas... Me tocaban, me empujaban... Y notaba su ira, su angustia, su desesperación...

Volví a echarme a llorar, sin saber bien qué era lo que me pasaba. Me dio la impresión de que aquellos seres me habían transmitido su dolor al tocarme, que todas aquellas sensaciones negativas se habían quedado impregnadas en mi piel y en mi alma...

—No puedo volver a entrar ahí, Al —me disculpé cuando fui capaz de hablar de nuevo.

—No te preocupes por eso. —Él volvió a separarme y secó mis lágrimas con sus manos—. Si quieres, lo dejamos. Puedo ir a hablar con el director y decirle que esto nos supera.

—No, ya te he dicho que quiero ayudarles.

—¿Y cómo lo vamos a hacer si tú no puedes ni acercarte a ese sitio? —preguntó él, encogiéndose de hombros.

—Tendrás que ser mis ojos y mis oídos ahí dentro. —Lancé un suspiro de

frustración. No me gustaba tener que hacerlo así, pero no se me ocurría otra manera.

—¡Qué bonito! —exclamó él, sarcástico—. ¿Y no temes que esas cosas me ataquen a mí?

—Hay que tener unas capacidades especiales para percibirlos y tú tienes la sensibilidad de una piedra —dije intentando bromear—. Tendrás que ser tú el que investigue y hable con los presos y los guardias para ver si alguien vio o notó algo raro. Yo me quedaré en el edificio de administración a estudiar los expedientes de los presos presentes y pasados y a revisar mis libros para ver si encuentro alguna explicación a esto.

—Está bien. Lo haremos así. En realidad, me haces un favor. Voy a librarme de leer todos tus aburridos libros. —Se levantó de la cama y me dio un par de palmadas en una pierna para reconfortarme—. Voy a avisar a la enfermera de que has despertado para ver si podemos ir al hotel a descansar.

—Pero tenemos que hacer nuestro turno de trabajo —dije, preocupada.

—El director se ha pasado por aquí y ha dicho que, cuando estuvieras bien, podríamos irnos. Ya empezaremos a investigar en serio mañana.

Le sonreí, sintiéndome más tranquila. Me encontraba agotada y me parecía imposible mantenerme despierta durante mucho más tiempo. Cuando Al llegó a la puerta, se giró y me dirigió una sonrisa burlona.

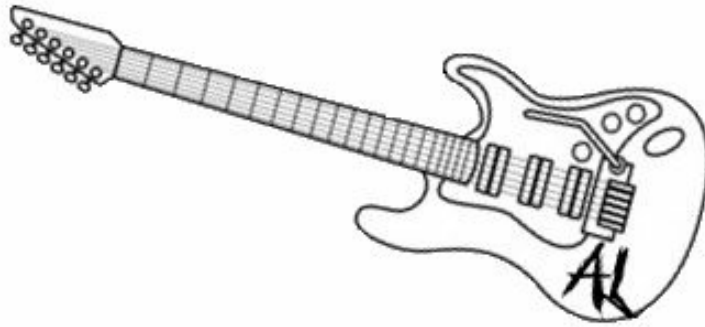
—Parece que al final vas a tener que darme la razón: tengo que protegerte como a una princesita desvalida.

Le arrojé la almohada a la cara, pero fue más rápido y consiguió esquivarla. Abrió la puerta, salió y volvió a asomarse, parapetado tras ella por si decidía arrojarle cualquier otro objeto que tuviera a mano.

—No te pongas así, mi dama. Tu valiente caballero cuidará de ti.

—Vete un poquito a la mierda, Al.

Él soltó una carcajada y cerró la puerta tras de sí. Volví a tumbarme en la cama, maldiciendo mi suerte y prometiéndome a mí misma que le haría tragar aquellas risas a la menor oportunidad.



CAPÍTULO TRES

Aunque no tenían que empezar a trabajar hasta la noche, Eli había insistido en que quería volver a Sing Sing cuanto antes para empezar a investigar, así que Al se encontró con el uniforme puesto cuatro horas antes de que comenzara su turno. Se dirigió hacia la mesa en la que se encontraba el sargento que asignaba los destinos, preguntándose qué podía decirle para que le dejara pasar.

—McNeal, ¿qué haces aquí? —preguntó el hombre tras echar un vistazo a sus papeles—. Te tengo asignado al turno de noche del pabellón B.

—Sí, bueno... He hablado con el director sobre la posibilidad de hacer unas cuantas horas extra... He oído que están escasos de personal.

—Tú verás, pero te vas a quemar en tres días. Luego no quiero quejas. —El sargento levantó la vista de sus papeles y, ante el desconcierto de Al, le guiñó un ojo—. Yo también he hablado con el director sobre ti y esa chica que te acompaña. Me ha sugerido que os deje cierta libertad de movimiento y que sea amable con vosotros. ¿Dónde te gustaría ir hasta que empiece tu turno?

Al sonrió, agradecido, y se preguntó a qué podía dedicar su tiempo. La respuesta le llegó enseguida, haciendo que su sonrisa se ampliara.

—Quiero ir a la Casa de la Muerte.

—Ya no se llama así, McNeal —le corrigió el sargento, volviendo a recuperar su dura expresión—. Ahora es el centro de formación. Está bien. Puedes ir, pero recuerda volver aquí antes de que empiece tu turno.

—Por supuesto, señor.

Se cuadró e hizo un saludo militar antes de marcharse. No debió de hacerlo bien del todo o quizá los funcionarios de prisiones ni siquiera se cuadraban, porque lo único que consiguió fue que el sargento chascara los labios y negara con la cabeza antes de volver la vista a sus papeles.

Después de perderse un par de veces, consiguió encontrar el camino que llevaba hasta el centro de formación. Aquel corredor no se parecía en nada al que conducía al pabellón B. Era muchísimo más largo, pero no resultaba tan claustrofóbico, ya que era un pasillo semiabierto. Una de sus paredes se componía de una serie de arcos con barrotes por los que se colaba un gélido viento. A pesar de no resultar tan agobiante, tampoco le resultó agradable caminar solo por allí. La pintura desconchada y las manchas de humedad le daban un aspecto triste, de ciudad abandonada hacía ya mucho tiempo, poblada tan solo por los recuerdos y los fantasmas.

Cuando consiguió llegar al centro de formación y pasar dentro, se quedó un par de minutos al lado de la última reja mientras contemplaba el lugar con la boca abierta. Aquel sitio no se parecía en absoluto a las imágenes que había visto en el vídeo. No había rastro de las celdas del corredor de la muerte. El edificio había sido reformado por completo y dividido en habitaciones con carteles que indicaban actividades como “aula de orientación profesional”, “taller de impresión”, “taller de carpintería” o “taller de soldadura”.

Los pasos de alguien acercándose le sacaron del ensimismamiento. Un hombre con camisa blanca se puso a su lado y le lanzó una mirada suspicaz.

—¿Y tú quién eres? —dijo a modo de saludo.

—McNeal, señor. Me envían como refuerzo —contestó Al, poniéndose firme.

—Joder, otro novato... —se quejó el hombre—. Está bien. Algo haremos contigo. Ve con Benford a vigilar el taller de carpintería.

Asintió y, sin decir una palabra más, se dirigió al destino que le había asignado. No sabía qué le sucedía, pero no se encontraba bien. Desde que había entrado en aquel sitio, le había parecido que algo absorbía su energía y le hacía sentirse triste y cansado. Trató de olvidarse de aquellas sensaciones. Se estaba dejando sugestionar. Aquel lugar solo era un centro de formación y trabajo. Daba igual que antes fuera un sitio en el que se realizaban ejecuciones, no importaba la cantidad de gente que hubiera muerto allí. Estaba seguro de que no quedaba nada de aquellas personas,

ningún tipo de impregnación o huella psíquica... Y mucho menos espíritus atrapados. Lo mejor sería que dejara de pensar en aquellas tonterías y se preocupara de los vivos. Estaba seguro de que eran mucho más peligrosos.

En cuanto cruzó la puerta del taller de carpintería, la sensación de peligro volvió a invadirle, pero, al menos, en aquella ocasión era un peligro real, de los que él podía comprender y palpar. Había más de cincuenta reclusos repartidos por la amplia sala. Muchos de ellos llevaban herramientas como sierras, martillos o destornilladores, que podían ser fácilmente utilizadas como armas. Por si aquello fuera poco, la mayoría de aquellos tíos eran enormes, mucho más parecidos a armarios roperos que a seres humanos. Se quedó mirando con la boca abierta cómo uno de aquellos hombres, cuyo bíceps era más ancho que uno de sus muslos, daba golpes con un martillo. Sintió un estremecimiento al imaginar que, si aquel tío se enfadaba, podía ser su cabeza la que ocupara el lugar de aquellas maderas.

Cuidando a aquellas cincuenta potenciales máquinas de matar se encontraba un solo guardia, que en aquel momento se aproximaba a él con cara de pocos amigos. Era bajo y regordete y su masa muscular daba risa si la comparabas con la de la mayoría de los reclusos. Llevaba una porra al cinto que tampoco resultaba muy amenazadora. Tragó saliva e intentó convencerse de que aquel tío tenía la situación bajo control y no había nada que temer. Fingió una sonrisa y, cuando el guardia llegó a su lado, se presentó:

—Hola, soy McNeal —dijo, tendiéndole la mano—. Tú eres Benford, ¿verdad? Me han dicho que viniera a ayudarte.

—Mierda... ¿Es que solo saben mandarme novatos? —se quejó el hombre sin responder al gesto de saludo—. Ponte en aquella esquina y trata de no molestar.

Decidió no decir nada más. Cada vez parecía más claro que en aquel lugar no iba a hacer muchos amigos. Se marchó refunfuñando a la esquina que le había indicado mientras pensaba que no sabía por qué les extrañaba que en aquella cárcel no hubiera más que novatos. Con la mierda de hospitalidad que mostraban, nadie querría quedarse el tiempo suficiente para convertirse en veterano.

Se apoyó en la pared y se dedicó a mirar cómo trabajaban aquellos hombres. Al menos tenían buen gusto musical. Había un pequeño radiocasete en una de las mesas y, a pesar de los ruidos de las herramientas, se podía escuchar *Texas flood* de Stevie Ray Vaughan. Se acercó más a la esquina del taller, que era un lugar más oscuro y

disimulado, y se entretuvo haciendo como que tocaba la guitarra, tratando de seguir las notas. La canción era más difícil de lo que parecía en un principio, pero tenía un ritmo que parecía entrarle por las tripas y conmover cada célula de su cuerpo. Tendría que acordarse de ensayarla cuando tuviera un rato libre.

El ruido de una silla al caer al suelo le devolvió al mundo real. Uno de los reclusos, un negro grande como una montaña, se había levantado apresuradamente de su puesto y le miraba con los ojos muy abiertos y una extraña expresión en la cara que Al no supo identificar. El hombre agarró algo de la mesa y salió corriendo hacia él con el puño en alto.

No supo reaccionar. El terror le invadió hasta tal punto que, aunque el hombre estaba gritándole algo, no pudo entenderlo. Tampoco fue capaz de moverse y agarrar la porra que llevaba al cinto para defenderse ni de llamar al otro guardia para que le ayudara. Se limitó a quedarse petrificado, viendo a aquel hombre acercarse a él con la potencia de una locomotora.

Cuando el preso ya estuvo encima de él, levantó aún más el brazo y lo echó hacia atrás para atacar. En aquel momento, el cuerpo de Al reaccionó de forma automática. Se agachó un poco y se inclinó hacia un lado, mientras el hombre golpeaba con todas sus fuerzas en el trozo de pared en el que había estado su cabeza unas milésimas de segundo antes.

El ruido del golpe le hizo reaccionar. Echó una mano a la cadera para sacar la porra, pero la mano del preso, que doblaba en tamaño a la suya, le agarró y le impidió completar el movimiento. Al levantó la cabeza para enfrentarse a él, pero la mirada del hombre volvió a dejarle paralizado. No parecía enloquecido ni furioso. Parecía preocupado por él, pero aquello no tenía sentido.

—¿Estás bien? —preguntó el recluso—. ¿Te ha mordido?

—¿Que si me ha mordido qué? —dijo Al, confuso.

—Esto —contestó el hombre.

Le enseñó lo que tenía en la otra mano. Donde Al había pensado que llevaba alguna herramienta con la que pretendía abrirle la cabeza como a un melón, tan solo había un trapo. Se fijó en él y vio a un bicho aplastado del que solo se distinguían unas patas alargadas.

—Joder, tío... ¿Una araña? —preguntó Al intentando reprimir sin éxito una risa

nerviosa—. No hacía falta que te pusieras así por eso. No les tengo miedo.

—Pues deberías —dijo el preso mientras levantaba el trapo hasta colocar el cadáver de la araña justo bajo su nariz—. Esto es una araña violín. Su veneno es más mortal que el de una cobra y su mordedura quema como el ácido.

—¿En serio tenéis bichos así en Sing Sing? —preguntó Al temiendo que le estuvieran gastando una novatada.

—Esta cárcel está llena de ellas, así que sacude siempre la ropa antes de ponértela y mira antes de apoyarte en cualquier esquina. —El hombre arrojó el trapo con la araña a un cubo de basura y se giró para regresar a su sitio—. De nada.

—Espera —le detuvo Al—. ¿Cuál es tu nombre?

—Miller. Lewis Miller.

El hombre había contestado mientras le miraba con suspicacia, como si temiera que Al necesitara su nombre para imponerle alguna sanción. A pesar de que todavía tenía el corazón acelerado, Al consiguió sonreír. Se acercó al preso y le tendió la mano.

—Muchas gracias, Lewis.

El recluso le miró con los ojos entrecerrados, como si siguiera esperando que aquello fuera alguna especie de trampa o que fueran a castigarle por algo. Al no se dio por vencido y continuó con la mano tendida.

—Siento no haber sido más agradecido en el primer momento. —Se encogió de hombros y le dirigió una sonrisa aún más amplia—. Me has asustado. Tal y como venías hacia mí, pensaba que querías matarme.

—Hay muchas cosas en esta cárcel que pueden matarte —dijo el hombre aceptando por fin su mano—, pero a la mayoría de ellas no las vas a ver venir de frente.

A las once de la noche ya estaba preparado para hacer su turno en el pabellón B. El guardia anterior, un tipo de ojos pequeños, cara de pocos amigos y piel amarillenta, le había pasado el equipo que necesitaba para hacer su trabajo: las llaves, un listado con los números de las celdas de los prisioneros en primer grado^[1] y una radio. Tras entregarle el equipo de inicio de turno, el hombre recogió sus cosas, dispuesto a marcharse sin darle ninguna explicación. Al le agarró por un brazo para detenerle y el

hombre le dirigió una mirada enfadada.

—Perdona, Winston... —dijo, leyendo su nombre en la chapa que llevaba al pecho—. ¿No vas a decirme qué se supone que tengo que hacer?

—Joder, ¿qué coño os enseñan en la academia? —El hombre le miró con desprecio—. El turno de noche es el más fácil. Solo tienes que vigilar que ninguno se te muera y, si alguno lo hace, tienes que avisar cuanto antes. La regla es muy sencilla: si el cadáver sigue caliente cuando des el aviso, buen trabajo; si está frío, marrón para ti. ¿Queda claro?

Al asintió y soltó el brazo del hombre para permitir que se marchara. No parecía que tuviera ganas de darle más explicaciones. El guardia se fue de la galería murmurando entre dientes las palabras “malditos novatos”. Al decidió ignorarlo y respirar unas cuantas veces para calmar la ira que se le había ido acumulando durante aquel día. ¿Tanto le costaba a la gente ser un poco amable? Al final iba a acabar usando la porra y no iba a hacerlo contra ninguno de los reclusos.

Cuando los guardias del turno anterior abandonaron el pabellón y la reja se cerró a sus espaldas, las luces se apagaron. El enorme recinto solo quedó iluminado por las luces de emergencia y por la débil claridad de las linternas de algunos presos. Al sintió que el estómago se le encogía. Aquel lugar tan enorme y poblado de sombras daba verdadero miedo. No hacía falta pensar en los fantasmas que quizá poblasen sus rincones o en los peligrosos hombres encerrados en las celdas. Daba miedo de por sí. La atmósfera parecía cargada de electricidad, de energías negativas, de malos presagios... Aquello iba a ser mucho más duro de lo que había pensado. Tendría que decirle a Eli que debían darse prisa en resolver el caso, porque, si tenía que pasar muchas noches encerrado en aquel lugar, acabaría volviéndose loco. Solo llevaba unos minutos y ya sentía una opresión en el pecho que le dificultaba respirar. Miró hacia las altas ventanas del pabellón y, a pesar de la capa de mugre que las cubría, distinguió la luna, muy brillante y alta en el cielo. Quedaba una eternidad para el amanecer. En aquel momento dudó de si sería capaz de aguantar siquiera hasta que acabara su turno.

Decidió dejar de agobiarse pensando en tonterías y centrarse en realizar su trabajo. Recorrió la galería que le habían asignado, pidiéndole a un par de presos que apagaran la radio y dejaran de molestar. Por suerte, le hicieron caso. No se le ocurría qué podría haber hecho si se hubieran rebelado. Después se dedicó a pasear arriba y abajo por la galería R. El ruido de sus pasos hacía que las conversaciones entre las

celdas contiguas se apagasen. Poco a poco, todos fueron quedándose dormidos y el silencio se adueñó del pabellón.

Aquello le hizo sentirse aún peor. Las pocas luces de emergencia emitían una claridad tan tenue que no podía ver a dos pasos. Sacó la linterna que llevaba en el cinturón y alumbró la oscura galería, temiendo encontrar algo observándole entre las sombras. Empezó a caminar por el corredor, alumbrando cada rincón para asegurarse de que estaba solo.

El silencio en el que se había sumido el pabellón tampoco ayudaba a templar sus nervios. No era un silencio completo. Podía escucharse el eco de los pasos de los guardias de las otras galerías, el ronquido de algunos presos, el llanto contenido de otros, el golpeteo rítmico y continuo de las goteras, incluso el roce de las patas de las ratas al otro lado de las paredes. Cada sonido, multiplicado y amplificado hasta el infinito en aquel inmenso edificio, le hacía girarse con el temor de encontrar a alguien a su espalda.

Se repitió una y mil veces que no había nada que temer. Aquel era el turno más fácil. Todos los prisioneros estaban encerrados en sus celdas y no podían atacarle ni hacerle ningún daño. Además, tenía que pensar que no estaba solo. Había diez guardias custodiando el pabellón. Si le sucediera algo malo, solo tenía que dar la voz de alarma y estarían a su lado en cuestión de segundos.

Consiguió relajarse un poco. Su respiración y los latidos de su corazón recuperaron un ritmo normal. No había nada que temer. No había peligros reales en aquel lugar. En cuanto a los supuestos peligros sobrenaturales, tenía que darle la razón a Eli. Él no tenía ninguna sensibilidad para aquellas cosas. Estaba seguro de que no percibiría absolutamente nada incluso aunque el lugar estuviera infestado de espíritus malignos.

La luna fue siguiendo su largo paseo por el cielo mientras Al recorría la galería una y otra vez. De vez en cuando, se paraba frente a una de las celdas y trataba de asegurarse de que el preso de su interior respiraba. Si no conseguía escucharlo, iluminaba el interior de la celda con la linterna, cuidando de no enfocarle directamente a los ojos. Cuando se convencía de que la persona estaba viva, continuaba su camino. Aquella misión, que a primera vista podía parecer tan fácil, también le estaba poniendo de los nervios. No era agradable mirar a alguien preguntándose si estaba contemplando un cadáver. Además, en una ocasión, había acabado enfocando a un preso que no dormía, sino que estaba sentado en su cama con los ojos muy abiertos,

mirándole con una rabia infinita. Al encontrarse con aquella mirada no esperada, el corazón se le había subido a la garganta y se había alejado de aquella celda mientras musitaba una disculpa.

Ya eran más de las tres de la mañana cuando decidió fumarse un cigarrillo. Llevaba cuatro horas metido allí dentro y no aguantaba más. Le habían dicho que los guardias tenían prohibido fumar dentro de los pabellones, pero, en la quietud del edificio, había escuchado claramente el chasquido de un mechero en la galería que tenía debajo e incluso le había parecido percibir el aroma del humo de un cigarrillo.

Se encaminó hacia una esquina oscura, revisó que no hubiera arañas en la pared antes de apoyarse y apagó la linterna para que ningún preso pudiera verle antes de sacar el paquete de tabaco del bolsillo de su camisa. Durante un segundo se planteó que podía meterse en un lío si le pillaban saltándose las reglas en su primera noche de trabajo, pero desechó aquel pensamiento. Joder, no era humano tener a la gente encerrada ocho horas sin poder salir a fumar. Sonrió al darse cuenta de la estupidez de su argumento. En aquel lugar eran especialistas en tener a la gente encerrada durante años, aunque al menos a los presos se les permitía fumar.

Encendió el cigarrillo y le dio una larga calada. Aquel simple gesto hizo que se sintiera algo más tranquilo. Se dijo a sí mismo que tenía que relajarse, que ya le quedaba menos de medio turno y que, seguramente, aquel trabajo iría siendo menos desagradable según fuera acostumbrándose a aquel sitio. A mitad de cigarrillo ya estaba a punto de convencerse a sí mismo de que ser guardia del turno de noche no era tan malo cuando sintió que algo extraño estaba sucediendo.

Tardó unos segundos en darse cuenta de qué era lo que había activado todas sus alarmas. No se oía nada. Absolutamente nada. El lugar llevaba horas en silencio, pero era un “silencio normal”. Lo que sintió en aquel momento era algo muy diferente: era un silencio tan intenso que resultaba atronador. Se quedó paralizado, apoyado en la pared, mientras trataba de afinar su oído para percibir cualquier ruido, por pequeño que fuera, pero no oyó nada. Ni pasos de los otros guardias, ni ronquidos de los presos, ni una voz, ni una tos, ni un sollozo... Ni siquiera se escuchaba a las ratas rascando en las paredes ni al viento golpeando contra las ventanas. Daba la impresión de que el mundo entero se había muerto y le había dejado solo.

Se forzó a mantener la calma y buscar una explicación racional para aquello. Tenía que haberla, pero lo único que se le ocurrió fue que acababa de quedarse sordo. Aquella posibilidad también era aterradora, pero, al menos, era lógica y podía tratarse

de un trastorno pasajero o de alguna enfermedad que los médicos pudieran curar. Casi se había convencido de que aquella era la explicación a lo que estaba pasando cuando se dio cuenta de un detalle. Escuchaba algo con total claridad: el golpeteo alocado de su propio corazón y el siseo de su respiración alterada. No estaba sordo. Entonces, ¿qué demonios estaba pasando?

Notó que el vello de sus brazos se erizaba. De repente hacía mucho más frío. No sentía ninguna corriente que pudiera explicarlo, pero el aire a su alrededor se había vuelto tan gélido que empezó a tiritar. En aquel momento lo sintió: había alguien más en la galería, a pocos pasos de él, observándole desde las sombras. Con manos temblorosas echó mano a su cinturón. El estado de nervios en el que se encontraba no le estaba ayudando en absoluto. Tardó muchísimo tiempo en desenganchar la linterna y una eternidad más en encontrar el puñetero botón de encendido. Durante esos angustiosos segundos empezó a escuchar otro sonido: el de unos pasos acercándose a él por la galería. No eran los pasos de una sola persona. Parecía que hubiese una legión acercándose a él con paso firme, sin tratar de ocultarse, como si aquellos seres a los que no podía ver estuvieran seguros de que no tenía escapatoria.

Se planteó que podían ser los presos, que, de alguna manera que desconocía, habían conseguido abrir sus celdas e iban a por él. Tenía que conseguir encender la maldita linterna, sacar la radio y usar el cordón de emergencia^[iii] para que los demás guardias acudieran en su ayuda. Cuando consiguió encender la linterna e iluminar con ella la galería, sintió que su miedo se multiplicaba por mil. No había nadie allí. Ni un grupo de presos ni guardias... Nadie, absolutamente nadie. El pasillo estaba totalmente vacío, a pesar de que seguía escuchando con claridad aquellos pasos que se acercaban.

El miedo le paralizó por completo, impidiéndole escapar, moverse o gritar pidiendo ayuda. En aquel momento empezó a escucharlos. Había gente a su alrededor y estaban hablando todos a la vez. Algunos sonaban a un par de pasos, pero otros parecían hablar directamente en su oído. Incluso le dio la sensación de que podía sentir la caricia de su aliento sobre la piel.

No fue capaz de entender nada. Aquellos seres, fueran lo que fueran, hablaban en voz muy baja, en quedos susurros que se entremezclaban haciendo imposible que pudiera comprender su mensaje. Eran solo siseos y murmullos y, aunque no tenían sentido para él, hicieron eco en su interior y despertaron mil sentimientos. Había tristeza, añoranza, dolor, ira, culpa, frustración, desesperanza, rabia... Se tapó los

oídos y cerró los ojos, temiendo volverse loco si seguía escuchando aquellos susurros durante más tiempo.

Cuando se atrevió a volver a mirar y destaparse los oídos, todo había cesado. Escuchó un ataque de tos proveniente del otro lado de la galería, las voces de los guardias del piso de abajo, el eco de los pasos de los demás compañeros... Todo había vuelto a la normalidad. Las piernas no le sostenían, así que dejó que su espalda resbalara por la pared hasta que quedó sentado en el suelo. Aún mantenía la linterna encendida en la mano, dirigida hacia el pasillo que volvía a parecer desierto y tranquilo. Cuando consiguió que el temblor de sus manos disminuyera, sacó de nuevo el paquete de tabaco y se encendió un cigarrillo, sin que le preocupara lo más mínimo que le pillaran y pudieran echarle. En realidad, le estarían haciendo un favor. No creía que pudiera aguantar en aquel lugar muchas noches más.



CAPÍTULO CUATRO

Levanté la cabeza al escuchar el sonido de unos pasos decididos que se acercaban a mi mesa. Al estaba frente a mí, vestido con su ropa de siempre. Miré mi reloj y me di cuenta de que nuestro turno había terminado hacía quince minutos. Le dirigí una sonrisa de disculpa, pero él no me la devolvió. Se limitó a desplomarse en una silla frente a mí y a mirar al infinito en silencio.

—¿Estás bien? —pregunté—. ¿Te ha pasado algo?

Se tomó unos segundos para contestar. Bajó la mirada hacia la mesa y negó lentamente con la cabeza. Después miró al techo y soltó un largo resoplido.

—Todavía no sé qué demonios me ha pasado... Joder, no sé qué pensar.

Me levanté de mi sitio, rodeé la mesa y me senté a su lado para tomarle la mano y apretársela con cariño. Él me devolvió el apretón y por fin giró la cabeza hacia mí y me dirigió una sonrisa nerviosa.

—¿Los has visto? —pregunté, emocionada—. ¿Has visto a los espíritus del pabellón?

—No, no he visto nada. Han sido solo sensaciones... De repente, hacía mucho frío y todo estaba en silencio... Era un silencio tan extraño... Y entonces oí sus pasos y me pareció que me susurraban algo.

—¡Es genial! —exclamé, entusiasmada—. Tenía tantas ganas de que tú también pudieses percibir estas cosas.

—No te emociones —me cortó él—. Hay mil explicaciones racionales para lo que me ha pasado.

—¿En serio? —Solté su mano y me eché hacia atrás en la silla con los brazos cruzados frente al pecho—. ¿Cuáles?

—Puede que estuviera medio dormido y que lo haya soñado todo —dijo él, tratando de parecer seguro—. El trabajo en la galería es aburridísimo...

—¿Qué estabas haciendo cuando ha empezado todo?

—Fumarme un cigarrillo apoyado en una pared. Quizá me relajé demasiado y me quedé dormido.

—No lo creo. Fumar está prohibido, así que seguro que estabas nervioso por si te pillaban.

—También puede ser que me haya sugestionado —insistió él—. Ese sitio es muy oscuro, hay ruidos por todas partes... Da muy mal rollo. Puede que solo sintiese alguna corriente de viento repentina que me trajese las voces de otro pabellón o que esos sonidos llegasen a través de las tuberías...

—¿De verdad piensas eso? ¿Corrientes de aire, tuberías...? ¿Crees que eso explica lo que has sentido? —pregunté, dejando escapar una sonrisa de suficiencia.

—Yo qué sé, Eli. Mis explicaciones son mucho más razonables que las tuyas y me permiten no volverme loco. Déjame en paz o no podré volver a entrar en ese sitio en la vida.

—Vale, vale... Piensa lo que quieras —dije sin poder contener una risita.

Me lanzó una mirada de odio y negó con la cabeza antes de recoger uno de los libros que había sobre la mesa para echarle un vistazo.

—¿Qué tal tú? ¿Has encontrado algo?

—La verdad es que no. Esta investigación puede durar años —dije con cara de aburrimiento supremo—. Hay tantas explicaciones posibles: que el edificio esté cargado con la energía negativa de todos los presos que han muerto aquí, que *Old Sparky*^[iv] esté encantada...

—¿*Old Sparky*?

—Sí, es el nombre que le daban los presos a la silla eléctrica. Al menos,

conservaban el sentido del humor.

—¿Crees que lo que está pasando puede deberse a esa silla?

—Puede ser... He investigado y en ella murieron seiscientos catorce personas. Es mucha energía negativa concentrada en un solo objeto.

—¿Y qué podemos hacer si es eso?

—Habría que hacer un conjuro de limpieza y después quemarla, pero ya oíste al director. La silla está en un museo de Virginia y no creo que vaya a ser fácil convencerles de que necesitamos quemar una de sus piezas.

—¿Y qué vamos a hacer entonces?

—Personalmente me inclino por la idea de que, aunque todo el edificio esté saturado de energía negativa e infestado de espíritus furiosos, esto tiene que deberse a un solo espíritu, uno con mucha fuerza y muy cabreado —expliqué—. Y como la silla aparece en los escenarios de los crímenes, supongo que el culpable será alguien que fue ejecutado en ella.

—O sea que tienes que investigar a los seiscientos y pico muertos... —Negó con la cabeza—. Es como buscar una aguja en un pajar.

—Eso sería fácil. Solo habría que quemar la paja —bromeé—. Esto es peor: Es como buscar una aguja en particular en un pajar lleno de agujas.

—No entiendo a qué te refieres.

—A que todas esas personas ejecutadas tendrían mil razones para haberse convertido en un espíritu vengativo. Aquí se ha ejecutado a enfermos mentales, a psicópatas que seguían ansiando matar, a personas inocentes... Cualquiera de ellos puede haberse quedado atrapado en este plano y haber cobrado la suficiente fuerza para empezar a vengarse.

—¿Y qué vamos a hacer?

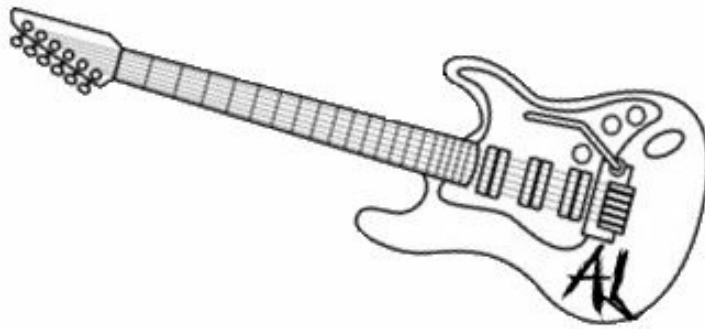
—Seguir investigando. Espero que el informe de alguno de estos presos contenga algún detalle que me llame la atención... o que tú consigas alguna información que nos ayude a desatascarnos. ¿Has descubierto algo interesante?

—No y no tengo muy claro que vaya a conseguirlo haciendo lo que hago. Cuando llego, los presos están dormidos y los guardias estamos separados, cada uno en nuestra galería, y no podemos hablar entre nosotros. No creo que vaya a conseguir

nada.

—¿Y qué hacemos?

—De momento, ir a dormir —respondió él con gesto abatido—. Quizá mañana veamos las cosas más claras.



CAPÍTULO CINCO

Aquella tarde Al entró a trabajar a las siete, cuatro horas antes de que empezara su turno. Tal como había comentado con Eli, no creía que fuera a conseguir mucha información mientras vigilaba cómo dormían los presos, pero tampoco podía cambiarse al turno de día porque quería estar presente si se producía un nuevo ataque. La única solución que se le había ocurrido era ir antes, cuando los presos aún estaban despiertos, aunque aquello supusiera pasarse doce horas metido en aquel lugar que empezaba a odiar con toda su alma.

El sargento que aquel día asignaba los turnos no le había puesto ninguna pega, ya fuera porque el director le había avisado de que debía dejarle libertad de movimiento o porque realmente les venía muy bien que cualquiera se apuntara a hacer horas extra. Él no sabía nada de prisiones ni de cómo se comportaban los presos normalmente, pero podía notar que las cosas no iban bien. Según entró en el pabellón B, notó el ambiente enrarecido. La atmósfera parecía cargada, eléctrica. Había una corriente de ira, de miedo, de agresividad contenida... Aquel lugar parecía un polvorín a punto de estallar.

Subió a la galería R, que era la misma que le habían asignado la noche anterior. En cuanto llegó, le sorprendió la actividad. La mayoría de las celdas estaban abiertas y los reclusos se apiñaban en el pasillo, apoyados en la barandilla mientras hablaban como viejas que se dedicaran a chismorrear. Algunas celdas estaban ocupadas por varios presos, que se entretenían escuchando la radio o jugando una partida al ajedrez o a las cartas.

El ambiente era mucho menos tétrico que la noche anterior, pero, aún así, tampoco recorrió tranquilo aquel pasillo. En cuanto llegó, notó que todas las miradas se centraban en él y que el volumen de las conversaciones se reducía hasta convertirse en un murmullo. Todos contemplaban al novato y le evaluaban. Algunas miradas solo reflejaban curiosidad, pero otros le observaban desafiantes o burlones. Se irguió y alzó la cabeza, dispuesto a demostrarles que no tenía miedo. Pasó a su lado sin mirarlos siquiera. Escuchó que le llamaban novato de forma despectiva y también un par de piropos sobre su culo, pero fingió no haber oído nada y continuó su camino hasta el final del pasillo, donde estaba situado el guardia encargado de la galería.

—Hola, soy McNeal —dijo cuando llegó a su lado—. Ya han llegado los refuerzos.

—Encantado. —El guardia le tendió la mano mientras sonreía—. Soy Taylor. Me alegro de que estés aquí. En una hora hay que decirles que se metan en sus habitaciones a dormir y son peores que los críos pequeños.

—¿No vas a quejarte de que te hayan mandado a un novato? —preguntó Al, extrañado—. Eres la primera persona que no se enfada cuando llego a ayudarle.

—Quizá se deba a que llevo aquí diez días —contestó Taylor con una sonrisa—. Entre tú y yo: la gente que trabaja aquí da asco. Están todos amargados.

—Amén, hermano —dijo Al, devolviéndole la sonrisa—. ¿No es Winston el encargado de esta galería en el turno de día?

—No. Nos van rotando para que no nos acomodemos. Creo que hoy le han asignado la galería V.

—Pues me alegro de que no esté aquí. Me pareció un gilipollas. Bueno, ¿cómo quieres que te ayude?

—Ponte al otro lado de la galería, a ver si así se sienten más vigilados y no hacen ninguna tontería —contestó Taylor, señalando el otro lado del corredor—. Cuando den el aviso de que deben entrar en sus celdas por megafonía, empezamos uno desde cada lado.

Al asintió y se dirigió hacia su esquina, aunque no le hacía ninguna gracia tener que desandar el camino y volver a pasar entre aquella gente aguantando sus comentarios burlones. Volvió a erguirse, sacando pecho, y puso la mano sobre la empuñadura de su porra para darse confianza. Fijó la mirada al fondo de la galería y

camino con paso decidido, hasta que una mano le aferró por el brazo, obligándole a detenerse. Agarró con más fuerza la porra por si tenía que sacarla para defenderse, pero, al girarse, se encontró con una cara que le resultó conocida. Era el mismo tío enorme que le había salvado de la araña la tarde anterior. Hizo un esfuerzo hasta que recordó su nombre.

—Miller, ¿verdad? —le preguntó, tratando de no parecer asustado a pesar de la enorme manaza que le rodeaba el bíceps por completo—. ¿Necesitas algo?

—Sí, me gustaría hablar contigo a solas un momento —contestó el hombre.

Al asintió y, antes de ponerse a andar, miró hacia su brazo y luego a los ojos del preso. Este se dio cuenta de que aún le estaba agarrando y, tras musitar una disculpa, le soltó. Cuando llegaron al final del pasillo, Al observó durante un par de segundos la pared antes de apoyarse en ella.

—Veo que te acuerdas de mis consejos —dijo Miller con una sonrisa—. Me alegro. Vivirás más.

—¿Qué es lo que quieres, Miller? —le cortó Al. No tenía nada contra aquel hombre, pero no creía que fuera conveniente intimar demasiado con ninguno de los presos.

—Tan solo hablar... —El hombre se rascó su cabeza rapada, como si dudara acerca de cómo comenzar la conversación—. Tú no eres guardia, ¿verdad?

—¿Cómo que no soy guardia? —preguntó Al, luchando para que la voz no le temblara—. ¿No ves el uniforme, la placa, la porra...? ¿Qué crees que soy?

—Claro que veo todo eso, pero no eres un guardia como los demás...

Al se quedó en silencio un par de segundos, sin saber qué decir. ¿Tanto se le notaba? ¿O alguno de los mandos se había ido de la lengua y el rumor había empezado a correr por la cárcel? Si los presos empezaban a pensar que no era un guardia de verdad y a cuestionarse su autoridad, aquello podía ponerse muy feo para él.

—No sé qué te habrán contado, pero soy un guardia con todas las de la ley, aunque sea novato —contestó—. ¿Quién te ha dicho que no lo soy?

—Topo.

—¿Y quién diablos es Topo? —preguntó Al, intrigado.

—Uno de los presos, el de la celda diecisiete —contestó Miller—. Ayer le hablé de ti cuando volví del taller de carpintería y estuvo vigilándote mientras hacías el turno de noche. Esta mañana me ha dicho que no eras un guardia de verdad, que estás aquí con una importante misión y que quiere hablar contigo cuanto antes. Dice que puede ayudarte.

Al se echó el flequillo hacia atrás con ambas manos mientras miraba el techo de la galería como si allí estuviera la respuesta a sus dudas. No podía darle la razón a aquel preso y admitir que era un infiltrado tratando de resolver un misterio paranormal. Si una noticia así se extendía por la prisión, podía estallar un motín aquel mismo día. Por otro lado, tenía curiosidad por ir a hablar con aquel hombre y saber de dónde había sacado la información y si era cierto que podía ayudarles. Con lo atascados que estaban con aquel caso, cualquier ayuda les vendría bien.

—No sé de dónde ha sacado tu amigo esa idea tan loca, pero está bien... Iré a verle. ¿Dónde está ahora?

—En su celda, pasando consulta —contestó Miller.

—¿Pasando consulta de qué? —preguntó Al, confuso—. ¿Es médico? ¿Psicólogo?

—Ahora lo verás —dijo Miller, volviendo a tomarle por el brazo—. Te acompaño hasta allí.

Se dejó llevar sin oponer resistencia. Ni siquiera volvió a protestar porque Miller hubiera vuelto a agarrarle. Le ponía nervioso que aquel tipo, al que apenas conocía, le tocara con aquella familiaridad, pero le daba la impresión de que aquello evitaría que alguno de los otros reclusos le pusiera la mano encima. Dudaba mucho de que cualquiera de los otros presos se atreviera a interponerse en el camino de un tipo del tamaño de Miller. Además, al menos de momento, aquel hombre solo había hecho cosas buenas por él: salvarle de una araña y llevarle hasta un tipo que decía que podía ayudarle. Pensó que no era tan mala idea confiar un poco en él. Después de todo, tampoco tenía muchos más amigos allí dentro.

Cuando llegaron a la celda diecisiete, se quedaron parados en la puerta sin poder entrar. Había una cola de hombres esperando a que les llegase su turno. Al se puso de puntillas para ver el interior de la celda y se quedó paralizado. Vio a un hombre sentado en un taburete en mitad del cuarto. Tenía los ojos cerrados y parecía temblar como una hoja. Un anciano menudo y encorvado vestido con una especie de túnica

blanca que no tenía nada que ver con los uniformes que se suponía que tenían que llevar los reclusos daba vueltas alrededor del taburete. Estaba entonando un cántico en una lengua desconocida y pasaba una gran pluma blanca por la cabeza y los hombros del hombre que estaba sentado, como si le estuviera limpiando el polvo. Cada pocos segundos, el anciano daba una larga calada al enorme puro que se estaba fumando y envolvía al hombre con su humo azulado. Al se giró hacia Miller, que contemplaba la escena con una sonrisa.

—¿Se puede saber qué hacen? —preguntó.

—Santería —respondió Miller, como si aquella palabra lo explicara todo.

Decidió no preguntar más. Seguro que Eli sabía de aquellas cosas y podría explicárselo. El anciano terminó su cántico, dejó el puro sobre el cenicero y puso ambas manos en los hombros del tipo que estaba sentado, que abrió los ojos y sonrió.

—Ya no volverás a tener pesadillas, hijo —le dijo el anciano.

—Gracias, Topo.

El hombre se levantó y le hizo una reverencia antes de salir de la celda. El siguiente preso de la fila se dispuso a entrar, pero el anciano, de espaldas a la puerta, levantó una mano para detenerle.

—Lo siento, pero las consultas han terminado por hoy. Tengo asuntos importantes que tratar con el nuevo guardia.

Los presos de la cola se volvieron hacia Al y le lanzaron miradas furiosas, pero se marcharon sin pronunciar ni una sola palabra de protesta en contra de la decisión del anciano. Miller le puso una mano en la espalda y le dio un pequeño empujón para obligarle a entrar. Al dio un par de pasos indecisos dentro de la celda mientras el viejo cogía otro taburete y lo colocaba para que ambos pudieran sentarse frente a frente.

—Buenas tardes —dijo Al tras tomar asiento, aunque no estaba muy seguro de si aquello era adecuado a su papel de guardia.

—Bienvenido —dijo el anciano, sentándose frente a él.

—Me han dicho que ha estado usted observándome y que quería verme...

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta al observar al anciano sentado frente a él. No fue su piel, de un negro tan apagado que parecía cubierto de ceniza, ni el intrincado mapa de arrugas de su rostro lo que le quitó el habla, sino sus

ojos pálidos y lechosos que parecían cubiertos por una tela blanca.

—No te sorprendas, mi nuevo amigo —dijo el viejo, soltando una risita como si pudiera ver su expresión de desconcierto—. Hay muchas formas de observar a las personas. Hay más ojos que los que tenemos en la cara.

El hombre se señaló a la frente y al centro del pecho, como si aquello lo explicara todo. Al tragó saliva y fingió no estar impresionado.

—¿Y qué era lo que quería de mí? —consiguió preguntar.

—No quiero nada de ti. Eres tú el que me necesitas —contestó el hombre mientras afirmaba con la cabeza—. Sé que estás en un gran lío y quiero ayudarte.

—Yo no estoy metido en ningún lío —le contradijo Al, deseando marcharse—. Creo que se equivoca de persona.

—Sé que no me equivoco. Los Orishas me hablaron de ti y me avisaron de tu llegada —contestó el hombre sin un atisbo de duda en la voz.

—¿Quiénes son los Orishas? ¿Alguna banda de la cárcel?

—Son los dioses que gobiernan la naturaleza y los asuntos de los hombres —dijo el anciano—, pero no tengo tiempo de explicarte ahora los fundamentos de la santería. Tendrá que bastarte con que te diga que sé que no eres un guardia y que has venido aquí para tratar de detener al espíritu que está acabando con nosotros uno por uno.

Al se tomó unos segundos para contestar. No sabía qué decir. Reconocer que no era un guardia y que los responsables de la prisión le habían contratado porque la situación se les escapaba de las manos podía ponerle en peligro o acabar provocando un motín. Miró al anciano a la cara y sus dudas se desvanecieron. Aquel hombre no necesitaba que le confirmara nada. No podía entender cómo, pero lo sabía. Era inútil disimular.

—Está bien. Supongamos que lo que dice es cierto. ¿Cómo podría ayudarme?

—La chica bruja y tú estáis muy perdidos... —El hombre soltó una risita que siseó entre los huecos de su dentadura—. Olvidaos de objetos encantados y de energías negativas, olvidaos de los espíritus atormentados que pueblan la prisión. Todo eso ha estado siempre aquí y nunca habían pasado estas cosas.

—¿Sabe usted qué es lo que está pasando? —preguntó Al, emocionado—.

¿Puede decirnos qué es lo que tenemos que buscar?

—La causa de todo esto es un solo espíritu, uno que despertó hace poco y que está cobrando cada vez más fuerza. Sus ansias de venganza son inmensas, su hambre es tan voraz que, si no lo detenéis, nos consumirá a todos.

—¿Pero entonces es un espíritu nuevo? ¿Es alguien que ha muerto aquí en los últimos meses?

El ancianoladeó la cabeza hacia la derecha y cerró los ojos. Se quedó quieto durante unos segundos antes de asentir, como si hubiera alguien contestando a sus dudas y él estuviera de acuerdo con las respuestas.

—Es un espíritu antiguo. Lleva muchos años muerto, deambulando entre estos muros sin encontrar el camino hacia el otro plano.

—Eso no tiene sentido —protestó Al—. ¿Por qué no ha hecho nada en todos estos años? ¿Por qué ha empezado a atacar ahora?

—Algo le ha violentado. Algo que ha sucedido ha despertado su hambre.

—¿Y qué es?

—No lo sé. Eso tendréis que averiguarlo vosotros —respondió el anciano, abriendo de nuevo los ojos.

—¿Y cómo podemos hacerlo?

—La presencia de ese ser impregna toda la prisión, pero es mucho más fuerte en la Casa de la Muerte. Quizá tu amiga pueda encontrar algo allí.

—No quiero que entre en ese sitio. —Al se inclinó hacia el anciano y bajó la voz para asegurarse de que ninguno de los presos del pasillo pudiera escucharle—. Ella es una bruja de verdad, con el poder de percibir a los muertos. Se puso muy enferma cuando entró en este pabellón. No me quiero ni imaginar cómo se pondría si intentara entrar en la Casa de la Muerte.

—Te comprendo, hijo. Sé quién es ella, los poderes que ostenta y los peligros a los que se expone, pero los Orishas me han dicho que será ella la que termine con esta maldición. —El anciano se levantó del taburete y se dirigió a una mesa atestada de velas, plumas y piedras de colores. Estuvo palpando la superficie hasta que recogió un collar de cuentas rojas y negras. Regresó junto a Al y se lo tendió—. Este collar la ayudará. Representa a Elegua, el Dios de los caminos. Él la protegerá y la guiará.

Al cogió el collar y se lo guardó en el bolsillo. Después de darle las gracias, se levantó del taburete y se dirigió a la salida de la celda sin estar muy seguro de qué iba a hacer. Sabía que, cuando le hablara a Eli de lo que le había contado el anciano, se volvería loca por entrar en la Casa de la Muerte y buscar al ser que estaba causando todo aquello. La idea no le gustaba lo más mínimo. No quería que ella volviera a exponerse y la baratija que aquel viejo acababa de darle no le parecía que fuera a ser de mucha ayuda.

—Ese collar es muy poderoso —dijo el anciano, como si acabara de leerle el pensamiento—. Dile que se lo ponga cuando vaya a entrar en la Casa de la Muerte y que se lo quite al salir. Nunca debe llevarlo puesto si va a dormir, a bañarse o a mantener relaciones sexuales.

—Se lo diré. —Al se metió la mano en el bolsillo para asegurarse de que lo llevaba. Aunque seguía pensando que era solo un adorno sin valor, tener aquel objeto tan cerca le estaba poniendo nervioso—. ¿Por qué no viene con nosotros y nos ayuda? Podríamos hablar con el director Morris para que le permitiera acompañarnos.

—No, hijo. Os ayudaré en todo lo que pueda desde aquí, pero no pienso acercarme a ese sitio. —La expresión del hombre se ensombreció—. Llevo toda la vida tratando con espíritus y nunca antes había percibido algo tan oscuro.



CAPÍTULO SEIS

Ya había pasado la medianoche cuando terminamos de recorrer el oscuro corredor que llevaba al centro de formación. Vimos la silueta de un hombre moverse en la penumbra al lado de la reja. Incluso con la tenue luz, pude distinguir que la camisa que llevaba era de color blanco, lo que le señalaba como un oficial. Tal y como habíamos hablado con el director cuando fuimos a avisarle de que esa noche Al no haría su turno en el pabellón B, queríamos poder trabajar sin que nadie nos molestara y manteniendo nuestras actividades en secreto. El hecho de que no fuera un guardia el que estuviera cuidando la entrada indicaba que el director había cumplido con su parte.

El oficial ni siquiera nos habló. Nos saludó con un gesto de la cabeza y abrió la reja sin hacer ninguna pregunta, aunque me di cuenta de que nos inspeccionaba de arriba abajo. La curiosidad debía estar comiéndole por dentro. Yo llevaba una caja con velas, piedras, incienso... Aquello ya habría bastado para que aquel hombre se hiciera un montón de preguntas, pero el enorme tablero de ouija de madera oscura y letras nacaradas que Al cargaba con esfuerzo seguro que había llamado mucho más su atención.

Pasamos a su lado y el hombre cerró detrás de nosotros. El sonido de la llave al girar en la cerradura hizo que mi estómago se encogiese, pero meforcé por seguir respirando de forma tranquila y sosegada y no dejar que los nervios me dominasen.

—Quizá deberíamos encender alguna luz —sugirió Al.

—No. Está bien así. La oscuridad me permite concentrarme mejor.

—Nos vamos a tragar todos los muebles, Eli. No se ve un carajo.

—Está bien. Dame un segundo.

Dejé la caja en el suelo y saqué la linterna que llevaba enganchada en el cinturón. Paseé su haz por las paredes cercanas. A pesar de que no había nadie y del silencio reinante, noté de inmediato que no estábamos solos. Me sentí rodeada por una multitud de presencias airadas y ominosas, pero me di cuenta de que se mantenían a distancia. Parecía que el collar que el santero le había entregado a Al funcionaba.

—¿Más contento así? —le pregunté.

—No creas que mucho. Esta oscuridad me pone de los nervios.

—No seas miedoso —me burlé

—Claro, como la señorita lleva un collar mágico que la protege de todo...

—Pero si tú no crees que haya nada sobrenatural...

—Ya, pero hay arañas venenosas. Y seguro que hay ratas y tienen la rabia.

—Sí, claro. Es eso lo que te asusta. —Solté una risita y me agaché para rebuscar en mi caja—. Venga, vamos a empezar. A ver si podemos terminar antes de que te muerda algún bicho.

Al refunfuñó entre dientes, pero no discutió más. Saqué mi péndulo de la caja y dejé que colgara libre de su cadena. Se puso a girar de inmediato, señalando la presencia de energías negativas que yo ya había percibido.

—Pensaba que tú no usabas esas cosas —dijo Al—. Creía que eran para aficionados como mi madre y mi hermana y que a ti no te hacían falta.

—No suelo usarlo, pero este sitio está tan lleno de energía negativa que mis sentidos se pierden —expliqué—. Espero que me ayude a focalizar y a encontrar la energía más fuerte.

Él asintió y me dejó trabajar. Le pasé la linterna y observé los círculos del péndulo, que parecía tirar de mí hacia el fondo del pasillo. Fuimos avanzando poco a poco. Yo iba concentrada en sus giros mientras Al alumbraba el camino. Al llegar al final del pasillo, cruzamos una puerta y seguimos avanzando. El péndulo giraba cada vez más rápido y con tanta fuerza como para hacer que mi mano temblase. Cuando aquel segundo pasillo terminó, cruzamos otra puerta para pasar a una habitación. No tenía ventanas, solo un tragaluz en el techo por el que en aquel momento no entraba claridad. Sentí una energía pesada y oscura que lo inundaba todo. El péndulo giraba

tan rápido que su imagen se difuminaba. Me giré hacia Al y asentí.

—Es aquí. En esta habitación estaba la silla.

Nos quedamos mirando el mobiliario de la estancia. Había una mesa de despacho con un sillón, otra silla enfrente, unos cuantos archivadores... Parecía una oficina normal, seguramente un lugar para reunirse con los presos y asesorarles sobre su formación. A pesar de la pintura de las paredes y de que los muebles eran relativamente nuevos y estaban en buen estado, la atmósfera del lugar era triste y deprimente, como si estuviera cargada de muerte, de tristeza, de malos presagios... Compadecí al hombre que tuviera que trabajar allí todos los días.

—Ayúdame a despejar esto —le pedí a Al.

Él encendió una pequeña lámpara que había sobre la mesa y fue retirando las carpetas y papeles. Cuando terminamos, volvimos a la entrada para recoger nuestras cosas. Fui colocando las velas y encendiendo el incienso. Me habría encantado cerrar un círculo de protección alrededor de nosotros, pero no podía hacerlo. Necesitábamos que los espíritus llegasen hasta el tablero de ouija para poder comunicarnos con ellos. Cerrar un círculo sería como levantar un muro. Tendría que confiar en que el collar del viejo santero fuera suficiente para que aquellos seres no me atacaran y en que Al siguiera siendo tan insensible a los fenómenos paranormales como lo había sido toda la vida.

Cuando terminé de colocar todos los elementos que necesitaba, apagué la lámpara que había sobre la mesa y la habitación quedó iluminada por la débil claridad de las velas. A pesar de que no había ventanas y habíamos cerrado la puerta, una corriente de origen desconocido hacía fluctuar las llamas, dibujando sombras danzarinas en las paredes. Meforcé a olvidarme de aquellos movimientos y de la sensación constante de estar acompañada por alguien más y estiré los brazos sobre la mesa para que Al pudiera tomar mis manos. Después, cerré los ojos y empecé a concentrarme. Ni siquiera tuve que decir nada para guiarle en la relajación. Habíamos hecho tantas sesiones juntos que se lo sabía de memoria. Un par de minutos después, abrí los ojos y le pregunté con la mirada si estaba preparado. Él tragó saliva con esfuerzo y asintió. Tuve que contener una sonrisa burlona. Él seguía insistiendo en que no creía en nada sobrenatural, pero yo sabía que aquellas sesiones le ponían nervioso. Tomé una profunda bocanada de aire antes de iniciar el contacto.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté a las sombras.

El máster se puso en movimiento de inmediato, recorriendo el tablero hacia el Sí con tanto ímpetu que pensé que se saldría de la mesa. Sin que tuviera que preguntar nada más, siguió moviéndose. Me concentré en leer su mensaje, mientras el máster iba deletreando nombres de forma atropellada.

—Nick, Phil, Henry, Alexan..., Charles, Willia..., Jacob, Michae...

Los nombres se sucedían unos a otros, se cortaban a la mitad... Notaba una vibración extraña en el máster, algo que no había percibido nunca. Era como si decenas de manos tiraran de él en direcciones opuestas, tratando de tomar el control y transmitir su mensaje.

—¿Qué está pasando? —preguntó Al mientras trataba de seguir los alocados movimientos del puntero.

—Hay demasiados y todos quieren hablar con nosotros al mismo tiempo.

—¿Y qué podemos hacer? ¿No puedes decirles que pidan la vez?

—¿Estás dispuesto a quedarte aquí esperando hasta que hablen todos? —Al negó con la cabeza—. Entonces no podemos decirles que esperen y que ya les iremos atendiendo. Sabes que no es buena idea prometerle a un espíritu algo que no vas a cumplir.

—Pues algo tienes que hacer, porque esto es una locura —dijo mientras el máster seguía deletreando nombre tras nombre.

—Lo intentaré. —Respiré un par de veces antes de volver a hablar, intentando adoptar un tono de voz firme y autoritario—. Necesitamos hablar con el ser que ha asesinado a tres prisioneros en las últimas semanas. ¿Estás ahí?

El máster volvió al centro del tablero y se quedó unos segundos temblando. Me incliné hacia delante, nerviosa, esperando que el ser que buscábamos hubiera decidido manifestarse y hablar con nosotros. Cuando el máster volvió a ponerse en movimiento, me esforcé por seguir sus rápidos vaivenes.

—Yo era inocente... Todavía duele... Malditos hijos de puta... Mi abogado me engañ... Os mataré a todos... Yo no hice n... Mi mujer... ¿Dónde está mi muj...?

Tardé unos segundos en darme cuenta de que no estábamos hablando con un solo espíritu. Seguían peleando por el control del máster, por transmitir cada uno su mensaje. El puntero vibraba cada vez con más fuerza. Parecía que aquellos seres se

estaban enfadando e impacientando. La lucha se volvió tan enconada que, al cabo de unos segundos, el máster empezó a moverse sin control por el tablero, señalando solo letras sin sentido.

—Esto no sirve de nada. ¡Vaya pérdida de tiempo! —se lamentó Al—. ¿Hay alguna manera de que podamos echarles para hablar con el que nos interesa?

—Primero tendríamos que entender qué quiere cada uno de ellos y ayudarles a resolver los asuntos pendientes que tengan en este plano para que pudieran trascender. Es un trabajo de años. —Negué con la cabeza, abatida—. No vamos a conseguir nada. Voy a cerrar la sesión.

Al asintió y dejó que despidiera a los espíritus y terminara. Noté la ira de aquellos seres al despedirse. Se sentían furiosos y frustrados. Debía de ser la primera vez que estaban tan cerca de alguien que podía percibirlos, que podía ayudarlos. Me sentí triste por ellos. Era muy posible que muchos tuvieran reivindicaciones justas o que tan solo quisieran una misa por su alma o unas flores en su tumba. Sin embargo, no podía hacer nada por ellos. Aquel leve contacto, que había durado solo unos minutos, me había dejado agotada. Me levanté y empecé a recoger las cosas a toda velocidad. Quería salir de allí cuanto antes. Seguía notando múltiples presencias a mi alrededor y podía percibir que estaban furiosos y que no querían permitir que nos marcháramos.

Encendí la lámpara de la mesa para que pudiéramos recoger con más facilidad y enseguida me di cuenta de que algo no iba bien. La luz fue haciéndose cada vez más intensa hasta que la bombilla reventó en mil pedazos. Yo ya había apagado las velas, así que nos quedamos sumidos en la más absoluta oscuridad. Escuchamos cómo la puerta de la habitación se abría con un chirrido para volver a cerrarse de un portazo un par de segundos después. Como si aquello hubiera sido una señal, todas las puertas del edificio parecieron volverse locas. Empezamos a escuchar chirridos, portazos, pasos y carreras y, por debajo de todos aquellos ruidos, el susurro continuo de cientos de voces hablando al mismo tiempo. Eran voces que lloraban, que se quejaban, que maldecían... Nos rodeaban y cada vez parecían estar más cerca.

Una potente luz me dio de lleno en los ojos. Me protegí con la mano. Al había conseguido encender su linterna y me estaba deslumbrando. Aunque apenas podía ver, me di cuenta de que la cara de Al estaba desencajada. La mano le temblaba tanto que la linterna parecía bailar. Él también los estaba oyendo.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dije, rodeando la mesa para dirigirme hacia la

puerta—. ¡Ya!

—¿Y tus cosas? —preguntó él sin moverse del sitio.

—Da igual. Ya las recogeremos.

Fui a darle la mano, pero él me pasó la linterna y, sin decir nada, recogió el máster y el tablero de ouija y salió disparado hacia la puerta. A pesar de la tensión del momento, me emocioné. Él sabía que aquel tablero era importante para mí y que me apenaría mucho perderlo.

Recorrimos el pasillo a la carrera mientras las puertas de ambos lados retumbaban contra las paredes al abrirse y cerrarse. Las fluorescentes del techo iban encendiéndose a nuestro paso. Brillaban durante unos segundos hasta estallar y bañarnos en una lluvia de cristales. Un viento gélido soplaba contra nosotros, haciendo que nos resultara más difícil avanzar y trayendo con él un olor extraño. Cuando reconocí qué era, sentí que el estómago se me contraía y que el sabor de la bilis me inundaba la boca. Era olor a pelo chamuscado, a carne quemada... Tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no vomitar y concentrarme en seguir corriendo.

Llegamos a la primera puerta y Al se detuvo. No podía abrirla mientras llevaba en las manos el pesado tablero de ouija. Me puse a su lado y tiré del pomo, pero la puerta no se abrió. Alumburé a ambos lados con la linterna y entonces les vi. No podía percibirlos como antes. Ya no eran figuras claras con rasgos definidos. Eran solo sombras, ligeras distorsiones del espacio, como si estuviera mirando a través de una fina capa de agua. Había muchos, arremolinados alrededor de la puerta, rodeándonos, tratando de impedir que escapáramos. Me armé de valor, respiré profundamente y volví a agarrar el picaporte.

—No estáis aquí, ya no pertenecéis a este plano —dije con voz autoritaria—. Por el poder de Dios, os ordeno que os apartéis.

Los susurros subieron de intensidad, como si los espíritus se quejasen y lamentasen, pero el picaporte cedió y la puerta se abrió. Dejé que Al pasara primero y empezamos a recorrer el pasillo a la carrera. Las puertas seguían retumbando y las fluorescentes continuaban estallando a nuestro paso mientras los susurros nos acompañaban en nuestro camino. Noté un ligero temblor bajo nuestros pies y todo el edificio crujió como si se quejara. La ira de aquellos seres se incrementaba según nos acercábamos a la salida. No querían permitir que nos marcháramos y volviéramos a dejarles solos.

Me di cuenta de que las sombras que nos seguían se centraban en Al. Podía ver cómo trataban de tocarlo, de agarrarlo. Agradecí con toda mi alma que él no fuera capaz de percibirlo. Aquello le habría vuelto loco, al igual que me estaba volviendo loca a mí. Sabía lo que pretendían. Como yo estaba protegida, le atacaban a él, intentando poseerle. Pensé en darle mi collar para ponerlo a salvo, pero sabía que, si me quedaba sin protección, volvería a pasarme lo mismo que me había sucedido al entrar en el pabellón B. Hacer eso solo empeoraría la situación. Tenía que sacar a Al de allí lo antes posible.

En aquel momento, tropecé con algo y caí al suelo. La linterna se me resbaló de las manos, se deslizó hasta chocar con una pared y se apagó. En la más absoluta oscuridad, escuché cómo el sonido de los pasos de Al se detenía durante un segundo y noté que se acercaba a mí para ayudarme.

—No te pares —le grité—. ¡Tienes que salir de aquí ya!

Debió de notar algo en mi tono de voz que le hizo obedecerme sin rechistar. Escuché cómo corría de nuevo. Me levanté del suelo. La rodilla derecha me dolía mucho, pero ya me ocuparía de ello más adelante. Podía mantenerme en pie y seguir moviéndome hacia la salida. Pude percibir la claridad que llegaba desde la entrada del corredor. Solo nos quedaban unos pasos para poder salir de allí.

—Sigue recto —le ordené a Al—. Ya casi estamos.

Avancé cojeando hacia la luz. En aquella oscuridad ya no podía vislumbrar a los espíritus ni saber si seguían tratando de poseer a Al. La angustia me consumía. Solo podía pensar que no deberíamos haber entrado en aquel lugar tan a la ligera, que, si a Al le sucedía algo, no me lo perdonaría nunca...

—Abre la reja. ¡Rápido! —le gritó Al al guardia.

Escuché el sonido de la llave al girar en el cerrojo y el chirriar de la reja al moverse. Vi que Al pasaba al otro lado y apreté el paso para alcanzarle, ignorando los pinchazos de mi rodilla. Escuché el susurro de los espíritus, que fue elevándose hasta convertirse en un agudo grito de dolor. Cuando crucé la reja, el guardia se apresuró a cerrar detrás de mí. Me apoyé en una pared y le observé. Tenía el rostro desencajado y pálido. Él también había percibido lo que había sucedido al otro lado de aquella verja; él también los había oído.

—No entres en unas horas —le aconsejé—. Los fenómenos se detendrán por sí solos, pero es mejor esperar un tiempo.

—Hemos dejado varias cosas en el despacho del fondo —comentó Al—. ¿Podrías recogerlas y devolvérmolas?

El hombre asintió con la boca abierta, pero no contestó nada. Pensé que lo más probable era que ese guardia no volviera a poner un pie en aquel lugar, que al día siguiente alegaría alguna enfermedad para no acudir al trabajo o presentaría su renuncia.

Sin decir nada más, empezamos a andar por el corredor. Yo cojeaba cada vez más y Al no podía ayudarme mientras llevaba el tablero de ouija. Cuando giramos una esquina y dejamos de estar a la vista del guardia, Al dejó el tablero en el suelo y me ayudó a sentarme. Se puso en cuclillas frente a mí y me levantó la pernera del pantalón para dejar al descubierto mi rodilla. Estaba morada y empezaba a hincharse, pero no parecía que estuviera rota.

—Es solo un golpe— le dije para tranquilizarle—. Mañana estaré mejor.

Se derrumbó a mi lado y apoyó la cabeza contra la pared mientras, con manos temblorosas, buscaba el paquete de tabaco. Cuando lo encontró, sacó un cigarrillo para cada uno.

—Ya sabes que aquí no se puede fumar —dije justo antes de encenderlo—. Me estás llevando por el mal camino.

—Me la pela. Nos lo merecemos. —Cerró los ojos durante unos segundos mientras dejaba escapar una larga bocanada de humo azulado—. Además, este corredor es abierto. No nos pueden decir nada.

Observé el paisaje a través de las rejas. Estaba lloviendo a cántaros y, tras la espesa cortina de agua, se vislumbraba la silueta de algunos edificios de la prisión. Parecían gigantescos animales que, aunque adormilados, estuvieran al acecho de nuevas presas que devorar. A pesar de la siniestra estampa, de la tormenta y del gélido viento que llegaba del norte, me sentí a gusto. Tras los angustiosos momentos que habíamos pasado en la Casa de la Muerte, incluso una visión tan deprimente como aquella me parecía un regalo.

—Después de lo que acaba de suceder ahí dentro, ya no podrás volver a decirme que no crees en fantasmas —bromeé apoyando la cabeza en su hombro—. ¿O vas a venirme con alguna de tus estúpidas explicaciones racionales?

—Ahora mismo no tengo muy claro lo que ha pasado —contestó él al cabo de

unos segundos—, pero estoy seguro de que hay una explicación lógica para todo esto.

—¿En serio? Tienes que estar tomándome el pelo... Nadie puede ser tan cabezota.

Me separé y, a pesar de lo mucho que me dolía la rodilla, conseguí moverme lo suficiente como para sentarme frente a él y poder mirarle a la cara. Él echó la cabeza hacia atrás, hasta volver a apoyarla de nuevo contra la pared, y se retiró el flequillo de la frente. Conocía cada uno de sus gestos y sabía que aquello significaba que estaba pensando, que quería decirme algo importante pero no encontraba las palabras. Decidí dejarle tiempo y me limité a fumar en silencio.

—Escucha, Eli... —Su tono de voz era tan bajo que tuve que inclinarme hacia delante para poder oírle—. Te admiro. Te admiro muchísimo. Eres la persona más valiente que he conocido.

—No sé qué quieres decir con eso...

—Tú crees de verdad en fantasmas. Los veías, sigues percibiéndolos, los escuchas, te comunicas con ellos... Sabes que están ahí y que son reales y, aún así, sigues entrando en casas encantadas, en prisiones malditas, te enfrentas a ellos cuando han poseído a alguien... Yo no podría hacer eso. Si estuviera seguro de que esos seres existen y de que están a nuestro alrededor, correría lo más rápido que pudiera hasta estar bien lejos. Lo único que me permite seguir adelante es pensar que hay una explicación natural para todo esto, por muy absurda y enrevesada que pueda ser... En unos días me habré convencido a mí mismo de que lo único que ha pasado ahí dentro ha sido un pequeño temblor de tierra que ha hecho que las puertas se movieran y que ha afectado a la instalación eléctrica. Conseguiré convencerme de que esa es la única explicación posible y olvidaré todos los detalles que no concuerden: el olor a carne quemada, los susurros, la sensación de que algo invisible nos perseguía... Lo olvidaré todo porque es la única manera que tengo de seguir adelante.

Me quedé mirándole en silencio, sin saber qué decirle. Nunca me había planteado que él pudiera pasarlo tan mal al enfrentarse con lo sobrenatural. Siempre parecía tan seguro, tan alegre, tan despreocupado por todo... Ni en mil años habría imaginado que estuviera utilizando aquellos mecanismos de defensa para poder seguir conmigo sin volverse loco.

—Lo siento mucho —le dije—. Pensaba que podías con todo esto.

—Y puedo. Claro que puedo. —Una amplia sonrisa se abrió paso en su rostro—.

Ni yo mismo habría creído que tuviera una capacidad de autoengaño tan grande.

—Pero no puedes seguir así. En algún momento verás algo que no podrás negar.

—Sí, y ese será el momento en el que te diré que tenemos que dejar de vagabundear. Nos buscaremos una casita con jardín y un empleo decente y tendremos media docena de hijos.

—Ni lo sueñes. No voy a tener seis hijos —le dije riendo—. Odio a los niños.

—A estos no, porque serán tan adorables como su padre. —Al terminó de fumar, arrojó la colilla a través de la verja y se puso en pie—. ¿Crees que podrás llegar hasta la enfermería?

Asentí y me agarré a sus manos para ponerme en pie. La rodilla me dolía aún más al haberse enfriado, pero conseguí fingir una sonrisa y empezar a andar. Al recogió el tablero de ouija y se puso a mi lado.

—¿Qué vamos a hacer con el caso? —preguntó—. Lo de esta noche ha sido un fracaso.

—Sí, no nos ha servido absolutamente de nada. Sabemos que el culpable es uno de los espíritus que está ahí dentro, pero es imposible comunicarnos con él.

—¿Serviría de algo que quemáramos ese edificio hasta los cimientos?

—Lo mejor sería quemar la prisión entera. Este lugar está podrido. Ha albergado tanta maldad y dolor entre sus paredes que sería imposible limpiarlo. —Me giré hacia Al y le sonreí—. ¿Podrías convencer al director de que es una buena idea?

—Confías demasiado en mi encanto personal —contestó, guiñándome un ojo—. ¿Y entonces qué vamos a hacer?

—Voy a seguir investigando los historiales de toda la gente que murió en la silla eléctrica. Si supiéramos su nombre, podríamos volver a entrar ahí e invocarle solo a él.

—¿Tú crees que así los demás se callarían y se portarían bien?

—Sí. Al invocar a un espíritu en particular, fortaleces el nexo de unión con ese ente. Eso dejaría a los demás en un segundo plano.

—No es que me guste mucho tu plan. Eso de tener que volver a entrar ahí no me hace ninguna gracia. —Al esperó hasta que yo me encogí de hombros—. Eso significa

que no tenemos nada más, ¿verdad?

—No se me ocurre otra cosa.

—Vale, pero espero que la próxima vez salga mejor. Si lo de hoy se repite, a mi parte racional le va a resultar muy difícil explicar que haya terremotos cada vez que entramos en ese edificio.

Estoy en una carretera oscura y solitaria. Levanto la cabeza, buscando alguna luz, pero todas las farolas están apagadas. Tampoco me llega la luz de la luna ni de las estrellas. El cielo está cubierto de enormes nubes negras.

Está lloviendo mucho y sopla un viento que agita las copas de los árboles cercanos y azota mi cuerpo. Sé que debería tener frío, pero no noto nada. El aire me atraviesa como si fuera incorpórea, como si no estuviera aquí en realidad.

Empiezo a caminar desorientada. No sé dónde estoy ni hacia dónde voy. Tampoco sé cómo he llegado aquí. No se ve a nadie en la carretera ni en los jardines de las casas cercanas. No sale luz de ninguna de ellas. Por un momento temo que todo el mundo ha muerto y que me he quedado sola.

Cada pocos segundos, un relámpago azulado cruza el cielo e ilumina el paisaje. Veo los rayos reflejarse en una superficie cercana y eso me ayuda a descubrir dónde estoy. Es Maquam Shore, la carretera que lleva hacia Swanton y esa superficie oscura en la que se refleja la luz de los relámpagos es el lago Champlain.

Sigo sin saber qué hago aquí, pero al menos sé cómo volver a casa, así que continuó mi marcha en dirección al pueblo. El siguiente relámpago ilumina la carretera y me permite descubrir que no estoy sola. Hay una figura oscura varias yardas más adelante. Parece una persona y también se dirige hacia el pueblo. Me pregunto qué hará alguien andando a solas por esta carretera en una noche tan despacible, pero lo mismo podría preguntarse esa persona sobre mí. Aceleró el paso para alcanzarla. El camino nos parecerá menos largo y peligroso si lo recorremos en compañía.

Cuando estoy algo más cerca, empiezo a distinguir el llanto de esa persona. Es una mujer y sus gemidos parecen contener toda la angustia y la pena del mundo. Intentó andar aún más deprisa. No sé por qué, pero, a pesar de que no la conozco ni sé nada de ella, siento que tengo que consolarla. Cuando estoy a punto de alcanzarla, distingo las palabras que murmura entre sollozos.

—¡Eli! ¡Eli! ¡Eliiii!

Corro hacia ella, apremiada por sus gritos. La alcanzo, la agarro por un brazo y le hago darse la vuelta. A pesar de la oscuridad, la reconozco al instante. Es mi madre. Está empapada de la cabeza a los pies. Un líquido oscuro cubre su pelo, su rostro, sus ropas... Se sigue sacudiendo por los sollozos y, aunque mira en mi dirección, me da la impresión de que no puede verme, porque continúa llamándome con voz angustiada.

La luz del siguiente relámpago hace brillar el líquido que la cubre con un fulgor rojizo. Es sangre. El líquido que resbala por su cara es sangre fresca, tan brillante que parece irreal. Me doy cuenta de que tiene una herida en la frente. La piel está separada y puedo ver que la brecha es tan profunda que llega hasta el hueso. No puedo moverme ni decir nada. Solo puedo seguir contemplándola, hasta darme cuenta de que tiene otra herida en el vientre de la que brota sangre a litros, como si fuera un manantial, que cae hasta el suelo y se mezcla con la lluvia, cubriendo la carretera con un manto viscoso y rojizo.

La miro sin entender qué ha pasado. Tengo que hacer algo, tengo que pedir ayuda, pero en todo el tiempo que llevamos aquí no ha pasado ni un solo coche y las luces de las casas cercanas continúan apagadas. Miro hacia todos lados y giro sobre mí misma buscando una respuesta, una salida. Mi madre redobla sus sollozos y cae de rodillas sobre el asfalto, agarrándose el vientre abierto, mientras vuelve a gritar mi nombre con la cabeza alzada hacia el cielo.

—¡ELIIII!

Ese último grito me despertó y me devolvió al mundo real. Estuve desorientada durante unos segundos. No sabía dónde estaba ni qué había pasado. Todo estaba oscuro y los únicos sonidos que podía percibir eran los alocados latidos de mi corazón. Mi garganta se había cerrado, se había vuelto del grosor de un hilo de seda e impedía la entrada de aire a mis pulmones y la salida del grito de terror que tenía atorado en ella.

Me quedé sentada en aquella oscuridad hasta que un relámpago azulado iluminó el lugar. Su brillo me hizo dudar durante un segundo de si seguía inmersa en aquel sueño. Recorrí la habitación con la mirada, temiendo encontrarme con la figura ensangrentada de mi madre, pero no vi nada. Poco a poco, la realidad se fue imponiendo, trayendo algo de calma y haciendo que recuperase la cordura. Estaba en nuestra habitación del motel, en Ossining. El cuerpo de Al estaba junto al mío.

Descansaba de lado y, en aquel silencio, pude escuchar el ritmo pausado y tranquilizador de su respiración.

Cuando pude volver a respirar con tranquilidad, me levanté de la cama con cuidado de no despertarle. La rodilla me lanzó un pinchazo de dolor, pero la ignoré. Recogí mi ropa y entré en el cuarto de baño. La imagen que me devolvió el espejo no resultó nada tranquilizadora. Tenía la piel muy pálida y mi mirada transmitía miedo. Sin embargo, lo que más me asustó fue ver el collar de cuentas rojas y negras que colgaba de mi cuello. El santero le había dicho a Al que nunca debía llevarlo puesto cuando fuera a dormir, pero había llegado tan agotada que me había olvidado de quitármelo. Quería pensar que mi sueño solo había sido una pesadilla sin sentido, pero algo me decía que no, que aquel collar me había permitido ver cosas que no habría percibido normalmente. Pero, ¿qué había sido aquel sueño? ¿Un aviso? ¿Una premonición? ¿Una visión?

Me quité el collar y lo dejé sobre el lavabo. Después, me tomé un par de los analgésicos que me habían dado en la enfermería de la prisión y me vestí a toda prisa. Salí del baño y me quedé unos segundos quieta, escuchando la respiración de Al. Seguía durmiendo tranquilo, así que recogí mi chaqueta y salí de la habitación.

Continuaba lloviendo a cántaros, como en mi sueño. Los relámpagos seguían iluminando el cielo, pero parecían más lejanos y ya no iban acompañados del retumbar inmediato de los truenos. Parecía que la tormenta se alejaba. Sin embargo, el oscuro presagio que se había adherido a mi alma como una nube negra no disminuía. Me puse la capucha de la chaqueta y crucé el aparcamiento lo más rápido que pude hacia el edificio de recepción. Había una pequeña cabina de teléfono en la entrada.

Cuando llegué, miré mi reloj. Eran las seis y media de la mañana. Pronto amanecería y, aunque no eran horas para llamar a ningún sitio, pensé que, si mi madre había tenido turno de noche, acabaría de llegar a casa y todavía no se habría dormido. Saqué unas cuantas monedas del bolsillo y marqué el número. Estuve escuchando el sonido de la llamada hasta que se cortó y volví a marcar con idéntico resultado. Cuando colgué el teléfono, noté que tenía los ojos rebosantes de lágrimas. Me estaba dejando llevar por el pánico. Solo había tenido un sueño estúpido y mi madre no contestaba, pero aquello no quería decir nada. Quizá no le tocaba el turno de noche y estaba tan profundamente dormida como para no escuchar el teléfono. O quizá seguía en el hospital, haciendo horas extra. No tenía por qué haberle pasado nada malo. No podía haberle pasado nada malo...

Aquellos pensamientos no consiguieron tranquilizarme. Volví a meter las monedas en la cabina y marqué el número de mi hermano. Un par de tonos después escuché cómo alguien contestaba al otro lado.

—¿David? —pregunté en cuanto descolgaron.

—No, soy Sally —contestó mi cuñada.

—Soy Eli —le dije de forma apresurada—. Siento muchísimo llamar a estas horas, pero estoy intentando hablar con mi madre y no contesta. ¿Podría ponerse mi hermano? A lo mejor él sabe el turno que tenía y si sigue en el trabajo...

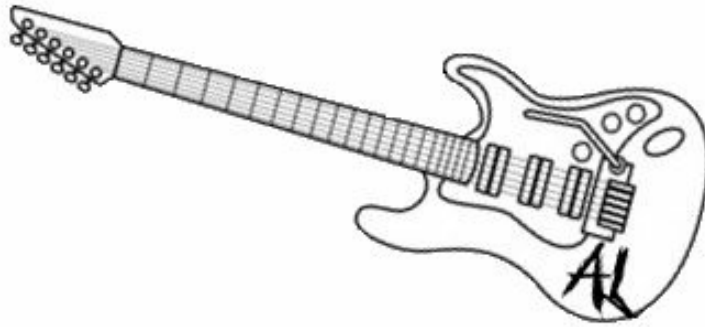
—Eli, escucha... —La voz de Sally se quebró en un sollozo y en aquel momento sentí que el miedo se instalaba de verdad en mi estómago, como un animal rabioso que mordiera con fuerza—. Tu hermano no está. Ha ido al hospital.

—¿Al hospital? ¿Para qué?

—Tu madre ha tenido un accidente con el coche al volver del trabajo.

—¿Un accidente? —pregunté al borde del ataque de histeria—. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo está?

—No sé mucho. —Sally lloró durante unos segundos antes de poder seguir hablando—. Solo sé que han dicho que es muy grave. Creo que deberías volver a casa.



CAPÍTULO SIETE

Cuando Al terminó de hablar por teléfono, vio que Eli ya salía de la habitación del motel con su mochila a cuestas. Se acercó a ella, le pidió que se la pasara y la metió dentro de la caravana. Después de cerrar la puerta, se giró y la abrazó. Ella le rodeó con los brazos y escondió la cabeza en su pecho. Se mantuvieron así durante unos segundos, mientras él depositaba besos en su pelo. Cuando se separaron, él la observó, preocupado. Ya había dejado de llorar y parecía más tranquila, pero, aún así, la idea de aquel viaje seguía sin gustarle.

—¿Qué te ha dicho tu padre? —preguntó Eli—. ¿Está de acuerdo con la idea?

—Está más que de acuerdo. Está entusiasmado. Me ha dicho que estará aquí a mediodía y que se va a traer todos sus cachivaches para investigar. —Al la miró a los ojos fijamente antes de seguir hablando—. El que no está de acuerdo con la idea soy yo.

—¿Vamos a discutir de esto otra vez? —preguntó ella esquivándole la mirada—. Ya lo hemos hablado y es lo mejor...

—Pues yo no veo que sea lo mejor —protestó él—. No sé por qué no puedo acompañarte a Swanton.

—No podemos dejar el caso a medias. Esa gente nos necesita —le explicó Eli.

—Me da igual toda esa gente. Por mí toda la prisión puede arder hasta los cimientos. De hecho, tú misma has dicho que sería lo mejor.

—Sí, pero no con ellos dentro —repuso ella esbozando una sonrisa—. Si no

hacemos nada, morirán más presos y más guardias verán su vida destrozada para siempre.

—Pero no me gusta dejarte sola. Hay más de seis horas hasta Swanton y no deberías conducir en tu estado de nervios —insistió él.

—¿Qué estado de nervios? —Eli se separó, extendió sus brazos y le mostró que las manos no le temblaban—. Estoy perfectamente.

—He visto cómo estabas hace un rato. No me engañas. —Negó con la cabeza, enfadado—. Puedes decir lo que quieras, pero no me vas a convencer. Creo que te hago mucha más falta a ti que a esta gente.

—Y yo te digo que no me haces falta. Voy a pasar todo el tiempo en el hospital con mi madre. ¿Qué ibas a hacer tú mientras? ¿Aburrirte en la caravana?

—¿Y qué voy a hacer aquí? —volvió a protestar él—. Ya sabes que yo no tengo ni puñetera idea de cómo tratar con fenómenos paranormales.

—Ni falta que hace —contestó Eli—. No tienes que hacer nada que tenga que ver con ningún fenómeno paranormal. Solo tienes que leer los informes de la gente que murió ejecutada en esa silla eléctrica buscando algún dato que pueda ayudarnos.

—Eso suena apasionante —dijo Al, sarcástico.

—... Y ayudar a tu padre con sus investigaciones. Quizá podáis encontrar algo importante.

—Nunca has creído que sus aparatos sirvan para nada... —se quejó él.

—Bueno, quizá me equivoque. —Ella volvió a abrazarle y le acarició el pelo de la nuca—. De verdad, estaré bien y te llamaré todas las noches.

—No tengo teléfono y por la noche estaré trabajando. Mejor te llamo yo sobre las siete de la mañana, cuando salga. ¿Estarás despierta?

—Si es para escucharte, estaré despierta. —Ella le apretó con más fuerza—. Es la primera vez desde que empezamos a salir que vamos a separarnos. Te echaré mucho de menos.

—*Donde quiera que vayas, cualquier cosa que hagas, yo estaré justo aquí esperándote* —canturreó él.

—¿*Right here waiting for you* de Richard Marx? —preguntó ella, sorprendida—.

Creía que pensabas que esa canción era una cursilada. Me sorprende que te sepas la letra.

—Pues para que veas cuánto te voy a echar de menos, la escucharé todas las noches a las doce. Si tú también lo haces, será como si, durante unos minutos, estuviéramos juntos.

—Tenemos una cita —contestó ella.

Él notó que los oscuros ojos de Eli brillaban por las lágrimas contenidas. Alargar aquello solo iba a servir para hacerles más daño. Después de todo, solo tardarían unos días en volver a reunirse. No se estaba acabando el mundo, aunque en aquel momento se lo pareciera. Volvió a abrazarla y le dio un beso en el que intentó expresar que pensaría en ella a cada segundo, cuánto la quería, cuánto iba a echarla de menos... Cuando se separaron, Eli aún se mantuvo unos instantes agarrando sus manos, como si no quisiera soltarle.

—Tengo que irme ya —dijo al fin, tratando de que no se le quebrara la voz.

—Sí, será lo mejor.

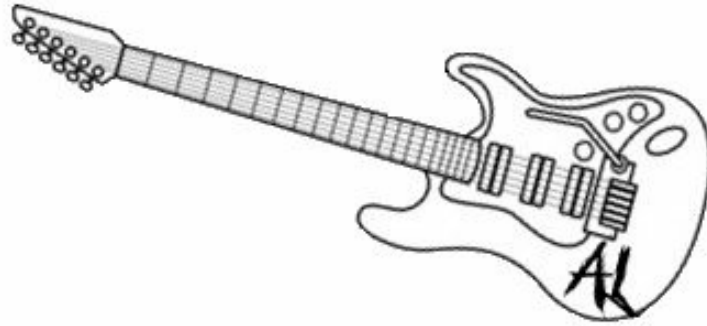
La acompañó hasta la caravana y la ayudó a subir, porque ella aún tenía la rodilla dolorida y le costaba moverla. Cuando se hubo sentado al volante, volvió a asomarse por la ventanilla y le dio un último beso.

—Te quiero —dijo Eli.

Una lágrima traicionera escapó de sus ojos y se deslizó, lenta y pesada, por una de sus mejillas. Él alzó la mano y secó aquella lágrima, aprovechando para acariciar su piel y enredar los dedos en su pelo.

—Yo también te quiero —respondió—. Anda, vete ya o te secuestraré y no dejaré que te marches.

Ella soltó una risita forzada y puso en marcha el motor. Al se quedó quieto en medio del aparcamiento, viendo cómo la caravana llegaba hasta la carretera y la enfilaba para ir ganando velocidad hasta perderse tras la primera curva. Se mantuvo allí de pie durante mucho tiempo, mirando la esquina por la que la caravana había desaparecido. Él no creía en malos augurios ni en presentimientos, pero algo en sus tripas le decía que no iba a ser tan fácil que volvieran a encontrarse.



PRISIÓN DE SING SING,
OSSINING (NUEVA YORK)
OCTUBRE DE 1989

CAPÍTULO UNO

Les costó mucho tiempo y un par de llamadas al director que les permitieran entrar en la prisión con todos los artilugios extraños que habían llevado. El padre de Al tuvo que pasarse más de media hora explicando qué era cada uno de ellos y para qué servía. Cuando acabó, el guardia aún estuvo un rato revolviendo en las cajas y sacando objetos al azar para echarles un último vistazo, como si siguiera sin estar convencido de poder permitirles el acceso llevando aquellas cosas. Finalmente, se dio por vencido, se encogió de hombros y abrió la reja. Al recogió una de las cajas y echó a andar pasillo adelante. Cuando su padre le alcanzó, llevando la otra caja, se giró hacia la puerta y calculó que, a aquella distancia, el guardia ya no podría oírles.

—¿De verdad hacía falta traer todo esto? —preguntó molesto.

—Por supuesto. Tú mismo has dicho que no tenéis ni idea de qué es lo que está causando los fenómenos y las muertes. Cualquier dato puede ser de utilidad.

—Yo no he dicho eso —le corrigió Al—. He dicho que no sabemos quién es el culpable, pero sabemos lo que es: es el espíritu de uno de los condenados a muerte que fueron ejecutados en la silla eléctrica.

—Nunca habría imaginado que una frase así saldría de tus labios —dijo James mirándole con tanto orgullo como si acabara de graduarse en la mejor universidad del país—. Es increíble lo mucho que te ha cambiado Eli.

—Eli no me ha cambiado. Sigo pensando que la mayoría de las veces hay una explicación lógica para los fenómenos sobrenaturales: timadores, gente loca que cree ver cosas, histeria colectiva...

—Ya, ya... pero hay veces en las que las explicaciones lógicas no alcanzan. —James le guiñó un ojo en señal de complicidad—. Y en esas ocasiones tenemos que echar mano de la parapsicología. Llevo diciéndote eso desde que eras pequeño. ¡Cómo me alegra que por fin hayas entrado en razón!

Al lanzó un suspiro y negó con la cabeza. No iba a servir de nada que tratara de convencer a su padre de que seguía siendo un escéptico. Un escéptico con alguna duda, sí, pero un escéptico al fin y al cabo. Además, tampoco quería ofenderle diciéndole que seguía pensando que todos sus inventos y aparatos no eran más que

trastos. El pobre hombre lo había dejado todo para acompañarle en aquella investigación en la que no se le había perdido nada. Lo menos que podía hacer era mostrarse agradecido y dejar que investigara a su manera.

—¿Qué quieres hacer con todo esto? —le preguntó.

—Vamos primero a la Casa de la Muerte. Has dicho que es ahí donde se manifiestan los fenómenos más intensos, ¿verdad?

—Sí. Además, todas las muertes se han producido allí.

—Perfecto. Tomaremos unas mediciones del campo electromagnético y colocaremos sensores de movimiento, cámaras y unas cuantas grabadoras —explicó James, entusiasmado—. Luego iremos al pabellón B a hacer lo mismo.

—No. Tú no vas a entrar en el pabellón B —le cortó Al.

—¿Y eso por qué? Yo no voy a sentir que los espíritus me atacan ni voy a empezar a convulsionar como le pasó a Eli. —Al tuvo la sensación de que a su padre le habría encantado que le pasaran aquellas cosas y que lo decía con tono apenado—. Sabes que yo no poseo esa sensibilidad.

—Lo sé. No es eso lo que temo. Es un pabellón de máxima seguridad, papá. Está lleno de asesinos, matones, violadores... No quiero que te acerques a esa gente.

—Pero si no me va a pasar nada... —insistió su padre.

—Me da igual. He dicho que no quiero que entres —dijo Al con tono cortante—. No voy a permitir que te pase nada malo.

—Has cambiado, Al. —El brillo de orgullo volvió a aparecer en sus ojos—. Te miro y casi no veo al chiquillo alocado y caprichoso que conocía. Te estás haciendo un hombre.

—No digas tonterías —dijo Al, sintiendo que enrojecía—. Lo que me mueve no es la responsabilidad, sino el miedo. ¿Tú sabes la que me liarían mamá y Laetitia si te pasara algo?

Por suerte, ya habían llegado al edificio que antes albergaba la Casa de la Muerte, así que no pudieron seguir discutiendo. Un guardia abrió la última reja y les dejó entrar.

El turno de tarde todavía no había acabado y los talleres estaban llenos de gente. James se quedó quieto al lado de la puerta con la caja en las manos, mirando de

un lado a otro con la boca abierta. Parecía que, al contemplar por primera vez a aquellos hombres enormes que les miraban fijamente con cara de pocos amigos, acababa de hacerse consciente de que aquello no era una excursión escolar. Al volvió a su lado y le indicó con un gesto de la cabeza que le siguiera. James asintió, cerró la boca y empezó a andar casi pisando sus talones mientras miraba a todos lados como si temiera que, en cualquier momento, uno de aquellos hombres fuera a saltar sobre ellos para atacarles.

—Empezaremos por las oficinas del fondo —explicó Al—. Así daremos tiempo a que termine el turno y se marchen.

James asintió y le siguió pasillo adelante. Tras cruzar una puerta, llegaron a un nuevo pasillo. Al empezó a recorrerlo para dirigirse al despacho del fondo.

—En esa habitación estaba la silla eléctrica —le dijo—. Es dónde estuvimos anoche haciendo la sesión de ouija.

—Estupendo —comentó su padre, que parecía haber recuperado la compostura y el entusiasmo—. Seguro que conseguimos unas mediciones interesantísimas.

Al se adelantó y llamó un par de veces a la puerta. Esperó un rato y, al no recibir respuesta, abrió y se metió dentro. El despacho estaba vacío y silencioso. Dio unos pasos dentro de la habitación, temeroso de que volviera a repetirse el festival de luces y golpes de la noche anterior, pero no sucedió nada. Parecía que lo que habían despertado había vuelto a dormirse. Vio una bolsa en un rincón y se acercó. Alguien había dejado una nota encima que ponía “Para Carter y McNeal”. Abrió la bolsa y comprobó que estaba llena con las velas, los quemadores de esencias y las piedras de colores que Eli había dejado allí la noche anterior. Cerró de nuevo la bolsa con una sonrisa. Se alegraba de poder llevarse sus cosas así, sin tener que responder preguntas incómodas.

James se acercó a la mesa del despacho, dejó su caja sobre ella y sacó un aparato que empezó a pitar y a iluminarse según lo encendió.

—¿Qué demonios es eso? —le preguntó Al.

—Un medidor de ondas electromagnéticas —contestó James mientras miraba aquel artilugio con los ojos desorbitados—. ¡Dios mío! Nunca en toda mi vida había estado en un lugar con el campo magnético tan alterado.

—Supongo que eso quiere decir que estamos rodeados de espíritus cabrones

que están deseando poder manifestarse y arrancarnos las entrañas.

—Este aparato no mide si los espíritus son buenos o malos ni qué intenciones tienen —explicó su padre—, pero sí señala la presencia de entes sobrenaturales.

—O de corrientes subterráneas o de minerales bajo la superficie... ¿No se usa también para eso? —preguntó Al, sarcástico.

—Piensa lo que quieras, hijo —contestó su padre, distraído.

Se quedó unos segundos mirando cómo su padre corría de un lado a otro de la habitación con cara de sorpresa. De vez en cuando, se detenía, regresaba corriendo a la mesa y apuntaba números en su cuaderno. Al ya sabía, por ocasiones anteriores, que podía pasarse horas haciendo aquello, así que le dejó tranquilo y se dedicó a preparar un par de cámaras de fotos conectadas a sensores de movimiento y a colocarlas en dos de las esquinas del despacho. Después sacó una grabadora y la dejó sobre la mesa. Cuando terminó, se sentó en el cómodo sillón de cuero que había tras el escritorio, se puso las manos tras la cabeza y subió los pies a la mesa, dispuesto a esperar lo que hiciera falta hasta que su padre terminara. A pesar de la postura, no se encontraba cómodo ni relajado. Tenía demasiado presente el recuerdo de lo que había sucedido la noche anterior y, aunque casi se había convencido de que debía de haber sido un temblor de tierra sumado a que estaban demasiado sugestionados por el pasado del lugar, seguía sin encontrarse tranquilo. Cuando su padre le indicó que había terminado y que podían marcharse, se sintió muy agradecido.

Pasaron la siguiente hora revisando los otros despachos y colocando cámaras y grabadoras en ellos. Cuando cruzaron la puerta que llevaba a la zona de talleres, vieron que los presos continuaban allí. Estaban recogiendo las mesas para terminar el turno, así que Al le indicó a su padre que se retiraran a una esquina para esperar a que se marcharan. Los reclusos iban guardando todas sus herramientas y dejando las mesas limpias. Cuando acababan, se colocaban en fila frente a la reja, esperando a que estuvieran todos para poder regresar a sus celdas.

Uno de los reclusos se quedó quieto al lado de la mesa con los ojos fijos en la esquina en la que estaban Al y su padre. En lugar de guardar el destornillador que tenía en la mano, se encaminó hacia ellos con paso decidido. Cuando estuvo más cerca, se detuvo y señaló a James con el destornillador.

—Tú no eres un guardia —le dijo—. Nunca te había visto y ni siquiera llevas uniforme.

Al ni siquiera lo pensó. Puso una mano en el pecho de su padre para indicarle que no se moviera y se adelantó un paso para interponerse. El preso levantó aún más el destornillador y empezó a moverlo de lado a lado con manos temblorosas. Al trató de aparentar calma mientras rezaba para que alguno de los otros guardias se acercaran a detener a aquel hombre, pero todos sus compañeros estaban ocupados vigilando la fila o insistiendo a otros presos para que terminaran de recoger lo antes posible. Sintió que el corazón se le subía a la garganta, que le resultaba difícil respirar y que un reguero de sudor frío le resbalaba por la espalda. No le gustaba la mirada de aquel hombre. Tenía los ojos desorbitados, las pupilas dilatadas... Era la mirada de un loco, de uno peligroso. No debía demostrarle que tenía miedo o se lanzaría sobre ellos. Tragó saliva con dificultad, elevó la cabeza e hinchó el pecho, tratando de parecer más grande de lo que era.

—Acaba con lo que estabas haciendo y ponte en la fila —dijo con la voz más firme y autoritaria que pudo poner.

—Quiero saber quién es y a qué ha venido —contestó el hombre con una mueca de furia en su rostro. Parecía extremadamente nervioso, al borde de la histeria, como un animal acorralado que se preparara para atacar.

—Eso no es de tu incumbencia. Vuelve a tu mesa —le ordenó de nuevo Al.

—Nos estáis espiando para ir matándonos uno a uno —gritó el hombre fuera de sí—. Ya os habéis cargado a tres de nosotros: primero Barton, luego Castro, después Ward... ¿Pensáis que nos hemos tragado que han sido accidentes? Sabemos que los habéis matado vosotros.

Los gritos del hombre habían llamado la atención de un par de guardias, que se habían acercado con sigilo por su espalda. Al vio que sacaban las porras y que estaban preparados para saltar sobre el preso, pero no acababan de decidirse. Seguramente la causa era el enorme destornillador que el hombre seguía meneando a pocas pulgadas de su rostro. Decidió fingir que no les había visto e intentar distraer al preso hasta que decidieran que era seguro lanzarse sobre él y reducirle. Si aquel hombre se daba cuenta de que estaban a punto de desarmarle y retenerle, podría revolverse y atacar. Estaba seguro de que no tardaría más que unas decimas de segundos en clavarle aquel destornillador en el estómago... O en el cuello... O en un ojo. A pesar de que intentaba mantener la calma, no pudo contener el escalofrío que le produjo preguntarse si le daría tiempo a darse cuenta de cómo el destornillador entraba por una de sus cuencas oculares y atravesaba su cerebro como si fuera una barra de mantequilla

antes de morir. Se forzó a olvidarse de aquello y concentrarse en distraer al preso. Su vida y la de su padre podían depender de ello.

—Tranquilo... No va a suceder nada. —Al extendió las palmas de las manos frente al hombre para demostrarle que no tenía nada que temer—. Tienes razón en que este hombre no es un guardia. Es un... —trató de encontrar algo que pudiera resultar creíble y que no alterara más al preso—... un técnico experto en plagas. Le hemos avisado por las arañas violín. Las habrás visto. Cada vez hay más y son muy peligrosas.

—No te creo —dijo el preso mirándole con suspicacia—. Los expertos en plagas siempre llevan un mono de trabajo con algún bicho dibujado.

—Esos son los currantes, pero te he dicho que este tío es un “experto” en plagas. Es el que viene primero para observar el lugar y planificar cómo acabar con los bichos. —El hombre le escuchaba con atención y había empezado a bajar el destornillador, así que Al siguió inventándose cosas—. Puede calcular cuántas hay en un lugar por el número de telas, saber dónde están sus nidos, dónde se oculta su reina...

—Las arañas no tienen reina. ¿Te crees que soy gilipollas?

Antes de que pudiera decir nada más, los dos guardias cayeron sobre el hombre. Uno de ellos golpeó con su porra la mano con la que sostenía el destornillador, haciendo que lo soltara. En un par de segundos, le tenían esposado.

—Joder, me ha tenido que tocar un puto experto en bichos —se quejó Al mientras veía cómo se llevaban al hombre.

—No hace falta ser entomólogo para saber que las arañas no tienen reina ni se organizan en colonias —dijo su padre—. Te has confundido con las hormigas y las abejas.

—La próxima vez vas a ser tú el que se ponga delante de un chalado con un destornillador a un par de pulgadas de tu cuello a intentar distraerle. A ver si en ese momento eres tan listo como para acordarte de la puñetera organización social de los insectos.

—Las arañas no son insectos, son arácnidos. Ambos son artrópodos, pero no deben confundirse... —James se detuvo al ver la mirada asesina que le estaba lanzando Al. Le dirigió una sonrisa burlona y le dio un par de palmadas en la espalda—.

No te preocupes. Lo has hecho genial.

El preso había continuado gritando incoherencias sobre agentes de la CIA y conspiraciones extraterrestres mientras se lo llevaban. Al se sintió aliviado. Las paranoias de aquel hombre estaban muy lejos de las verdaderas explicaciones de lo que estaba sucediendo allí. Se giró hacia otro guardia que contemplaba la escena.

—¿Dónde se lo llevan?

—No sé si a la unidad de psiquiatría o a la Caja —respondió el guardia. Ante el gesto de incompreensión de Al, siguió explicándose—. Es la Unidad de Residencia Especial. Ya sabes, celdas de castigo en aislamiento para presos rebeldes.

Al torció el gesto. A pesar de que ellos no habían hecho nada para que aquel hombre les amenazara, se sentía responsable al saber que iban a encerrarle y aislarle de los demás. El guardia percibió su gesto y le lanzó una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes por él. Lleva media vida encerrado en la celda de aislamiento o en psiquiatría. No está bien de la cabeza... De vez en cuando le dan paranoias raras y tenemos que encerrarlo.

—¿Y no debería estar en una prisión psiquiátrica en lugar de aquí? —preguntó James uniéndose a la conversación.

—Hay tantas cosas que deberían hacerse de manera diferente... —El guardia se encogió de hombros—. Las prisiones psiquiátricas del estado están saturadas, así que nos envían a todos los locos que no caben.

—Aún así, no me parece normal que vayáis a encerrar en una celda de aislamiento a una persona con problemas psiquiátricos —protestó James.

—Gracias a Dios, lo que a usted le parezca o no normal, nos trae sin cuidado —dijo el guardia mientras se encogía de hombros—. Mire, no se trata solo de ese preso. Podríamos haberle encerrado en su celda y lo más probable es que, al cabo de un rato, se hubiera tranquilizado solo.

—¿Y por qué no lo han hecho? —insistió James.

—Porque tenemos que dar ejemplo —explicó el guardia—. Los ánimos están bastante alterados por aquí. Desde que empezaron las muertes de los presos, el ambiente ha ido caldeándose. Esto es una puta olla a presión que estallará antes o después. Por si no se ha dado cuenta, hay unos cien reclusos por cada guardia. Si

deciden rebelarse, no podremos detenerlos.

—¿Y qué piensan hacer? —James se giró hacia los presos que seguían aguardando en fila y les observó como un conejo miraría a una manada de lobos babeantes.

—Intentar contenerlos todo el tiempo que sea posible. La única arma con la que contamos es el miedo: miedo a nuestros golpes, a nuestras porras, a nuestros castigos... Usted desde fuera puede verlo como algo cruel, pero es lo único que tenemos... y, aún así, no será suficiente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Al.

—Algo les está matando, algo que no pueden explicarse. En el momento en que ese algo les asuste más que nosotros y les haga sentirse desesperados, estaremos perdidos.

CAPÍTULO DOS

Ya estaba amaneciendo cuando Al consiguió regresar al motel. Estaba tan agotado que incluso arrastraba los pies al caminar. Después de recorrer media prisión con su padre para colocar un montón de sensores, cámaras y grabadoras y de acompañarle sano y salvo hasta la salida, había tenido que hacer un turno de ocho horas en el pabellón B. Su padre había decidido que, ya que en el turno de noche no había mucho que hacer, podía dedicar su tiempo a poner más sensores y cámaras y a pasearse por los corredores con uno de sus detectores de campos electromagnéticos. Se había pasado horas recorriendo aquellos pasillos anotando datos que para él no tenían el más mínimo sentido y cosechando miradas recelosas de los demás guardias y de los presos que continuaban despiertos.

A pesar de lo cansado que estaba, en lugar de dirigirse a la habitación, fue hasta la entrada del edificio de recepción, donde se encontraba la cabina de teléfonos. Marcó el número de la casa de Eli y esperó con la respiración contenida. Necesitaba que ella estuviese en casa y que pudieran charlar un rato. Ya la echaba muchísimo de menos y estaba seguro de que el sonido de su voz le ayudaría a sentirse mejor.

—¿Al? ¿Eres tú?

Solo con escucharla le pareció que el cielo se iluminaba un poco más. Soltó un suspiro de alivio y apoyó la espalda contra la pared antes de contestar.

—Sí, soy yo. Me alegro mucho de oírte. Pensaba que a lo mejor no estabas en casa.

—He vuelto hace un rato del hospital y estaba esperando a que me llamaras para ir a dormir.

—¿Qué tal está tu madre?

—Muy mal. —La voz de Eli se entrecortó. Al le dio unos segundos para que se repusiera y pudiera seguir hablando—. Han conseguido contener la hemorragia que tenía en el abdomen y creen que no hay daños internos, pero no despierta. Todavía no saben el alcance del golpe que se dio en la cabeza. Tienen que hacerle más pruebas, así que, de momento, no pueden decirnos si recuperará la conciencia o no...

Eli dejó de hablar y Al pudo escuchar un sollozo que le dolió como una puñalada en el estómago. Era tan frustrante y doloroso escucharla tan cerca y tenerla tan lejos, saber que estaba sufriendo y no poder consolarla entre sus brazos... Volvió a sentir el impulso de mandarlo todo a la mierda y olvidarse de aquel caso para coger el primer autobús a Vermont. Sin embargo, sabía que ella y su ridículo sentido de la responsabilidad no se lo permitirían.

—Eli, cariño, no llores... Ya verás cómo se pone bien. Tu madre siempre ha sido una mujer fuerte y una luchadora.

Aquellas palabras le sonaron vacías y estúpidas según las iba pronunciando, pero no sabía qué más decirle. Escuchó cómo Eli suspiraba al otro lado del teléfono, tratando de calmarse.

—Me gustaría tanto estar ahí contigo —le dijo mientras rezaba para que ella le necesitara tanto como para decirle que lo dejara todo y corriera a su lado.

—No te preocupes. Estaré bien —contestó ella—. ¿Has escuchado la canción?

—Por supuesto. A las doce en punto —respondió él con una sonrisa triste en la cara—. Ha sido el único momento bueno de toda la noche. Ahora dime que tú también la has oído y que no he estado haciendo el ridículo yo solo.

—Claro que la he escuchado. Te echo mucho de menos. —Eli volvió a quedar en silencio y Al temió que fuese a ponerse a llorar de nuevo, pero, en lugar de eso, ella prefirió cambiar de tema—. ¿Qué tal va la investigación? ¿Tu padre está siendo de ayuda?

—Mi padre me está volviendo loco —contestó él—. Tengo un montón de hojas llenas de números que no entiendo y me ha hecho colocar cámaras y sensores por media prisión. Todo el mundo me mira como si estuviera majara y ya no debe de quedar nadie que se crea que soy un guardia normal. Lo peor es que, como ya sabes, no creo que todas estas tonterías vayan a servir para nada.

—No vas a cambiar nunca —dijo ella, riendo—. Dale una oportunidad. Tu padre es una eminencia de la parapsicología a nivel mundial y tú le tratas como a un chalado.

—Ya sabes: Donde hay confianza... —contestó él acompañándola en su risa—. Le daré esa oportunidad. Nada me gustaría más que poder resolver esto cuanto antes y marcharme a Vermont para darte un abrazo.

—Espero que así sea —dijo ella antes de soltar otro suspiro—. Te dejo

descansar ya. ¿Me llamarás mañana?

—Por supuesto. ¿Te viene bien a esta hora?

—Sí. Le he dicho a David que yo haré todos los turnos de noche para que él pueda estar con Sally. Aún le queda un mes para salir de cuentas, pero ha tenido un embarazo complicado y, con los nervios de los últimos días, temen que el parto se pueda adelantar.

—Espero que todo salga bien. Descansa mucho. Hablamos mañana.

—Te quiero —dijo Eli como despedida.

—Yo también te quiero, brujilla —contestó él.

Aunque el sonido de la línea le avisó de que ella ya había colgado, aún se mantuvo unos segundos con el auricular pegado a la oreja. Se sentía preocupado y extraño, como si su abdomen se hubiera llenado con una sustancia oscura y densa que le oprimía los órganos y le impedía respirar con libertad. Eli no era dado a exagerar ni a preocuparse por tonterías, así que su madre debía de estar realmente grave. Sabía que no podía hacer otra cosa y que era ella la que había decidido que estuvieran separados, pero se sentía fatal por no poder estar a su lado cuando más le necesitaba.

Caminó hasta la zona del motel en la que estaba su habitación, se sentó en los escalones de entrada y encendió un cigarrillo. Trató de no pensar en nada y de concentrarse en los pálidos tonos dorados de aquel amanecer. Tenía que tranquilizarse y descansar para estar en plena forma a la noche siguiente. Cuanto antes detuviera los fenómenos que estaban sucediendo en Sing Sing, antes podría reunirse con Eli.

En lugar de dejar la caja en el suelo para abrir la puerta con más facilidad, Al estuvo un rato peleándose con el picaporte para tratar de bajarlo con el codo. Cuando por fin lo consiguió, entró en el despacho que el director Morris les había cedido para que pudieran llevar a cabo sus investigaciones.

Su padre estaba sentado en el lateral de una larga mesa que parecía pensada para que pudieran reunirse diez o doce personas. A pesar de que estaba él solo, había conseguido que no quedara una sola pulgada libre en aquella superficie. Todo estaba abarrotado con libros, papeles, cámaras, sensores...

Al le dio una patada a la puerta para que se cerrara, pero ni siquiera con eso fue

capaz de conseguir que su padre apartara la vista de sus apuntes. Se acercó a la mesa y carraspeó con fuerza para llamar su atención.

—¿Me haces un hueco para que pueda dejar esto?

James levantó la cabeza con una mueca de sorpresa en la cara, como si no se hubiera percatado hasta entonces de su presencia. Mientras murmuraba una disculpa, fue amontonando libros para dejarle el hueco suficiente para apoyar la caja.

—Perdona, hijo... Eso debe pesar mucho.

—No te creas... —Abrió la caja para que su padre pudiera mirar dentro—. Solo he recuperado la mitad de los aparatos que puse ayer en el pabellón B.

—¿Y el resto? —James hundió la cabeza dentro de la caja, como si pensara que, al mirar más de cerca, las cosas que faltaban aparecerían por arte de magia.

—Supongo que los presos las habrán robado —contestó Al tras encogerse de hombros.

—¿Y para qué van a querer un sensor de temperatura o uno de movimiento o una cámara fotográfica?

—Ni idea. No creo que quieran sacar fotos del pabellón ni de los compañeros con los que están obligados a convivir durante diez o quince años más. Es robar por robar —respondió Al, enfadado—. Si alguien diseñó el sistema penitenciario para rehabilitar a la gente, tengo que decirle que la ha cagado.

—¿Y no has pensado en preguntarles quién lo ha cogido o en hacer un registro de las celdas? —preguntó James.

Al se le quedó mirando durante unos segundos mientras enarcaba una ceja y, después, negó lentamente con la cabeza.

—Cómo se nota que tú no has entrado en ese pabellón... Los ánimos siguen muy tensos y algo como un registro de celdas injustificado podría provocar un motín —contestó enfadado—. Además, todo el mundo me ha estado mirando raro mientras recogía estas cosas. Algunos incluso se me han acercado para preguntarme qué son y para qué sirven y un par de presos me han comentado que no se tragan que yo sea un guardia de verdad.

—¿Y te has asustado por unos comentarios de nada?

—No. Me he asustado porque un par de ellos me han dicho que tengo un culo

increíble y que por qué no pasaba un rato a su celda. —Ante la carcajada que soltó su padre, Al volvió a fruncir el ceño—. No te rías, que lo he pasado mal. Es que no se puede estar tan bueno...

Las carcajadas de James arreciaron. Tuvo que agarrarse la tripa mientras se retorció y lágrimas de risa inundaban su rostro. Al decidió ignorarle y se dedicó a sacar todos los aparatos que había conseguido recuperar y a dejarlos ordenados sobre la mesa. Cuando terminó, se sentó en una silla a esperar a que su padre dejara de reírse.

—¿Has acabado ya? —le preguntó casi un minuto después.

—Sí. Perdona, hijo. —James se enjugó las lágrimas y se sentó frente a él.

—¿Has encontrado algo interesante en los aparatos que dejamos en la Casa de la Muerte?

—Pues la verdad es que sí. Ya sabes que ayer tomé un montón de lecturas alteradas del campo electromagnético, que indican una actividad sobrenatural de gran potencia. —James esperó a que su hijo asintiera—. Además de eso, he detectado grandes cambios de temperatura. Los sensores de movimiento también se han pasado toda la noche saltando. Como sabrás, los tengo conectados a las cámaras para que hagan una foto cuando los sensores se disparen. Tengo todos los carretes agotados...

—¿Y qué ha salido? —preguntó Al, interesado.

—No lo sé. Ahora tengo que revelarlas.

—¿Pero no podías haber traído unas Polaroid? —protestó Al.

—Son mucho más caras —explicó su padre.

—Vale, así que no tenemos ni idea de si hemos pillado a algún fantasma... ¿Has encontrado algo que nos pueda servir ahora mismo?

—Bueno, quizá sí... —Su padre esperó unos segundos para crear expectación. Cuando Al le lanzó una mirada asesina, recogió a toda prisa una de las grabadoras y la puso en el centro de la mesa—. No seas impaciente. Mira, esto se captó en el despacho en el que estaba la silla eléctrica sobre las tres de la mañana.

James pulsó el botón para que la cinta se pusiera en marcha. En los primeros segundos no se escuchaba nada, solo el ruido de fondo del viento y el goteo incesante de la lluvia en el tejado. Al estaba empezando a impacientarse cuando el sonido cambió. Al principio era casi imperceptible, como si llegara de muy lejos, pero, poco a

poco, fue haciéndose más claro. Se escuchaba un coro de voces, de llantos, de quejidos... Los sonidos seguían siendo débiles y estaban entremezclados, haciendo que no pudiera distinguirse ninguna palabra. Era simplemente un susurro colectivo continuo, el sonido del dolor de cientos de almas condenadas. Cuando Al ya pensaba que aquello era todo lo que había quedado grabado, percibió algo más. Era una voz que destacaba entre las demás, un sonido extraño y un poco metálico que pronunciaba unas palabras ininteligibles. La voz se quedaba callada durante unos segundos, pronunciaba unas palabras más y después se extinguía entre el murmullo reinante.

—¿Qué es eso? —preguntó Al—. ¿Entiendes lo que dice?

—Ni una sola palabra —contestó su padre—. Esperaba que tú pudieras ayudarme.

—Ya sabes que esto nunca ha sido lo mío. Yo nunca consigo entender nada. Es a Laetitia a la que se le da bien.

—Pues tu hermana está de viaje de novios en Hawái —dijo James, encogiéndose de hombros.

—¡Cojonudo! —exclamó Al, enfadado—. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Y si esas palabras son justo la clave que necesitamos para resolver el caso?

—Bueno, tu hermana suele llamar cada dos o tres noches para hablar un rato con tu madre. De hecho, si no calculo mal, creo que le toca llamar esta noche.

—¿Y qué sugieres?

—Puedo volver a casa y, cuando llame, ponerle la grabación para que la escuche por teléfono a ver si puede entender lo que dice.

—¿Tú crees que eso funcionará? —Al negó con la cabeza, abatido—. Si nosotros no podemos entender nada con la grabadora aquí delante y el sonido al máximo, dudo mucho que ella vaya a poder comprenderlo escuchándolo a través del teléfono en una conversación a larga distancia.

—A ver cómo te lo explico para que puedas comprenderlo con esa mente tan cerrada que tienes... —Su padre resopló y se frotó las sienes antes de mirarle fijamente a los ojos y volver a hablar—. Yo no creo que tu hermana tenga un oído especialmente fino y que por eso sea capaz de entender lo que dicen. Creo que es una especie de don y, si es así, dará igual la calidad del sonido.

—¿Estás hablando en serio? ¿Crees que Laetitia es una especie de intérprete paranormal? —se burló Al.

—Piensa lo que quieras, pero ya has escuchado otras veces grabaciones en las que nosotros no entendemos nada, mientras que ella puede comprenderlas perfectamente. —James esperó unos segundos para darle a Al la oportunidad de contestar, pero, al ver que no decía nada, siguió insistiendo—. Ya sé que te fastidia pensar que tu hermana pueda tener algún talento especial y que prefieres considerarla una chiflada sin poderes, pero deberías darle el beneficio de la duda. Además, de momento no tenemos ningún otro hilo del que tirar.

—Por mí está bien. Eres tú el que se va a tragar un viaje de más de cincuenta millas para nada —contestó, encogiéndose de hombros—. Si crees que puede servir para algo, adelante.

CAPÍTULO TRES

El más absoluto silencio se había adueñado del pabellón B. Terminó de realizar la ronda por el corredor y después se acercó a una esquina oscura para fumar un cigarrillo. Justo antes de encenderlo, miró alrededor y se quedó unos segundos quieto. No le preocupaba que alguno de sus compañeros pudiera verle. Había descubierto ya a varios de ellos fumando a escondidas. Incluso había uno que, de vez en cuando, sacaba una petaca plateada del bolsillo trasero de los pantalones y le daba un trago. Dudaba muchísimo de que el contenido de aquella petaca fuera agua. Aquel no era el peor incumplimiento de las ordenanzas. Uno de los guardias del piso inferior se había sentado en una esquina hacía unos minutos y se había quedado dormido. Desde donde estaba, podía verle con los brazos laxos y la cabeza inclinada hacia delante. Si no fuera por el concierto de ronquidos de los presos, estaba seguro de que habría podido oírle.

Lo que le preocupaba y no le dejaba fumar con tranquilidad era el recuerdo de aquel otro cigarrillo que se había fumado unas noches atrás. Encenderlo había parecido ser el pistoletazo de salida para todos los fenómenos extraños que había tenido que sufrir: ruido de pasos, sensación de frío, olores extraños, voces que surgían de ninguna parte...

Pensó en no fumar y en hacer una nueva ronda hasta el final de la galería. Incluso volvió a guardar el paquete de tabaco en el bolsillo, pero, cuando iba a ponerse en movimiento, volvió a sacarlo. ¡Qué demonios! Llevaba horas sin fumar, le apetecía un cigarrillo y ni todos los demonios del averno iban a impedir que se lo fumara. Lo encendió, dio un par de caladas y se mantuvo quieto y expectante, con el corazón saltándole en el pecho, temiendo que el infierno se desatara de nuevo. Sin embargo, no sucedió nada. Parecía que los espíritus del pabellón B se sentían más tolerantes hacia el tabaco aquella noche.

Estaba a punto de acabar el cigarrillo, cuando notó que algo extraño estaba sucediendo en el piso de abajo. Uno de los guardias continuaba dormido en su esquina, pero el otro se había puesto en movimiento de repente y, a largas zancadas, había recorrido media galería. Parecía que tenía mucha prisa por llegar a una de las celdas. Al se preguntó si algún preso se habría puesto enfermo o si estaría montando

follón, aunque no se oían gritos ni insultos ni nada que indicara que alguno de los reclusos se estaba rebelando. Se inclinó sobre la barandilla para tratar de ver algo, pero era imposible divisar las puertas de las celdas de los pisos inferiores desde donde estaba. Lo que sí pudo escuchar fue un ruido metálico que, en el silencio del pabellón, despertó ecos y alertó a todos los guardias. Empezó a ver las cabezas de varios de sus compañeros asomándose para mirar hacia abajo. Todos empezaron a hablar a la vez y a hacer preguntas:

—¿Qué cojones es ese ruido? —preguntó uno.

—Es un freno ^[v] —contestó otro—. ¿Quién cojones está abriendo el freno a estas horas?

—¿En qué galería es? —gritó otro guardia desde el piso superior.

—Creo que es en el piso de abajo, en la galería V —contestó Al.

Todos los guardias empezaron a correr escaleras abajo. El ruido de los gritos y de sus carreras apresuradas hizo que los presos empezaran a despertarse y se unieran al caos. Al corrió hacia el centro de su galería para llegar hasta las escaleras. Estaba justo un piso por encima de la galería V. Él y su compañero, serían los primeros en llegar y averiguar qué estaba sucediendo. Se asomó de nuevo por la barandilla y lo que vio le dejó paralizado por completo. El guardia de la esquina continuaba profundamente dormido, a pesar del escándalo reinante. El otro guardia había abierto una de las celdas y se dirigía hacia la puerta del pabellón llevando casi a rastras a un recluso que chillaba, pateaba y se debatía como si le fuera la vida en ello. Al reconoció al guardia. Era Winston, el tío antipático al que había relevado en su primer día en el pabellón B.

—¡Winston, detente!

Gritó con todas sus fuerzas, tratando de hacerse oír sobre los gritos de todos los demás. No supo si Winston le había oído y le estaba ignorando o si ni siquiera podía escucharle. Parecía ido. Caminaba como un autómatas, directo hacia la reja de salida del pabellón B. Ni siquiera parecía consciente de los ruegos y maldiciones que le dirigía el chico al que arrastraba. Se detuvo un par de segundos delante de la reja, el tiempo necesario para encontrar la llave adecuada, abrió la puerta, arrastró al chico al otro lado y volvió a cerrar.

Al llegó frente a la verja solo unos segundos después, pero ya era tarde. Solo una persona en todo el pabellón poseía la llave que abría esa reja. Siempre se le

entregaba a uno de los guardias del piso inferior para que, en caso de motín, saliera y cerrara desde el otro lado, dejando la llave fuera del alcance de los presos amotinados e impidiendo así que la rebelión se extendiera por toda la prisión. El encargado de la llave aquella noche era Winston y acababa de encerrarles a todos.

En menos de un minuto todos los guardias habían llegado al piso inferior y se habían congregado alrededor de la puerta. Algunos miraban hacia la reja, otros hacia la única celda vacía y con la puerta abierta... Todos se mantenían en silencio, sin saber qué hacer, mientras los presos parecían ir volviéndose más locos a cada segundo. Golpeaban las rejas con objetos metálicos mientras gritaban enfurecidos. Una lluvia de papel higiénico en llamas empezó a caer desde los pisos superiores, haciendo que tuvieran que ocultarse bajo los balcones. Desde una de las celdas del piso más alto empezó a surgir una columna de humo negro.

—Mierda —dijo un guardia con camisa blanca, lo que le señalaba como oficial al mando—. Algún hijo de puta está quemando su colchón. Un día de estos van a conseguir que arda la prisión entera.

—¿Qué hacemos, señor?

—Subid todos y contened el incendio. No me apetece morir esta noche acorralado como una rata. Y, cuando lo hayáis apagado, haced que todos los demás se tranquilicen —ordenó.

—¿Y qué hacemos con Winston y el preso que se ha llevado? —preguntó otro de los hombres.

—Yo me encargo.

Todos se pusieron en movimiento. Cuando Al pasó al lado del oficial, este le agarró por el brazo para detenerle. Esperó a que los demás se hubieran alejado lo suficiente para que no pudieran oírles, se metió la mano en el bolsillo de la camisa y le tendió una llave.

—Es una llave maestra —le explicó—. Abre todas las puertas de la prisión. El director Morris me dijo que te la entregara si pasaba algo como esto, que tú sabrías qué hacer.

—¿Y por qué no ha abierto y hemos ido todos detrás de él? —preguntó Al, confuso.

—No pienso dejar esa puerta abierta ni este sitio sin vigilancia —contestó el

oficial—. Sal, cierra detrás de ti y no volváis a abrir hasta que la situación aquí dentro esté controlada.

Al asintió, tomó la llave y corrió hacia la verja sin decir nada más. Ya había perdido mucho tiempo. Mientras abría la reja, contempló el corredor que se extendía frente a él. No se veía a Winston por ninguna parte ni se escuchaban los gritos desesperados del preso que se había llevado con él. Aún así, no se dejó invadir por la desesperación. Él era capaz de correr muy rápido y el guardia tenía que luchar con un hombre que se arrastraba y se resistía con todas sus fuerzas. Estaba seguro de que podría alcanzarlos antes de que llegaran a la Casa de la Muerte.

Empezó a correr y, en cuanto hubo avanzado unas yardas, se detuvo de nuevo. Ya no podía escuchar los gritos procedentes del pabellón B. Parecía que aquellos muros se hubieran tragado todos los sonidos o como si hubiera sido trasladado a un mundo paralelo de pesadilla en el que se encontrara solo y perdido. Decidió dejar aquellos pensamientos para más adelante y volvió a correr. Se dio cuenta de que algo crujía bajo sus zapatos a cada paso y que el corredor estaba mucho más oscuro de lo normal. Comprendió que estaba pisando los cristales de todas las lámparas fluorescentes que deberían haber alumbrado aquel pasillo. Winston no se habría detenido a ir rompiéndolas una a una. No podría explicar cómo lo sabía, pero estaba seguro de que habían ido estallando a su paso. Por suerte, una de las paredes de aquel corredor estaba abierta, delimitada por unas rejas que dejaban pasar la luz de la luna y de las farolas del patio de la prisión. Además, cada pocos segundos, el foco de uno de los torreones iluminaba sus pasos. En una de aquellas pasadas le pareció distinguir una figura más adelante, sentada en el suelo con la espalda apoyada contra una pared.

Corrió hacia allí, rezando para que fuera el preso que buscaba. Quizá, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, Winston le había dejado ahí, quizá inconsciente, tal vez herido, pero vivo. Por desgracia, cuando llegó a su lado, distinguió la camisa gris que indicaba que era uno de los guardias. Estaba tumbado justo al lado de una de las rejas intermedias del corredor. Al le agarró por los hombros y le agitó. Le habría venido genial su ayuda, pero el hombre no reaccionó, así que le dejó tumbado en el suelo y reanudó su carrera.

En su recorrido hacia la Casa de la Muerte, encontró a otros dos guardias en el mismo estado, dormidos al lado de una reja abierta de par en par. Winston les había quitado las llaves, había abierto y las había arrojado al suelo sin volver a cerrar las

puertas, como si no le preocupara en absoluto que alguien pudiera seguirle. Ya quedaba poco para que llegara a su destino y Al seguía sin verle ni escuchar los gritos de auxilio de su prisionero. Apretó aún más el paso, a pesar de que el corazón le retumbaba en el pecho y los pulmones silbaban al límite de su capacidad, a pesar de que no tenía ni idea de qué era lo que iba a hacer si conseguía atraparlo...

Cuando ya solo quedaban unos pasos para llegar a la última reja, divisó a Winston acercándose al último guardia. El prisionero ya no gritaba ni se revolvía. Estaba totalmente quieto y Winston le arrastraba por un brazo como si no le supusiera ningún esfuerzo, como si llevara un muñeco de trapo que no pesara nada. El guardia se giró hacia él y le dirigió unas palabras que Al no pudo distinguir. Winston se limitó a levantar la mano que tenía libre y a situarla frente al rostro del otro hombre, que se desplomó inconsciente.

—¡Winston, detente! —gritó de nuevo Al mientras seguía corriendo.

El guardia se giró hacia él. Aún estaba lejos y en aquella oscuridad no se podían distinguir bien sus rasgos, pero Al habría jurado que en su rostro se formó una sonrisa desquiciada. Mientras Winston volvía a girarse hacia la puerta y metía la llave en la cerradura para seguir su camino, una corriente de aire se levantó en el corredor. Fue tan fuerte e imprevista que Al reculó unos pasos. Cuando pudo reaccionar, se inclinó hacia delante, tratando de ofrecer menos resistencia al viento, y se agarró a las rejas del corredor para seguir avanzando.

El viento le golpeaba con mucha fuerza. Tenía que avanzar con los ojos casi cerrados y le resultaba difícil respirar. Aquel aire, además, parecía venenoso. Oía a coles hervidas, a carne en descomposición, a basura dejada al sol en una tarde de agosto... Sintió ganas de vomitar, pero luchó contra ellas y siguió avanzando, conteniendo las arcadas. Levantó un poco la cabeza y vio que Winston continuaba su avance como si no le supusiera el menor esfuerzo, como si el viento no le tocara. La distancia entre ellos era cada vez mayor por mucho que él se esforzara. Tuvo la impresión de que estar moviéndose en una pesadilla y rogó para despertar, pero todo continuó igual.

Vio a Winston atravesar la zona de talleres e internarse por la puerta del fondo en dirección a los despachos, al lugar en el que había estado situada la silla eléctrica. Continuó avanzando tan rápido como podía, luchando contra aquel vendaval que parecía arreciar a cada segundo y que sonaba como el lamento de cientos de almas condenadas.

Notaba movimiento a ambos lados... ese tipo de movimiento que solo se percibe por el rabllo del ojo y que, cuando se mira de frente, ya no está. Veía las mesas de trabajo, las cajas de herramientas, los paneles que separaban unos talleres de otros, pero también le parecía vislumbrar amarillentas paredes de piedra, celdas con gruesas rejas tras las que se movían las siluetas oscuras de los condenados a muerte... Ambas realidades estaban allí al mismo tiempo, conviviendo, fusionándose... Fijó su vista al frente y siguió su camino, tratando de no ver, de no pensar... Estaba seguro de que, si se detenía un solo segundo y se paraba a analizar lo que estaba sintiendo, se volvería loco.

En aquel momento, escuchó un zumbido prolongado y las luces del edificio se encendieron para después perder intensidad. Fluctuaron durante unos segundos, desde un brillo que deslumbraba hasta una tenue claridad, mientras el zumbido lo inundaba todo. Entonces llegó el olor: a pelo quemado, a carne chamuscada... Cuando el zumbido cesó y las luces quedaron fijas, el viento desapareció. Podía volver a andar con normalidad, pero sabía que ya era tarde.

Recorrió el último trecho del pasillo y abrió la puerta del despacho del fondo. Lo primero que vio fue la silla, aquella silla que en realidad no estaba allí. El preso que Winston se había llevado estaba sentado en ella. Sus piernas, su torso y sus muñecas estaban sujetas con anchas correas de un cuero tan oscuro que parecía negro. De su cuerpo seguía saliendo un humo espeso y maloliente que lo inundaba todo. Intentó no mirarle a la cara, pero no pudo. Se quedó hipnotizado por su gesto de agonía, por aquella mueca de horror congelada en su rostro ennegrecido, por aquellas cuencas vacías, por las mejillas por las que chorreaban sus ojos derretidos... Se dobló por la mitad y vomitó sin poder contenerse.

Cuando terminó, volvió a incorporarse y se fijó en la otra figura de la habitación. Winston estaba de pie al lado de la silla eléctrica, quieto como un maniquí. No se movía, no decía nada, ni siquiera se percibía su respiración. Al se acercó a él. Sabía que Winston no era el culpable de lo que había pasado, pero aún así no pudo contener la rabia. Se colocó frente a él y le soltó un puñetazo que hizo que el hombre reculase un par de pasos. Aquello pareció devolverle la consciencia, porque parpadeó un par de veces, se giró hacia Al y le dijo con voz apenada:

—Aún no sé por qué estoy aquí.

Un fuerte golpe a su lado le hizo girarse, asustado. El cuerpo inerte del preso había caído y estaba tendido sobre el suelo. *Old Sparky* había desaparecido.

Después de golpear un par de veces en la puerta, Al escuchó al director Morris dándole permiso para entrar. Resopló con fuerza para expulsar la tensión que le consumía por dentro y abrió. El director estaba sentado tras la mesa de su despacho. Levantó la vista de los papeles que fingía consultar y frunció el ceño, como si no se alegrara en absoluto de verle, a pesar de que había sido él quien le había llamado. Entró en el despacho y, sin esperar siquiera una invitación, se sentó en una silla frente al director, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—Ya estoy aquí —le dijo a modo de saludo—. ¿Qué es lo que quería?

Sabía que aquella no era la manera correcta de comportarse y que, si Eli hubiera estado allí, le habría dado un par de collejas, pero no tenía el ánimo para tonterías. Había tenido que soportar horas de interrogatorios de los oficiales al mando, que le habían hecho las mismas preguntas de todas las maneras posibles. Estaba seguro de que la conversación con el director sería igual y no tenía ganas de alargarla. Hacía ya mucho rato que sentía que se ahogaba entre aquellos muros.

—Ha habido otro muerto —se limitó a enunciar el director.

—Lo sé. Yo estaba delante —contestó Al encogiéndose de hombros—. Traté de impedirlo, pero fue imposible. Ya les he contado la historia a sus oficiales unas cien veces. Puede pedirles los detalles a ellos.

—¿Y ya está? —preguntó el director, enfadado—. ¿Te da igual?

—Por supuesto que no me da igual —contestó Al mientras se erguía y cruzaba los brazos frente al pecho—. Hice todo lo que estuvo en mi mano para tratar de detener a Winston... Siento muchísimo la muerte de ese chico, pero todavía no estábamos preparados para evitarla.

—Pues os contraté para eso. —El director dio un puñetazo sobre la mesa.

—No. Nos contrató para que descubriéramos qué estaba sucediendo y lo detuviéramos y es lo que estamos haciendo, pero esto no es cómo llamar al fontanero y que arregle una cañería —dijo Al con la cabeza alta—. En ningún momento le aseguramos que no fuera a haber más muertes hasta que pudiéramos solucionarlo.

El director le clavó su mirada durante unos segundos antes de derrumbarse y hundir la cabeza entre sus manos. Al le dejó unos segundos de tranquilidad para que pudiera recomponerse.

—Otro preso muerto... Otro guardia detenido... Dios, esto tiene que ser una pesadilla —murmuró el hombre.

—Sé que es difícil, pero tiene que confiar en nosotros. Hemos conseguido muchos datos interesantes con nuestras investigaciones y creemos que podremos encontrar la solución muy pronto.

—Eso espero —dijo el director, bajando las manos para volver a dirigirle una dura mirada.

—Tranquilo. Ya sabe que no tiene que pagarnos nada hasta que consigamos resultados, así que puede estar muy seguro de que estamos esforzándonos al máximo. —Al se levantó de la silla, dando por terminada la conversación, y esbozó una sonrisa confiada—. Pronto le traeré noticias.

El director se limitó a asentir y le dejó irse. En cuanto Al traspasó la puerta, apoyó la espalda en ella y dejó escapar un largo suspiro de alivio. La entrevista no había ido tan mal como esperaba. Había tenido que mentir de forma descarada, ya que en realidad seguían tan perdidos como al principio de la investigación, pero estaba seguro de que pronto conseguirían algo. Tenían que hacerlo. No iba a permitir que lo de aquella noche se repitiera.

Se acercó a la mesa del secretario y le preguntó dónde había un teléfono que pudiera usar. Ya era muy tarde y no quería esperar a llegar al motel para hablar con Eli y con su padre. El secretario le indicó el pasillo por el que tenía que dirigirse para encontrar uno.

Cuando llegó allí, vio que era un teléfono de monedas. Rebuscó en sus bolsillos hasta encontrar las suficientes y marcó el número de la casa de sus padres. Mientras escuchaba el sonido de la línea, estuvo rezando para que su padre hubiera conseguido algo. Necesitaba una buena noticia con urgencia.

—¿Diga? —contestó la voz de James al otro lado.

—Papá, soy Al. ¿Has hablado con Laetitia? ¿Ha conseguido entender algo?

—Ayer no ha llamado. Esperamos que lo haga esta noche.

—Joder, qué mierda...

—¿Pasa algo, hijo?

—Sí. Ha habido otro muerto...

—Dios... ¿Quieres que vuelva y te ayude?

—No. Aquí no podrías hacer nada. Quédate y habla con Laetitia. Te llamaré mañana.

Colgó sin dar tiempo a que su padre insistiera. Por un momento, se había sentido tentado de sincerarse con él, de contarle las experiencias por las que había pasado aquella noche, de decirle que tenía miedo de que todo aquello acabara por volverle loco... Pero no quería preocuparle. Lo mejor era que se quedara aquellas sensaciones para sí mismo, aunque aquello iba a ser más difícil en la siguiente llamada.

Metió más monedas y marcó el número de Eli. Ni siquiera había terminado de sonar el primer tono cuando ella descolgó, como si hubiera estado sentada al lado del teléfono, esperando su llamada.

—¿Al? ¿Eres tú? Llamas tarde.

—Bueno, solo han sido diez minutos. —Al esbozó una sonrisa al darse cuenta de que, solo con escuchar su voz, ya se sentía mejor—. Lo siento. He estado liado.

—No pasa nada. No tenía pensado irme a dormir hasta hablar contigo —contestó ella—. Estaba empezando a preocuparme. ¿Ha pasado algo?

—Sí. Ha habido otra muerte... —Al levantó la mirada y la clavó en el techo, mientras pensaba en cómo contarle aquello sin preocuparla demasiado—. Fui detrás del guardia e intenté detenerle, pero no llegué a tiempo.

—Lo siento mucho... ¿Tú estás bien?

Al se demoró un par de segundos mientras los pensamientos giraban a toda velocidad en su cabeza. No pensaba contarle nada de las luces fluctuantes, de aquel horrible olor a podrido, de aquel viento venido de ninguna parte y cargado de mil lamentos que le había impedido avanzar... Ahora que había pasado un rato, ni siquiera estaba seguro de qué era lo que había sucedido. Su mente, incapaz de enfrentarse a aquello, trataba de encerrar esos recuerdos bajo llave para no pensar nunca más en ellos. ¿Cómo iba a poder explicarle a Eli lo que le había sucedido si no estaba dispuesto a aceptarlo?

—Sí, tranquila. Yo no he corrido peligro en ningún momento —dijo como toda explicación—. He tenido bronca con Morris, pero le he convencido de que esto no ha sido un fracaso y nos deja seguir investigando.

—¿Y habéis conseguido ya algo?

—Sí. Hemos grabado una psicofonía en la que parece que puede haber algo importante. Mi padre ha vuelto a Newark para que Laetitia la escuche cuando llame por teléfono. Esperamos tener algo mañana.

—Entonces, ¿estás solo ahí? —La voz de Eli sonó preocupada.

—Sí, pero estoy bien. Sé cuidar de mí mismo. —Al trató de imprimir a su voz un tono tranquilo y alegre—. Puedes estar tranquila, así que dejemos de hablar de mí. ¿Qué tal la noche?

CAPÍTULO CUATRO

Cuando Al y sus compañeros del turno de noche llegaron al pabellón B, se quedaron parados nada más cruzar la reja, extrañados por la actividad del lugar. A aquella hora todos los presos deberían haber estado ya recluidos en sus celdas, durmiendo o a punto de hacerlo, y el lugar tendría que haber estado en silencio. Uno de los guardias más veteranos se acercó al hombre que custodiaba la puerta y le miró enarcando una ceja:

—¿Qué pasa aquí? ¿Por qué los presos no están dentro de sus celdas?

—Se niegan a entrar. Dicen que no van a separarse y quedarse encerrados esperando a que nos los vayamos llevando uno a uno para matarlos.

—Joder, lo que hay que oír... —protestó el primer guardia—. No pretenderéis marcharos y dejarnos todo el marrón, ¿verdad?

—Nosotros ya hemos hecho todo lo que hemos podido. —El hombre se encogió de hombros—. Se lo hemos pedido por las buenas, les hemos amenazado, hemos impuesto decenas de primeros grados... Les da igual.

—¿Y no sabéis usar las porras y meterles en cintura?

—¿Quieres arriesgarte a un motín?

—Lo que tenemos aquí ya es un motín —dijo el guardia veterano—. Venga, avisa por radio para que bajen tus compañeros y, cuando estemos todos aquí juntos, empezaremos a meterles en sus celdas.

El otro guardia no pareció muy contento con el plan, pero hizo lo que se le pedía. Los compañeros empezaron a bajar por las escaleras teniendo que pasar entre los presos, que les gritaban, les insultaban e incluso les escupían. Al sintió que todo su cuerpo empezaba a temblar. Aquella situación pintaba fatal. Lo único en lo que podía pensar era en que él no debería estar allí y que quizá todavía estaba a tiempo de escapar. Sin embargo, no se le ocurrió ninguna excusa para marcharse que no le hiciera quedar como un cobarde o desvelara su verdadera identidad.

Cuando todos estuvieron juntos, el guardia veterano, que parecía haber tomado

el papel de líder, se dirigió de nuevo al chico de la puerta.

—Eres tú el que tiene las llaves de la reja del pabellón, ¿verdad? —Cuando el joven asintió, le señaló el corredor—. Sal ahí y enciérranos. Si esto se desmadra, no debemos permitir que los presos escapen.

El chico asintió, abrió la reja, pasó al otro lado, cerró y se apartó unos pasos. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Al. Aquello le gustaba cada vez menos. Además, aquel movimiento no había pasado desapercibido para los presos. Todos tenían la vista fija en el grupo de guardias reunido en el patio del piso de abajo. Cientos de presos estaban asomados a las barandillas. Los gritos, risas e insultos habían cesado. El pabellón se había sumido en un silencio absoluto que a Al le recordó la calma que precede a la tormenta. Los reclusos les observaban como un grupo de lobos que estudiara a su próxima presa.

El guardia veterano llevó la mano a su cintura y sacó la porra. Varios de sus compañeros le imitaron y se colocaron a su lado para empezar a avanzar hacia las celdas de la galería Q, en el piso bajo.

—Un preso por celda. Me da igual que no sea la que les corresponda —dijo el guardia entre dientes—. Ya les ordenaremos después.

Sus compañeros asintieron y siguieron avanzando. Al les observó durante un par de segundos. La verdad era que daban miedo: las miradas airadas y brillantes, el andar resuelto, el tronar de sus pasos sobre el suelo de cemento, las porras preparadas para golpear... Luchó por calmar el temblor de sus manos, sacó su porra y se unió a la retaguardia. Él no había ido allí para pegar a nadie. Aquella idea le provocaba ganas de vomitar, pero no era momento para ponerse a discutir y buscar fórmulas más amigables para resolver aquello.

Por desgracia, la imagen del grupo de guardias avanzando hacia los presos no provocó el efecto deseado. En lugar de recular, los presos se unieron y empezaron a avanzar hacia ellos. Uno de ellos, un negro enorme con la cabeza rapada y el cuerpo cubierto de tatuajes, apretó los puños, alzó su cabeza hacia lo alto y lanzó un grito desgarrador que tuvo el efecto de un cuerno que llamara a la batalla.

El lugar se convirtió en un infierno en cuestión de segundos. El grupo de presos del piso bajo se les lanzó encima con la fuerza de un tsunami. Al tuvo tiempo de pensar que, por suerte, los presos de los pisos superiores no podían unirse a la pelea. Cada piso tenía una puerta cerrada que impedía el acceso. Aún así, pudo ver cómo algunos

inconscientes se lanzaban desde el primer piso para ir a aterrizar sobre los cuerpos de los combatientes.

Sus convicciones y su resistencia a participar en aquella pelea desaparecieron al instante. Ya no había tiempo para reflexiones morales. Aquellos presos parecían estar poseídos por una rabia infinita. No había nada que pudiera hacer salvo luchar por su vida. Empezó a mover la porra arriba y abajo, sin mirar siquiera a quién golpeaba. Escuchó un grito a su lado y vio el brillo de un objeto afilado en la mano de uno de los presos. Uno de sus compañeros le miraba, con los ojos desorbitados, mientras se agarraba el vientre con ambas manos. Un manantial rojizo empapaba su camisa y se deslizaba hacia el suelo. Vio que el preso iba a volver a lanzarse sobre su compañero para rematarlo y tuvo los reflejos suficientes para golpearle la mano con la porra. El pincho cayó al suelo y Al le dio una patada para arrojarlo lo más lejos posible. Desapareció entre las decenas de pies que parecían bailar la más alocada de las danzas.

Alguien le golpeó por la espalda y cayó al suelo. A pesar de que el golpe había sido tremendo y le había dejado mareado, luchó por levantarse cuanto antes. Si caía y se quedaba tendido, era probable que acabara muriendo pisoteado en medio de aquella marabunta. Por suerte, alguien tiró de él y le ayudó a incorporarse. Al se volvió para dar las gracias a su salvador, pero se encontró con la cara de un hombre al que no conocía. Sus rasgos eran latinos y una cicatriz espantosa le cruzaba el lado derecho de la cara. Le faltaba el ojo en ese lado, pero el otro reflejaba odio suficiente por los dos. Intentó escapar, pero el hombre le agarró los brazos a la espalda, impidiendo que se moviera.

Contempló aterrado que la mayoría de sus compañeros ya habían sido desarmados e inmovilizados. Los presos habían conseguido quitarles las llaves y estaban abriendo las puertas de los otros pisos. Cientos de reclusos iban bajando las escaleras entre gritos de victoria. Al se preguntó cómo habían sido tan estúpidos como para pensar por un segundo que podían ganar aquella pelea. Incluso siendo el doble de guardias de los normales, había más de cincuenta presos por cada uno de ellos. Dejó caer la cabeza hacia delante, derrotado, mientras su captor le llevaba hasta el centro del patio, donde estaban reuniendo a sus compañeros.

Los presos fueron trayendo sillas de sus celdas y les esposaron con los brazos a la espalda, usando las mismas esposas que habían llevado en la cintura. Después empezaron a amontonar colchones contra la reja, para que los guardias del resto de la

cárcel no pudieran ver qué estaba sucediendo allí si acudían en su ayuda. Al se dejó atar sin ofrecer resistencia, intentando no cruzar su mirada con la de ninguno de los presos. No quería parecer desafiante y convertirse en el blanco de su ira. Además, sabía que si le decían algo directamente, no iba a poder quedarse callado. Siempre le había perdido la boca, pero aquello no era una bronca de patio de instituto ni una pelea de bar. Empezaba a temer que no fueran a salir vivos de aquella situación.

El guardia veterano que les había liderado no pensaba lo mismo. Trató de resistirse hasta el último momento, luchando con todas sus fuerzas para que no pudieran esposarlo. Un hombre alto con la cabeza rapada y una barba que le llegaba a mitad del pecho se acercó a él. Llevaba una porra en la mano. Se colocó frente al guardia, le contempló y, tras soltar una risita sarcástica, le golpeó en un lado de la cabeza con brutalidad. El guardia cayó de rodillas, mareado y desorientado, y un par de presos aprovecharon para atarle. Al se quedó mirando a su compañero, esperando que reaccionara, pero no lo hizo. Se mantenía sentado gracias a las esposas, pero tenía el cuerpo ladeado y un hilo de sangre brillante resbalaba desde su ceja izquierda hasta el suelo, donde fue formándose un pequeño charco.

El tipo alto que había golpeado al guardia se situó en el centro del círculo que formaban las sillas y fue girando sobre sí mismo para mirarles uno a uno mientras balanceaba la porra. Por el rabillo del ojo, Al se dio cuenta de que la mayoría de sus compañeros le esquivaban la mirada, al igual que estaba haciendo él.

—¿Alguien más quiere ponerse gallito? —preguntó desafiante.

En un primer momento nadie dijo nada y el hombre sonrió satisfecho y siguió dando vueltas y balanceando la porra.

—Lo que me suponía —dijo mientras soltaba una carcajada que a Al le sonó demasiado cercana a la locura—. Sois unos mierdas. En cuanto perdéis las porras, no sois más que unos cobardes. ¿Nadie va a decir nada ahora? ¿No vais a intentar convencernos de que nos rindamos? ¿No vais a amenazarnos?

—Esto que estáis haciendo no lleva a ninguna parte...

La voz había llegado de un par de sillas a la derecha de Al. Se giró hacia allí y vio que quien había hablado era Taylor, el chico joven y simpático con el que había compartido turno unas noches atrás y que había sido la primera persona en darle la bienvenida a la prisión. Tuvo ganas de pedirle que se callara y no llamara la atención, pero ya era tarde. El tío de la porra había ensanchado su sonrisa al haber encontrado a

su próxima víctima. En un par de pasos se plantó frente a él, le agarró por la barbilla y, con un gesto brusco, le obligó a mirarle a los ojos.

—¿Qué dices, mierdecilla?

—Solo que no vais a conseguir nada teniéndonos aquí como rehenes. Sabéis que al final entraran, sea como sea, y os meterán de nuevo en las celdas. —Taylor no le esquivó la mirada. Ni siquiera le temblaba la voz—. Cuanto más tiempo nos tengáis aquí, cuánto más daño nos hagáis, peores serán las consecuencias.

—Me limpio el culo con tus putas consecuencias. —El hombre dio un paso atrás para coger impulso y abofetear al guardia con todas sus fuerzas. Su gesto fue vitoreado por todos los presos.

—¿Crees que pegarme va a servir para algo? —insistió Taylor—. ¿Crees que callarme hará que la situación cambie? ¿Qué pretendes conseguir con esto?

—Queremos que no haya más muertos... Van cuatro en menos de dos meses. Y nos estáis matando vosotros.

El hombre se había inclinado hacia Taylor y le hablaba tan de cerca y con tanto desprecio que bañaba la cara del guardia con su saliva a cada palabra. Taylor no cerró los ojos ni trató de apartarse. Siguió sosteniéndole la mirada al preso mientras hablaba con voz serena:

—Sabes tan bien como yo que estamos tratando de evitar esas muertes. Se han doblado los efectivos en este pabellón, se han instalado cámaras de seguridad... ¿Qué más queréis?

—¡Que no muera nadie más! ¡Eso es lo que queremos! —Las palabras del hombre fueron coreadas por todos los presos—. ¿De qué le ha servido a nuestros compañeros que haya cámaras y más guardias? Están muertos...

—Pero estamos haciendo todo lo posible —insistió Taylor—. Te aseguro que no habrá más muertes.

—¿Me lo aseguras? ¿Tú? —El preso volvió a inclinarse hacia él y le escupió en la cara—. ¿Quién eres tú para asegurarlo, gilipollas? ¿Estás dispuesto a apostar tu vida a eso?

Taylor se quedó en silencio. Tragó saliva un par de veces, como si buscará las fuerzas para asentir y, finalmente, apartó la mirada.

—Claro, no vas a jugarte la vida... Es muy fácil decir que no va a pasar nada más mientras no sois vosotros los que estáis muriendo. —El preso le agarró por la barbilla y le hizo volver a mirarle—. Está bien... La vida es mucho. ¿Qué te parece jugarte un dedo por cada muerto?

La mandíbula de Taylor estaba tensa. Sus hombros estaban temblando y tenía la camisa empapada de sudor. Estaba aterrado, pero, aún así, trataba de mantener el control. Se mordió el labio inferior y asintió.

—Sí. Me lo juego —contestó al fin—. Ahora suéltanos.

—Claro, como que vas a mantener tu promesa una vez que os soltemos...

—Lo juro por mi honor —insistió Taylor—. Soltad al menos a los heridos. Ford tiene un navajazo en el estómago y se está desangrando y Duncan puede tener una conmoción cerebral. Dejad que salgan.

El preso se irguió y empezó a pasear por el centro del círculo que formaban las sillas mientras se mesaba la barba, como si estuviera considerando la proposición. Seguía balanceando la porra de un lado a otro. Algunos guardias se encogían a su paso, intentando hacerse invisibles. Al escuchó el gimoteo asustado de uno de sus compañeros. No le culpó. En realidad, le extrañaba que la mayoría continuara firme y sin derrumbarse.

—Está bien —dijo al fin el preso despertando los gritos airados de muchos de sus compañeros—. Soltaré a los heridos a cambio de tu promesa de ofrecerme un dedo por cada muerto.

—Gracias... Muchas gracias —dijo Taylor.

—Pero ya ha habido cuatro muertos. Me debes cuatro dedos.

Una sonrisa sádica se dibujó en el rostro del preso mientras todos los demás gritaban y vitoreaban. Como si ya lo tuvieran hablado, dos presos se acercaron llevando una pequeña mesa que colocaron en el centro del círculo. Otros dos hombres agarraron la silla de Taylor, la levantaron en el aire como si no pesara nada y la colocaron frente a la mesa. Después soltaron las esposas que le mantenían los brazos a la espalda y le obligaron a extender la mano sobre la mesa.

El preso que llevaba la voz cantante se acercó a uno de sus compañeros y le cambió la porra por algo que parecía un enorme cuchillo. Al se fijó mejor y descubrió que era un enorme trozo de cristal con una empuñadura hecha con trapos viejos o

trozos de sábana. A pesar de lo rudimentario de su aspecto, parecía letal.

Taylor no pudo aguantar más y perdió el aplomo que había estado mostrando. Empezó a gritar como un crío mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro. Un par de columnas de moco caían desde los agujeros de su nariz. El preso se acercó a él sin mirarle, con la atención fija en el cuchillo, cómo si evaluara lo afilado que estaba. Los dos hombres que sujetaban a Taylor agarraron aún con más fuerza su mano para que no pudiera moverla en absoluto.

—Te preguntaría qué dedo quieres perder, pero, ya que van a ser cuatro, acabaremos antes si me dices cuál quieres conservar —dijo el preso, empezando a pasear el filo del cuchillo sobre los dedos de Taylor—. Vamos, contesta... ¿No te gustaba tanto hablar?

—¡Ya basta!

En cuanto pronunció aquellas dos palabras, Al supo que la había cagado hasta el fondo. El pabellón se sumió en un silencio absoluto mientras la atención de todos los presos recaía sobre él. El hombre del cuchillo se irguió y se giró hacia él con una sonrisa, mientras negaba con la cabeza.

—Vaya, tenemos otro valiente. ¿Tú también quieres perder algún cacho de tu cuerpo? —El preso se acercó hacia él y deslizó el cuchillo por su mejilla—. Sería una pena estropear una cara tan bonita. ¿No lo crees, Murray?

—Desde luego —contestó un hombre pelirrojo, adelantándose hasta situarse en el centro del círculo—. Creo que a esta monada podríamos darle una utilidad mucho mejor. No es justo que solo te diviertas tú.

—Eso mismo estaba pensando —dijo el preso del cuchillo—. Además, yo estoy ocupado con los dedos del llorón. ¿Queréis llevaros a este un rato a las duchas para que aprenda a tener la boca cerrada?

—Tranquilo, se la llenaremos con algo para que no hable más —dijo el pelirrojo, agarrándose el paquete con ambas manos.

Su comentario fue recibido con un coro de risas, gritos y comentarios obscenos. Dos hombres se acercaron por su espalda, le soltaron las esposas y le obligaron a levantarse, agarrándole cada uno por un brazo y llevándosele casi en volandas hacia la zona de las duchas. Al sintió que un pánico absoluto le invadía, impidiéndole gritar, protestar o luchar. Parecía que todos sus músculos se habían vuelto de granito. Su

corazón golpeaba tan fuerte en el pecho que dolía y sus pulmones eran incapaces de seguir respirando. En su mente solo podía repetirse que aquello tenía que ser una horrible pesadilla, que no podía estar pasándole a él... Rezó para que todo acabase, para despertar en su cama, asustado y sudoroso, pero a salvo. Cuando aquello no funcionó, rezó para desmayarse, para no seguir sintiendo... En aquel momento, una fuerte voz se hizo oír por encima del caos.

—Dejad al chaval.

El grupo de presos se abrió para dejar paso al hombre que había hablado. Todos se habían callado y, en aquel silencio, Al pudo escuchar perfectamente el golpeteo de un bastón sobre el suelo de cemento. Reconoció a aquel hombre y sus ojos blancos. Era el viejo al que llamaban Topo, el santero que le había dado el collar para ayudar a Eli.

—¿Por qué vamos a dejarle? Solo nos vamos a divertir un poco —protestó el pelirrojo, resistiéndose a soltar a su presa.

—Ese chico ni siquiera es un guardia —contestó Topo, colocándose en el centro del círculo y girándose mientras hablaba como si pudiera observarles a todos con sus ojos muertos—. Ha venido a ayudarnos, a evitar que haya más muertes.

—Pues ayer no consiguió salvar a Duggan —protestó otro de los presos—. Salió corriendo detrás de ellos, pero no pudo hacer nada.

—Ayer falló, pero al final conseguirá su objetivo. Creedme, me lo han dicho mis espíritus guía. Si de verdad queréis parar esto, tenéis que dejarle tranquilo.

Al miraba al viejo con la boca abierta, sin poder creer lo que estaba oyendo. ¿De dónde había sacado ese hombre toda aquella información? Se planteó que, en realidad, le importaba una mierda de dónde la hubiera sacado. Si servía para evitarle aquel viaje a las duchas, bienvenida fuera. Solo le quedaba rezar para que aquel viejo tuviera la suficiente autoridad en el pabellón como para detener toda aquella locura.

—¿Lo dices en serio? —preguntó el preso del cuchillo—. No lo estarás diciendo porque el chaval te da pena, ¿verdad?

—Sabes que no me dan ninguna pena los guardias —contestó el anciano—. Llevo suficiente tiempo aquí como para odiarlos a todos, pero ese chico no es uno de ellos. No tiene nada que ver con lo que nos está pasando.

—¡Me importa una mierda lo que digan tus espíritus, viejo! —exclamó el pelirrojo

—. Si está destinado a salvarnos, puede seguir haciéndolo después de que me lo folle.

Al sintió que todas sus esperanzas se desvanecían, pero en aquel momento escucharon el atronar de un montón de pasos acercándose por el corredor. Parecía que los refuerzos llegaban por fin. Todos se mantuvieron en silencio, mirando hacia los colchones que tapaban la entrada al pabellón.

—Les habla el director Morris —dijo una voz a través de un megáfono—. Solo vamos a daros una oportunidad. Si no os rendís en un minuto y regresáis a vuestras celdas, tendremos que entrar.

Una carcajada general fue la contestación a aquellas palabras. Cuando acabaron de reírse, empezaron a gritar insultos. No les llegó ningún mensaje más desde el otro lado de la reja. Simplemente vieron como los colchones se separaban un poco. Un tubo negro, parecido al cañón de una escopeta, asomó por aquel hueco y, antes de que nadie pudiera reaccionar, escucharon el ruido de varios disparos. Eran disparos extraños. Sonaban a hueco, mucho más graves y bajos de que lo que Al había esperado. Enseguida se dio cuenta de la razón. Lo que disparaba aquella arma no eran balas, sino pequeños botes que empezaron a soltar un humo blanco y espeso que se deslizaba por el suelo del pabellón.

La locura se desató entre los presos, que comenzaron a correr de un lado a otro, consiguiendo con ello que el humo ascendiera y se esparciera. Al vio que el humo le llegaba a la cara, pero, en un primer momento, no notó nada extraño, aparte de un ligero aroma a cítricos. De repente, sintió que la garganta se le atoraba y que su piel ardía como si se estuviera deshaciendo. Se tapó la cara con las manos, intentando protegerse, pero no sirvió de nada. Los pulmones le ardían y su nariz se había convertido en un arroyo. Los ojos le escocían tanto que casi no podía mantenerlos abiertos. A pesar de ello, vio que los colchones caían empujados desde el otro lado, que la verja se abría de golpe y que un grupo de hombres, equipados con máscaras antigás, entraba en estampida en el pabellón.

La gente seguía corriendo enloquecida, empujándose unos a otros y emitiendo alaridos de agonía. Al vio cómo muchos de ellos eran abatidos por los golpes de los guardias. Le habría gustado poder gritar e identificarse, pero era incapaz de emitir ningún sonido. Por suerte, uno de aquellos guardias se acercó a él, le tomó del brazo y le acercó hasta la reja. Le empujó fuera y regresó al pabellón a seguir repartiendo golpes. Al se dejó caer al suelo, rodeado por otros compañeros que lloraban, trataban de respirar y se retorcían.

Mientras el efecto del gas se iba pasando y los ruidos del interior del pabellón iban reduciéndose, se prometió algo a sí mismo: si podía evitarlo, ni él, ni Eli, ni su padre pondrían nunca más un pie en el pabellón B.

Después de pasar por la enfermería para comprobar que estaba bien, Al regresó al motel. El enfermero le había dicho que, aunque aquel gas era extremadamente irritante, no tenía ningún efecto secundario y que podía estar tranquilo. Sin embargo, aún notaba los ojos llorosos y la piel le seguía escociendo. Además, sentía la garganta seca y, cada vez que tragaba saliva, le dolía como si estuviera tratando de hacer pasar una áspera cuerda de esparto. Le había comentado todo aquello al enfermero y este le había dicho que era normal y que no tenía nada por lo que preocuparse. Al había lamentado no tener una muestra de aquel gas para echársela en la cara a aquel tipo, a ver si después seguía opinando que aquello era normal.

Pasó por delante del edificio de recepción y se quedó mirando la cabina de teléfono. Se sentía agotado, más allá del límite de sus fuerzas. Lo único que quería era darse una ducha para intentar eliminar cualquier resto de aquel gas y tumbarse en la cama para dormir mil horas, pero sabía que, si no llamaba a Eli, se preocuparía. A pesar de lo mucho que le dolía la garganta, encendió un cigarrillo. La primera calada le provocó un ataque de tos que le hizo doblarse por la mitad, pero, aún así, esperó a que se le pasara y siguió fumando. Necesitaba estar un poco más tranquilo antes de llamarla.

Cuando se sintió preparado, marcó su número y esperó. Eli contestó antes de que terminara de sonar el primer tono, como hacía siempre.

—Hola, Al —saludó ella—. ¿Qué tal la noche?

Solo por el tono de su voz se veía que estaba contenta por hablar con él. Escucharla le hizo regresar al mundo real, alejarse de aquellos corredores lúgubres y sombríos, de aquellos hombres enfermos de ira, del miedo que había pasado... Solo con aquellas palabras le hizo tanto bien que tuvo que contenerse para no empezar a llorar de alivio.

—Todo bien. Una noche tranquila —mintió—. ¿Qué tal tú? ¿Cómo está tu madre?

—Sigue igual. Le han hecho varias pruebas y esperamos que mañana puedan decirnos algo nuevo —contestó Eli—. ¿Te pasa algo en la voz? Parece que estás

ronco.

—No es nada. He cogido frío, creo. Ya sabes cómo son esos corredores...

—Eres un cantante. Tienes que cuidarte la voz —le dijo ella, riendo—. Ya sabes cómo me pone que me cantes al oído...

—Tranquila, creo que eso no lo he perdido. —Al se apoyó en la pared, cerró los ojos y empezó a canturrear—. *Te necesito esta noche, porque no puedo dormir... Hay algo en ti, nena, que me hace sudar...* [vi]

—Sigues teniendo cierto efecto sobre mí —contestó ella tras soltar una risita nerviosa.

—¿Sí? ¿Qué tipo de efecto? —preguntó él, rasgando la voz como sabía que a ella le gustaba.

—Al, no voy a jugar a esto.

—¿Y por qué no? Te echo tanto de menos... —susurró él—. Echo de menos sentir tu cuerpo a mi lado en la cama, sentir tu calor, la suavidad de tu piel... Me gustaría tanto deslizar mis dedos por la curva de tu espalda y llegar a tus caderas...

—Al, basta, se acabó... Sabes que estas cosas me ponen muy incómoda.

—¿Y si te canto *I'm on fire*? —preguntó él, intentando contener la risa.

—Ni aunque me cantes el himno nacional en arameo y al revés...

—Eso es lo que más me gusta de ti: lo ardiente y pasional que eres. Siempre dispuesta a hacer cualquier locura por amor —se burló él.

—Me da igual lo que digas —contestó ella, molesta.

—No te mosquees... Sabes que estoy bromeando.

—¿Seguro?

—Por supuesto, aunque es cierto que te echo mucho de menos en todos los sentidos, pero me guardaré las ganas para cuando estemos juntos. Ahora solo háblame. Es lo único que necesito para sentirme bien.

CAPÍTULO CINCO

Unos fuertes golpes en la puerta consiguieron sacarle de su sueño. Se sentó en la cama y tuvo que sujetarse la cabeza con ambas manos. La habitación daba vueltas y su cerebro parecía haberse hinchado y estar presionando contra su cráneo. Además, tenía la garganta rasposa y un horrible sabor en la boca. Aquella era la resaca más impresionante que había experimentado en su vida y sin haber bebido ni una sola copa. Todo por cortesía del sistema de prisiones del estado de Nueva York.

Los golpes volvieron a repetirse. Al se levantó tan rápido como pudo y, apoyándose en la pared, se dirigió a la puerta. Cada uno de los golpes estaba haciendo que su cabeza retumbara. Le daba igual quién fuera el que llamaba. Solo quería que parase de aporrear la puerta y le dejase volver a dormir en paz. Cuando abrió, se encontró a su padre con la mano levantada, dispuesto a seguir llamando, y una sonrisa radiante en el rostro. En cuanto le vio, bajó el brazo y la sonrisa desapareció.

—Al, hijo... ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—No. No estoy bien. Estoy hecho una mierda. —Al se giró hacia el interior de la habitación y, sin dar más explicaciones, regresó a la cama y se desplomó sobre ella.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás enfermo? — Su padre entró en la habitación, cerró la puerta y se sentó en la cama, a su lado.

—No... Hubo un motín anoche en el pabellón B y nos acabaron rociando a todos con gas lacrimógeno —explicó Al—. Se supone que el efecto se va pasando, pero te agradecería que me mataras para dejar de sufrir.

—¿Un motín? Dios mío, eso es horrible... ¿Murió alguien?

—No, pero hubo varios guardias heridos, dos de ellos de gravedad.

—¿Y entre los presos?

—Ni idea. Sinceramente, en aquel momento los presos me importaban una mierda —contestó Al cerrando los ojos para que la débil luz que se colaba por las persianas dejara de taladrarle el cerebro—. ¿A qué has venido?

—Tu hermana llamó anoche —contestó su padre—. Le puse la psicofonía y

consiguió entenderla.

—¿Consiguió entenderla o dijo que consiguió entenderla?

—No empieces. No creo que estés en condiciones de ser sarcástico. —Al asintió mientras se masajeaba las sienes, en un vano intento de hacer que su dolor de cabeza se redujera—. Me hizo ponerle la psicofonía varias veces y dice que está segura de que el ser que habla dice estas dos frases: “Soy Albert Fish” y “Soy el que buscáis”.

A pesar del mareo, Al abrió los ojos y se incorporó en la cama a toda velocidad. Su padre había recuperado la sonrisa y estaba abriendo una gruesa carpeta que había llevado bajo el brazo.

—He estado investigando esta mañana en la biblioteca y tengo muy buenas noticias —dijo mientras iba esparciendo fotocopias sobre la cama de Al—. Albert Fish existió. Fue un famoso asesino en serie que estuvo encarcelado en Sing Sing y que fue ejecutado en la silla eléctrica en 1936. He traído muchísima información sobre él. Se le conocía como “El coco”, “El hombre gris”, “El hombre lobo de Wisterya”... Se le acusó de al menos cinco asesinatos, aunque se cree que pudieron ser muchos más, y de haber abusado sexualmente de más de cien niños... Dicen que los secuestraba, los violaba, los asesinaba y se llevaba partes de su cuerpo para cocinarlas...

—Papá, para o acabaré vomitando. Es demasiada información y tengo el estómago reventado.

—Necesitas meterte algo caliente al cuerpo. Vístete e iremos a comer. —Su padre se puso en pie y le dio un par de palmadas en la espalda para animarle—. Después volveremos a la cárcel y estudiaremos todos los papeles que hemos traído y los compararemos con la información que tengan allí sobre Fish...

—No... Tú no vas a volver a la cárcel —dijo Al, muy serio—. Ya me encargo yo de estudiar todo esto. Quiero que vuelvas a Newark y que estés con mamá.

—¿Pero por qué? —preguntó su padre, dolido.

—Porque no quiero que te pase nada. Hasta anoche no me había dado cuenta de lo peligroso que es ese sitio. No quiero que vuelvas a entrar.

—No tiene por qué pasarme nada —insistió James.

—¡He dicho que no! —Al se dio cuenta de que estaba gritando y negó con la cabeza—. Lo siento, papá, pero no puedo permitir que vuelvas a entrar ahí. Prefiero

que te enfades conmigo a que te pase algo. No podría perdonármelo nunca.

—¿No hay nada que pueda decir para convencerte?

—No. Ya me has ayudado mucho. —Se forzó a sonreír a pesar de que seguía sintiendo que la cabeza le iba a estallar—. Creo que a partir de ahora podré seguir solo.

—Nadie lo diría viendo cómo estás. Ahora mismo no servirías ni como comida para mapaches —bromeó su padre—. Está bien. Me marcharé con dos condiciones.

—¿Cuáles son? —preguntó Al con tono cansado.

—Lo primero es que me prometas que me llamarás si necesitas algo.

—Está bien. ¿Y lo segundo?

—Que me dejes invitarte a comer. Necesitas una sopa de pollo con urgencia. Tu madre me mataría si se entera de que te abandono en un estado tan lamentable.

Se echó hacia atrás en la silla y se frotó las sienes. Aunque el efecto del gas lacrimógeno ya se había pasado casi por completo, cuanto más leía de aquellas páginas que le había traído su padre, más enfermo se sentía. Las descripciones de las muertes de aquellos niños y de las monstruosidades cometidas por Albert Fish eran lo más aberrante que había leído en su vida. Eso por no hablar de las atroces cartas que el propio asesino había enviado a los familiares de las víctimas para tratar de disculparse, en las que explicaba con todo detalle lo que les había hecho. Había que estar muy loco para pensar en contarle a una madre que habías secuestrado, violado, asesinado y devorado a su hijo y que ella sería lo bastante clemente como para perdonarte. Por suerte, aquellas desquiciadas cartas habían servido para que la policía le pillara.

Leer aquellas páginas le hacía preguntarse si aquel hombre había estado totalmente loco o si era la maldad personificada. El jurado que le había condenado lo había tenido muy claro. Según habían confesado en entrevistas posteriores, los doce miembros del jurado habían estado de acuerdo en que estaba loco. Aún así, decidieron que no se podía permitir que continuara viviendo después de las atrocidades que había cometido, así que, dejando de lado lo que se suponía que era su obligación, le declararon cuerdo y culpable y consiguieron que el juez le condenara a la silla eléctrica. Aquellos hombres habían actuado mal, aunque Al les comprendía, pero toda aquella información no le servía para entender lo que estaba sucediendo en Sing Sing. Si

pensaba según las creencias de Eli, habría sido muy lógico que el espíritu de Fish, furioso con la injusticia que se había cometido durante su juicio, hubiese atormentado o asesinado a los miembros de aquel jurado. Sin embargo, nada de aquello había sucedido. No había nada en los periódicos que sugiriese que esos hombres no hubieran muerto por causas naturales. Entonces, si el espíritu de Fish había estado tranquilo durante décadas, ¿por qué despertaba en aquel momento y se ponía a atacar a los presos? Nada de aquello tenía sentido. Empezaba a pensar que su hermana se había inventado el nombre y que había tenido la suerte de que coincidiera con uno de los ejecutados en la prisión o que, en algún momento de su vida, ella hubiera escuchado la historia de aquel asesino en serie e, inconscientemente, lo hubiese recordado al oír los ininteligibles sonidos de la psicofonía.

Estaba a punto de darse por vencido e ir a buscar un café para aclararse las ideas cuando un párrafo llamó su atención. Correspondía a la narración del día de la muerte de Albert Fish, aparecida en el *Daily News*:

El preso se había mostrado emocionado por su ejecución e incluso había asegurado que sería “la experiencia suprema de su vida”. Sus ojos llorosos destellaron de alegría ante la idea de ser sometido a un calor mucho más intenso que el que usualmente utilizaba para satisfacer su lujuria. Preguntó si estaría consciente en el momento de su muerte. Dijo que era el único placer que le faltaba probar: su propia muerte, el delicioso dolor de morir.

Albert Fish se mostró feliz y tranquilo en todo momento. Acudió a la sala de ejecuciones de buen grado e incluso ayudó al verdugo a atarle las correas. Sus últimas palabras antes de morir fueron “Aún no sé por qué estoy aquí”.

Aquel último párrafo le provocó un repentino escalofrío que hizo temblar todo su cuerpo. Aquello era una mierda. Ya no podría seguir pensando que Laetitia se lo había inventado. Aquellas palabras eran las mismas que habían pronunciado todos los guardias antes de salir del trance y probaban que era el espíritu de Fish el que estaba poseyéndolos y haciendo que matasen a los presos.

Se levantó de la silla, se acercó a una ventana y la abrió. A pesar de que estaba cubierta de deprimentes rejas, el aire frío de la tarde consiguió despejarle. Encendió un cigarrillo y se sentó en el alfeizar, dejando que el humo azulado saliera entre las verjas. Trató de dejar su mente en blanco, de conseguir unos minutos de paz y descanso, pero no lo consiguió. No podía dejar de pensar que era una auténtica putada que les tocara luchar contra el espíritu furioso y vengativo de uno de los tíos más desquiciados que

habían pisado el planeta. Si ya estaba loco antes de morir, ¿cómo iban a hablar con él y convencerle de que abandonara el plano de los mortales, siguiese su viaje y dejara de hacer daño?

Su cabeza seguía haciéndose preguntas para las que no encontraba respuesta. ¿Por qué en aquel momento? ¿Qué era lo que había provocado que sus ganas de matar regresaran? ¿Por qué asesinaba presos? ¿Por qué no a los guardias o al director o a los fiscales y abogados que pasaban por la prisión? Aquello habría tenido mucho más sentido si lo que buscaba era vengarse.

Arrojó la colilla por la ventana, cerró y volvió a su asiento. Empezó a revolver entre los papeles hasta encontrar unas carpetas que el secretario del director Morris le había entregado un par de horas antes. Eran los informes de las cuatro víctimas. Abrió la primera y la ojeó. Ray Barton, dieciséis años, cumpliendo una sentencia por tráfico de drogas. Su informe médico decía que padecía tuberculosis desde antes de ingresar en prisión y la foto de su ficha policial mostraba a un chaval con el rostro anguloso y consumido y unos ojos enormes y asustados, como los de un crío pequeño. El siguiente informe correspondía a Alan Castro, de diecisiete años. Estaba cumpliendo condena por prostitución. Su informe médico indicaba que padecía sida, aquella nueva enfermedad de origen desconocido, que su estado era grave y que había perdido mucho peso.

Abrió el siguiente informe y se quedó sorprendido. En un primer momento le pareció que la foto de la ficha policial era la de una niña. Marcus Ward, alias “Dorothy”, de solo dieciséis años, también había sido encarcelado por prostitución. En el informe se decía que ofrecía sus servicios sexuales a los otros reclusos a cambio de tabaco o protección. Su informe psicológico indicaba que padecía trastornos sexuales sin identificar y un principio de anorexia nerviosa.

El último informe correspondía a Robert Duggan, el chico al que había tratado de salvar sin éxito. Era mayor que los demás, diecinueve años, pero, según su ficha había vivido desde crío en las calles y la mala alimentación y las enfermedades habían retrasado su crecimiento. Había sido detenido en numerosas ocasiones por robar carteras en el metro, pero finalmente se le había condenado a diez años en Sing Sing por un atraco con arma blanca a una licorería.

Al cogió las fichas de las cuatro víctimas y las colocó en orden sobre la mesa. Tenían tanto en común... Aquellas caras demacradas, aquellos ojos enormes, su baja estatura, su poco peso... Trató de convencerse de que seguramente Fish los elegía

porque, al ser más pequeños y menos pesados que el resto de los presos, a los guardias les sería más fácil arrastrarlos hasta la Casa de la Muerte, pero sabía que aquella no era la verdadera razón. A falta de niños en los que saciar sus enfermizos instintos, Albert Fish había escogido lo más parecido que tenía a su alcance: los más jóvenes, los más pequeños, los más débiles...

Sintió que el estómago se le revolvía, que aquellos cuatro rostros le miraban acusadores desde las fotografías, preguntándole qué iba a hacer, cómo iba a detener aquello. Regresó a la ventana y encendió un nuevo cigarrillo. Mientras contemplaba el oscuro y encapotado cielo, hizo una promesa a aquellos chicos y a sí mismo. Iba a detener a aquel monstruo. A la mañana siguiente hablaría con Eli y encontrarían la manera de enviar a aquel demonio al infierno.

Llevaba ya horas en el motel. Desde que los presos habían descubierto que no era un guardia, ya no podía hacer más turnos en el pabellón B, así que no estaba atado a ningún horario ni tenía que pasar las noches en vela. Por eso, cuando se cansó de estar en el despacho que le habían asignado en la prisión, recogió todos los papeles y regresó a su habitación en el motel. Se sentía muy cansado, pero había decidido esperar hasta el amanecer para poder llamar a Eli.

A pesar de que normalmente se aburría muchísimo leyendo noticias y fragmentos de libros, la información que había estado revisando aquella noche había tenido el efecto de mantenerle totalmente despierto... y de revolverle el estómago. Llevaba horas leyendo las descripciones detalladas de los crímenes cometidos por Albert Fish, las cartas que había escrito a los familiares de las víctimas para disculparse, las transcripciones de lo que había declarado en el juicio... Cuanto más leía, más seguro estaba de que aquel era el fantasma más cabrón y desalmado con el que habían tenido la desgracia de cruzarse. Sin embargo, no se sentía nervioso por ello. Estaba seguro de que Eli estaba perfectamente preparada para acabar con él.

Cuando calculó que ella ya habría regresado del hospital, fue hasta la cabina de teléfonos y marcó su número. Como todos los días, ella respondió al primer tono, pero, en lugar de su voz alegre, lo primero que escuchó fue un sollozo.

—Eli, ¿qué te pasa? —preguntó preocupado—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo... A mí no me pasa nada. —Escuchó cómo trataba de contener el llanto para seguir hablando—. Han llegado los resultados de las pruebas que le hicieron

a mi madre...

Los sollozos se hicieron más fuertes. Al esperó unos segundos, dejando tiempo para que pudiera recomponerse y explicarle qué sucedía. Escuchó cómo Eli respiraba de forma profunda un par de veces y se sorbía la nariz.

—Las noticias son muy malas —continuó ella—. No he entendido muy bien lo que nos han explicado... Algo sobre la presión intracraneal y que no consiguen reducirla, sea eso lo que sea...

—¿Pero se va a poner bien? —preguntó Al cuando ella paró de hablar para llorar otra vez.

—No, no se va a poner bien... Dicen que ya han hecho todo lo que se podía hacer por ella y que no se va a recuperar... Que es solo cuestión de días que se muera...

Pronunciar aquellas últimas palabras hizo que Eli se desmoronara por completo. Sus sollozos eran tan fuertes y continuos que Al temió que se ahogara. Sintió que un agujero negro se abría en su pecho por no estar a su lado y abrazarla. Decidió que le daba igual lo que estaba pasando en Sing Sing o el dinero que no iban a ganar. Tenía que estar a su lado en aquellos momentos.

—Voy a coger el primer avión que salga para Vermont —le dijo con tono firme—. Estaré contigo hoy mismo.

—No, Al... No puedes hacer eso. —Los sollozos de Eli se cortaron al momento para ser sustituidos por una voz segura y autoritaria—. Nos hemos comprometido a ayudar al director Morris y a esos presos y no podemos fallarles. Además, tú no puedes hacer nada aquí.

—¿Cómo que no puedo? —dijo Al, molesto—. Puedo abrazarte, puedo consolarte... Eso es lo que quiero hacer en este momento. Por mí, el resto del mundo puede irse a la mierda.

—De verdad que te lo agradezco, pero no quiero que vengas —insistió ella—. Hace dos noches ha muerto otro preso, una persona que no merecía lo que le ha pasado. Y la vida de otro guardia y de toda su familia se ha destrozado por ello. No sabemos cuándo va a volver a atacar ese espíritu y no podemos permitir que siga haciéndolo. ¿No has conseguido ninguna información que nos ayude?

Se quedó en silencio durante unos segundos, preguntándose si debería contarle

todo lo que había averiguado. Saber que estaban en el buen camino y que tenían identificado al autor de los asesinatos podría animarla, pero, por otro lado, ella ya tenía en aquel momento más peso sobre los hombros del que podía soportar. ¿De qué le serviría saber el nombre del espíritu estando tan lejos y sin poder hacer nada para luchar contra él?

—No. Todavía no tengo nada, pero mi padre y yo seguimos investigando —mintió—. En cuanto sepa cualquier cosa, te lo diré. Tú ahora no te preocupes por esto.

—Claro que me preocupo. Quiero terminar con esas muertes y acabar con quién sea que las está causando —contestó ella con voz cansada—. Sigue investigando y yo estaré contigo en cuanto... —La voz se le volvió a quebrar—... en cuanto todo esto acabe.

—En serio, no pienses en esto ahora. Yo me encargo, cariño —dijo Al, con voz dulce.

—Muchas gracias. Voy a tratar de dormir un poco. Estoy agotada. —Eli soltó un suspiro en el que él pudo notar lo triste, cansada y sola que se sentía—. Te quiero.

—Yo también te quiero. Descansa, brujilla.

Cuando ella colgó el teléfono, Al regresó hasta los escalones de entrada de su habitación y se sentó en ellos. Sacó un cigarrillo y estuvo fumando mientras contemplaba cómo el sol se alzaba desde detrás de las colinas cercanas. Sabía lo que tenía que hacer: cumplir con lo que acababa de decirle a Eli y encargarse de todo. Estaba seguro de que podía hacerlo. Había visto cientos de veces como ella preparaba los rituales de expulsión y sabía que podía recordar todos y cada uno de los pasos. Conocía el nombre de aquel ser, así que podía invocarlo y obligarlo a abandonar el plano de los mortales. Dormiría unas horas para estar descansado y preparado y regresaría a la prisión para llevar a cabo el ritual. Si todo salía bien, solucionaría el problema esa misma noche y, antes de que el sol volviera a salir, estaría abrazando a Eli.

CAPÍTULO SEIS

El guardia abrió la puerta y le observó con curiosidad antes de volver a cerrar. Al respiró un par de veces, se quitó la mochila que llevaba a la espalda y sacó una linterna. Tras encenderla, paseó el haz de luz por la estancia. El lugar parecía tranquilo, dormido... Tan solo era un edificio normal con mesas y herramientas. Trató de convencerse a sí mismo de que no tenía por qué pasar nada malo, que el hecho de que aquel lugar hubiera sido la Casa de la Muerte no significaba que sus paredes estuvieran impregnadas de sufrimiento ni sus pasillos infestados con la presencia de espíritus vengativos. Solo era un centro de formación vacío e inofensivo.

Se permitió una sonrisa sarcástica. Todos aquellos argumentos eran perfectos para el “viejo Al”, el escéptico, el que no creía en fenómenos paranormales... Pero de aquel chico ya casi no quedaba nada. Aquel chico nunca se habría internado en un edificio con una mochila llena de velas, amuletos y demás parafernalia para tratar de invocar a un espíritu maligno y expulsarlo del lugar.

Decidió ponerse en movimiento. Si seguía enfocando con la linterna cada rincón oscuro, asustado por cada sombra y cada sonido, y dejando que su imaginación se desbocara, acabaría huyendo del edificio como un cobarde. No podía permitirse eso. Eli necesitaba que fuera fuerte.

En cuanto empezó a avanzar, el ruido de sus propios pasos en el edificio vacío le hizo estremecerse. Intentó andar despacio y sin levantar ecos, como si temiera que aquel sonido pudiera despertar a los espíritus durmientes que habitaban aquel edificio. Le dio la impresión de que era tarde, que ya se habían dado cuenta de su llegada y estaban observándole. Le parecía ver sombras en movimiento justo fuera de su campo de visión y, entre el sonido de las goteras y de las carreras de las ratas al otro lado de las paredes, creyó escuchar el coro de muchas voces susurradas.

Recorrió el pasillo sin pensar en nada más, solo en llegar a su destino y preparar el ritual. Abrió la puerta del despacho del fondo con cuidado y se asomó despacio. Allí no había nada fuera de lugar, tan solo los archivadores, la mesa de despacho y las sillas que podían encontrarse en cualquier oficina, todo ello iluminado por la tenue claridad que entraba por el tragaluz. Buscó el interruptor en la pared y encendió la lámpara del techo. La luz desterró las sombras de los rincones, haciendo que se

sintiera mucho más tranquilo. Cerró la puerta a su espalda, se dirigió a la mesa y dejó la mochila sobre ella. Se sentó un momento en la mesa y contempló el lugar. Iba a necesitar más sitio para el ritual, así que tendría que mover los muebles y amontonarlos en alguna esquina. Se quitó la chaqueta y se puso manos a la obra. La mesa pesaba bastante, pero consiguió empujarla sin arañar demasiado el suelo de madera. Después movió las sillas y un par de macetas que adornaban el despacho. Cuando terminó, se colocó en el centro de la habitación y tomó una profunda bocanada de aire antes de empezar.

Lo único que tenía que hacer era centrarse y mantener la concentración. Había visto cómo Eli realizaba aquellos rituales cientos de veces y, en muchas ocasiones, la había ayudado a prepararlos, así que estaba seguro de que podía reproducir todos los pasos sin equivocarse. Abrió la mochila y sacó las velas, la sal, el athame, un quemador de esencias... Cuando lo tuvo todo preparado, apagó la lámpara y empezó a cerrar el círculo de protección. Eli le había explicado que aquella parte del ritual era muy importante, que aquel ligero círculo dibujado con sal era indispensable para mantenerse a salvo, así que puso toda su atención en realizar cada paso tal y como lo recordaba. Curiosamente, estar tan concentrado en aquella tarea hizo que la ansiedad se redujera y que el latido de su corazón recuperase un ritmo casi normal.

Cuando hubo terminado de cerrar el círculo, sacó un papel que llevaba en el bolsillo trasero de los pantalones. En él había apuntado aquella tarde el ritual de invocación. Se lo sabía de memoria, pero no quería que los nervios le jugaran una mala pasada y olvidarse de algo, así que había pensado que sería mejor leerlo. Carraspeó un par de veces para aclararse la garganta y empezó a recitar:

—Yo te conjuro, espíritu difunto...

La voz se le quebró y su garganta se cerró, impidiendo incluso el paso del aire. Las manos le temblaban tanto que ni siquiera era capaz de leer lo que ponía en el papel. Se forzó a cerrar los ojos y respirar de forma profunda, lenta y acompasada, como Eli le había enseñado a hacer para relajarse. En aquel momento la admiró aún más. La había visto pronunciar aquellas palabras muchísimas veces, con la voz firme, la cabeza alta, sin un atisbo de miedo en sus ojos o en su porte. A pesar de que creía que, cada vez que pronunciaba aquel conjuro, un ser del otro mundo se presentaría ante ella, era capaz de recitarlo sin el menor temor. Sin embargo, él, que ni siquiera estaba seguro de que aquello fuera a funcionar, se asustaba como un crío con solo pronunciar el principio de la invocación.

Siguió respirando con los ojos cerrados hasta que notó cómo, poco a poco, conseguía recuperar el control. Tenía que hacerlo, tenía que ser capaz. Se recordó a sí mismo que estaba dentro de un círculo de protección y que nada malo podría ocurrirle mientras no saliera de él. Una nueva sonrisa sarcástica apareció en su rostro. Allí estaba él, el escéptico, confiando en que un círculo dibujado con sal en el suelo fuera a protegerle. Bueno, si estaba dispuesto a creer en invocaciones y en la aparición de espíritus malignos, tendría que creer en el lote completo. Abrió los ojos, fijó la mirada en el papel y, al ver que sus manos habían dejado de temblar, retomó la invocación:

—Yo te conjuro, espíritu difunto, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, en este día, en esta noche, y accedas a este acto de servicio. De no ser así, te sobrevendrán nuevos castigos.

Se quedó quieto, observando la habitación a la débil y fluctuante luz de las velas, que provocaban sombras cambiantes sobre las paredes. No le pareció que hubiese sucedido nada. Tan solo notó una ligera corriente fría que atravesaba el despacho, pero no pudo estar seguro de si lo estaba imaginando. Tomó una bocanada de aire e insistió:

—Yo te conjuro, Albert Fish, por el Destino de los Destinos, que vengas a mí, en este día, en esta noche, y accedas a este acto de servicio. De no ser así, te sobrevendrán nuevos castigos.

Volvió a sentir la corriente de aire gélido atravesando la habitación. Estaba seguro de que no lo había imaginado. Además del frío, pudo notar un olor nauseabundo, a carne chamuscada y pelo quemado. Aquel ser estaba acudiendo a su llamada. Se detuvo a pensar durante unos segundos. ¿Bastaría con aquello o debería insistir? ¿Qué era lo que sentía Eli? ¿Cómo notaba que el ser al que había invocado había acudido a su llamada y que lo tenía bajo su control? No lo sabía y la parte más sensata de su mente le advirtió de que tenía demasiadas preguntas sin respuesta y de que estaba metiéndose en un terreno muy peligroso que no sabía controlar, pero no le hizo caso. Sabía que estaba consiguiéndolo, que aquel espíritu estaba contestando a su invocación. No se iba a rendir estando tan cerca.

—Quiero hablar con el espíritu de Albert Fish. Preséntate ante mí. Yo te lo ordeno.

Ni en sus peores pesadillas habría imaginado lo que sucedió a continuación. La corriente de aire se hizo más fuerte y consistente. Podía verla girando justo al otro lado

del círculo de protección. Parecía formada de niebla o de ese vaho blanquecino que sale de la boca en los días más fríos. Después de girar a su alrededor durante unos segundos, como si buscara la manera de entrar en el círculo y atacarle, se retiró a una esquina, donde empezó a volverse aún más densa y a formar una figura. Al sintió que el estómago se le encogía y que sus pulmones se convertían en piedra. Estaba apareciendo frente a él y podía verlo.

En la esquina del despacho se había formado la figura de un anciano sentado en una silla eléctrica. Reconoció sus facciones, su rostro demacrado, sus ojos pequeños y brillantes, su cuerpo delgado y de apariencia débil... Vestía el antiguo uniforme de los presos de Sing Sing: un ancho jersey de color gris y unos pantalones a rayas horizontales blancas y negras. Su pecho y sus muñecas estaban atados con gruesas correas de cuero y en la cabeza llevaba una especie de diadema metálica. Al había estado viendo aquella imagen esa misma tarde: era Albert Fish el día de su ejecución. Tuvo que controlarse para no salir corriendo. Debía mantenerse dentro del círculo y terminar el ritual.

—Por el poder que los Dioses me han conferido, te ordeno que abandones este lugar y dejes en paz a sus habitantes. Si no me obedeces, buscaré tu cuerpo y te maldeciré por toda la eternidad.

Esperó la respuesta del espíritu. Eli le había contado que no todos los fantasmas reaccionaban de la misma manera. Algunos obedecían sin protestar, casi como si hubieran estado esperando aquella orden para continuar su viaje hacia el otro plano. Otros reclamaban algo antes de obedecer: querían que se rezase por ellos o transmitir algún mensaje a sus seres queridos. Por último, estaban los “testarudos”: espíritus que se negaban a admitir que estaban muertos, que se habían vuelto locos, que buscaban venganza... Fuera como fuera, Eli siempre conseguía que se marcharan y dejaran de atormentar a los vivos. Esperaba poder hacer lo mismo. Al ver que el espíritu de Fish seguía en silencio, mirándole con expresión divertida desde un rincón, decidió insistir:

—Por el poder que los Dioses me han conferido, te ordeno que abandones este lugar y dejes en paz a sus habitantes. Si no me obedeces, buscaré tu cuerpo y te maldeciré por toda la eternidad.

La imagen de Fish continuó quieta en su esquina. Si no fuera por el brillo enfermizo de sus ojos, Al podría haber pensado que se trataba de una imagen estática, una especie de proyección del más allá. Sin embargo, poco después, percibió un ligero movimiento en sus hombros y se dio cuenta de que su torcida sonrisa se había

ampliado. Aquel ser se estaba riendo. Al se sintió incómodo al pensar que parecía que se reía de él. Las primeras palabras del espíritu confirmaron sus temores:

—Ay, mi pequeño y dulce Al... ¿De verdad crees que tienes algún poder sobre mí?

No supo qué contestarle. A pesar de que aquel ser era translucido y estaba atado a la silla, parecía mucho más poderoso y confiado de lo que Al se había sentido en toda su vida. Tragó saliva con esfuerzo y, decidido a ignorar sus palabras, se dispuso a repetir las palabras del ritual de expulsión:

—Por el poder que los Dioses...

—Bla, bla, bla... Puedes repetirlo las veces que quieras. No funcionará si tú mismo no crees que vaya a hacerlo. —La sonrisa del ser se volvió aún más burlona cuando levantó la cabeza para fijar su mirada en los ojos de Al—. ¿De verdad has pensado por un solo segundo que alguien como tú podría enfrentarse a alguien como yo?

—No voy a escucharte —respondió Al, luchando para no tartamudear—. Sé que este ritual funciona, así que obedéceme y abandona este plano. Para eso te he llamado.

—¿En serio crees que has sido tú el que me has llamado? —Fish echó hacia atrás la cabeza y dejó escapar una carcajada que levantó ecos contra las paredes—. ¿Crees que has sido tú el que has descubierto quién soy? ¿Crees que esa grabación en la que me identificaba apareció ahí por accidente? Soy yo el que te ha invocado y tú has acudido a mi llamada.

Al sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. Aquellas palabras del espíritu habían aniquilado cualquier resquicio de valor que le quedase. Lo único que quería hacer era salir corriendo de aquel edificio sin mirar atrás, pero sabía que, si abandonaba el círculo de protección, estaría perdido. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para controlar su cuerpo y hacer que se mantuviera firme y dejara de temblar.

—¿Y para qué se supone que me has llamado?

—Necesitaba dos cosas de ti: que me invocaras por mi nombre, dándome así el poder necesario para realizar una posesión definitiva, y un recipiente que me permita salir de aquí. Los guardias no me servían: son débiles, pobres criaturas grises que no soportarían una posesión completa. —El anciano ladeó la cabeza y le lanzó una mirada

que parecía cargada de amor y admiración—. Sin embargo, tu bruja y tú... Os he estado observando desde que llegasteis. Tenéis un aura tan brillante, tan poderosa... En un primer momento pensé en apropiarme del cuerpo de tu chica. Es la más fuerte de los dos. Sin embargo, pronto me di cuenta de que su resplandeciente aura tiene áreas oscuras. Es demasiado fuerte, es peligrosa... Además, ella no tiene polla... Ya sabes... ¿Cómo voy a violar a más niños con un cuerpo sin polla?

Al sintió que el estómago se le revolvía ante aquellas palabras. Los recuerdos de las descripciones de lo que aquel hombre había hecho en vida se agolparon en su mente, haciéndole sentir enfermo. Ni en mil años iba a permitir que aquel monstruo utilizara su cuerpo o el de Eli para seguir cometiendo atrocidades.

—Estás loco. Eres un degenerado y un enfermo —le dijo, dejando que todo el asco que sentía impregnara su voz.

—Bueno, ninguno de nosotros somos santos —contestó Fish tras dejar escapar una risita burlona—. Y no, no soy un loco, solo un excéntrico. A veces ni yo mismo me comprendo. —Fish se quedó un par de segundos en silencio, con la mirada perdida, como si estuviera tratando de retomar el hilo de la conversación—. Como te decía, he descartado a tu chica. Demasiado problemática y, además, hace días que no la veo. Espero que, cuando haya poseído tu cuerpo, regrese para salvarte. Me he propuesto comérmela.

Al decidió que ya había soportado bastante. No quería continuar aquella conversación. De hecho, Eli le había advertido muchas veces de que los espíritus y demonios eran seres perversos que trataban de engañar y confundir a los vivos. No debía seguir escuchándolo. Lo único que estaba consiguiendo con aquella charla era ponerse cada vez más nervioso y perder la concentración y fuerza de voluntad que necesitaba para realizar el ritual de expulsión. Decidió ignorarle, cerró los ojos y empezó a respirar como Eli le había enseñado, mientras imaginaba que una potente luz dorada surgía de su pecho y se extendía por todo su cuerpo, llenándolo de energía y fuerza. Cuando se sintió preparado, abrió los ojos. Su corazón se saltó un par de latidos antes de retumbar con tanta fuerza como para hacerle daño. Fish ya no estaba en la silla. Estaba de pie, justo frente a él, a un par de pulgadas de su cara. Le miraba como un crío hambriento miraría el escaparate de una pastelería. Incluso se relamió los labios mientras un largo hilo de baba resbalaba por la comisura de su boca. Al reculó un par de pasos y se tropezó con sus propias piernas, pero consiguió recomponerse y mantenerse en pie. Escuchó como Fish volvía a soltar una desagradable risita aguda

que le recordó a los chillidos de las ratas. Aquello le puso furioso. La situación se le estaba yendo de las manos. Tenía que ser fuerte y acabar ese maldito ritual. Se irguió, hinchó el pecho y fijó sus ojos en la perturbada mirada de Fish para demostrarle que no le tenía miedo.

—Por el poder que los Dioses me han conferido, te ordeno que abandones este lugar y dejes en paz a sus habitantes. Si no me obedeces, buscaré tu cuerpo y te maldeciré por toda la eternidad... Por el poder que los Dioses me han conferido, te ordeno que abandones este lugar y dejes en paz a sus habitantes. Si no me obedeces, buscaré tu cuerpo y te maldeciré por toda la eternidad... Por el poder que los Dioses me han conferido, te ordeno que abandones este lugar y dejes en paz a sus habitantes. Si no me obedeces, buscaré tu cuerpo y te maldeciré por toda la eternidad...

Repitió el ritual una y otra vez, pero no consiguió que la figura de Fish se volviera menos nítida, ni que su mirada diera ninguna señal de derrota. El ser seguía observándole y parecía divertido ante sus esfuerzos. Al sintió que un sudor frío empezaba a bañar todo su cuerpo, mientras su mente le gritaba una y otra vez que era un gilipollas y que se había metido en un follón del que no podría salir. Por suerte, Fish se cansó de escucharle y regresó a la silla, desde donde se puso a contemplarle con gesto aburrido.

—Deja de repetir eso. Ya te he dicho que no va a servir de nada —le dijo con tono hastiado—. No crees en ti mismo, no tienes confianza en que vaya a funcionar. Ni siquiera quieres creer que yo esté aquí. No tienes el poder necesario para algo así.

—Bien, entonces estamos en tablas —dijo Al, tratando de ocultar su miedo—. Yo no puedo salir de este círculo y tú no puedes entrar. Sé que a los espíritus os cuesta mucha energía aparecer en este plano, así que solo tengo que esperar a que te agotes y te marches. Después llamaré a Eli para que venga a patear tu culo hasta el infierno.

Para dar más credibilidad a sus palabras, Al se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se quedó mirando al espíritu con una sonrisa de suficiencia en la cara. La torcida sonrisa de Fish se hizo un poco más amplia, mientras negaba con la cabeza. Parecía confiado, divertido, como si supiera algo que Al ignorara.

—Mi pequeño y dulce Al, no entiendes nada. Tu chica vendrá aquí para salvarte y se pondrá a mi alcance. —Fish volvió a relamerse—. Tengo tantas ganas de guisar su rico y tierno trasero... Voy a matarla, a trocearla y a cocinarla con tus propias manos, con las manos del chico al que ama. ¿No es deliciosamente irónico?

—Di lo que quieras. Sabes que nunca podrás poseerme, que estoy fuera de tu alcance.

—Eres tú el que no sabe nada. —Fish volvió a levantarse de la silla y se acercó hacia Al—. Hace un rato, cuando te has asustado y has reulado ante mi presencia, has pisado la sal del círculo de protección y lo has roto. Solo estoy jugando contigo. Eres mío.



SWANTON (VERMONT)
OCTUBRE DE 1989

CAPÍTULO UNO

Salí del hospital casi arrastrando los pies. Me sentía como si tuviera cien años, al límite de mi resistencia física y mental. Las noches anteriores había pegado alguna cabezada mientras cuidaba de mi madre, ya que realmente no había mucho que hacer aparte de vigilar los botes de suero y avisar cuando se terminaban para que los cambiaran por otros. Sin embargo, aquella última noche no había podido dormir ni un solo segundo. Saber que el fin estaba cerca, que ella podía irse en cualquier momento, había hecho que pasara cada segundo mirando su rostro. Había estado recordando todos los momentos bonitos que pasamos juntas: los cuentos que me leía al acostarme, su infinita dulzura cuando me encontraba enferma, cómo me enseñó a leer y dibujar, nuestras charlas de horas, incluso la manera en la que me sacaba de quicio. Habíamos tenido momentos buenos y malos, pero, a pesar de las broncas y de su negativa a aceptar lo que yo era, estaba segura de que ella me había querido, había luchado por sacarme adelante y nunca se había rendido.

Contemplar su cuerpo herido bajo la fría luz de la habitación del hospital, el enorme vendaje que le cubría la cabeza y su rostro amoratado me hacía tanto daño... Habría dado cualquier cosa por verla como siempre había sido, con aquella sonrisa enorme, con sus ojos brillantes y suspicaces. Ya no iba a poder ser... Nunca más...

Contuve un nuevo sollozo y crucé el aparcamiento tan rápido como pude. Cuando entré en la caravana, me permití apoyar la cabeza en el asiento y dejar que las lágrimas fluyeran libres. La gente decía que llorar era bueno, que servía para descargarse, para limpiarse por dentro. Yo llevaba días llorando y la angustia continuaba siendo igual de fuerte, igual de desgarradora. Empezaba a pensar que mi angustia era un embalse de lágrimas inagotables que no se vaciaría nunca.

Cuando me sentí más tranquila, arranqué la caravana y me dirigí a casa. Tenía tantas ganas de hablar con Al... Aquellos breves minutos que compartíamos cada amanecer eran lo único que me daba fuerzas. Mientras hablábamos, el tiempo se paraba y se creaba un mundo nuevo solo para los dos en el que no podían alcanzarnos el dolor ni la muerte.

Aparqué la caravana frente a la verja de casa y, casi corriendo, crucé el jardín y entré. Sabía que todavía quedaban unos minutos para que él llamase, pero me gustaba

esperar sentada al lado del teléfono, con un vaso de cacao caliente entre las manos, impaciente como un niño en la mañana de Navidad.

Puse leche a calentar y aproveché ese tiempo para cambiarme y ponerme el pijama. Me senté en el sofá, al lado del teléfono, con el vaso entre las manos y una manta sobre las rodillas, tratando de entrar en calor. Octubre casi había acabado y el tiempo en Vermont empezaba a ser glacial. Además, sentía un frío diferente, un frío interno que parecía que no podría pasarse con nada y que solo se retiraba mientras hablaba con él.

A medida que los minutos fueron pasando sin que el teléfono sonara, empecé a ponerme muy nerviosa. No era posible que Al se hubiera olvidado o que hubiera decidido no llamarme porque se le había hecho tarde. Ya le había dicho que su llamada era muy importante para mí y que no sería capaz de acostarme sin haber hablado con él. Una horrible sensación, dolorosa y pesada, empezó a asentarse en mi pecho. Traté de mantenerme calmada y seguí esperando mientras daba pequeños sorbos a mi vaso de cacao. Él llamaría. Se le habría complicado algo en el trabajo e iba a salir más tarde. Solo tenía que esperar un poco más.

Cuando ya habían pasado veinte minutos de la hora en la que Al solía llamarme, y después de comprobar unas diez veces que no le pasaba nada a la línea, empecé a ponerme nerviosa de verdad. Me levanté, busqué el paquete de tabaco en mi chaqueta y, aún envuelta en la manta, abrí la puerta de la calle y me puse a fumar apoyada en el marco, desde donde estaba segura de poder escuchar el timbre del teléfono. Hacía muchísimo frío, demasiado para estar en la calle en pijama. Sabía que me estaba arriesgando a una neumonía por algo ridículo. Mi madre odiaba el humo del tabaco y no permitía que nadie fumase en su casa, pero ella ya no iba a volver. Aparté aquel pensamiento de mi cabeza y seguí fumando mientras tiritaba. Mi madre estaba viva e iba a respetar sus deseos.

Cuando terminé de fumar, cerré la puerta y volví a mi sitio en el sofá. Seguí esperando, pero los minutos se deslizaban uno tras otro sin que el teléfono sonara. Ya había pasado media hora. Estaba segura de que a Al le había pasado algo. Levanté el auricular, llamé a la centralita y le pedí a la chica que me atendió que me pusiera en contacto con la prisión de Sing Sing. Tras esperar media docena de tonos, la voz de un hombre contestó al otro lado:

—Prisión de Sing Sing. ¿En qué puedo ayudarle?

Su tono me sonó cansado y aburrido, así que pensé que no podría esperar mucha colaboración de él. Además, no se me ocurría qué preguntarle. ¿Qué podía decirle? ¿Que mi novio se había retrasado media hora en llamarme y que me estaba poniendo nerviosa? Se iba a reír en mi cara. Sin embargo, me sentía tan preocupada que decidí intentarlo.

—Buenos días. Quería preguntar por uno de sus guardias. Se llama Aleister McNeal y ha estado haciendo el turno de noche en el pabellón B. ¿Podría indicarme si ya ha salido?

—Lo siento, señorita. No dispongo de esa información y, aunque la tuviera, no podría dársela.

—Solo necesito saber si sigue ahí. ¿No podría preguntarlo?

—Esto es una prisión de máxima seguridad. No podemos dar ningún dato del número ni identidad de los funcionarios que están trabajando aquí en un momento determinado. Lo lamento.

Sin decir nada más, el hombre colgó. Me quedé unos segundos con el auricular pegado a la oreja, sin saber qué más hacer. Pensé en llamar al motel y preguntar si Al se encontraba en su habitación, pero estaba segura de que no era así. Si estuviera allí, me habría llamado. Volví a contactar con la centralita para pedirle que me comunicaran de nuevo con la prisión. Al cabo de un par de tonos, la voz del mismo hombre contestó al teléfono.

—Prisión de Sing Sing. ¿En qué puedo ayudarle?

—Disculpe, acabamos de estar hablando...

—Ya le he dicho que no puedo darle esa información —me cortó el hombre.

—Espere, no me cuelgue —le dije apresuradamente—. Quiero preguntar por otra persona. No es un guardia, sino un asesor contratado por el director Morris. Supongo que eso no le supondrá ningún problema.

—No podría asegurárselo. ¿Cómo se llama la persona que busca?

—James McNeal.

—¿Y en qué nos está asesorando exactamente?

Me quedé en silencio, sin saber qué contestar. No podía decirle que era un asesor en temas sobrenaturales. Me colgaría el teléfono directamente.

—Pues la verdad es que no sé exactamente lo que hace —mentí—. No quiero molestarle, pero necesito saber si esa persona sigue ahí. ¿Podría ayudarme, por favor?

Escuché un resoplido hastiado desde el otro lado de la línea, pero algo debió captar aquel hombre en mi voz, porque sus siguientes palabras fueron más amables.

—Está bien. Veré qué puedo hacer. Deme un par de minutos. Voy a hablar con control de accesos.

Me dejó en espera, escuchando una horrible versión de *I've just called to say I love you* interpretada por un instrumento que parecía un piano de juguete. Un par de minutos después, escuché un ruido en la línea que me indicó que había regresado.

—Me ha dicho James McNeal, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. ¿Está ahí?

—Su última entrada en la prisión fue hace cuatro noches y ya no figura en el listado de personas autorizadas a entrar.

—¿Está usted seguro?

—Al cien por cien. Nos tomamos muy en serio las entradas y salidas del edificio. Como ya le he dicho antes, esto es una prisión de máxima seguridad.

—Está bien. Muchas gracias. Disculpe las molestias.

El hombre volvió a colgar sin despedirse, dejándome con la idea de que no le vendría mal un curso de atención al cliente. Dejé el teléfono en la horquilla y me quedé mirándolo, sin saber qué hacer. El presentimiento de que había sucedido algo malo seguía acrecentándose y, además, se le unía el hecho de que Al no me había comentado nada acerca de que su padre no estaba acompañándole. No podía creer que Al me hubiera ocultado algo. No era su estilo. Él no era así.

Intenté convencerme de que, quizá, habían decidido que no era necesario que James entrara en la prisión y que podía investigar desde la habitación del motel. Si era así, quizá se encontraba allí y podría decirme algo sobre Al. Por tercera vez, llamé a la centralita para pedir que me buscaran un número y me conectaran con él. Durante un segundo, pensé que mi madre iba a matarme cuando le llegara la factura del teléfono con todas aquellas llamadas interestatales. Cuando me di cuenta de que eso no iba a suceder, noté de nuevo el escozor de las lágrimas en los ojos, pero tuve que reponerme al escuchar cómo atendían mi llamada.

—Motel Ossining. Buenos días —respondió una cantarina voz de mujer.

—Buenos días. Soy huésped de su motel, en la habitación 102. Eloise Carter. — Esperé unos segundos por si la mujer quería comprobarlo hasta que escuche un murmullo de asentimiento al otro lado—. He tenido que marcharme unos días por problemas familiares y la habitación ha quedado ocupada por mi novio, Aleister McNeal, y su padre.

—Sí, sé quiénes son: el chico guapo de la chaqueta de cuero con las alas blancas bordadas en la espalda y un hombre mayor con pinta de despistado —contestó la mujer.

—Exacto. Necesito un favor enorme, es una urgencia. ¿Podría ir hasta la habitación a ver si está alguno de los dos y pedirles que se pongan al teléfono?

—Puedo ir, pero creo que no hay nadie. Hace días que no veo al señor y hoy no he visto llegar al chico —contestó la mujer, haciendo que todas mis alarmas se disparasen.

—¿Podría ir a comprobarlo, por favor?

La mujer asintió y me dejó esperando. Decidí olvidar las reglas de mi madre acerca de no fumar en su casa y encendí un cigarrillo. Me sentía al borde del ataque de pánico y mis manos no dejaban de temblar, por mucho que me repetía a mí misma que no tenía ninguna razón para pensar que hubiese sucedido algo malo.

—No están en su habitación —dijo la mujer cuando regresó—. ¿Quiere que les diga algo cuando lleguen?

—Sí, por favor. Dígales que ha llamado Eloise y que me llamen sin importar la hora.

Le di mi número de teléfono y colgué. Después de lo que me había dicho aquella mujer, estaba segura de que Al llevaba varios días trabajando solo y que, por alguna razón, se había olvidado de comentármelo. Necesitaba saber qué era lo que estaba sucediendo y, por fin, sabía un número de teléfono en el que podrían darme respuestas. Sin dudar un segundo, marqué el número de la casa de los padres de Al.

—¿Diga? —contestó su padre.

—Hola, James. ¿Puedo saber por qué no estás en Sing Sing con Al?

—Vaya, pensaba que él iba a explicártelo... Después del motín, se puso

nervioso y dijo que era peligroso para mí trabajar allí...

—¿Qué motín? —pregunté aterrada.

—Hace dos noches hubo un motín en el pabellón B. Los presos tuvieron retenidos a los guardias y hubo varios heridos. ¿En serio Al no te ha contado nada de todo esto?

—No. No me ha dicho nada. Ni siquiera me ha dicho que te habías marchado.

—No me marché. Me echó —contestó James—. Le llevé la información sobre todo lo que habíamos descubierto y dijo que, a partir de aquel momento, se encargaba él.

—¿Qué información?

—El nombre que apareció en la psicofonía: Albert Fish. Le llevé un montón de recortes de prensa para que los leyera. ¿Tampoco te ha dicho nada?

—No. Creo que tenemos mucho que hablar.

—¿Os pasa algo? ¿Estáis enfadados?

Me quedé en silencio un par de segundos, preguntándome qué contarle. No quería preocuparle diciendo que su hijo estaba desaparecido si al final no estaba sucediendo nada malo, así que decidí mentir.

—No, tranquilo. Es solo que he llamado al motel porque he perdido una tarjeta de crédito y quería saber si alguien la había dejado en recepción. La mujer con la que he hablado me ha comentado que ya no te alojabas allí.

—¡Qué faena lo de la tarjeta! —comentó James—. Deberías anularla.

—Sí, es lo que voy a hacer ahora mismo —contesté—. Después llamaré a tu hijo y le pediré explicaciones.

—No seas muy dura con él.

Forcé una risa y me despedí de James. Cada nuevo dato que obtenía me ponía más y más nerviosa y seguía sin saber dónde estaba Al y si se encontraba bien. No entendía nada de lo que estaba pasando. ¿Desde cuándo Al, el que siempre insistía en que en una relación debíamos contarnoslo todo, me ocultaba cosas? ¿Y por qué?

No podía quedarme quieta esperando a que el teléfono sonara. Cada vez estaba más segura de que había sucedido algo horrible. Por desgracia, ya no se me ocurría

ningún otro sitio al que llamar. En aquel momento, recordé el collar que me había dado el santero. La noche en la que dormí con él puesto había tenido una visión sobre el accidente de mi madre. ¿Me serviría para contactar con Al y saber si se encontraba bien? No perdería nada por intentarlo.

Subí corriendo a mi habitación y rebusqué en el montón de ropa de los últimos días. Encontré el collar en el bolsillo de los pantalones que llevaba la noche que regresé a Swanton. Levanté la mano y dejé que colgara frente a mis ojos, mirándolo con cierto temor. La última vez que lo había llevado puesto la experiencia había sido muy desagradable, pero no se me ocurría qué otra cosa hacer. Me lo colgué al cuello y me tumbé en la cama.

Sabía que en mi estado de nervios no iba a poder dormir y tener un sueño de manera natural, así que decidí entrar en trance mediante la autohipnosis. Meforcé a ir respirando de forma cada vez más profunda y acompasada mientras iba relajando uno a uno todos mis músculos. Había temido que me resultara difícil con la ansiedad que estaba sintiendo, pero estaba tan acostumbrada a entrar en estado de relajación que, en pocos minutos, había dejado de ser consciente de mi cuerpo y me sentía tranquila, en paz y con la mente en blanco. Tomé aire unas cuantas veces más y forcé mis ojos hacia atrás, como si quisiera mirar dentro de mi propia cabeza.

Me di cuenta de que lo había conseguido por el cambio en la luz que se colaba a través de mis parpados cerrados. El lugar en el que me encontraba ya no estaba iluminado por los suaves tonos dorados del amanecer en Swanton. La luz que se filtraba era mucho más tenue, más triste y apagada. Abrí los ojos y me encontré en un corredor oscuro. Lo reconocí inmediatamente: era el corredor abierto que llevaba del pabellón B a la Casa de la Muerte. A través de las gruesas rejas se podía ver un cielo gris y plomizo del que caía una ligera cortina de lluvia. Me acerqué a las rejas y me di cuenta de que lo que caía del cielo no era agua. Era un ligero aguanieve de color ceniza que se derretía en cuanto se posaba sobre los charcos. Las farolas estaban apagadas, al igual que los reflectores de los torreones. No había nadie en ellos, ni en los patios... No se escuchaban voces, ni pasos, ni el sonido de ningún motor. El lugar parecía abandonado desde hacía mucho, una ruina de un tiempo pasado que se resistía a desaparecer.

Empecé a caminar por el corredor sin saber muy bien a dónde ir. A pesar de que seguía siendo consciente de que estaba en un sueño, aquel lugar me estaba poniendo muy nerviosa. Solo quería encontrar a Al, saber si estaba bien y marcharme de allí.

No me llevó mucho tiempo darme cuenta de que aquel lugar no era una representación real de la prisión. El corredor giraba y giraba y se abría a otros pasillos infinitos y a habitaciones oscuras. Además, todo estaba cubierto por telas de araña inmensas. Algunas eran tan espesas que cerraban la entrada a otros corredores, dejándolos totalmente intransitables.

Caminé durante mucho tiempo, tratando de que mis pasos no despertaran ecos en las vacías estancias, deseando llamar a Al, pero sin atreverme a levantar la voz. Algo dentro de mí me decía que no debía llamar la atención, que no estaba sola en aquel lugar. Había algo más. Se notaba en el aire, en el aroma a podredumbre, en una especie de electricidad estática que erizaba todo el vello de mi cuerpo... Algo oscuro y peligroso rondaba por aquellos corredores.

De repente, escuché algo. Avancé despacio hasta llegar a la puerta de una habitación oscura y vacía. En un primer momento, pensé que había imaginado el sonido, pero entonces volví a oírlo. Era un sollozo contenido. Quien lo había proferido tampoco quería ser descubierto.

Entré en la estancia de puntillas. No quería asustar a quién estuviera allí escondido. Por alguna razón, sabía que no suponía un peligro y que tenía que ayudarlo. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, divisé una figura en una esquina. Era un niño pequeño vestido con unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta roja. No podía verle la cara. Estaba acuclillado, de cara a la pared, como si estuviera castigado... No, no era eso. Estaba tan asustado que había decidido que, si algo venía a por él, no quería verlo.

Me acerqué muy despacio, preguntándome quién sería y por qué estaba allí. Por mucho que trataba de hacer memoria, estaba segura de que no conocía a aquel crío de pelo liso de un castaño tan claro que casi parecía rubio. Me arrodillé a su lado e, intentando no asustarle, extendí mi mano hasta tocar su hombro. Se giró hacia mí y de inmediato reconocí aquellos inmensos ojos azules adornados por dos soles dorados que rodeaban su pupila.

—No hagas ruido —me advirtió en un susurro—. Él me está buscando.

—¿Quién es él? —pregunté, sintiendo que un estremecimiento recorría todo mi cuerpo.

—La araña violín... Lo está ocupando todo para que no me quede ningún sitio donde esconderme.

—¿Y qué pasará cuando te encuentre?

—Me devorará y ya no seré más. Todo será suyo.

CAPÍTULO DOS

Sentí como si cayera de una gran altura y aterrizara sobre el colchón. Me desperté temblando, cubierta de un sudor helado y pegajoso. Además, notaba algo extraño sobre mi piel, como si estuviera cubierta de hilos de telaraña. Pasé las manos por mi cuerpo tratando de apartarlos, pero no había nada.

Me quedé unos segundos sentada en la cama, recuperando el ritmo de mi respiración. Ya no me quedaba ninguna duda de que Al estaba en peligro, de que algo malo le había ocurrido. Me levanté de un salto y bajé las escaleras a toda velocidad para lanzarme sobre el teléfono. Por tercera vez en lo que iba de día le pedí a una teleoperadora que me pusiera con la cárcel.

—Prisión de Sing Sing. ¿En qué puedo ayudarle?

—Escuche... Ya sé que hemos hablado dos veces hoy y que me ha dicho que no puede darme información acerca de dónde está Aleister McNeal. —Escuché un suspiro de agobio al otro lado de la línea que solo sirvió para enfurecerme más—. Necesito hablar con el director Morris de inmediato. Dígale que le llama Eloise Carter y que es una emergencia. Verá como sí quiere atenderme. Y no se le ocurra colgarme el teléfono. Le aseguro que puedo estar llamándole toda la mañana.

El hombre ni siquiera contestó. Creo que no tenía ganas de discutir con una loca. Volvió a ponerme en espera, escuchando aquella horrible versión de la canción de Stevie Wonder. Cuando contestaron al otro lado, reconocí la voz del director de la prisión.

—Buenos días. Soy el director Morris.

—Me alegro mucho de oírle. No confiaba en que ese hombre pasara la llamada —dije, aliviada—. Necesitaba hablar con usted. No consigo contactar con Al...

—Está aquí —me cortó—. Le tenemos en la enfermería.

—¿En la enfermería? ¿Qué le ha pasado?

No escuché ninguna respuesta desde el otro lado, tan solo el silencio en la línea. Por un momento, temí que la llamada se hubiera cortado, pero entonces le oí tomar aire y aclararse la garganta, como si se preparara para decir algo extremadamente

difícil. Tuvo suerte de que nos encontráramos a tantas millas de distancia. Estaba tan nerviosa que, si lo hubiera tenido delante, le habría estrangulado.

—No sabemos bien qué es lo que le pasa —contestó al fin.

—¿Cómo que no lo saben? Maldita sea... Dígame ahora mismo cómo está.

—Tranquila, por favor. Él está bien y fuera de peligro. —El director volvió a hacer una pausa por la que le habría matado—. Unos guardias le encontraron en el centro de formación, en el despacho del fondo.

—En la antigua Casa de la Muerte, en la habitación en la que antes estaba la silla eléctrica —maticé—. En el lugar en el que han muerto todos los presos...

—Sí, eso es... Estaba rodeado de velas y de símbolos extraños y el suelo estaba lleno de sal. No sé qué había estado haciendo ahí. Quizá usted pueda explicármelo.

Por supuesto que podía, pero aquello era lo último que me apetecía en aquel momento. No me podía creer que Al hubiera intentado hacer un ritual sin que yo estuviera presente. ¿En qué estaba pensando?

—¿Y cómo está? ¿Qué ha pasado? —pregunté, sin darle ninguna explicación.

—Bueno... Cuando le encontraron, estaba hablando solo, con la mirada perdida y una sonrisa de loco en la cara. Y estaba haciéndose cortes en un antebrazo con una especie de daga ritual.

—¿Les dijo algo?

—Sí. Les miró y les dijo que era maravilloso ser capaz de volver a experimentar dolor. ¿Entiende algo de todo esto?

—No, la verdad es que no... —contesté, sin saber qué más añadir.

—Los guardias le quitaron la daga y lo llevaron a la enfermería. Le tenemos sedado y atado para que no siga autolesionándose, pero no sabemos qué hacer con él. Antes de que le durmieran, empezó a gritar que quería marcharse y que no podíamos retenerle aquí y la verdad es que tiene razón.

—Voy para allá. No lo suelten diga lo que diga. Estaré ahí esta misma tarde.

En menos de media hora ya había recogido todas mis cosas y estaba aparcando la

caravana frente al hospital. Me detuve unos segundos, mirando la puerta de entrada y buscando en mi interior las fuerzas suficientes para una conversación que estaba segura de que iba a ser una de las más difíciles de mi vida. ¿Cómo iba a convencer a mi hermano David de que era correcto abandonar a mi madre en aquellos momentos si yo misma me sentía culpable por solo pensar en hacerlo?

Negué con la cabeza y me bajé de la caravana. Por muchas vueltas que le diera, nunca iba a estar preparada para aquella conversación. Lo mejor sería ir, afrontar la situación y marcharme cuanto antes. No sabía con exactitud qué le había pasado a Al, pero sabía que estaba en peligro y que necesitaba mi ayuda. Solo debía centrarme en eso en aquel momento.

Subí a la segunda planta. El pasillo estaba casi vacío a aquella hora. Ni siquiera eran las nueve de la mañana y la mayoría de las visitas todavía no habían llegado. Me planté frente a la puerta de la habitación que ocupaba mi madre, di un par de tímidos golpes en la puerta y entré sin esperar siquiera a ser invitada. David estaba sentado en un sillón, al lado de la ventana, ojeando un periódico deportivo. Levantó la vista al oírme entrar y frunció el ceño, extrañado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿No deberías estar descansando?

—Vengo a avisarte de una cosa... —Lancé un suspiro y bajé la mirada al suelo—. Me marchó.

—¿Qué te marchas? ¿A dónde?

—Tengo que volver a Nueva York. Al me necesita.

Levanté la cabeza para observar su reacción. En un primer momento mi hermano no dijo nada. Se limitó a mirarme con expresión confusa mientras negaba con la cabeza, como si acabara de hablarle en un idioma extranjero. Poco a poco, aquella expresión fue cambiando. Su ceño se frunció, cerró la boca y apretó los dientes. Se levantó del sillón, se acercó hasta quedar a solo un paso de mí y señaló hacia la cama en la que yacía mi madre antes de empezar a gritarme.

—¿Qué mierda es esa de que Al te necesita? Tu madre se está muriendo, joder. ¿Puede haber alguien que te necesite más que ella?

—Sé que no lo entiendes, pero esto es importante. Al está en peligro y tengo que ayudarlo...

—¿Qué peligro? ¿Está metido en algún lío? Algo de drogas, seguro...

En aquel momento fui yo la que me quedé con la boca abierta. No entendía qué era lo que estaba diciendo mi hermano. ¿De verdad pensaba que estábamos metidos en ese tipo de asuntos?

—No digas estupideces —contesté cuando pude reaccionar—. Ya sabes a lo que nos dedicamos.

—¿A estafar a la gente con todo ese cuento de los fenómenos paranormales? Sí. Claro que lo sé. ¿Qué me vas a contar? ¿Que tu novio ha sido secuestrado por un fantasma? Yo no soy uno de vuestros estúpidos clientes...

—No estafamos a nadie. Sabes que tengo poderes, al igual que los tenían la abuela y mamá.

—No me vengas con esas mierdas, Eli. No hay ninguna razón en el mundo para que tengas que abandonar a tu madre en su lecho de muerte para ir a correr a los brazos de ese chulo con el que sales.

—Eres imbécil, David —dije conteniendo las lágrimas—. Estoy siendo sincera contigo. Al está en peligro de verdad y tengo que ir a ayudarlo. Trataré de resolver esto lo antes posible y de regresar cuanto antes...

—Perfecto. Le diré a mamá que haga el favor de no morirse hasta que su adorada hija se canse de hacer estupideces.

Tuve ganas de abofetearle, pero me contuve. Tomé aire con fuerza, solté un bufido y me giré hacia la puerta dispuesta a irme sin darle más explicaciones. Cuando ya tenía el picaporte en la mano, volví a girarme hacia él.

—Te juro que esto es importante aunque no me creas. Voy a volver.

—Haz lo que se te ponga en el culo. Para mí ya no eres de esta familia.

Decidí no decir una palabra más. No habría podido hacerlo sin estallar en sollozos. Abrí la puerta, salí y volví a cerrarla de un portazo. Ni siquiera esperé al ascensor. Bajé corriendo por las escaleras, con los ojos tan llenos de lágrimas contenidas que casi no podía ver los escalones. Cuando entré en la caravana, me senté al volante y encendí la radio. Subí el volumen al máximo para poder gritar como una posesa sin que nadie me escuchara desde fuera mientras descargaba mi furia a puñetazos contra el volante. En aquel momento odiaba a todo el mundo: a mi hermano por ser tan cabezota, a Al por haberse puesto en peligro de una forma tan estúpida, a mi madre por estar muriéndose, a mí misma por no ser capaz de estar en dos sitios a la

vez...

No sé cuánto tiempo estuve gritando y aporreando el volante hasta que conseguí serenarme. Cuando la rabia desapareció, me sentí vacía y agotada. Me parecía que no tenía fuerzas para mantenerme un solo segundo más despierta. Solo quería dormirme y olvidar, dejar de ser consciente durante el tiempo que hiciera falta y despertar cuando la pesadilla hubiera terminado. Pero no podía. A pesar de no haber dormido un solo minuto la noche anterior, tenía por delante un viaje de más de trescientas millas.

Paré en la gasolinera y, después de repostar, compré un pack de coca-colas. La cafeína y la música me ayudarían a mantenerme despierta. Me parecía que todas las canciones me hablaban de lo lejos que estaba de Al y de que debería darme más prisa: *I drove all night* de Cindy Lauper, *So far away* de Dire Straits, *Run to you* de Bryan Adams... Recorrí milla tras milla sin parar ni una sola vez. Atravesé todo Vermont, crucé Massachusetts y, por fin, al límite de mis fuerzas, llegué al puñetero estado de Nueva York. Cuando pasé el cartel que me daba la bienvenida a Ossining, apreté los dientes y presioné aún con más fuerza el acelerador mientras echaba una mirada al anillo que Al me había regalado. Él me había dicho que era mío, en cuerpo y alma. No iba a permitir que ningún espíritu de mierda me lo arrebatara.

CAPÍTULO TRES

El director Morris me acompañó hasta la enfermería. El médico encargado de aquel turno nos guió hasta una habitación con un amplio ventanal, a través del cual pude ver a Al tumbado en una camilla. Un montón de correas de cuero le sujetaban el torso, los brazos y las piernas. En el brazo izquierdo lucía un enorme vendaje manchado de sangre.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalándolo—. ¿Por qué está sangrando?

—Como ya te comenté, cuando le encontraron estaba haciéndose cortes — contestó el director con cara compungida.

Le miré unos segundos con los labios fruncidos y él agachó la cabeza. Parecía que se sentía culpable por lo que le había pasado a Al. Aunque no iba a decírselo, yo también le culpaba. No deberían haberle dejado entrar solo a la Casa de la Muerte. En lugar de reprochárselo, me giré hacia el médico.

—¿Y por qué sigue sangrando?

—Se lo hemos curado, pero no paraba de revolverse e intentar soltarse, así que se ha vuelto a abrir las heridas. Hemos tenido que sedarle para que no se hiciera más daño. Estaba esperando a que se durmiera para entrar a curarle de nuevo.

—¿Cuándo se dormirá? —pregunté, observando la cara de Al. Estaba muy quieto e inexpresivo, pero mantenía los ojos abiertos y clavados en el techo de la habitación, sin parpadear siquiera. Si no fuera porque su pecho subía y bajaba con cada respiración, habría pensado que estaba muerto.

—No lo sé —admitió el médico—. Le hemos puesto sedantes para tumbar a un elefante, pero no se duerme.

—Voy a entrar a hablar con él —dijo sin mirar a mis acompañantes—. Sola.

El médico dudó unos segundos, hasta que el director Morris asintió con la cabeza. El doctor sacó una llave de su bolsillo y abrió la puerta.

—Estaremos aquí por si necesita cualquier cosa —dijo, haciéndose a un lado para que pasara.

Me pareció ver miedo en sus ojos. No creía que fuera buena idea que yo entrara en aquella habitación, por muy bien atado que estuviera el paciente. Le dirigí una tímida sonrisa de agradecimiento por su preocupación y entré. Escuché cómo cerraba la puerta a mis espaldas y el sonido de la cerradura al dar dos vueltas de llave.

Al no reaccionó al escuchar la puerta ni al percibir mis pasos acercándose a la camilla. Por unos segundos pensé que, a pesar de tener los ojos abiertos de par en par, debía de estar profundamente dormido. Tenía ganas de abalanzarme sobre él, de abrazarle y decirle que todo iba a salir bien, pero algo en mi interior me advirtió de que sería más prudente quedarme a un par de pasos de distancia.

Cuando me detuve, giró la cabeza y me miró. No eran sus ojos, aunque sí lo fueran. Seguían teniendo aquel precioso color azul y los dos pequeños soles dorados que rodeaban sus pupilas, pero la mirada ya no era la suya. Era una mirada enfermiza, enloquecida, hambrienta... Me sonrió con una sonrisa que tampoco era la suya.

—Hola, Eli. Cuánto me alegro de que hayas venido. —Su sonrisa se ensanchó y pasó la punta de la lengua por su labio inferior. Me sentí como Caperucita Roja en esa escena en la que habla con el lobo feroz disfrazado de abuelita—. Acércate, cariño. Te he echado mucho de menos.

—Dejémonos de tonterías —respondí con voz seca, abriendo las piernas y cruzando los brazos frente a mi pecho para demostrarle que no iba a avanzar un solo paso más—. Tú no eres Al. ¿Quién eres?

—Vaya... Eres demasiado lista, bruja —dijo el ser, soltando una carcajada desquiciada—. Tenía esperanzas de poder engañarte y probar tus labios.

No lo dijo con tono seductor. Cada una de sus palabras destilaba hambre. Se me revolvió el estómago solo de pensar en acercarme. Traté de disimular lo mucho que me dolía saber que ese ser despreciable estaba ocupando el cuerpo de la persona que más quería en el mundo e insistí.

—Por el poder que Dios me ha conferido, exijo que me digas tu nombre.

—No hace falta que invoques a Dios. Te lo diré sin problemas. Soy Albert Fish. Encantado.

El tono del ser era suave y educado. A pesar de estar atado a una camilla, se comportaba como si nos encontráramos en una reunión social y solo estuviera tratando de ser amable. No me engañó ni por un segundo. Todos mis instintos me decían que

estaba ante alguien peligroso, ante un auténtico depredador. De hecho, me habría sentido mucho más tranquila si hubiera estado atado con el doble de correas.

—Quiero que salgas del cuerpo de mi novio y que te marches.

—¡Qué falta de educación! —contestó el ser, volviendo a soltar una de aquellas carcajadas que me ponían los pelos de punta—. Si acabo de llegar... ¿Ni siquiera vas a darme una oportunidad?

—Ya sabes que no, así que dejemos este juego estúpido. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que necesitas para salir de su cuerpo y abandonar este lugar?

—Quiero salir de esta prisión, quiero estar vivo otra vez, quiero experimentar el placer y el dolor, quiero conocer nuevos niños... —Se quedó callado, como si esperara una reacción a esa última frase. Cuando no la obtuvo, esbozó una nueva sonrisa cruel—. ¿No me conoces? No sabes nada de mí ni de lo que hacía, ¿verdad?

Negué con la cabeza con gesto distraído, como si su charla me estuviera aburriendo. Me prometí a mí misma que, dijera lo que dijera, no iba a dar muestras de que me afectara, que no iba a mostrarme asustada ante él. Aquel ser no iba a tener ningún poder sobre mí.

—Soy el Coco, el abuelo caníbal, el hombre lobo de Wysteria, el vampiro de Brooklyn... —Se quedó en silencio, esperando una respuesta por mi parte, un brillo de reconocimiento en mis ojos. Me limité a negar con la cabeza, lo que despertó un rugido de rabia del ser—. Soy uno de los asesinos en serie más famosos de la historia.

—Lamento informarte de que no es así. Por desgracia, la maldad humana es demasiado abundante. Ha habido suficientes depravados desde que tú moriste como para hacerte caer en el olvido. —Le miré a los ojos y descubrí rabia en ellos. Estaba haciéndole perder el control y sentirse inseguro. Aquello era bueno—. Tu plan es estúpido. No vamos a dejarte salir de aquí ni vas a tener a ningún crío a tu alcance nunca más, así que sal del cuerpo de Al, abandona esta prisión y sigue tu camino al otro lado.

—Tendréis que soltarme. Yo ya pagué por mis crímenes en la silla eléctrica, así que sería injusto que me retuvierais. Además, el pobre Al no ha hecho nada y no podéis tenerle encerrado aquí. En cuanto consiga que alguien se entere de que tenéis a un chico inocente secuestrado en esta prisión, tendréis que soltarme.

—No lo vamos a hacer —insistí.

—¿Y qué vais a hacer cuando la prensa se entere? ¿Decirles que no podéis soltar a un pobre chico porque lleva un fantasma dentro? ¿Piensas que alguien se lo creerá?

Sabía que tenía razón. En aquella prisión trabajaba demasiada gente como para mantener el secreto. Si alguien empezaba a hacerse preguntas y lo comentaba fuera de esos muros, el director Morris se iba a encontrar con un problema muy grave.

—No vas a pasar dentro de ese cuerpo el tiempo suficiente como para que eso pase. Ya hemos hablado demasiado —dije con voz firme.

Me separé un par de pasos más y cerré los ojos para concentrarme. Debía olvidar al horrible espíritu que tenía frente a mí y la rabia y el asco que me producía que estuviera profanando el cuerpo de Al. Solo debía centrarme en mi respiración y en despertar el poder de mi interior. Cuando me sentí preparada, abrí los brazos, elevé mi mirada al techo y pronuncié el conjuro de expulsión.

—En el nombre de Dios te ordeno que te vayas. En el nombre de San Miguel te ordeno que te vayas. En el nombre de Dios te ordeno que abandones este lugar. En el nombre de Dios te expulso, espíritu maligno.

No sucedió absolutamente nada. El ser se me quedó mirando impasible. Yo había esperado que gritara, que se retorciera y convulsionara. Me había preparado a mí misma para la idea de ver el cuerpo de Al sufriendo un dolor indescriptible mientras conseguía que aquel ser le abandonara. Pensaba que estaba preparada para todo menos para aquella mirada de curiosidad y aquella sonrisa burlona.

—¿Eso es todo lo que tienes, bruja? —preguntó, riéndose de mí—. Me alimentan el odio, la ira y las ansias de venganza de miles de almas condenadas. ¿Crees que vas a poder expulsarme con un simple conjuro?

Le lancé una mirada de odio y salí de la habitación sin decir nada más. No iba a quedarme discutiendo con él ni a permitir que me humillara. Si aquel conjuro no funcionaba, buscaría otro y otro y otro. No iba a rendirme. Iba a expulsar a aquel ser como fuera e iba a conseguirlo cuanto antes.

Tras salir de la habitación en la que estaba Al, había hablado con el director Morris, le había explicado quién era el espíritu que ocupaba el cuerpo de mi novio y lo que pretendía y me había marchado sin preocuparme siquiera de si él se lo creía o no.

Tenía demasiadas cosas que hacer como para perder el tiempo. Necesitaba encontrar la manera de echar a aquel monstruo del interior de Al y algo en mi interior me decía que era urgente que lo consiguiera cuanto antes.

La oscuridad ya se había adueñado del cielo de Ossining. Llevaba horas en la misma postura, tumbada sobre aquella incómoda cama de motel, leyendo un libro tras otro. Me incorporé, me senté en la cama y moví el cuello hacia ambos lados para eliminar el agarrotamiento de mis músculos. Escuché unos crujidos desagradables, pero no conseguí que el embotamiento de mi cabeza disminuyera. Sabía que tenía que descansar, que debería salir a buscar algo para cenar y después dormir un poco. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir ni un solo minuto y mi alimentación de las últimas horas se componía de latas de coca-cola. Sin embargo, sabía que no iba a poder hacer nada de aquello. Sentía el estómago pequeño y cerrado y no podría pegar ojo hasta que descubriera cómo expulsar a aquel ser.

Miré alrededor. Las paredes parecían más amarillentas y la iluminación más triste si Al no estaba allí. Sentí que la habitación se hacía más y más pequeña, que el aire se volvía irrespirable y que los ojos se me llenaban de lágrimas. Me levanté de la cama de un salto, recogí mi chaqueta y salí al porche. Me senté en los escalones de entrada a fumar un cigarrillo mientras miraba la lluvia golpeteando contra los charcos y las hojas caídas haciendo carreras sobre las aceras, empujadas por un viento glacial. Aquel aire frío me espabiló un poco y pareció darme fuerzas. No iba a dejarme llevar por la ansiedad o por el pánico. No iba a llorar. Nada de aquello ayudaría a Al.

Cuando terminé el cigarrillo, volví a entrar en la habitación y me senté de nuevo en la cama, que estaba abarrotada de fotocopias, apuntes, libros... No sabía por dónde seguir investigando. Había estado leyendo por encima la información sobre Albert Fish que James había recopilado y lo único que había conseguido había sido sentir aún más asco al pensar en la clase de monstruo que Al llevaba dentro y más ganas de golpear a mi novio por haber sido tan estúpido como para enfrentarse solo a un ser tan maligno y poderoso. También había estado repasando mis libros de brujería, buscando algún conjuro lo bastante potente como para expulsarlo, pero lo que había encontrado no me había servido de ayuda. Se suponía que, si un ser se estaba alimentado de otras almas torturadas para acrecentar su poder, había que liberar a aquellas almas para dejarlo solo y poder enfrentarse a él cuando estuviera debilitado. Yo no tenía tiempo para liberar a los cientos o miles de espíritus atrapados en Sing Sing. Y Al tampoco.

No sé cuánto tiempo estuve leyendo, pero en algún momento debí de quedarme

dormida. Cuando abrí los ojos, ya no estaba en el motel. Volvía a estar rodeada por aquella luz triste y enfermiza, volvía a estar en los oscuros corredores de Sing Sing. Me di cuenta de que había vuelto a quedarme dormida llevando el collar del santero. Me lo había puesto aquella mañana para tratar de contactar con Al y saber qué le había sucedido y había olvidado quitármelo. Me reñí a mí misma por ser tan estúpida, pero, por otro lado, decidí aprovechar aquella oportunidad para intentar encontrar a Al y ver cómo se encontraba.

El lugar había cambiado desde mi visita de la mañana. Había más telarañas por todas partes. Cubrían las paredes y colgaban de los techos. Intenté no tocar ninguna y avanzar justo por el centro del corredor. Muchos de los pasillos que se abrían a los lados mostraban telas de araña tan tupidas que era imposible pasar. Parecía que alguien hubiera estado rellenando los pasillos con algodón de azúcar de color grisáceo.

Ignoré aquellos corredores cerrados. Sabía que Al se habría ido moviendo, buscando lugares a los que la araña aún no hubiera llegado. Caminé durante mucho tiempo, concentrada en no pisar las hojas muertas ni los trozos de cristales esparcidos por el suelo. Sabía que cualquier pequeño ruido podía atraerla, que estaba escondida entre las sombras, al acecho, esperando a su siguiente víctima.

Ví una habitación oscura y eché un vistazo a su interior. La luz del corredor solo iluminaba un par de pasos y ni siquiera pude distinguir si había muebles. No me atreví a alzar la voz para llamar a Al. Me quedé allí parada, con la respiración en suspenso, totalmente inmóvil. Una mano pequeña apareció de entre las sombras y tiró de mí hacia el interior. Contuve un grito. Me había asustado, pero estaba segura de que era Al. Me dejé guiar hasta el fondo de la habitación. Noté que la pequeña figura se sentaba en el suelo, así que la imité. Escuché el rascar de un fósforo y la débil llama de una cerilla iluminó nuestras caras. Tal y como había esperado, me encontré frente a aquel crío de pelo rubio y ojos azules. Su ropa estaba manchada y en su cara se veían los caminos que las lágrimas habían dibujado sobre su piel sucia. Sin embargo, en aquel momento, no lloraba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó enfadado—. Este sitio es mío.

—He venido a ayudarte —contesté—. ¿No sabes quién soy?

Él se me quedó mirando con una expresión de concentración en la cara, como si estuviera esforzándose de verdad. Unos segundos después, negó con la cabeza. Aquello me rompió el alma, pero luché para que no lo notara.

—No puedes estar paseándote por aquí —siguió hablando él—. Ella puede seguirte. Al final vas a conseguir que me encuentre.

—Ya te he dicho que quiero ayudarte.

—No puedes. Nadie puede —dijo él mientras negaba con la cabeza—. La araña teje muy deprisa y cada vez hay menos escondites. No puedes quedarte aquí.

La débil luz se apagó y escuché el sonido de otro fosforo. Cuando la cerilla se encendió, vi que Al miraba la caja, en la que ya solo quedaba una media docena más.

—Me quedo sin sitio, me quedo sin luz... Y cada vez recuerdo menos cosas — Lanzó un leve sollozo que hizo que mi corazón se encogiera—. ¿Conoces a mi mamá?

—Sí. Sí que la conozco.

—Dime cómo era. Ya no puedo acordarme de su cara.

Me miró con aquellos ojos azules tan enormes y vi tanta desesperación en ellos que estuve a punto de romper a llorar. Tragué saliva, respiré profundamente y, cuando estaba a punto de empezar a hablar, Al apagó la cerilla y me agarró. Todo su cuerpo temblaba y estaba tan aterrado que, sin darse cuenta, estaba clavando sus uñas en mi brazo.

—Está ahí —susurró—. No te muevas.

No me moví ni dije nada. Ni siquiera respiré. Me quedé paralizada mientras escuchaba el ruido que se acercaba por el corredor. No eran pasos, sino el sonido que haría un ser enorme clavando algo puntiagudo contra el suelo de hormigón. Al cabo de unos segundos me di cuenta de que eran sus patas. Sentí un estremecimiento. Tenía que ser gigantesca para hacer aquel ruido. Escuché también cómo paseaba alguna de sus patas por las paredes y por las rejas que cerraban el corredor, haciendo un ruido rechinante, como si estuviera tratando de arañar las rejas con afiladas espadas.

Me giré hacia la puerta, temiendo verla entrar. No teníamos escapatoria. Si se metía en la habitación, nos devoraría a los dos. Si estaba cerrando el corredor con su tela, también nos quedaríamos atrapados. Me sentí pequeña, indefensa y ridícula. Allí estaba yo, la gran bruja, la descendiente de una antiquísima y poderosa estirpe de hechiceras, desvalida ante aquel monstruo. Ni siquiera iba a poder hacer nada para salvar a Al. En aquel momento, pensé que me daba igual no poder vencerlo. Si entraba en la habitación, me enfrentaría a él, me sacrificaría si fuera necesario, dejaría que sus patas atravesaran mi cuerpo y que sus colmillos hicieran presa en mi carne y me

inyectarán su veneno paralizante. Lo que fuera con tal de darle a Al una oportunidad de escapar.

Iba a decírselo, pero las palabras murieron en mi boca. El ser estaba pasando frente a la puerta de la habitación, ocultando la escasa luz que entraba desde el corredor. Me sentí agradecida por aquella oscuridad que solo me permitió vislumbrar sus largas patas articuladas, demasiado finas para soportar su enorme cuerpo, su abultado abdomen cubierto de pelo, sus mandíbulas rechinantes... Ni siquiera me acordé de respirar. Incluso mi corazón pareció detenerse mientras aquel monstruo pasaba frente a la puerta. Nos quedamos quietos y en silencio hasta que el ruido de sus pasos se perdió en la galería.

—Ahora vete y no vuelvas —me ordenó Al.

Se levantó de un salto, corrió hacia la puerta y se alejó por el pasillo en dirección contraria a la que llevaba la araña. Cuando conseguí reaccionar y llegué hasta la salida de la habitación, él ya había desaparecido.

CAPÍTULO CUATRO

Me desperté desorientada. Por suerte, había dejado la luz encendida y enseguida me di cuenta de que no estaba en aquella prisión-laberinto, sino tumbada sobre la cama en mi habitación del motel. Me levanté tan débil y mareada que tuve que apoyarme en la pared para no caerme. Conseguí llegar hasta el cuarto de baño y me lavé la cara con agua helada para despejarme. Cuando contemplé mi reflejo, comprobé que, tal y como había sospechado durante mi sueño, aún llevaba al cuello el collar del santero. Me lo quité y lo dejé en el lavabo tratando de tocarlo lo menos posible, como si fuera un animal peligroso. Aquel collar me había permitido volver a ver a Al y comprobar que aún resistía, pero me daba miedo. No sabía si lo que percibía mientras lo llevaba era un sueño, una premonición, un viaje astral o si realmente me trasladaba a una extraña realidad paralela de la que algún día no podría regresar.

Volví a la cama y miré el reloj que había sobre la mesilla. Solo eran las dos y media de la mañana, así que no había dormido más de tres o cuatro horas. Decidí que ya era suficiente por aquella noche. La visión que había tenido durante el sueño, fuese lo que fuese, me advertía de que a Al se le acababa el tiempo. Tenía que encontrar la manera de liberarle.

Fui buscando toda la información que tenía sobre Albert Fish y reuniéndola en un montón. Solo la había mirado un poco por encima, porque me resistía a leer en detalle las descripciones de sus crímenes y las circunstancias de su vida. No quería sentir nada por aquel monstruo, no quería que el hecho de saber que había tenido una infancia terrible o una adolescencia de abandono y malos tratos me hiciera sentir compasión por él. Aquello era una razón, pero no era una excusa. Había habido millones de niños a lo largo de la historia que habían sufrido abusos y la inmensa mayoría de ellos no se habían convertido en monstruos.

Empecé a leer y encontré lo que esperaba: En su familia había muchos antecedentes de enfermedades mentales; fue abandonado por su madre con tan solo cinco años; los demás niños se reían de él y los encargados del orfanato le azotaban y golpeaban con frecuencia. A partir de ahí, su vida empezaba a diferir de la de un chico normal: descubrió que le excitaba el dolor y comenzó a realizar prácticas de urofagia y coprofagia. Cuando se mudó a Nueva York, empezó a ganarse la vida como prostituto

y a violar a otros muchachos jóvenes. En sus declaraciones admitía haber abusado sexualmente de más de cien chicos, la mayoría de ellos niños menores de seis años o discapacitados mentales. Cuando su esposa y sus hijos le abandonaron, empezó a frecuentar burdeles, en los que pedía a las prostitutas que lo azotaran y golpearan. Se volvió un amante del dolor extremo y un experto en el arte de infringirlo, tanto a sí mismo como a los demás. En su informe médico de entrada en la prisión de Sing Sing se incluía una radiografía en la que podían verse veintinueve agujas clavadas en sus genitales. Se describían también otros de sus métodos para hacerse daño, como golpearse la espalda con un palo del que sobresalían clavos, introducirse algodón empapado en alcohol en el recto y prenderle fuego o clavarse agujas bajo las uñas.

Dejé los papeles a un lado y traté de tranquilizarme. Cuanto más sabía de aquel hombre, más enferma me sentía al pensar que estaba ocupando el cuerpo de Al y tratando de controlar su mente por completo. Lo único que me consolaba era saber que estaba atado y que no podría hacerse más daño. Pensé en dejar de leer por un rato y salir a fumar un cigarrillo o a buscar algo para comer, pero lo deseché de inmediato. Podía fumar dentro de la habitación y, con las cosas que estaba leyendo, dudaba mucho de ser capaz de meterme un solo bocado de comida a la boca. Tenía que seguir leyendo aquellos papeles, aunque me hicieran sentir enferma.

Seguí repasando toda aquella información, buscando cualquier detalle que me ayudará a encontrar la manera de expulsar a Fish. Con cada página que pasaba, me sentía más y más desesperada. ¿Cómo iba a asustar a un ser que adoraba el dolor? ¿Con qué iba a amenazarle? Tampoco era posible razonar con aquel espíritu. Si ya estaba loco antes de morir, todos aquellos años en el más allá no habrían hecho otra cosa que empeorar su estado.

Pasé página tras página, leyendo los terribles asesinatos que cometió, las torturas que infringió a sus víctimas, el relato de las violaciones, sus descripciones de las prácticas de canibalismo que llevó a cabo con sus cuerpos... Un par de veces pensé que no lo soportaría más y que acabaría vomitando, pero conseguí reponerme y seguir leyendo. Ya estaba terminando toda la información que tenía sobre él y empezaba a pensar que no me serviría para nada haber pasado aquel mal rato cuando encontré algo que me devolvió las esperanzas:

Fish llegó en marzo de 1935 a prisión y fue ejecutado el 16 de enero de 1936 en la silla eléctrica. Fue sepultado en el cementerio de Sing Sing.

Tuve que esperar hasta las ocho de la mañana para poder hablar con el director Morris. Por mucho que le insistí a su secretario, se negó a llamarle por teléfono a su casa para decirle que necesitaba hablar con él y que era una emergencia. Cuando comprendí que no iba a hacerme caso y que era muy posible que acabara echándome de la prisión si seguía molestándole, decidí ir al aparcamiento y esperar a que llegara. Hacía mucho frío y caía una lluvia que parecía débil y fina pero con la que acabé empapada en menos de cinco minutos. Me dio igual. Me limité a pasear arriba y abajo por el aparcamiento, como un animal enjaulado, fumando un cigarrillo tras otro y sobresaltándome cada vez que veía llegar un coche.

Cuando por fin le vi aparcar y bajarse de su automóvil, corrí hacia él. Se entretuvo sacando un paraguas y abriéndolo y, al verme llegar bajo la lluvia, se detuvo y me ofreció refugiarme debajo. Yo se lo agradecí con una sonrisa mientras sacaba un papel arrugado del bolsillo de mi chaqueta.

—Mire, aquí está la solución —le dije emocionada mientras le tendía el papel.

Él lo miró y leyó en silencio durante unos segundos antes de volverse hacia mí con expresión confundida.

—No entiendo. ¿Qué solución?

—El cuerpo de Fish está enterrado aquí mismo, en Sing Sing —expliqué casi gritando—. Solo tenemos que quemarlo para expulsar su espíritu al otro plano y que salga de dentro de Al y deje en paz la prisión para siempre.

—¿Me estás pidiendo que desentierre a un preso y queme su cadáver? —preguntó con la cara desencajada, como si acabara de pedirle que sacrificara a su primer hijo varón—. En la vida nos permitirían hacer eso... Es totalmente irregular.

Le miré mientras negaba con la cabeza, incapaz de creer que aquel hombre fuera tan cuadrulado. ¿En serio estaba planteándose pedir permiso para aquello? Estaba segura de que, por mucho que buscara, no iba a encontrar ningún impreso para realizar una petición semejante. Le agarré por un brazo y le guíé hacia una esquina oculta tras las escaleras de entrada. Me acerqué a él y le hablé en voz baja, con tono conspirador.

—No vamos a pedir permiso para esto. De hecho, no se lo vamos a decir a nadie.

—Pero no podemos hacer algo así. Si alguien se entera, sería el final de mi

carrera...

—Y si alguien se entera de que tiene secuestrado y drogado a Al ahí dentro, también lo será. Y si no solucionamos esto y hay más presos muertos, también acabará. No tiene muchas más opciones que ayudarme.

Se quedó en silencio, mirando el papel que yo le había tendido como si esperara que la respuesta a su dilema apareciera allí escrita por arte de magia. Me dio un poco de pena verle tan perdido. Sabía que lo que le estaba pidiendo era difícil de asimilar, pero tendría que confiar en mí.

—¿No hay otra solución? —preguntó apenado.

—No que yo sepa. No es tan grave —dije para intentar consolarle—. Abrimos su tumba, en la que apenas quedarán unos huesos, echamos sal por encima, le prendemos fuego y volvemos a cerrar. Nadie tiene por qué enterarse.

Le dejé pensarlo unos segundos. Estaba segura de que al final aceptaría. No le quedaban muchas más alternativas. Creo que él acabó dándose cuenta de ello, porque asintió y me devolvió el papel.

—Está bien. Lo haremos esta noche. Tú, yo y dos guardias de confianza. Nadie más debe saberlo.

—De acuerdo —dije, chocando su mano—. Pasaré a buscarle por su despacho a medianoche.

Él se limitó a asentir y se marchó sin decir una palabra más. Me quedé quieta bajo la lluvia, mirando cómo se alejaba y preguntándome si aquel hombre sería capaz de mantener su determinación hasta la noche. Tendría que confiar en que fuera así. Si decidía echarse atrás, ya buscaría la manera de volver a convencerle.

Me di cuenta de que tenía todo el día libre por delante y nada que hacer. Pensé en entrar y pedir permiso para ver a Al, pero, a pesar de que me moría de ganas de estar con él y abrazarle, decidí que no era buena idea. Aquella cosa a la que podía visitar no era Al, aunque tuviera sus ojos, sus labios, su cara... Lo único que iba a conseguir al verle era hacerme más daño. Lo mejor sería que regresara al motel e intentara dormir un poco para que el tiempo pasara más rápido. Aquella misma noche íbamos a expulsar al monstruo y, una vez liberado, podría abrazar a Al hasta que me aburriera. No... Hasta que se aburriera él, porque yo no iba a hacerlo nunca.

La lluvia había arreciado a lo largo del día y en aquel momento caía un fuerte aguacero sobre la prisión. Aquello nos favorecía. Nadie iba a estar paseando por los patios ni iba a salir a fumarse un cigarrillo en una noche fría y desapacible como aquella. No nos cruzamos con nadie. Casi daba la impresión de que éramos los únicos habitantes del lugar.

Los guardias iban abriendo la marcha en silencio, cada uno de ellos llevando una pala en una mano y una linterna en la otra. Yo iba detrás con el director Morris, que era el único lo bastante inteligente como para haberse traído un paraguas. Me puse a su lado, con mi mochila al hombro, esperando a que me invitara a guarecerme, pero no me dirigió la palabra. Se limitó a avanzar con la vista fija en los charcos que se formaban sobre el asfalto. Supuse que no me perdonaba que le estuviera obligando a saltarse todo su código de normas y buenas costumbres, así que decidí no insistir. Ya me lo agradecería cuando todo el asunto se hubiera solucionado.

Llegamos a un antiguo muro de grandes piedras cubiertas de verdín. Una alta verja de rejas negras, cerrada con una gruesa cadena y un candado herrumbroso, era la única entrada al cementerio. Uno de los guardias sacó una pesada llave de su bolsillo y abrió. La verja emitió un largo chirrido que sonó como el grito de un animal torturado. Los tres hombres me miraron, como si esperaran mis instrucciones. Decidí pasar la primera y demostrarles que no había nada que temer. Sabía que los cementerios ponían muy nerviosa a la gente, sobre todo de noche, pero no había por qué tenerles miedo. Los espíritus de los muertos solían rondar a los vivos: regresaban a las casas en las que habían vivido; perseguían a las personas a las que odiaban o amaban o quedaban atrapados en los lugares en los que murieron. No había ninguna razón para que las almas torturadas se quedaran en los cementerios. En cuanto a actividad paranormal, eran los lugares más tranquilos del mundo.

No tenía tiempo ni ganas de ponerme a explicar todo aquello a mis acompañantes, así que abrí la marcha esperando que me siguieran. Escuché sus pasos en el camino embarrado detrás de mí. Después de andar unos segundos, me di la vuelta y les miré.

—No sé dónde está la tumba de Fish. ¿Alguien se ha acordado de buscarlo?

El director Morris lanzó una mirada a los dos guardias. Uno de ellos asintió y se puso a la cabeza del grupo. Se le veía nervioso. Movía la linterna de un lado a otro, asustado por el ruido del viento en las ramas de los árboles o por el aleteo de los pájaros. Nos guió hacia el fondo del cementerio, cerca del muro posterior. Tras torcer a

la izquierda, fue contando tumbas hasta encontrar la que buscaba. Se detuvo frente a ella y la iluminó. Me acerqué hasta poder leer la inscripción:

Albert Fish

19 de mayo de 1870

16 de enero de 1936

La inscripción no decía nada más. Nada como “Amado padre y esposo” o “Te recordaremos siempre”. Después de lo que había estado leyendo sobre él, no me extrañó lo más mínimo.

El director dio la orden y los dos guardias nos pasaron las linternas, se acercaron a la tumba y retiraron con esfuerzo la lápida de granito que la sellaba. Una vez al descubierto, empezaron a cavar en busca del ataúd. Morris no se ofreció a ayudarles en ningún momento. Supuse que no querría mancharse las manos con aquello, ni en sentido literal ni figurado. Se limitó a pasear la luz de la linterna de lado a lado cada vez que le parecía escuchar un ruido.

Yo me aparté un par de pasos y descolgué la mochila de mis hombros. La abrí y saqué los paquetes de sal y la botella llena de gasolina que había traído. En cuanto destaparan el cadáver de Fish, cubriría sus huesos con sal, los rociaría con combustible y les pegaría fuego. Fin de la historia. El espíritu de Fish sería expulsado de este plano para siempre.

El ruido de una de las palas al chocar contra madera hizo que el director y yo nos acercáramos a mirar. Los guardias dejaron de cavar y empezaron a retirar la tierra con las manos. Me acerqué aún más al borde de la tumba e iluminé el ataúd. La tapa parecía rota. La madera estaba astillada, como si alguien la hubiera golpeado con un hacha para abrirla.

—¿Qué ha pasado ahí? —preguntó Morris—. ¿Por qué está así el ataúd?

—No lo sé, señor —contestó uno de los hombres mientras seguía retirando tierra.

—Abrid esa caja, rápido —ordenó el director con voz temblorosa.

Los guardias dejaron de retirar la capa superficial de tierra que aún cubría el ataúd y tiraron para abrirlo. Fue fácil. Parecía que no estaba cerrado y que la tapa ni siquiera encajaba ya. Cuando descubrieron su interior, todos dejamos escapar una

exclamación de asombro. No había nada allí dentro. Era solo una caja de madera vacía.

Me dejé caer sobre el suelo embarrado y me quedé sentada, alumbrando con el haz de mi linterna aquel ataúd, sin entender qué estaba pasando. No podía ser. Había pensado que sería fácil acabar con Fish, que íbamos a terminar aquella misma noche con la pesadilla y, de repente, volvíamos a estar en un callejón sin salida.

Escuché el ruido de un par de toses a mi lado. El director Morris trataba de llamar mi atención, de conseguir una respuesta. Tenía razón. No podía quedarme paralizada. Tenía que encontrar otra manera de arreglar aquello. Mientras me ponía de nuevo en pie, me di cuenta de que acababa de hallar la solución a un enigma que llevaba torturándome desde que aceptamos aquel caso.

—Ahora sabemos por qué el espíritu de Fish ha despertado y ha empezado a hacer daño después de tantos años —dije con voz firme—. Su tumba ha sido profanada y su cuerpo robado. Necesito una lista de toda la gente que haya tenido acceso a este cementerio en los últimos tres meses. Tenemos que encontrar ese cadáver.

CAPÍTULO CINCO

La lista de sospechosos que el director Morris me proporcionó a la mañana siguiente no era demasiado larga. De hecho, se reducía a un solo individuo llamado Elias Dawson. Era uno de los guardias asignados a Tappan, el módulo de la cárcel en el que se encontraban los presos con mejor comportamiento o los que estaban a punto de salir. Una vez al mes, se le entregaban las llaves del cementerio para que realizara labores de limpieza y mantenimiento. Estuve un par de minutos mirando el expediente de aquel hombre antes de levantar la cabeza.

—No entiendo cómo ha podido robaros un cuerpo en las narices —le dije al director—. Un esqueleto humano pesa mucho. No ha podido sacarlo por la puerta en un saco sin tener que dar ninguna explicación, ¿no?

—Creo que lo mejor será que se lo preguntemos directamente a él —contestó el director Morris al escuchar un par de golpes en la puerta—. ¡Adelante!

La puerta se abrió y los dos guardias que nos habían acompañado en el cementerio entraron, llevando a un hombre agarrado por los brazos. Me sorprendí del aspecto de Dawson. Al pensar en un ladrón de cadáveres, había imaginado a un individuo de aspecto tétrico, alguien muy delgado y con la piel cetrina, alguien desagradable y que provocaría escalofríos con su sola presencia. La persona que tenía frente a mí no podía ser más diferente de aquella imagen. Era un hombre regordete, con el pelo blanco y cara de abuelito adorable. Si en lugar de llevar el uniforme de guardia hubiera llevado un traje rojo, habría quedado perfecto como Santa Claus. El guardia paseó su mirada desde mi cara a la del director. Sus ojos castaños parecían asustados. Durante un segundo, estuve tentada de decirle a Morris que aquel hombre no podía ser el que estábamos buscando.

—Siéntese, señor Dawson —dijo el director mientras ocupaba su sitio al otro lado de la mesa. Después se dirigió a los dos hombres que continuaban agarrándole—. Pueden retirarse. Esperen al otro lado de la puerta por si precisamos sus servicios.

Los dos guardias salieron y Dawson se acercó y se sentó a mi lado después de dirigirme una tímida sonrisa. Yo esquivé su mirada. A cada segundo que pasaba, estaba más segura de que aquel hombre era inocente y me sentía incómoda pensando en el mal rato que le íbamos a hacer pasar.

—Se estará preguntando por qué le hemos hecho venir. —El director esperó hasta que el otro hombre asintió—. Según consta en su expediente, es usted el encargado de las labores de mantenimiento y limpieza de nuestro cementerio.

—Sí, señor. ¿Hay algún problema con mi trabajo? Intento que el lugar presente el mejor aspecto posible, pero algunas lápidas se están rompiendo y no consigo que el césped crezca tanto como me gustaría.

—No se preocupe por eso. El cementerio está en buenas condiciones, salvo por un pequeño detalle: nos falta un cadáver. El cuerpo de Albert Fish no está en su tumba. ¿Tiene alguna explicación para eso?

El color desapareció del rostro de Dawson. Noté que sus brazos se tensaban y que se agarraba con fuerza a los brazos de la silla, como si tratara de contenerse a sí mismo para no salir corriendo. Se quedó mirando al suelo mientras negaba con la cabeza.

—No sé nada de eso, señor. Ni siquiera sé a qué tumba se refiere.

Pronunció aquellas palabras con voz baja y dubitativa. Estaba clarísimo que me había equivocado con él. Aquel hombre, además de ser un ladrón de tumbas, era un pésimo mentiroso. Tuve ganas de gritarle y golpearle, de echarle en cara todo el mal que había causado, pero conseguí contenerme y dejar que Morris siguiera llevando el protagonismo de la conversación.

—Claro que sabe quién es. Quizá le suene más como el abuelo caníbal o el vampiro de Brooklyn. —Morris esperó un par de segundos, pero no recibió contestación—. Fue un asesino y violador de niños que murió aquí en la silla eléctrica en 1936.

—Ha pasado muchísimo tiempo de eso —intervino Dawson—. Cualquiera puede haber robado el cuerpo en todos estos años.

—No. Creemos que ha sido robado hace dos o tres meses, justo antes de que comenzaran los asesinatos a los presos.

—No creerá que tiene algo que ver con eso, ¿verdad? —preguntó Dawson, sorprendido—. Es ridículo.

No pude contenerme más. Me puse de pie y me incliné hacia él. El hombre se echó hacia atrás en su asiento, agarrando aún con más fuerza los brazos de la silla. Abrió mucho los ojos, asustado, pero no me dio ninguna lástima.

—Por supuesto que tiene que ver con eso. Al profanar su cuerpo, has despertado a su espíritu. Eres responsable de la muerte de cuatro personas —le grité, fuera de mí.

—Señorita Carter, siéntese, por favor —intervino Morris.

—¿Esto es en serio? —preguntó Dawson, evitando mi mirada.

—Eso da lo mismo. Sabemos que ha sido usted el que ha robado el cuerpo —respondió Morris—. Podríamos llamar a la policía para que buscara sus huellas y otros indicios en el ataúd de Fish. Estoy seguro de que no les llevaría mucho encontrar alguna prueba que le incrimine. Con eso podríamos despedirle de su puesto y meterle en la cárcel entre seis y diez meses. No es mucho tiempo, pero yo me encargaría de convencer al fiscal para que ingresara aquí, en Sing Sing. ¿Prefiere el pabellón A o el B? Los reclusos de cualquiera de ellos estarán encantados de contar con un antiguo guardia entre sus nuevos compañeros.

—¡No puede hacer eso! —gritó Dawson.

—¿Quiere hacer la prueba?

Dawson se quedó con la boca abierta, como si fuera a gritar de nuevo, pero, en lugar de ello, agachó la cabeza y empezó a llorar mientras murmuraba una y otra vez “Lo siento, lo siento, lo siento...”.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Morris sin dar ninguna muestra de clemencia.

—Me jubilo en junio del año que viene —contestó Dawson entre sollozos—. He pasado en este agujero más de cuarenta años de mi vida, más de lo que cumplen como condena la mayoría de los presos. ¿Y qué me van a dar a cambio? Un reloj conmemorativo y una pensión de mierda.

—¿Lo hizo por eso? ¿Por dinero?

—Sí. Me ofrecieron veinte mil dólares por el cuerpo de ese tipo. Solo era el cadáver de un hijo de puta muerto hace un montón de años al que nadie iba a echar de menos... Para mí significaba asegurar mi bienestar y el de mi esposa en los últimos años de nuestra vida.

—¿Y cómo lo hizo? —preguntó Morris—. ¿Cómo consiguió sacar el cuerpo de la cárcel?

—Sé que esto es una prisión de máxima seguridad, pero podrían mejorarse

muchas cosas. —Dawson se permitió un tono sarcástico—. Saqué el cuerpo en bolsas de basura y las dejé al lado de la puerta del cementerio. Era un martes y el servicio de recogida solo funciona los lunes y los jueves. Cuando acabé mi turno, pasé con mi coche por delante del cementerio y metí las bolsas en el maletero. Nadie registra el coche de los guardias a la salida.

—Está bien —dijo el director, tratando de ocultar lo molesto que se encontraba ante las palabras de Dawson—. Voy a hacerle una oferta, pero solo se la haré una vez. Lo único que nos importa es encontrar ese cuerpo. Le ofrezco no denunciarle si nos dice dónde está ahora.

—Me lo compró un tipo raro que tiene una tienda de antigüedades en Ossining. Vino a buscarme al bar que hay a la salida de Sing Sing, ya sabe, ese al que solemos ir al acabar el turno. Esperé hasta que salí y me interceptó antes de que llegara a mi coche. Al principio me negué, pero él insistió e insistió y la verdad es que era mucho dinero...

—¿Sabe la dirección de esa tienda de antigüedades?

—Sí. Cuando robé el cuerpo, se lo llevé a su almacén. Si le doy la dirección, ¿olvidará todo esto?

—Sí, haremos como que no ha pasado nada —respondió el director

Dawson asintió, cogió un papel y un bolígrafo de la mesa y apuntó la dirección que necesitábamos. Después, se levantó sin decir una palabra más y se dirigió a la puerta del despacho.

—Mañana mismo quiero su carta de dimisión sobre mi mesa —dijo Morris, haciendo que Dawson se detuviera con el picaporte ya en la mano.

—Eso no es lo que habíamos hablado —protestó Dawson.

—No voy a denunciarle, pero no quiero volver a verle en mi prisión —respondió el director clavándole una dura mirada—. Si insiste en volver, convertiré los meses que le quedan en un infierno.

—Está bien. No volverá a verme —contestó Dawson, abriendo la puerta del despacho.

—Y una última cosa... —Volvió a interrumpirle el director—. Olvídense del reloj conmemorativo.

Dawson salió dando un portazo. Yo continué paralizada en mi asiento, sin saber qué decir. Me sentía furiosa y me odiaba a mí misma por no haber tenido el coraje suficiente para levantarme y agarrar por el cuello a aquel tipo. Morris debió de darse cuenta de mi estado de humor, porque se levantó de su asiento, caminó hacia mí y me dio un par de palmadas en la espalda para reconfortarme.

—¿De verdad va a dejar que se marche así? —pregunté, confusa—. Es el culpable de la muerte de cuatro personas y de lo que le está pasando a Al.

—Lo sé, pero lo importante es terminar con esto cuanto antes —contestó Morris mientras se dirigía hacia la puerta del despacho—. Vamos. Tenemos que hacer una visita a ese anticuario.

Esperamos refugiados en las sombras de una esquina hasta que, pasadas las siete de la tarde, el último cliente salió de la tienda. Cuando el dueño se acercó a la puerta y giró el cartel para indicar que el establecimiento estaba cerrado, Morris les hizo una señal con la cabeza a sus dos hombres y los cuatro nos pusimos en marcha. Por suerte, el dependiente no había cerrado con llave y esta cedió a nuestro empuje. Un tintineo de campanillas anunció nuestra llegada. El hombre que estaba haciendo cuentas en la caja registradora elevó la cabeza y nos miró. Sentí un estremecimiento. Aquel tipo sí se correspondía con la imagen que uno tendría de un profanador de tumbas: muy alto y escuálido, con un rostro tan demacrado que la piel quedaba tirante sobre sus pómulos, unos ojos pequeños con la esclerótica amarillenta y el pelo, escaso y grasiento, que le llegaba hasta los hombros.

—¿El señor Herbert Ward? —preguntó el director mientras se internaba en la tienda echando un vistazo a las piezas expuestas con aire interesado.

—Sí, soy yo, pero la tienda ya está cerrada —contestó el hombre con una falsa sonrisa en el rostro—. Lo lamento, pero tendrán que volver mañana.

—Creo que esta hora es más adecuada para el tipo de negocios que quiero hacer con usted —respondió Morris, lanzándole una sonrisa de complicidad—. Estoy buscando ese tipo de mercancía de la que no se habla a la luz del día ni en sitios públicos.

Decidí permanecer en segundo plano y dejar que Morris dirigiera la conversación. La verdad era que lo estaba haciendo muy bien. Tenía un porte distinguido y los guardias que nos acompañaban, vestidos de traje, podían pasar

perfectamente como la seguridad privada de un millonario excéntrico. La única que desentonaba era yo, con mis mallas agujereadas y mi chaqueta de cuero, así que traté de no llamar demasiado la atención.

—No creo que pueda ayudarle. En este establecimiento solo vendemos mercancía legal, pero, si me dice qué es lo que está buscando, quizá pueda orientarle —dijo el hombre, poniendo sus largas y demacradas manos sobre el mostrador. Me recordaron las extremidades de una araña y tuve que ocultar un escalofrío.

—Estoy seguro de que podrá ayudarme. Me han dicho que es usted un experto en la mercancía que busco. —El director se colocó frente al hombre, abrió su cartera y fue contando billetes de cien dólares hasta colocar diez sobre el mostrador—. Creo que esto será suficiente para empezar a hablar, aunque sé que la mercancía que busco es mucho más valiosa.

Un brillo de avaricia se encendió en los ojos de Ward. Solo le faltó frotarse las manos y ponerse a babear. Fingí estar interesada en una lámpara antigua para que no pudiera ver la expresión de asco que se había dibujado en mi cara.

—Soy todo oídos —dijo el hombre después de guardar los billetes en la caja—. ¿Qué es lo que necesita?

—Soy coleccionista de un tipo de recuerdos que a la mayoría de la gente pueden parecerle peculiares, incluso macabros... Sin embargo, estoy seguro de que usted entenderá mi afición. —El director calló durante unos segundos para aumentar la ansiedad de su interlocutor—. Me han dicho que usted comercia con los cuerpos de algunos de los presos más famosos de Sing Sing.

—Podría ser —respondió Ward con tono misterioso—. ¿Estaba interesado en algún preso en particular?

—Sí. En Albert Fish, el abuelo caníbal —contestó el director, consiguiendo que su voz no reflejara ni un ápice de la emoción que debía estar sintiendo en aquel momento.

—Puede que tenga algo de él. ¿Estaba interesado en alguna parte de su cuerpo en particular?

—Quiero el cuerpo entero —dijo Morris, inclinándose hacia delante, ansioso—. Pagaré lo que sea.

—Lo siento muchísimo, pero eso es imposible —respondió el hombre, apenado

—. Nunca vendemos los cadáveres enteros. Es muy complicado transportarlos sin que sean interceptados por la policía, por no hablar de que un cuerpo entero costaría una fortuna que muy pocos coleccionistas podrían permitirse.

Tuve que girarme y mirar hacia la calle para contener las ganas de abalanzarme sobre aquel hombre y estrangularle. Me parecía espeluznante la manera en la que comerciaba con lo que habían sido seres humanos. Me daba igual que aquellos hombres hubieran sido peligrosos criminales. No se debía molestar a los muertos de aquella manera. No se debía jugar con aquellas cosas. Profanar cadáveres era algo muy peligroso. Si estaba prohibido por todas las religiones y creencias a lo largo de la historia, era por algo.

—Aunque no pueda ofrecerle el cadáver entero, tengo piezas que podrían interesarle —continuó explicando Ward—. Me quedan algunas costillas, algún hueso de la rodilla y la pieza estrella: su mano derecha completa.

Me giré hacia el mostrador con los ojos echando chispas. No iba a poder controlarme mucho más tiempo mientras veía cómo aquel hombre comerciaba con los restos de seres humanos como si estuviéramos en una vulgar carnicería. Sin embargo, el director no parecía afectado en absoluto. Seguía manteniéndose firme y tranquilo mientras negaba con la cabeza.

—No. Quiero ese cuerpo entero. Sería la joya de mi colección. —El director se rascó el mentón durante unos segundos, pensativo—. Quizá podría pagarle para que me pasara los nombres de todas las personas que han comprado partes del cuerpo de Fish. Creo que podría llegar a un acuerdo con ellos.

—Eso es imposible. He vendido partes por todo Estados Unidos, por Sudamérica, incluso por Europa. Muchos de mis compradores no son los clientes finales, sino intermediarios que ya se lo habrán vendido a otras personas. De algunos clientes ni siquiera tengo los nombres y direcciones, sino solo un apartado postal que, a estas alturas, ya habrá cambiado de dueño. —El hombre se encogió de hombros, apenado—. Hágame caso y llévese la mano. Piense que es la mano con la que Fish estranguló a algunas de sus víctimas, con la que mutiló sus cuerpos, con la que cocinó partes de aquellos pequeños...

No pude aguantarlo más. Solté un rugido de rabia y me lancé contra aquel hombre, dispuesta a saltar el mostrador y darle una paliza. Por desgracia, no fui lo bastante rápida. Uno de los guardias me agarró por los brazos y me detuvo. Forcejeé,

loca de ira, pero el hombre era muy fuerte y no me permitió avanzar ni un solo paso más.

—¿Qué le pasa a esa? —preguntó Ward, extrañado.

—Frustración, supongo —contestó el director, ignorándome—. Creo que le hacía mucha ilusión que tuviéramos esa pieza en nuestra colección. Bien, ya que no vamos a poder hacer negocios, le pediría que me devolviera mis mil dólares.

—Le he dado mucha información a cambio de ese dinero —protestó Ward.

—No es la información que buscaba, así que no la compro. —El director se giró hacia nosotros y el guardia que no estaba sujetándome se adelantó un par de pasos con aire amenazante—. Devuélvame el dinero. No volveré a pedírselo por las buenas.

Ward lo pensó durante unos segundos. No parecía hacerle ninguna gracia desprenderse de aquellos mil dólares. Sin embargo, cuando el guardia avanzó un par de pasos más haciendo que sus nudillos crujieran, abrió la caja registradora, sacó el dinero y se lo entregó.

—Pensaba que era usted un caballero —le dijo a Morris con tono despectivo.

—Un caballero jamás haría tratos con una rata como usted.

Salimos de la tienda sin decir nada más. El guardia que me había agarrado seguía sujetándome por un brazo, como si temiera que yo fuera a girarme para regresar a la tienda. Forcejeé un par de veces, pero él no me soltó. Morris y el otro guardia se adelantaron para ir a buscar el coche mientras yo me quedaba con mi acompañante, protegiéndome de la fuerte lluvia bajo un alero. Cuando los otros dos hombres se hubieron alejado lo suficiente como para no oírnos, el guardia me soltó y sacó un paquete de tabaco de su bolsillo. Me ofreció un cigarrillo y cogió otro para él. Yo lo acepté, aunque seguía furiosa con él y con todos.

—¿Las cosas se van a quedar así? —pregunté tras soltar el humo de la primera calada—. ¿Ese hombre va a salir impune después de lo que ha hecho?

—Denunciarle nos pondría en muchos aprietos —contestó el guardia—, pero no tiene por qué quedar sin castigo. Estaba pensando que ese edificio parece muy viejo. Estoy seguro de que las vigas son de madera. Además, ese tipo guarda un montón de cosas ahí dentro que parecen muy inflamables. Solo haría falta un poco de combustible, una chispa...

Me volví hacia el guardia preguntándome si estaría hablando en serio. Él me miró fijamente a los ojos y asintió.

—Mira, yo no entiendo mucho de fantasmas ni de espíritus vengativos... Solo sé que cuatro compañeros míos van a pasar un montón de años en la cárcel por algo que ha hecho ese tío. Esto no va a quedar así.

Me limité a asentir y continué fumando mi cigarrillo en silencio. Un par de minutos después, vimos aparecer el coche de Morris. Entré, esperando que mi acompañante me siguiera, pero este se acercó a la ventanilla del director y la golpeó un par de veces con los nudillos.

—Señor Morris, no voy a volver ahora con ustedes —explicó cuando la ventanilla bajó—. Tengo un par de cosas que hacer en esta parte de la ciudad. Estaré en la prisión en un par de horas por si me sigue necesitando.

Morris asintió, volvió a cerrar el cristal de la ventanilla y arrancó. Cuando nos detuvimos en el primer semáforo, se giró hacia mí.

—¿Quieres que te llevemos al motel? —preguntó—. Estarás agotada.

—No. No podría dormir —contesté tras soltar un largo suspiro—. A Al se le está terminando el tiempo. Tengo que encontrar una solución cuanto antes.

Mientras esperábamos a que nos abrieran la reja de entrada a la prisión, me giré y miré por el cristal trasero del coche. Una enorme columna de humo negro se alzaba sobre el cielo de Ossining, iluminado de rojo por el brillo de las llamas de un gran incendio. Estaba segura de saber de dónde procedía aquel fuego. Lo que no quise plantearme era si prefería que el guardia hubiera esperado a que Ward abandonara el establecimiento o no.

CAPÍTULO SEIS

Cuando ya llevaba media hora en el despacho de la prisión que nos habían cedido para nuestras investigaciones, me di cuenta de que no debería haber pedido que me llevaran allí. Tenía toda la información sobre Fish en la habitación del motel, al igual que el tablero de ouija, mis libros de hechizos... Incluso me había dejado sobre el lavabo el collar del santero. Sabía que no debía seguir usándolo para tener sueños y contactar con Al, que aquel hombre nos había advertido de que nunca debería quedarme dormida llevándolo puesto, pero tenía tanto miedo por Al... Por lo que había visto en mi último sueño, aquella araña tejía muy deprisa. Ya casi no quedaban pasadizos libres de su tela ni escondites en los que pudiera ocultarse. Me moría de angustia al pensar en ello. Necesitaba volver a sumergirme en aquella cárcel-laberinto y comprobar si él seguía bien, pero por otro lado sabía que no tenía tiempo para eso. Al no necesitaba que comprobase cómo estaba. Necesitaba que le liberara.

Me levanté de la silla en la que no llevaba sentada ni dos minutos y me dirigí a la puerta, dispuesta a ir corriendo hasta el motel para volver a mirar mis libros, pero, tras dar tres pasos, me detuve de nuevo y volví a mi sitio. Aquello tampoco serviría de nada. Además de sabérmelos de memoria, ya los había estudiado un montón de veces en las últimas horas. No había ningún conjuro que pudiera ayudarme, no había nada lo bastante potente como para expulsar a un ser como Fish del cuerpo de Al. Apoyé los codos en la mesa y me agarré las sienes con las manos, estrujándolas como si eso fuera a ayudarme a pensar mejor. Solté un rugido airado y acabé golpeando la mesa con los puños. Tenía que haber algo que pudiese hacer. Mis libros no podían ayudarme, mis poderes tampoco, el collar tampoco... Al pensar en el collar, me vino a la mente una idea. Aunque el collar no pudiera ayudarme, quizá el santero sí podría hacerlo. Dominaba un tipo de magia muy diferente a la mía. Quizá conocía algún conjuro o hechizo que pudiera servirme.

Salí a la carrera del despacho y me encaminé al del director Morris. Él ya se había marchado, pero sabía que había dejado órdenes al guardia que le hacía de secretario de que me ayudaran en todo lo que necesitase. Abrí la puerta con tanta fuerza que golpeó contra la pared, haciendo que el guardia levantara la vista del periódico que había estado ojeando y me mirase con cara de susto.

—¿Qué es lo que sucede, señorita Carter? —preguntó alarmado.

—Necesito hablar ahora mismo con uno de sus presos del pabellón B.

—Es una petición un poco complicada... —repuso él—. Ahora mismo están durmiendo y, con las cosas que han pasado últimamente, sacar a un preso de su celda en ese pabellón en mitad de la noche podría provocar otro motín. ¿No podría esperar hasta mañana?

—No, no puedo. Es un asunto de vida o muerte.

El hombre no se movió, como si tuviera la esperanza de que yo cambiase de opinión. Le comprendía y sabía que tenía razón, pero estaba segura de que Al no aguantaría otro día más, que Fish estaba a punto de conquistar su mente, de hacerle desaparecer para siempre y tomar el control absoluto de su cuerpo. Tenía que hacer algo y debía ser esa misma noche.

—Lo siento, pero tengo que hablar con él y yo no puedo entrar en el pabellón B —insistí—. Díganle que van de parte de Eloise Carter y que necesito su ayuda para salvar a Al y terminar con las muertes en la prisión. Solamente les pido que me lo traigan si él está de acuerdo en venir y se lo dice así a sus compañeros del pabellón B.

—Está bien. Lo intentaremos. —El guardia tomó un papel y un bolígrafo—. ¿Puede decirme el nombre del preso o su número de celda?

—Joder, pues no... —contesté mientras maldecía en silencio una y otra vez—. Solo sé que le llaman Topo y que es santero. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Es que no puede salir algo bien a la primera?

El guardia se levantó, me puso una mano en el brazo para que dejara de pasear frente a la mesa como un alma en pena y me sonrió.

—Tranquila, sé quién es. Regrese a su despacho —me dijo con voz tranquilizadora—. No se preocupe. Si accede a venir, estará ahí en unos minutos.

Quizá fueron solo unos minutos, pero aquella espera se me hizo eterna. Acababa de encender el tercer cigarrillo, apoyada en el alfeizar de la ventana a pesar del aire gélido, cuando escuché un par de golpes en la puerta. Arrojé la colilla, cerré la ventana y regresé a mi silla, donde me senté muy erguida y digna y me puse a mirar papeles mientras contestaba un “adelante” con voz tranquila. No quería que aquel hombre se

diese cuenta de lo mucho que lo necesitaba.

Cuando le vi entrar, flanqueado por dos guardias, me di cuenta de lo estúpida que estaba siendo. Aquel hombre era ciego. Podría haberle esperado haciendo el pino puente y su impresión sobre mí no habría variado lo más mínimo. Los guardias le guiaron hasta sentarle en una silla frente a mí. Él colocó sus manos sobre la mesa y pude ver que estaba esposado.

—¿Es eso necesario? —pregunté, señalando las esposas.

—Depende —contestó uno de los guardias—. ¿Va a querer quedarse a solas con él?

—Sí.

—Entonces no podemos quitárselas.

Iba a protestar, pero el anciano ciego dejó escapar una risita mientras negaba con la cabeza.

—¿De verdad creen que voy a abalanzarme sobre ella e intentar estrangularla? —comentó, divertido—. He venido aquí por propia voluntad. No voy a hacer nada malo.

—Quítenle las esposas, por favor —insistí.

—Si lo hacemos, tiene que permitir que uno de nosotros esté presente para garantizar su seguridad.

—No se preocupe, señorita —intervino Topo—. Estoy bien así.

Los dos guardias se retiraron y cerraron la puerta. Me daba pena tener a aquel hombre ciego y esposado, así que intenté hacer algo por él.

—¿Quiere tomar algo? ¿Agua? ¿Un café? ¿Un cigarrillo?

—No le diré que no a un cigarro —contestó el hombre.

Le ofrecí uno y le di fuego. Él pegó un par de caladas antes de clavarme sus ojos blanquecinos y dirigirme una misteriosa sonrisa.

—Eres la chica bruja, la novia del chico que hacía de guardia, ¿verdad?

—Sí. Lo soy —contesté tras decidir que, si quería su ayuda, no merecía la pena tratar de ocultarle nada ni andarme con rodeos—. He pedido que vinieras porque necesito tu ayuda. Al, mi novio, está en peligro.

—Sabía que ese chico se metería en problemas desde el momento en el que le conocí —dijo el anciano, negando con la cabeza.

—¿Por qué dice eso?

—Esa seguridad que mostraba no es buena. Es de ese tipo de gente que trata de reducirlo todo, de tenerlo todo bajo control, que cree que no hay problema que le quede grande... Al final se ha metido en algo que no ha podido controlar, ¿verdad?

—Sí, eso es... —Decidí ir al grano—. Creo que usted ya sabe que vinimos aquí para descubrir al causante de las muertes de los últimos meses. —Esperé hasta que el hombre asintió—. Al descubrió quién era el espíritu que estaba provocando esas muertes y, como yo no estaba, decidió hacer él mismo un ritual de expulsión.

—Y no salió bien... —comentó el anciano.

—Salió de pena... El espíritu se ha metido dentro del cuerpo de Al y no consigo sacarlo. Ya sé que usted nos advirtió que no debía llevar el collar cuando estuviera dormida, pero lo he usado varias veces para contactar con la mente de Al, para saber si sigue ahí...

—No debiste hacer eso —me cortó el hombre—. La magia tiene unas reglas y hay que cumplirlas. Tú más que nadie deberías saber eso.

—Lo sé, pero lo usé dormida por accidente la primera vez y me permitió saber cosas que no habría sabido de otra manera, así que decidí volver a utilizarlo... Tampoco ha pasado nada malo... —dije a modo de disculpa.

—Eso es lo que tú crees —El anciano mantenía sus ojos blancos fijos en mí. Aquello me ponía muy nerviosa. No me daba la sensación de que estuviera ciego. Al contrario. Parecía que podía ver más que los demás, que era capaz de mirar dentro de mí—. ¿Y qué es lo que has descubierto en tus viajes?

—Al está encerrado en esta cárcel. Bueno, no es exactamente esta cárcel. Se parece, pero los pasadizos son más largos, giran sobre sí mismos, se abren a otros corredores que en la realidad no existen... Creo que es una especie de representación simbólica de la mente de Al. —Esperé hasta que Topo asintió, indicándome que me seguía—. Él se ha convertido en un niño pequeño que va escondiéndose de una araña gigante. Creo que la araña es la representación de Fish, el espíritu que se le ha metido dentro. La araña va llenando los pasadizos con su tela, dejándole cada vez menos sitio para esconderse. Al está perdiendo sus recuerdos y creo que, cuando la araña lo

ocupe todo y le atrape, dominará su mente por completo y Al desaparecerá para siempre.

—Creo que lo has interpretado todo muy bien. No veo para qué me necesitas.

—Hay cosas que no entiendo... No sé por qué Al es un niño, por ejemplo. ¿No sería mejor que siguiera siendo mayor? Sería más inteligente y más fuerte y tendría más posibilidades frente a la araña.

—Es más fácil enfrentarse a los monstruos cuando eres un niño —contestó el anciano—. Los niños están acostumbrados a la idea de lo sobrenatural. Creen con total naturalidad que puede haber un monstruo en su armario o debajo de su cama, que los muertos pueden venir a visitarlos, que los demonios existen... Cuando un niño percibe algo sobrenatural, lo integra perfectamente en su vida y busca soluciones mágicas para combatirlo: mantener encendida la luz de la mesilla, llamar a sus padres, abrazarse fuerte a su peluche favorito o taparse la cabeza con la manta. Cuando crecemos, perdemos esa creencia en la magia y también perdemos la manera de protegernos. La mayoría de la gente se queda paralizada si sucede algo paranormal. No pueden creerlo, no saben cómo enfrentarse a ello, temen estar volviéndose locos y lo viven como una experiencia traumática. Sospecho que tu chico es de ese tipo de gente. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Al es una de las personas más escépticas que conozco. Aunque ya ha presenciado muchos fenómenos paranormales, sigue buscando una explicación racional para todo.

—Esa es la razón por la que, ahora que no tiene manera de escapar, ahora que tiene que enfrentarse a ese monstruo quiera o no, ha regresado a la infancia. Es su manera de poder soportar esta situación, de no volverse loco.

—Lo entiendo. —Me incliné sobre la mesa y tomé sus manos esposadas entre las mías. Él ni siquiera se sorprendió. Se mantuvo en calma y en silencio, esperando a que yo continuara hablando—. Necesito su ayuda. He probado mis hechizos de expulsión y he consultado mis libros y no he encontrado nada que pueda servirme para echarlo. Es demasiado fuerte.

—Yo no puedo ayudarte, niña. —El anciano tiró de sus manos para liberarlas, pero yo mantuve la presión—. ¿Por qué crees que mi magia va a ser más poderosa que la tuya?

—No sé si es más poderosa. No tengo ni idea del tipo de magia que usted usa ni

de cómo funciona, pero sé que es diferente y que puede que llegue donde yo no puedo llegar... —Apreté sus manos aún con más fuerza—. Por favor, ayúdeme. No tengo a nadie más.

El hombre agachó la cabeza. No supe si estaba buscando la guía de sus espíritus guardianes o una excusa para decirme que no y que le dejara en paz. Decidí no soltar sus manos y traté de transmitirle con mi contacto toda la angustia y desesperación que me consumía.

—Hay una manera —dijo en un tono de voz tan bajo que no fue más que un susurro.

—¿Sí? ¿En serio? —grité, emocionada.

Él levantó la cabeza y en su expresión no vi alegría por poder ayudarme. Estaba muy serio y el color había desaparecido de su piel morena, haciendo que su rostro pareciera una máscara grisácea.

—Conozco una forma, un antiguo hechizo, pero no tiene nada que ver con la magia que yo practico... Es una magia diferente, antigua y poderosa: vudú. Los loas ^[vii] a los que deberás invocar exigirán un sacrificio —contestó con voz apenada.

—Me da igual. Haré lo que sea —contesté tratando de parecer segura de mí misma.

—Tienes que tener en cuenta que el hechizo que voy a enseñarte es magia negra y esta siempre tiene un precio. Puede que no lo pagues hoy ni mañana, pero la desgracia acabará alcanzándote. —Siguió advirtiéndome el hombre—. Veo en tu aura que ya has hecho sacrificios de los que te arrepientes, que tu conciencia no está limpia, que, en tu lucha contra las fuerzas del mal, ya te has internado por senderos oscuros. ¿De verdad quieres continuar ese viaje?

Me quedé en silencio durante unos segundos. Después, tomé aire y, aunque él no pudiera verme, erguí la cabeza y me incliné hacia él, hasta quedar a apenas un par de pulgadas de su rostro. Continué sosteniendo sus manos con tanta fuerza que incluso temí estar haciéndole daño.

—Por supuesto que quiero continuar. Me da igual lo que tenga que pagar. Me da igual perder mi propia alma, pero tengo que salvar a Al.

El anciano lanzó un largo y triste suspiro mientras negaba con la cabeza. Temí que se negara a ayudarme y que me dejara sola y, durante un momento, tuve ganas de

golpearle y obligarle a hablar. Me dio miedo pensar que realmente estaba dispuesta a ello, que estaba pensando seriamente en golpear a un anciano débil, ciego e indefenso para conseguir mi objetivo. Quizá tenía razón y poco a poco acabaría perdiéndome y convirtiéndome en uno de los monstruos que pretendía combatir, pero en aquel momento todo me daba igual. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por Al. Por suerte, no tuve que hacer nada más. Topo levantó la cabeza y volvió a clavarme sus ojos blancos y tristes.

—De acuerdo. Te ayudaré. Escucha con atención: esto es lo que tienes que hacer...

Media hora después di aviso a los guardias para que se llevaran a Topo de regreso a su celda. Tuvieron que ayudarlo a levantarse y se lo llevaron casi en volandas. Parecía agotado o enfermo. Pensé que se sentía tan culpable por haberme ayudado como si él mismo hubiera pronunciado el hechizo.

Cuando salieron, regresé al despacho del director para hablar con el guardia que estaba allí asignado. En cuanto entré, levantó la cabeza y se me quedó mirando.

—Espero que no necesites hablar con ningún preso más.

—No. Solo tengo una duda... ¿Qué sucede con los presos que mueren aquí?

—Depende —contestó mirándome con suspicacia—. ¿Para qué quieres saberlo?

—Eso no es importante —respondí con voz autoritaria—. ¿De qué depende?

—Si tienen familiares que quieran hacerse cargo del cadáver, se lo entregamos a ellos.

—¿Y si no los tienen?

—Intentamos darles un entierro digno acorde a sus creencias a cuenta del estado.

—¿Y cómo se sabe si hay familiares a los que avisar o qué tipo de funeral quieren?

—A su entrada en prisión rellenan un formulario de últimas voluntades.

—¿Podría consultar esos formularios?

El hombre se me quedó mirando durante unos largos segundos sin saber qué responder. El director Morris le había dado la orden de ayudarme en todo lo que necesitara, pero supongo que consideraba que aquellos documentos eran demasiado personales como para dejar que cualquiera pudiera verlos. Por suerte, prefirió seguir las órdenes de su jefe antes que las de su conciencia, porque acabó asintiendo e indicándome que esperara unos minutos.

Me aparté y me senté en una de las sillas que estaban apoyadas en la pared más alejada mientras el hombre hacía una llamada de teléfono. Unos quince minutos después, apareció otro guardia llevando un carrito con varias carpetas.

—Aquí traigo lo que me has pedido —le dijo a su compañero—. ¿Para qué demonios quieres esto?

—No es para mí. Es para la chica —contestó, señalándome con un gesto de la cabeza.

Me levanté de mi asiento, me acerqué a ellos y, sin dar ninguna explicación, agarré el carrito y me lo llevé de vuelta al despacho que estaba utilizando. Pasé la siguiente hora mirando papel tras papel hasta encontrar lo que estaba buscando. Me quedé mirando aquella ficha, aquel nombre que había elegido... No dejé que los pensamientos de culpa llegaran a mi conciencia. Con aquella ficha en la mano recorrí a la carrera la distancia que me separaba del despacho del director. El guardia no pareció muy contento de verme cuando traspasé la puerta y me acerqué a su mesa.

—¿Qué necesitas ahora? —preguntó con voz cansada.

—El expediente de este hombre —dije mientras le ponía el formulario delante de las narices.

—¿Devmani Kandhaar?

—Sí, eso es.

—Te das cuenta de que me estás pidiendo unas cosas muy raras, ¿verdad? —El hombre se inclinó hacia mí y bajó el tono de voz, como si quisiera asegurarse de que nadie más pudiera oírnos a pesar de que estábamos solos—. ¿No me vas a contar de qué va todo esto?

—No. Lo siento. Es confidencial —contesté—. Confié en mí: dormiré más tranquilo cuanto menos sepa.

El hombre se me quedó mirando, intrigado. Mis palabras habían producido el efecto contrario al que pretendía y, en aquel momento, ansiaba aún más enterarse de qué era lo que estaba pasando. Me mantuve firme y en silencio, con el formulario en la mano, esperando a que él lo cogiera. El guardia debió ver en mi expresión que no iba a cambiar de opinión, frunció el ceño y agarró el papel a regañadientes.

—Está bien. No hace falta que esperes aquí. Haré que te lo lleven.

Me despedí con una sonrisa y regresé al despacho. Una vez allí, abrí de nuevo una de las ventanas de par en par y dejé que el aire helado de la noche acariciara mi rostro. Necesitaba sentir algo que me distrajera de mis pensamientos, que mantuviera ocupada mi mente. Si empezaba a pensar en lo que estaba haciendo, me daría cuenta de que estaba mal, mi conciencia me insistiría para que buscara otra solución... Sabía, además, que Al nunca estaría de acuerdo con aquel plan. Casi podía escuchar su voz en mis oídos... En ocasiones me rogaba, en otras me gritaba enfadado, pero, fuera como fuera, el mensaje siempre era el mismo: "No lo hagas, Eli".

Por suerte, el guardia que me trajo el informe no tardó mucho. Abrió la puerta sin llamar siquiera y me sorprendió con los brazos abiertos, dejando que el aire frío y la lluvia golpearan mi rostro y mi cuerpo. Seguramente pensó que estaba loca, porque dejó el expediente sobre la mesa y se marchó sin despedirse siquiera. Me encogí de hombros y dejé escapar una risita nerviosa. Mejor para mí. No tenía ganas de hablar con nadie ni de contestar preguntas.

Cerré la ventana y me lancé sobre el expediente. Allí estaba todo lo que necesitaba: Devmani Khandaar, originario de la India, veintisiete años. Condenado a treinta años de prisión por el asesinato de su hermana Ranya, de los cuales ya había cumplido cinco. Un dato del expediente me hizo detenerme: Devmani había confesado ser el autor de aquel crimen e incluso había dicho en el juicio que no se arrepentía de lo que había hecho. Aquello me ponía las cosas muchísimo más fáciles. Podía comenzar con el ritual de inmediato. Sin embargo, a pesar de la ansiedad que me consumía, decidí no apresurarme. Ya que iba a internar mi alma por un sendero tenebroso, prefería estar completamente segura de cada paso que daba.

CAPÍTULO SIETE

Por enésima vez aquella noche tuve que maldecir mi mala suerte. Mi magnífico tablero de ouija de madera de ébano e incrustaciones nacaradas, que había pertenecido a John, estaba en aquel momento en la habitación del motel. Iba a tener que apañarme con cualquier cosa. Cogí un folio y empecé a escribir un círculo con las letras, los números, el “sí” y el “no”, el “hola” y el “adiós”, improvisando un tablero chapucero como el que podría utilizar cualquier grupito de adolescentes. Después rebusqué en mi bolsillo hasta encontrar una moneda de cinco centavos. A la voz de Al, que seguía insistiéndome en que me detuviera, se unió la de mi abuela Clarice, diciéndome que parecía una aficionada y que ninguna bruja de mi categoría debería rebajarse a trabajar con aquellas herramientas. Decidí ignorar ambas voces e intentar concentrarme.

No me gustaba nada la idea de hacer una nueva sesión de ouija en la prisión. Ya había comprobado que abrir una puerta en aquel lugar no era una buena idea. Sin embargo, esperaba que los espíritus de los condenados estuvieran en los pabellones y en la Casa de la Muerte y que no hubiera muchos en el edificio de administración. Además, conocía el nombre de la persona a la que quería invocar, así que no era probable que interfirieran otras entidades.

Me mantuve unos minutos con los ojos cerrados, concentrada en mi respiración, hasta que me sentí preparada para empezar. Coloqué un dedo sobre la moneda y procedí a la invocación:

—Quiero hablar con el espíritu de Ranya Khandaar. ¿Estás aquí?

La moneda se mantuvo quieta durante unos segundos. Iba a repetir la invocación cuando noté una leve vibración bajo mi dedo. La moneda empezó a moverse lentamente hasta llegar a la palabra “hola”.

—¿Eres Ranya? —pregunté.

La moneda volvió a moverse hasta colocarse encima del “Sí”. Me permití una sonrisa y un suspiro. Parecía que estaba funcionando y que había conseguido contactar con el ser con el que quería hablar sin que nadie más se interpusiera.

—¿Eres la hermana de Devmani Khandaar? —Esperé mientras la moneda se movía hasta el centro del tablero y regresaba al “Sí” —. Necesito preguntarte una cosa

importante. ¿Fue él quien te mató?

La moneda se quedó quieta. Me pareció sentir una vibración en el aire y una fría corriente acariciando mi nuca. Después escuché algo parecido a un sollozo, pero fue tan tenue que no pude saber si lo había imaginado. La moneda volvió a ponerse en movimiento, haciendo el mismo recorrido al centro del tablero y después al “Sí”. Ya tenía lo que necesitaba. Podría haber cortado la comunicación en aquel mismo momento, pero decidí hablar con ella un poco más.

—¿Por qué lo hizo?

La moneda cobró fuerza y empezó a deslizarse por el tablero a toda velocidad, marcando una letra tras otra. Aunque era más difícil seguir las letras utilizando un folio y una moneda, pude leer su mensaje:

Me enamoré de un hombre americano casado. Dishonré a mi familia.

Me dio pena aquella muchacha, asesinada por alguien que se suponía que debería haberla querido y protegido. Me pregunté si seguiría atrapada en este plano por un equivocado sentimiento de culpa e intenté ayudarla.

—Sabes que tú no hiciste nada malo, ¿verdad? —le pregunté—. No tienes por qué seguir aquí. Puedes seguir tu camino hacia el más allá.

La moneda volvió a ponerse en movimiento a toda velocidad. Fui leyendo letra tras letra hasta componer su mensaje.

Lo sé. El amor es amor.

—Entonces, ¿por qué sigues aquí?

Devmani tiene que pagar.

—Pero ya está en la cárcel cumpliendo condena...

Quiero más.

—Creo que podré ayudarte —respondí en un susurro—. Ve en paz.

La moneda se deslizó hacia el “adiós” y dejé de sentir la presencia de la chica. Ya tenía todo lo que necesitaba. Saber que el hombre que había elegido era culpable me ayudaría a cumplir con lo que tenía que hacer. No borraría mi culpa ni evitaría que mi alma se corrompiera, pero haría que mi tarea fuese algo más fácil.

Quemé el papel que había utilizado como tablero y salí de la habitación, de

regreso al despacho del director. Sabía que el guardia me iba a odiar por todo el trabajo que le estaba dando aquella noche, pero necesitaba que me asignara un acompañante que pudiera entrar al pabellón B a recoger las cosas que Topo me iba a prestar para el ritual y también tendría que pasarme por el economato y por las cocinas. Aún tenía muchas cosas que hacer y quería tenerlo todo preparado para cuando el director comenzara su turno.

Una hora después ya había regresado de mi recorrido por la cárcel y estaba de nuevo sentada al lado de la puerta del despacho del director. El guardia que había hecho el turno de noche ya se había marchado, no sin antes tratar de echarle un vistazo a la caja que descansaba a mis pies. Estaba llena de los objetos más diversos: velas, manzanas rojas, chocolate negro, una botella de ron, un paquete de tizas... El hombre enarcó una ceja y me miró, como si esperara que le diera alguna explicación, pero me limité a recostarme contra el respaldo de la silla y dirigirle una sonrisa.

Cuando vi al director traspasando la puerta, recogí mi caja y, con ella en brazos, corrí a su encuentro. Me saludó con una sonrisa forzada. No tenía buena cara. Estaba pálido y unas enormes ojeras moradas adornaban sus ojos. Supuse que no había dormido bien, pero no sentí ni una pizca de compasión. Yo no había dormido ni un solo minuto y me mantenía en pie a base de café de máquina y fuerza de voluntad.

—Buenos días —le saludé—. Necesito hablar con usted urgentemente.

Morris asintió, me tomó del brazo y me guió hacia su despacho. Antes de cerrar, dio orden al guardia de que no se nos molestara. Dejé la caja en el suelo y esperé impaciente mientras él se quitaba el abrigo y ocupaba su sitio.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito que lleven a uno de los presos a la enfermería, a la habitación en la que está Al, y que le coloquen atado en una camilla a su lado.

Él abrió mucho los ojos y se me quedó mirando fijamente, sin decir nada, como si estuviera tratando de traducir lo que yo le había dicho. Sabía que era una petición extraña, pero todos los acontecimientos de los últimos días habían sido raros. Debería empezar a acostumbrarse.

—¿Y se puede saber para qué necesitas eso? —preguntó al fin.

—He encontrado un ritual con el que puedo hacer que el espíritu de Fish pase

del cuerpo de Al al cuerpo de otra persona.

—¿Y eso para qué nos va a servir? Seguiríamos teniendo el mismo problema.

—No realmente. En primer lugar, si alguien descubre que tenemos encerrado a Al, que no ha cometido ningún delito, usted tendría que dar muchas explicaciones. Incluso es probable que tuviera que soltarle y no podemos permitir que un asesino como Fish quede libre por el mundo. —Espere hasta que asintió para seguir mi explicación—. En segundo lugar, poseer a una persona es un proceso que consume mucha energía. Al meter el espíritu de Fish en un nuevo cuerpo, tendrá que comenzar de nuevo el proceso de posesión, lo que le debilitara y nos dará más tiempo para conseguir una solución definitiva. Y, por último, si consigo liberar a Al, podrá volver a ayudarme a resolver esto.

El director se quedó en silencio de nuevo. Apoyó los codos en la mesa, juntó las manos y puso su barbilla sobre ellas, tomándose su tiempo para reflexionar. Tras unos segundos, asintió.

—Está bien. ¿Puede ser cualquier preso? —preguntó.

—No. Tengo aquí el nombre. —Saqué un papel del bolsillo de mi chaqueta y se lo pase—. Devmani Khandaar.

—¿Y por qué ese?

—He realizado una consulta al otro plano preguntando por un preso con una fuerza espiritual suficiente como para soportar este ritual sin sufrir daño y los espíritus me han dado su nombre.

Noté que el director trataba de reprimir un escalofrío. No le gustaban aquellos temas, lo cual jugaba en mi favor. Cuantas menos preguntas hiciera, menos tendría que mentirle.

—De acuerdo. ¿Cuándo quieres que te lo llevemos?

—Ya mismo —dije, levantándome y recogiendo mi caja—. A Al se le acaba el tiempo. Estaré en su habitación de la enfermería preparándolo todo.

Salí del despacho sin darle tiempo a preguntar nada más y me dirigí con rapidez hacia la enfermería. Noté que mi corazón bombeaba con fuerza y que mi respiración se aceleraba. No quería ir a aquella habitación, no quería ver a aquel ser que controlaba el cuerpo de Al, no quería hacer lo que tenía que hacer... Lo único que me apetecía era

desaparecer y esperar a que todo se solucionara por sí solo, pero sabía que eso no sucedería. Tenía en mis manos la única posibilidad de que Al se salvara y estaba dispuesta a todo para conseguirlo.

CAPÍTULO OCHO

Cuando abrí la puerta de la habitación, Al hizo un esfuerzo para levantar la cabeza y mirar quién entraba. Una sonrisa sádica se abrió paso en su boca y la locura brilló en sus ojos. Me corregí a mí misma: aquello no era Al. Debía de tenerlo presente en todo momento y no dejar que aquel ser me distrajera.

—Buenos días, dulce Eli. Te he echado tanto de menos...

Ni siquiera le contesté, a pesar de que escuchar la voz de Al provocó que mi respiración se acelerase. Dejé la caja en el suelo y busqué el paquete de tizas y los dibujos que Topo había hecho para mí, mientras recordaba lo extraño que me había resultado ver a una persona ciega dibujando con tanta facilidad. Escuché un gruñido a mi espalda y cómo el ser luchaba contra sus ataduras. Parecía que no le hacía ninguna gracia que le ignorara.

—Pronto estaré libre y haré lo que quiera contigo —me dijo en un susurro que destilaba odio—. No te follaré, aunque podría hacerlo si lo deseara. No me gustas. Eres demasiado mayor para mí.

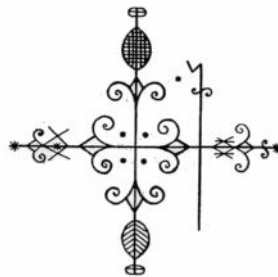
Sus palabras me revolvieron el estómago, pero luché por no dar ninguna muestra de ello. Me acerqué a los pies de su cama, llevando en la mano el símbolo que tenía que copiar, me arrodillé en el suelo y empecé a dibujarlo.



Era un dibujo complicado y me llevó bastante tiempo. Desde donde estaba no podía ver a Fish. Le escuchaba gruñir y luchar con las correas. Aunque traté de concentrarme e ignorarle, mi mano temblaba mientras realizaba los trazos. No podía dejar de imaginar que conseguía soltarse y saltaba sobre mí, que me agarraba del cuello y hundía sus dientes en mi carne... Él debió de captar mi nerviosismo, porque dejó de forcejear y volvió a hablarme:

—Cuando te tenga, azotaré tu trasero descubierto hasta que la sangre corra por tus piernas. Eso ablandará la carne y la hará buena y tierna. —Escuché un ruido asqueroso, como si el ser estuviera babeando y se relamiera—. Después cortaré tus orejas, tu nariz, tu boca de un lado a otro de la cara y te sacaré los ojos. Si tienes suerte, para cuando acabe estarás muerta. Después, enterraré un cuchillo en tu vientre, acercaré mi boca a tu cuerpo y beberé tu sangre.

Terminé el dibujo y me levanté. No pude evitar dirigirle una mirada de odio. Tenía ganas de gritarle que se callara y me dejara en paz, pero sabía que él lo interpretaría como una expresión de debilidad y que eso le daría más fuerzas. Me separé unos pasos de la camilla y volví a arrodillarme en el suelo para hacer el segundo dibujo que necesitaba.



El ser volvió a luchar contra sus correas hasta quedar de medio lado sobre la camilla y poder observar lo que hacía. Levanté la mirada durante un segundo y me encontré con sus ojos. Parecía confuso. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo y aquello le asustaba. Me permití una pequeña sonrisa de triunfo.

—¿Crees que vas a poder vencerme con dibujitos, bruja? —preguntó enfadado—. Cuando te haya matado, te cortaré en pedazos. Cuando esté en mi casa con tu carne, colocaré tu agradable trasero en el horno para comer. Haré un estofado con tus orejas y tu nariz, con pedazos de tu cara y con tu vientre. Pondré cebollas, zanahorias, nabos, apio, sal y pimienta... —Volví a escuchar el desagradable sonido que hacía al babear—. En unas dos horas, tu carne estará buena y jugosa, doradita. Estoy seguro de que nunca habré comido un pavo que tenga la mitad de sabor que tu pequeño y dulce trasero.

Cuando acabé el dibujo, volví a incorporarme. Ni siquiera le dediqué una mirada esta vez. Regresé hasta el lugar en el que había dejado la caja y saqué una vela blanca y un puñado de caramelos para colocarlos junto al primer dibujo y una vela negra, cuatro manzanas rojas, ron y chocolate para ponerlos junto al segundo. Estaba

terminando cuando sonaron dos golpes en la puerta.

—¡Más invitados para la cena! —gritó Fish desde la camilla, tratando de incorporarse para ver quién venía—. ¿Me traéis algún niño?

Me dieron ganas de abofetearlo al pasar junto a él, pero conseguí contenerme. No iba a servir de nada y era el cuerpo de Al el que recibiría los golpes. Caminé hasta la puerta con la cabeza alta y la espalda erguida, como si nada de lo que había dicho aquel ser me hubiese afectado. Al abrir la puerta, me encontré al director Morris. Detrás de él había dos guardias que llevaban a un hombre agarrado por ambos brazos y, aún más atrás, se encontraba otro guardia que empujaba una camilla equipada con correas.

—¿Devmani Khandaar? —pregunté al preso para asegurarme.

—Sí, soy yo —contestó él—. ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué me han traído aquí?

No respondí. Me limité a apartarme de la puerta para permitirles el paso. No quería hablar con aquel hombre. Cuanto menos le conociera, más fácil me sería realizar el ritual. Habría preferido no verle siquiera. Sabía que el brillo asustado que había visto en sus ojos me perseguiría en mis pesadillas durante el resto de mi vida.

Cuando todos entraron, cerré la puerta e indiqué al guardia que llevaba la camilla dónde debía colocarla, pidiéndole que no pisara ninguno de los dibujos. Una vez situada en su sitio, di la orden de que pusieran al preso en ella y lo inmovilizaran. Él empezó a gritar y a forcejear, pero no pudo hacer nada contra los tres hombres que le tenían sujeto.

—Muchas gracias por todo. Pueden irse.

El director asintió y los tres guardias salieron de la habitación, pero él no se movió. Se quedó de pie a dos pasos de mí, con los brazos cruzados frente al pecho.

—Usted también puede marcharse —le dije, dirigiéndole una sonrisa de agradecimiento.

—No pienso moverme de aquí —contestó—. Quiero estar presente.

—No puede quedarse. No puedo garantizar su seguridad —expliqué—. Voy a realizar un ritual que no he hecho nunca y a utilizar un tipo de magia que casi no conozco. Podría fallar cualquier cosa.

—¿Y aún así vas a hacerlo?

—No tengo más remedio. He de salvar a Al —respondí—, pero no es necesario que nadie más se arriesgue.

—Aún así voy a quedarme —insistió él—. Este preso está bajo mi custodia y soy responsable de él.

Me limité a encogerme de hombros. No tenía ganas de gastar energía discutiendo con él ni de desaprovechar un tiempo que para Al podía ser precioso. Le señalé una esquina de la habitación.

—Está bien, como quiera. Colóquese ahí y no haga ni diga nada suceda lo que suceda.

El director asintió y fue al rincón que le había indicado. Me acerqué a las dos camillas y terminé de colocar todos los elementos de los dos altares. El preso continuaba gritando y luchando con las correas, lo que hacía que me fuera difícil concentrarme, pero al menos había conseguido que Fish se callara, lo que consideré una auténtica bendición.

Cuando terminé, cerré los ojos y traté de relajarme. Tener a Fish a tan poca distancia, sabiendo que estaba imaginando el sabor de mi sangre y de mi carne, y al preso al otro lado, gritando como si se hubiera vuelto loco, no estaba ayudando mucho. Cuando conseguí calmar un poco los latidos de mi corazón y que mi respiración se volviera regular, abrí los ojos y me incliné sobre el primer altar para encender la vela blanca.

—Oh, buen Legba, escúchame: ábreme la barrera. Papá Legba, ábreme la barrera. Ábreme la barrera para que pueda entrar. Vudú Legba, ábreme la barrera. Daré gracias a los Loas cuando vuelva. Ababó.

Con aquellas palabras invoqué al que, según me había contado Topo, era el protector del mundo espiritual, el mediador entre los hombres y los espíritus. Se suponía que él debía darme permiso y abrirme el portal para que pudiera contactar con el Loa que necesitaba.

Me mantuve quieta y expectante durante unos segundos, sin saber si mi invocación había tenido efecto. Era consciente de que había un montón de cosas que estaba haciendo mal: era mejor invocar a Legba en una encrucijada, yo no era una sacerdotisa iniciada en los ritos del vudú, me faltaba la música y el ritmo de los tambores... Lo más probable era que no funcionara o, lo que era aún peor, que funcionara mal y los Loas se sintieran insultados. Sin embargo, no me quedaba otra

opción que intentarlo.

Abrí los ojos al sentir que había alguien más en la habitación. En un primer momento no lo vi. Morris continuaba en su esquina con los brazos cruzados, como si nada hubiera cambiado. El preso seguía gritando y exigiendo que le soltáramos. Sin embargo, me di cuenta de que la expresión de Fish había cambiado. Había miedo en sus ojos mientras miraba hacia los pies de su cama. Él también podía verlo.

Sobre el dibujo del suelo había aparecido una figura translúcida: un anciano con un sombrero de paja de ala ancha que llevaba un bastón en su mano derecha y una pipa en la izquierda.

—Gracias por acudir a mi llamada, buen Legba —saludé—. Humildemente solicitó tu permiso para invocar a Kalfou. Te pido que abras la puerta que me permita comunicarme con él.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo, niña? ¿Sabes que quieres invocar al maestro de la oscuridad? —El espíritu esperó hasta que yo asentí—. Puedo ver en tu alma, bruja. Tus intenciones no son buenas. Kalfou cumplirá lo que pides, pero tus malas acciones te serán devueltas. ¿Sigues queriendo llamarle?

Volví a asentir. Me habría gustado contestar en voz alta, pero estaba tan nerviosa que el aire se quedó atorado en mi garganta y fui incapaz de emitir ningún sonido. El anciano me miró y me pareció ver pena en sus ojos. Había esperado que se enfadara y me juzgara, pero aquella mirada de lástima me asustó aún más.

—Tienes mi permiso —dijo señalando el otro altar.

Me arrodillé frente al segundo dibujo y encendí la vela negra. Cuando me incorporé, tomé aire un par de veces y pronuncié la invocación.

—Met Kalfou, maestro de la encrucijada y de la hechicería, yo te invoco. Preséntate ante mí y acepta mis ofrendas.

En aquella ocasión, la oración no tardó en hacer efecto. Noté una presencia en el centro del segundo altar y, en pocos segundos, pude distinguir la figura translúcida de un hombre joven vestido de rojo que me observaba con un brillo travieso en la mirada.

—Bon chans^{viii} —saludó—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Te he llamado porque quiero hacerte un obsequio —contesté, tratando de que

mi voz sonara firme y confiada—. Quiero ofrecerte dos almas. No son dos almas cualquiera, sino las almas de dos criminales. Sé que ese tipo de sacrificios te gustan.

—No te equivocas —dijo el ser, dedicándome una amplia sonrisa—. ¿Vas a ofrecerme esas almas sin pedir nada a cambio?

—No. Necesito un favor. Puedo ofrecerte dos almas, pero solo puedo ofrecerte un cuerpo —dije, mirando a la camilla en la que el preso había dejado de debatirse y se mantenía quieto, siguiendo mi conversación con un ser que solo yo podía ver y oír—. Necesito que saques el alma de Albert Fish del cuerpo de ese chico —dije, señalando a Al— y la metas dentro de este hombre. Una vez que lo hayas hecho, ambas almas serán tuyas.

—Sabes lo que eso supone, ¿verdad? —me preguntó—. Al entregarme su alma, ese hombre morirá y tú serás la culpable de su muerte.

—Lo sé y estoy dispuesta a afrontar las consecuencias. —Me giré para quedar de frente a Kalfou y no contemplar el rostro del preso—. Hazlo ya.

Kalfou asintió y, tras dedicarme una última sonrisa, se giró hacia la camilla en la que estaba Fish y se acercó hasta colocarse a su lado. El ser se apretó contra la superficie de la camilla, como si tratara de mimetizarse con ella y desaparecer. Kalfou le dedicó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora y colocó una mano sobre su pecho. De inmediato, el cuerpo de Al empezó a convulsionar como si estuviera siendo recorrido por una corriente de miles de voltios. Un humo espeso de color negro empezó a brotar de sus labios entreabiertos y fue condensándose sobre su cuerpo, formando una nube oscura. Cuando el humo dejó de salir, Kalfou sopló sobre él, haciendo que se deslizara lentamente por la habitación hasta llegar a la camilla en la que estaba el preso. Cuando el humo empezó a introducirse a través de los orificios de su nariz y por sus labios entreabiertos, el cuerpo del preso también empezó a retorcerse como si estuviera siendo presa de terribles dolores. No debería haber mirado, pero aquella imagen me tenía hipnotizada. A pesar de estar atado, el cuerpo del hombre se arqueó y formó un ángulo imposible sobre la cama, mientras abría la boca para soltar un alarido que parecía contener todo el dolor y la angustia del mundo. Me miró un segundo antes de exhalar su último suspiro y supe que aquella mirada me perseguiría por siempre.

Cuando se quedó totalmente quieto, despedí a los Loas y apagué las velas. Después me incorporé y corrí hacia la camilla de Al. Le sujeté por los brazos y le agité, pero no abrió los ojos ni reaccionó de ninguna manera. Sentí que la desesperación más

absoluta me invadía. ¿Por qué no despertaba? ¿Por qué no regresaba a mí? No podía haberle perdido después de todo lo que había hecho para recuperarle.

Sentí una mano agarrando mi brazo y me volví. Morris estaba a mi lado, mirándome con los ojos desorbitados. Me había olvidado por completo de que estaba ahí.

—Ese hombre está muerto —me dijo, señalando al preso que yacía inerte en la otra camilla—. ¿Qué has hecho?

—Arreglar todo esto para siempre —contesté—. Según consta en su formulario de últimas voluntades, debéis incinerarle. Antes de quemarle, tenéis que cubrir su cuerpo con sal. Así os asegurareis de que su espíritu y el de Fish abandonen este plano para siempre.

—Tú lo sabías —me acusó—. Sabías que iba a morir...

—Sí. Lo sabía. Lo siento, pero no había otra solución. Tenía que salvar a Al.

Morris retrocedió un par de pasos, como si mi presencia resultara venenosa. Me miró durante unos segundos con una expresión de horror en el rostro mientras negaba una y otra vez con la cabeza.

—Me mentiste. Yo nunca habría permitido esto...

—Lo sé y por eso te mentí. El trabajo para el que nos contrataste está hecho. — Me puse a la cabecera de la camilla de Al, quité los frenos y empecé a empujarla hacia la puerta, dando por finalizada la conversación.

—¿Pretendes que os pague por esto? Os contraté para que no hubiese más muertes...

—Y no las habrá —dije tras detener mi avance y girarme hacia él—. La muerte de ese preso no será un problema. Cualquier forense determinará que su corazón se detuvo de forma natural. Tu problema ha terminado y quiero que nos pagues por ello.

—Estás loca.

—Puede ser... Quizá sea una loca peligrosa, una loca con poderes capaz de dominar todas las almas condenadas que habitan esta prisión y lanzarlas contra sus habitantes. ¿Vas a arriesgarte? —Le di unos segundos para contestar, pero, tal y como había esperado, no dijo nada—. Voy a buscar a un médico para que examine a Al y luego nos marcharemos. Espero que, antes de que salgamos por la puerta, alguien me

haya hecho llegar el cheque con los cincuenta mil dólares que nos prometiste.

Me marché sin decir una palabra más. La verdad era que aquel dinero me daba igual, pero no me parecía justo haber pasado por todo aquello para nada. Decidí no dedicarle más pensamientos a aquel tema y empecé a gritar pidiendo que algún doctor nos atendiera. Estaba segura de que Morris nos pagaría y no pondría ningún problema cuando quisiéramos irnos. Había visto en sus ojos el miedo que me tenía.

CAPÍTULO NUEVE

Abrí la puerta de la habitación del motel y me aparté a un lado para permitir que pasara la camilla de Al. Los dos enfermeros que la empujaban esperaron hasta que les señalé la cama.

—Ponedle ahí, por favor —les pedí.

Ellos asintieron, colocaron la camilla al lado de la cama y después, con un cuidado infinito, le alzaron y le tumbaron sobre ella. Uno de los enfermeros salió empujando la camilla, pero el otro se quedó a mi lado, contemplando el cuerpo de Al.

—Sé que esto es lo que ha pedido y el director nos ha dado orden de obedecerla en lo que necesitase, pero sigo opinando que sería mejor trasladarlo a un hospital —dijo.

—Agradezco su preocupación, pero ya ha escuchado al doctor. Todas sus constantes vitales son correctas. No le sucede absolutamente nada —expliqué.

—Pero está inconsciente y no reacciona. Eso no es normal —insistió el hombre.

—Yo sabré qué hacer —respondí mientras le guiaba hasta la salida—. Muchas gracias por su ayuda.

El hombre frunció el ceño, pero aceptó marcharse sin protestar. En cuanto cerré la puerta, corrí al lado de Al y me senté sobre la cama. Acaricié su cara mientras le llamaba en susurros, esperando un milagro. Su piel estaba tibia y respiraba con normalidad, pero no reaccionaba ante nada. El miedo hizo presa en la boca de mi estómago. ¿Y si había llegado tarde? ¿Y si lo que tenía frente a mí no era más que una cáscara vacía? No dejé que aquella idea arraigara en mi mente. Sabía lo que debía hacer para comprobar si Al seguía allí dentro. Tenía que ir a buscarle.

Me levanté, entré en el cuarto de baño y recogí de encima del lavabo el collar del santero. Me lo colgué al cuello, regresé a la cama y me tumbé al lado de Al. Le tomé de la mano para sentirle más cerca, cerré los ojos y empecé a concentrarme. A pesar de lo nerviosa que me sentía, en solo un par de minutos conseguí que mi respiración se volviese lenta y profunda, que mi cuerpo pesara y una sensación de paz invadiera todos mis miembros.

El cambio de luz hizo que me diera cuenta de que ya había pasado al mundo de Al. Había más claridad que en las ocasiones anteriores. Cuando abrí los ojos, comprendí la razón. No estaba en los corredores de la prisión, sino fuera, en un pequeño patio que había cerca de la Casa de la Muerte. Enseguida entendí por qué había aparecido allí. No había ya espacio para aparecer en ninguno de los corredores. Toda la prisión estaba cubierta por aquella espesa y grisácea tela de araña. No solo las galerías estaban taponadas. Incluso los edificios aparecían cubiertos: la Casa de la Muerte, los módulos de Tappan, el gimnasio... A lo lejos, en la cima de la colina, divisé los pabellones A y B y el edificio de administración. También eran enormes cúmulos grisáceos. No se divisaba ni una puerta ni una ventana, solo aquella sustancia espesa y pegajosa que lo había dominado todo.

Sentí que el aire se me escapaba y que los ojos se me llenaban de lágrimas. Ya no quedaba nadie allí, era imposible que nada hubiera escapado a aquella trampa mortal. Levanté la cabeza y miré el cielo, del mismo tono gris y apagado que aquella maldita tela. Busqué cualquier signo de vida: un insecto, un pájaro, lo que fuera... No había nada. Ni siquiera soplaban el viento ni se escuchaba ningún sonido. Estaba sola en un mundo muerto.

Dejé escapar las lágrimas sin control mientras giraba sobre mí misma, buscando cualquier señal que me diera esperanzas. No era justo... No podía haberle perdido... Y entonces vi algo que no debería estar allí. En el estrecho callejón que formaban dos de los edificios de Tappan, oculta bajo su sombra, descubrí la parte trasera de nuestra caravana. Empecé a andar hacia allí muy despacio, casi con miedo. Me asustaba pensar que podía estar imaginándola, que, si la miraba de cerca, se desvanecería como un sueño. Sin embargo, según fui acercándome paso a paso, comprobé que seguía allí, firme y consistente. Era nuestra caravana. Incluso tenía la abolladura en la parte trasera que le había hecho Al tras empeñarse en aparcarla en Memphis en un hueco en el que claramente no cabía. Una sonrisa se abrió paso en mis labios. A pesar de que Al había perdido casi todos sus recuerdos, de que no se acordaba siquiera del rostro de su madre, cuando había necesitado un último refugio, había recordado nuestro hogar.

Abrí la puerta sin llamar y entré. Todo estaba igual: mi tablero y mis libros en un rincón, la guitarra de Al colgada de una de las paredes, decenas de cintas de música entre los dos asientos... Miré hacia la parte trasera y vi un bulto pequeño oculto bajo las mantas. Recordé las palabras del santero sobre la forma de los niños de protegerse

de los monstruos y sonreí de nuevo. Al estaba allí, con la manta tapándole hasta la cabeza, temblando como una hoja, pero a salvo. Me acerqué despacio, esperando no asustarle más, y coloqué mi mano sobre su espalda.

—Al, soy yo. Puedes salir.

Los temblores cesaron y, poco a poco, el niño empezó a asomar. Dejó fuera el flequillo, los ojos y la nariz, pero continuó agarrando la manta para volver a taparse por completo si se sentía en peligro.

—Te dije que no volvieras —repuso enfadado—. Vas a hacer que me encuentre.

—La araña ya no está. Ha muerto —le dije orgullosa—. Yo la he matado.

Se sentó en la cama y dejó caer la manta. Inclino la cabeza hacia un lado, como un cachorrillo que intenta comprender lo que le estás diciendo. Después negó con la cabeza.

—¿Cómo la vas a haber matado tú? Solo eres una chica.

Tuve ganas de darle un bofetón, pero me contuve. Ya ajustaríamos cuentas cuando saliéramos de allí. Además, me sentía tan contenta al ver que seguía vivo y a salvo que en aquel momento le habría perdonado cualquier cosa.

—Parezco una chica normal, pero soy una bruja poderosa. Una bruja buena —aclaré.

Él volvió a mirarme con suspicacia.

—Las brujas buenas no existen.

Durante un segundo no supe qué decirle. Después de lo que acababa de hacer en la prisión, incluso yo dudaba de seguir siendo una bruja buena. Sin embargo, le dirigí una sonrisa triste y me levanté de la cama.

—Sí existen. Yo estoy aquí y he venido a sacarte de esta prisión. Vámonos.

Le tendí la mano. Él dudó unos segundos. Fue mirando alternativamente mi mano y la manta que le había mantenido a salvo durante aquel tiempo. Después me miró a la cara y contempló fijamente mis ojos.

—¿Eli? —preguntó de repente.

—Sí, soy yo. —Sentí que el pecho me estallaba de alegría al ver que sus recuerdos seguían allí, que se recuperaría por completo—. Vámonos.

Se levantó de la cama y tomó mi mano. Salimos de la caravana y nos dirigimos al muro de la prisión para buscar una salida. Estaba lloviendo, una cortina de agua ligera y fresca que iba derritiendo las telas de araña y limpiando el paisaje. Cuando llegamos al muro, vimos que las puertas estaban abiertas de par en par. Apreté su mano aún con más fuerza mientras recorríamos los últimos pasos.

—¿Preparado? —Esperé hasta que asintió—. Volvemos al mundo real.

Abrí los ojos al sentir de nuevo el colchón de la cama del motel bajo mi cuerpo. Me giré hacia Al y me encontré con sus ojos azules. Parecía confuso y asustado, pero volvía a ser su mirada. Nos incorporamos mientras nos mirábamos como si no pudiéramos creer que el otro estuviera ahí y, de repente, nos fundimos en un abrazo que nos dejó sin respiración. No dije nada. No había nada que añadir en aquel momento. Solo quería sentir su cuerpo entre mis brazos, los suyos rodeándome y el retumbar de su corazón contra mi pecho. Cuando nos separamos, acaricié su pelo, pasé mis dedos por sus mejillas bañadas en lágrimas, por aquellos labios que tanto había echado de menos...

—Lo has conseguido —dijo él—. Al final has sido tú la que has salvado al caballero de brillante armadura.

—Elegiste bien al preferir a la bruja del cuento en vez de a la princesita desvalida —bromeé.

—Eres mi bruja y eres mi princesa —contestó, volviendo a abrazarme con fuerza—. Lo eres todo. Gracias.

Hundí mi cabeza en la curva de su cuello y dejé que mis lágrimas también cayeran. Me había sentido tan sola, había tenido tanto miedo de perderle... Él me acunó entre sus brazos y depositó besos en mi pelo. Cuando me tranquilicé, me separé y agarré sus manos. Sentía que no quería dejar de estar en contacto con él en ningún momento.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Muy cansado y confundido... Parece que me hubiera pasado un camión por encima. Creo que podría dormir tres días seguidos.

—Pues vas a tener que hacerlo en la caravana. Nos vamos.

—¿Ya hemos acabado con lo que teníamos que hacer aquí? —preguntó.

—Sí. Hemos terminado nuestro trabajo —dije, sacando del bolsillo de mi chaqueta el cheque de cincuenta mil dólares que el director Morris me había hecho llegar a través de un guardia antes de que abandonáramos la prisión.

—¿Y cómo lo hiciste? ¿Cómo venciste a Fish?

—Tu amigo el santero me ayudó. Me enseñó a contactar con sus espíritus protectores para potenciar mi conjuro de expulsión. Fish es historia.

—Vas a tener que contármelo con todo detalle —dijo.

Negué con la cabeza y fingí una sonrisa. Nunca en la vida iba a contarle lo que había sucedido de verdad. Sabía que él no lo entendería y que me odiaría por lo que había hecho. Yo misma me avergonzaba y me odiaba por ello. No podía pedirle una comprensión que ni siquiera yo podía ofrecerme.

—Tú también vas a tener que darme muchas explicaciones. ¿Cómo se te ocurre enfrentarte a un espíritu así de poderoso? ¿Es que estás loco? Has estado a punto de matarte.

—Lo sé, pero quería terminar con todo esto y correr a tu lado. Tú me necesitabas tanto... —Se quedó en silencio, con los ojos y la boca abiertos de par en par—. Dios mío... ¡Tu madre! ¿Ha...?

No quiso pronunciar la última palabra. Yo negué con la cabeza. Ni siquiera sabía cómo estaba mi madre ni si continuaba viva. En los últimos días casi no había tenido tiempo para pensar en ella y, además, después de mi última conversación con David, no me había atrevido a llamarle para preguntar.

—No. No ha muerto. Por eso te he dicho que tenemos que irnos ya. Quiero volver a Swanton cuanto antes.

—Lo siento tanto... Joder, esto es lo último que quería cuando traté de hacer el ritual.

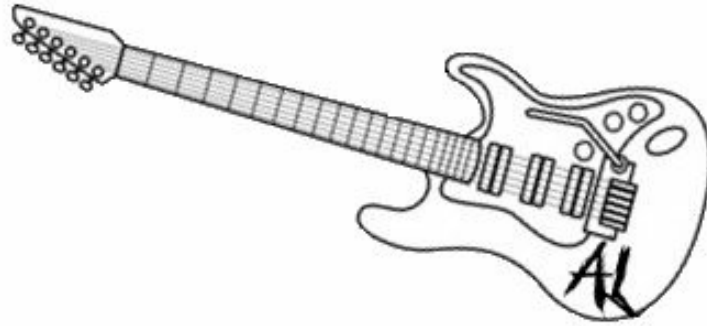
Se levantó de la cama y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Parecía que era cierto que se encontraba muy débil y cansado. Me acerqué a él y pasé uno de sus brazos sobre mis hombros para que se apoyara y pudiera caminar.

—Te llevaré a la caravana —le dije mientras avanzábamos—. Vas a tumbarte en la cama y vas a dormir hasta que lleguemos a Swanton. Te despertaré cuando estemos allí.

Él no protestó. Le llevé hasta la cama, le quité las botas y le arropé como a un niño pequeño. Él me respondió con una sonrisa y, antes de que me hubiera alejado un par de pasos, ya se había quedado dormido.

Regresé al motel y recogí a toda prisa. Cuando estaba guardando las cosas del baño, vi mi reflejo en el espejo. El collar de cuentas rojas y negras seguía colgando de mi cuello. Me lo quité, lo arrojé por el váter y tiré de la cadena. No quería volver a utilizarlo en la vida. Ya había tenido suficiente de aquel tipo de magia.

AL Y ELI
SWANTON (VERMONT)
NOVIEMBRE DE 1.989



CAPÍTULO UNO

Al volvía a estar encerrado entre los muros de la prisión. Las telarañas estaban por todas partes: colgando de los techos, taponando los corredores, cruzando los pasillos de lado a lado... Sabía que tenía que tener mucho cuidado y no tocar ninguno de aquellos hilos. De alguna manera, la araña estaba conectada a todos y cada uno de ellos y, en el momento en el que los rozara, ella sabría dónde estaba y vendría a por él.

Siguió moviéndose en la penumbra, tratando de poner más distancia con su seguidora. Podía oír la araña golpeando las paredes, golpeando el suelo con sus enormes y puntiagudas patas... En el silencio que inundaba la prisión, incluso podía escuchar el chasquear de sus mandíbulas y cómo las gotas de veneno que supuraban de ellas se deslizaban hasta el suelo, provocando que se derritiera a su paso como si hubiera caído ácido.

Tenía que encontrar una salida. Estaba agotado y sabía que no podía seguir huyendo durante mucho más tiempo. Además, por muy lejos que la dejara, seguía notando su presencia dentro de su mente. Sentía su hambre voraz, sus ganas de tocarle, de atraparlo, de saberle bajo su control, de matarlo y devorarlo... Mezcladas con aquellas sensaciones, percibía también recuerdos del monstruo. Lo veía persiguiendo a otros niños, atrapándolos, torturándolos... Incluso podía sentir en la boca el sabor de su sangre y de su carne. Era extraño, porque en esos recuerdos el monstruo no era una gigantesca araña sino un hombre anciano de expresión amable. No lo comprendía, pero tampoco quería hacerlo. Solo quería que los recuerdos parasen.

De repente, se dio cuenta de que había dejado de escuchar los pasos de la araña a su espalda. Aquello le puso aún más nervioso. ¿Se habría muerto? ¿Se habría marchado, cansada ya de no poder atraparlo? Aquella podía ser su oportunidad para encontrar una salida.

Empezó a correr aún más rápido. Se veía una luz brillante al final del corredor. Si conseguía llegar hasta allí, quizá podría salir de aquel lugar o pedir ayuda. Ya casi llegaba, estaba muy cerca. La luz era tan brillante que le hacía daño en los ojos. Notó que los tenía cubiertos de lágrimas y que casi no podía ver. Se los limpió con el dorso de la mano sin dejar de correr ni un solo segundo. En su loca carrera estaba chocando con muchos de los hilos que cruzaban el pasillo de lado a lado, pero le daba igual. Estaba muy cerca de escapar. A la araña no le daría tiempo a llegar hasta él.

De repente, algo enorme empezó a descolgarse del techo, ocultando por completo la luz del final del corredor. Se detuvo y miró hacia arriba. La araña agitaba las patas en el aire y taponaba la salida con su abultado abdomen. Ni siquiera pudo gritar. Se quedó paralizado, viendo cómo el monstruo se acercaba a él haciendo chasquear sus mandíbulas babeantes.

La caravana se llenó de gritos de pánico. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era él quien estaba gritando. Notó que unos brazos le zarandeaban, devolviendo su conciencia al mundo real.

—¡Al, despierta! Es solo una pesadilla.

Era Eli la que estaba a su lado, abrazándole y acariciando su cara. Miró alrededor sin poder creer que hubiera escapado. Había sido tan real... Tardó unos segundos en convencerse de que estaba a salvo, de que aquel mal sueño había quedado atrás. Volvió a mirar a Eli y se forzó a sonreír.

—Lo siento... Volvía a estar ahí encerrado... Casi me atrapa.

—No tienes que disculparte —respondió ella mientras acariciaba su pelo—. Ya ha acabado todo. Estás a salvo.

Al asintió y trató de tranquilizarse, aunque no era fácil. El tiempo que había pasado encerrado en aquella especie de sueño se le había hecho eterno y había sido la experiencia más aterradora de toda su vida. Lo único que le consolaba era pensar que, al igual que sucedía normalmente con los sueños, lo iría olvidando, que cada vez

sería más difuso e incoherente hasta desaparecer de su cabeza por completo. Aquello era lo único que deseaba. No quería conservar el recuerdo de su unión con aquel ser, los atisbos que había recibido de su enfermiza mente.

—¿Estás mejor? —preguntó Eli.

—Sí, sí... No te preocupes. ¿Dónde estamos?

—En Vermont, parados en el arcén de la interestatal. Te he visto tan mal que he tenido que detenerme.

—¿Queda mucho para llegar?

—No, una media hora. —Eli le miró con el ceño fruncido—. ¿Vas a dormir más?

—No. Creo que ha sido suficiente —contestó él.

—Perfecto. Pues puedes aprovechar ese tiempo para darte una ducha y cambiarte de ropa. Hueles a oso —dijo burlona.

Pensó en protestar, pero la verdad era que Eli tenía razón. Se levantó de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Seguro que una ducha caliente le ayudaría a eliminar los restos de aquel mal sueño y a sentirse mejor.

Cuando terminó de prepararse, notó que la caravana volvía a detenerse. Salió del cuarto de baño y se encontró a Eli poniéndose una gruesa chaqueta. Se acercó a la ventana y miró por ella. Estaban en el aparcamiento del hospital. La gente caminaba deprisa, envuelta por capas y capas de ropa.

—Esto es Vermont, muchacho —dijo Eli—. ¿En serio piensas salir ahí con una camiseta de manga corta y una chaquetita de cuero?

—Por supuesto —contestó él, descolgando su chaqueta—. Me da igual que estemos en Vermont o en el mismísimo Polo Norte. El estilo hay que mantenerlo siempre.

Ella se rio y salió de la caravana sin discutirle más. En cuanto él puso un pie fuera, el primer golpe de aire frío le congeló hasta las ideas, pero no protestó. No iba a darle la satisfacción de admitir que tenía razón. La puerta del hospital no estaba lejos. Podría sobrevivir esa distancia.

Cruzaron el aparcamiento a la carrera y entraron en la recepción. Eli se dirigió directamente hacia los ascensores situados al lado de las escaleras. Tras entrar en uno de ellos, pulsó el botón del segundo piso y se apoyó contra la pared del fondo. Al la

miró de reojo. Estaba muy seria y se apretaba las manos mientras se balanceaba levemente adelante y atrás. Volvió a sentirse culpable por haber hecho que ella tuviera que abandonar a su madre en aquellas circunstancias. Daba igual que sus intenciones hubieran sido buenas. Había hecho el ridículo más espantoso, había estado a punto de morir, había pasado por una experiencia horrible y, además, en lugar de ayudar a Eli, lo único que había conseguido había sido empeorar la situación. Le entraron ganas de abofetearse a sí mismo, pero, por suerte, el ascensor llegó a su destino.

En cuanto las puertas se abrieron, Eli dejó de fingir que no estaba nerviosa y salió corriendo pasillo adelante hacia la habitación de su madre. Al la siguió sin decirle nada. Cuando llegaron a la puerta, ella abrió sin llamar siquiera. En la cama había una mujer de unos ochenta años. A su lado, otra mujer más joven que se le parecía mucho estaba intentando que la anciana aceptara comerse un asqueroso puré de color verde.

—¿Necesitáis algo? —preguntó la mujer joven—. Creo que os habéis equivocado de habitación.

Eli reculó un par de pasos para comprobar el número situado en la pared, justo al lado de la puerta.

—No, no me he equivocado. Esta es la 203. —Su voz se quebró durante un segundo—. Es la habitación de mi madre.

—Supongo que la habrán trasladado. Nosotras llevamos aquí desde ayer —dijo la mujer con un tono más dulce—. Quizá deberíais preguntar en recepción.

Eli asintió y salió de la habitación. Al se acercó y la agarró por la cintura. Le pareció que el cuerpo de ella estaba temblando tanto que sus piernas no podrían sostenerla.

—Vamos a preguntar —le susurró mientras la conducía de vuelta al ascensor—. Seguro que hay una explicación para esto...

Se mantuvieron en silencio mientras el ascensor descendía los dos pisos. Cuando las puertas se abrieron, estuvieron a punto de chocar con un hombre que quería entrar a la carrera. Eli le miró y su rostro se iluminó.

—David, estás aquí —le dijo a su hermano—. Menos mal. He subido a la habitación y mamá no estaba. Por un momento he pensado lo peor.

David reculó un par de pasos para dejarles salir. Ni siquiera saludó ni le devolvió la sonrisa que Eli le había dedicado. Su ceño estaba fruncido, sus labios eran apenas

una fina línea y tenía los puños tan apretados que tenía que estar haciéndose daño.

—Mamá ya no está —dijo después de unos segundos—. Murió la misma noche en la que te marchaste.

Eli no contestó. Se llevó las dos manos a la boca para intentar ahogar un sollozo mientras su rostro se bañaba de lágrimas.

—Yo sí estuve con ella hasta el último puto momento. ¿Sabes una cosa? Justo unos minutos antes de morir, abrió los ojos durante unos segundos. Recuperó la consciencia, como si quisiera despedirse. ¿Sabes lo que dijo? —David se acercó aún más a Eli, hasta quedar a solo unas pulgadas de su cara—. Dijo tu nombre, tu puñetero nombre... Lo último que hizo fue llamarte y tú no estabas.

—David, lo siento —consiguió contestar Eli—. Te dije que tenía que marcharme.

—Sí, para salvar a tu novio. Le veo muy bien para haber estado a punto de morir —dijo él con desprecio—. La que se estaba muriendo era tu madre y tú no estabas.

—David, para —intervino Al—. Te estás pasando.

—¿Que yo me estoy pasando? —David soltó una risita sarcástica—. No tienes ni puta idea de lo que hablas. Me he pasado los últimos años cuidando de mi madre. He renunciado a trabajos mejores en otras ciudades por quedarme cerca. Sally y yo no compramos nuestra casa soñada al lado del lago para poder vivir a dos calles de ella. La he visitado todos y cada uno de los días al salir del trabajo, por muy cansado que me sintiera, aunque tuviera otras cosas que hacer. Me he preocupado de que estuviera bien, de que se sintiera acompañada y querida, de que recordara lo menos posible que su hija la había abandonado para ir a recorrer el mundo con un chulo de mierda emborrachándose o drogándose o haciendo quién sabe qué.

—Tú sí que no tienes ni idea de lo que hablas. —Al apartó a Eli para ponerla a su espalda y se encaró directamente con David—. Tu hermana hace cosas importantes, salva vidas, se enfrenta a cosas ante las que tú llorarías como un crío de mierda. Así que haz el favor de tratarla con respeto si no quieres que te obligue a ello.

—¿Me vas a obligar tú, niñato? No me hagas reír —dijo David apretando de nuevo los puños.

Eli se interpuso entre los dos antes de que pudieran llegar a las manos. Al se dejó empujar hacia atrás, aunque no desvió la mirada de los ojos de David. Le daba igual la bronca que Eli pudiera echarle después. Si se le ocurría decir una sola

estupidez más, le reventaría la cara.

—¡Ya basta, por favor! —gritó Eli, haciendo que toda la gente de recepción se girara hacia ellos—. Ya basta... David, por favor, solo quiero saber cuándo es el funeral.

—Fue ayer. Hasta para eso llegas tarde —contestó con la voz teñida de desprecio—. A lo que no llegas tarde es a la lectura del testamento, pero, como supongo que estarás muy ocupada salvando el mundo, te lo puedo resumir. Ella me dijo que iba a dejarte la casa para que tengas un sitio en el que caerte muerta cuando este tipejo te dé la patada.

Eli tuvo que esforzarse más esta vez para que Al no saltara sobre él y le destrozara la cara. Puso ambas manos en su pecho y le miró con ojos suplicantes antes de volver a girarse hacia su hermano.

—David, de verdad tuve que marcharme... Te he dicho que lo siento.

—Si de verdad lo sientes, hazme un favor. Vende la casa o quémala, lo que te dé la gana, pero no vuelvas nunca por este pueblo. No quiero volver a verte. —Avanzó un paso y la apartó para poder llegar hasta el ascensor—. Si me disculpas, tengo que ir a visitar a mi mujer. Dio a luz la misma noche que murió nuestra madre. Sí, también me perdí el nacimiento de nuestros hijos. Gracias por todo.

Eli le dejó pasar sin decir nada más, con los hombros hundidos y la cabeza gacha. Cuando las puertas del ascensor se cerraron y su hermano desapareció, se giró hacia Al y hundió la cabeza en su pecho. Todo su cuerpo se sacudía por los sollozos. Al la abrazó con fuerza y la dejó llorar. Se sentía desesperado por no poder hacer nada. Ni siquiera había sido capaz de evitar que su hermano la destrozara, que le clavara un puñal tras otro con aquellas palabras.

Cuando los sollozos remitieron un poco, la guió fuera del hospital y caminaron hasta la caravana. La llevó hasta la cama, hizo que se tumbara y se colocó a su lado, para que ella pudiera apoyar la cabeza en el hueco de su hombro mientras él la abrazaba. Ella continuaba llorando, aunque su llanto iba remitiendo y haciéndose más tranquilo.

—Ahora mismo piensas que lo has perdido todo, pero yo estoy aquí —susurró cuando ella dejó de sollozar—. Sé que no es mucho, pero siempre vas a poder contar conmigo.

Ella levantó un poco la cabeza y le devolvió una sonrisa triste. Continuaron abrazados, fingiendo que el resto del mundo se quedaba fuera, muy lejos, y que ya nada malo podría alcanzarles, hasta que se quedaron dormidos.



CAPÍTULO DOS

Desperté desorientada y me senté en la cama. Aunque la luz entraba por las ventanas de la caravana y me daba la impresión de haber dormido mil horas, cuando los recuerdos regresaron a mi mente, me entraron ganas de cerrar los ojos de nuevo y seguir durmiendo. No quería recordar, no quería pensar... Todo lo que había sucedido en los últimos días me parecía parte de una horrible pesadilla: mi madre había muerto, mi hermano me odiaba y yo había cometido un acto por el que me sentiría culpable el resto de mi vida. No podía ni quería aceptar todo aquello.

Noté un movimiento a mi lado y me giré hacia Al. Continuaba profundamente dormido. Parecía tranquilo, a pesar de que un par de veces durante la noche se había removido inquieto y había emitido sonidos que recordaban demasiado a los lamentos de un animalillo herido. Por suerte, parecía que en aquel momento descansaba relajado, aunque tenía el ceño fruncido y una expresión triste en la cara. Me planteé los horrores que habría vivido mientras Fish estuvo dentro de su mente y si sería capaz de ayudarlo a sanar las heridas de su alma y hacer que sonriera de nuevo y que volviera a ser el chico feliz y lleno de luz que siempre había sido. Aquel era un reto por el que seguir adelante. Al era suficiente como para llenar todo mi futuro y decir adiós para siempre a Swanton y su gente. Ese lugar siempre me acababa provocando dolor y recuerdos amargos. Lo mejor sería marcharse y no regresar, aunque primero tenía que hacer una cosa...

Me levanté con cuidado de no despertar a Al. La noche anterior estábamos tan agotados por todas las emociones vividas que nos habíamos quedado dormidos con la ropa puesta, así que solo tuve que coger las botas y la chaqueta y salir a la calle. La

mañana era muy fría. Soplaban un viento del norte que parecía atravesar mi ropa para tocarme la piel con sus dedos helados. Además, el cielo estaba cubierto de nubes grises y caía una lluvia triste y débil. Atravesé el aparcamiento a la carrera y me dirigí a recepción para preguntar dónde estaba la zona de maternidad.

Subí al primer piso y giré a la derecha. Aquella parte del hospital parecía más alegre. Las paredes estaban pintadas en un suave azul pastel e incluso parecía que hubiera más luz. Pasé de largo todas las habitaciones cerradas, cruzándome con gente que llevaba peluches, globos y ramos de flores. Todos lucían una amplia sonrisa en la cara. A pesar de que aquel ambiente contrastaba con la oscuridad que yo llevaba en el alma, me hizo sentir un poco mejor.

Al final del pasillo divisé una pared cerrada por una gran cristalera. Me encaminé hacia allí con el estómago lleno de mariposas. Sabía que era una estupidez, que no conocía de nada a aquellos niños y que, tal y como estaba la relación con mi hermano, seguramente aquella iba a ser la última vez que los viera, pero me sentía emocionada. Llegué hasta el cristal. A mi lado había una pareja que se apartó para dejarme sitio. La mujer llevaba a una niña de unos tres años agarrada de la mano. Parecía una muñeca de porcelana con su largo pelo rubio lleno de tirabuzones, sus enormes ojos azules rodeados de espesas pestañas y su vestido rosa. El hombre tenía en brazos a un bebé de unos seis meses que en aquel momento estaba dormido. Les dirigí una sonrisa y me puse a mirar las cunas expuestas en aquella habitación, como si fuera un escaparate en el que pudieras decidir a cuál llevarte.

Un par de minutos después empecé a desesperarme. Sabía que todos los recién nacidos se parecían y que, por mucho que los padres y toda su cohorte de familiares enfervorecidos dijeran que eran preciosos y que se parecían a su papá o a su mamá, en realidad solo eran cosas sonrosadas y arrugadas con muy poco pelo. Aún así, yo había esperado reconocer sin problema a Jake y Dave. Quizá esperaba que el parentesco me ayudara, que el hecho de compartir la misma sangre me hiciera sentir de forma inequívoca una unión con ellos. Sin embargo, no fue así. Todos los críos eran iguales. Volví a mirar los rostros uno a uno. Mis sobrinos eran gemelos. Tan solo tenía que encontrar a dos que fueran más iguales entre sí que todos los demás.

El hombre que sujetaba al bebé debió de percibir mi nerviosismo, porque se inclinó hacia mí y sonrió:

—Eres Eloise Carter, ¿verdad? —me preguntó. Ante mi gesto de sorpresa, agarró al bebé con un solo brazo y me tendió la mano—. Soy Jack Armstrong. Iba con

tu hermano al instituto y estuve muchas veces en tu casa. ¡Cómo has crecido!

Le dirigí una sonrisa forzada y acepté su mano. La verdad era que no le recordaba en absoluto. Mi hermano solía traer a muchos amigos a casa después del colegio, pero a mí siempre me habían parecido una pandilla de adolescentes insoportables con la cara repleta de espinillas y demasiada testosterona en el cuerpo, así que solía encerrarme en mi habitación y no salía hasta que se marchaban.

—Tú también has cambiado mucho —dije, fingiendo que me acordaba.

—¿Has venido a ver a tus sobrinos? —me preguntó—. Nosotros también.

—¿En serio? Pues me alegro de que estéis aquí, porque llevo un rato mirando y no consigo saber quiénes son —confesé avergonzada.

—Esos dos de ahí —intervino la mujer, señalando dos cunas de la segunda fila—. ¿A qué son monísimos?

Miré a los ocupantes de las cunas y sonreí. No me parecieron especialmente guapos ni sentí en el pecho la oleada de amor incondicional que había esperado. Aún así, me quedé mirándolos embobada, con las manos posadas en el cristal, pensando con pena que a mi madre le habría encantado conocerlos. Un grito infantil a pocos pasos me hizo girarme. La niña vestida de muñeca se había escapado de la mano de su madre para correr por el pasillo. Debía de haber resbalado con algo o haber tropezado con sus propios pies y había acabado de morros en el suelo. Por cómo lloraba y por el chorro de sangre que resbalaba de su nariz, poner las manos delante al caer era una habilidad que todavía no dominaba.

Su madre salió disparada hacia ella, pero su padre, con el bebé aún en brazos, se quedó paralizado durante un par de segundos. De repente, volvió a fijarse en mí y me tendió al niño.

—¿Te importaría cuidarlo un momento?

Ni siquiera me dio tiempo a contestar. Me puso al niño en los brazos y salió corriendo hacia su pequeña, que berreaba como una sirena de bomberos. Yo no había cogido nunca antes a un bebé y me había quedado muy tiesa, temiendo que se me cayera o que se despertara y se pusiera a llorar. Como si hubiera leído mi pensamiento, el bebé abrió su boquita rosa y desdentada en un amplio bostezo y después los ojos. Me quedé hipnotizada al instante por aquella mirada: mitad verde, mitad amarilla. Parecían los ojos de un gato y habría jurado que me miraban fijamente,

como si me reconociera. No podría explicar qué fue lo que pasó en aquel momento, pero sentí que estaba unida de alguna manera a aquel niño, que iba a ser alguien importante en mi vida.

No sé cuánto tiempo pasamos así, con nuestras miradas entrelazadas como si pudiéramos comunicarnos a través de ellas, pero, de repente, su padre estaba a mi lado pidiéndome que se lo devolviera. Me costó desprenderme de él, pero se lo tendí sin dejar de mirarlo.

—Muchas gracias —me dijo él—. Vamos a ver si alguna enfermera se apiada de nosotros y le corta la hemorragia a Lissie.

—Está bien, ¿verdad? —pregunté, aunque la niña me daba absolutamente igual. Solo quería que el niño se quedara unos segundos más.

—Sí, es solo el golpe.

El hombre se dio la vuelta para reunirse con su mujer y con la niña, que seguía berreando en un auténtico alarde de agudos. Di un par de pasos hacia él y volví a colocarme a su lado.

—Perdona... ¿Cómo se llama el niño?

—Eric —contestó él volviendo a mostrármelo, orgulloso—. Eric William Armstrong.

—Encantada, Eric —dije mientras le acariciaba la barriguita—. Espero que volvamos a vernos.

Cuando desaparecieron tras la esquina del pasillo, regresé a la cristalera y volví a contemplar a mis sobrinos. Me sentía muy rara. ¿Por qué ellos no me provocaban la misma emoción que había sentido con aquel niño? El pensamiento de que Eric sería alguien importante para mí era ridículo. Me marchaba de Swanton para no regresar. Seguramente no volvería a verle en la vida. A pesar de aquellos argumentos racionales, no conseguía que la sensación perdiera fuerza. Se había quedado aferrada a mi alma como una verdad absoluta, como un presagio del futuro que en aquel momento no podía comprender.

Me quedé unos minutos más mirando a Jake y Dave y, cuando ya iba a marcharme, por fin conseguí sentir algo: un nudo en la garganta, una especie de pinchazo en el estómago. No iba a verles crecer, no iba a compartir mañanas de Navidad con ellos... Iba a perderme sus primeros pasos, sus primeras palabras, sus

cumpleaños... No era justo, ni para ellos ni para mí. Les lancé un beso a cada uno y me marché de allí antes de ponerme a llorar de nuevo. Todavía me quedaba una visita que hacer y tampoco iba a ser fácil.

Cuando regresé a la caravana, Al ya se había despertado y estaba haciendo café. Me saludó con una sonrisa que no le llegó a los ojos y ni siquiera me preguntó dónde había estado. Cogió su taza de café y, a pesar del frío y de que aún continuaba lloviznando, salió a las escaleras de la caravana para tomárselo mientras se fumaba un cigarrillo. Decidí darle un poco de intimidad. No tenía buen color y unas profundas ojeras rodeaban sus ojos. Supuse que su noche de pesadillas había sido aún peor de lo que había creído.

Tras terminar su café, volvió a entrar y esta vez me dedicó una sonrisa un poco más amplia. Yo se la devolví y me puse a recoger todas las cosas del desayuno.

—¿Nos marchamos ya de este maldito pueblo? —preguntó.

—Casi. Me gustaría pasar por el cementerio para despedirme de mi madre. ¿Te importa?

—Por supuesto que no. Ahora mismo te llevo —contestó, solicitó.

—Ni siquiera sabes dónde está —dije con una sonrisa de superioridad.

—Bueno, no te ofendas, pero Swanton es un pueblucho. No creo que sea muy difícil encontrarlo.

—No me ofendo. Swanton es un pueblucho y, como tal, ni siquiera tiene hospital. Estamos en St. Albans, el pueblo de al lado —contesté burlona—. Si no te importa, mientras estemos en mi estado, conduciré yo. A ti te toca fregar los cacharros.

—También podría preguntar o seguir las señales. Seguro que no es tan difícil —repuso, frunciendo el ceño—. Serás caradura...

Su cara de crío enfadado consiguió arrancarme una risa. Le dejé refunfuñando en la cocina, me senté en el asiento del conductor y arranqué camino al cementerio de Riverside. Cuando Al terminó de fregar, pasó a la parte delantera y se sentó en el asiento del copiloto. No dijo nada ni puso música. Sabía que para mí aquel era un momento triste e importante y decidió respetarlo. Se limitó a extender el brazo y apoyar su mano en mi rodilla para transmitirme que estaba a mi lado.

Llegamos al cementerio en poco más de veinte minutos. Aparqué la caravana cerca de la verja de entrada y me giré hacia Al.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó.

—No. Iba a pedirte que no lo hicieras —confesé, sin atreverme a mirarle a los ojos—. Esto es algo que tengo que hacer sola.

—Está bien. Tómame el tiempo que quieras. —Puso una mano bajo mi barbilla para hacerme alzar la cabeza—. Yo estaré aquí.

Le sonreí, me bajé de la caravana y traspasé la verja. A pesar de que David no me había dicho nada del lugar en el que habían enterrado a mi madre, estaba segura de poder encontrarlo. Caminé por los cuidados senderos de gravilla blanca hasta llegar a una zona del cementerio que conocía bien. Sonreí al ver que no me había equivocado. La tumba de mi madre, casi oculta por decenas de coronas y ramos de flores, estaba justo al lado de la de mi abuela Clarice.

Me arrodillé entre ambas lápidas, puse una mano sobre cada una y dejé que mis lágrimas salieran sin control. Me sentía tan culpable por haberla dejado sola, por no haber estado a su lado en sus últimos momentos... Sabía que había hecho lo correcto, que mi madre habría muerto igual y Al no habría sobrevivido si yo no hubiera ido a salvarle, pero eso no hacía que doliera menos. Cuando conseguí contener los sollozos, empecé a hablar.

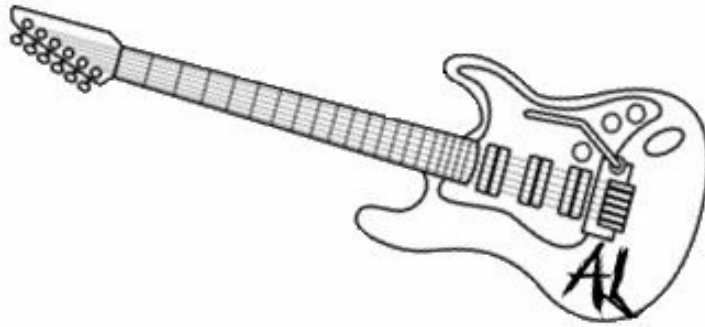
—Lo siento mucho, mamá... Siento todas nuestras peleas, la manera en la que me marché de casa... Siento haber venido a verte tan pocas veces. Seguramente pensarás que soy una hija desagradecida, que no te demostré cuánto te quería, que pronto me daré cuenta de la falta que me haces y de lo mucho que te echaré de menos... Ya lo hago y sé que este sentimiento durará para siempre. Solo espero que me perdones y que sepas que te quiero.

Noté una fuerte ráfaga de viento y elevé la mirada hacia el cielo. Las nubes negras que lo cubrían por completo se separaron un poco y dejaron pasar unos rayos de sol que cayeron directamente sobre mi rostro, como una tibia caricia. El viento me trajo también un sonido. Me parecieron las notas de una caja de música. Sonreí agradecida. Aunque David pensara lo contrario, estaba segura de que mi madre me comprendía, me perdonaba y sabía que la quería. Y, si no lo hacía, yo tenía una aliada en el cielo que se encargaría de convencerla.

—Gracias, mamá. Gracias, abuela —dije mirando aquel hueco de color azul

entre las nubes.

Después me levanté y caminé de vuelta hacia la verja del cementerio. Seguía sintiéndome triste, sola y culpable, pero la carga de mi alma pesaba un poco menos.



CAPÍTULO TRES

Cuando Eli desapareció por la verja del cementerio, Al pasó al asiento del conductor, abrió la ventanilla y encendió un cigarrillo. Estuvo fumando durante un par de minutos con la mirada perdida en las nubes grises que ocultaban el cielo. Aquella oscuridad era un fiel reflejo de su estado de ánimo. Nunca en su vida se había sentido tan pequeño, tan agotado, tan asustado...

Sabía que, si lo hablaba con Eli, se sentiría mejor, pero no quería cargarla con más preocupaciones. Bastante tenía ella con sobrellevar la muerte de su madre y las horribles acusaciones de su hermano. Él ya había empeorado bastante la situación con su ridícula idea de hacerse el héroe y enfrentarse a Fish sin ayuda de nadie. Gran parte del sufrimiento que estaba sobrellevando Eli en aquel momento era por su culpa. Tendría que ser fuerte y superar esas sensaciones por sí mismo.

Echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el respaldo. Se sentía agotado, pero la sola idea de volver a dormir le aterraba. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a estar allí, encerrado entre los muros de la prisión, perseguido por aquella araña gigantesca, sabiendo que no había salida y que acabaría por atraparlo. Sin embargo, aquello no era lo peor. Estaba seguro de que aquellas pesadillas irían espaciándose en el tiempo, que perderían fuerza hasta desaparecer... Lo peor eran los recuerdos. Mientras Fish había estado dentro de su mente lo había impregnado todo con sus ideas, con sus insanos deseos, con las memorias de los horribles crímenes que había cometido en vida y las fantasías sobre los que cometería cuando se viera libre. Todos aquellos pensamientos enfermizos se le habían quedado dentro y habían arraigado en su mente. Se sentía sucio, asqueado... Le recordaba a la sensación de haber tocado una tela de araña

pegajosa y espesa. Cuando sucedía eso, por mucho que frotaras y te limpiaras hasta eliminar todo rastro, seguías sintiéndola, como si no se fuera a quitar nunca.

Lo único que quería era dejar de pensar, dejar de recordar y expulsar todos aquellos pensamientos ajenos de su mente. Necesitaba volver a ser el de siempre, por él, por Eli... ¿Cómo iba a hacer que ella se sintiera mejor si estaba enfermo por dentro? Podía tratar de fingir, forzar las sonrisas y las bromas, pero sabía que ella se daría cuenta. Se conocían demasiado bien...

Cuando la vio salir del cementerio, sintió que el estómago se le encogía. Ella miró hacia la caravana y le sonrió como si no pasara nada, pero no pudo ocultarle sus ojos enrojecidos. Se sintió inútil. Siempre se le había dado bien hacer bromas y alegrar a la gente, pero aquella capacidad se desvanecía si los problemas eran graves. ¿Cómo podía ayudarla a superar algo tan terrible como la muerte de su madre? No había palabras para una situación así. No serviría con decirle que todo pasaría y que pronto se encontraría bien.

Eli se acercó a la ventanilla abierta y, poniéndose de puntillas, consiguió apoyar los brazos en la parte baja. Al se inclinó hacia ella y le dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

—Bien. Ya podemos irnos.

—¿Te importa que, aunque sigamos en tu estado, conduzca yo?

—La verdad es que no. Tampoco sé adónde vamos —contestó ella antes de dar la vuelta a la caravana para entrar por la otra puerta.

Al se planteó que él tampoco lo sabía. Lo único que tenía claro era que quería sacarla de aquel pueblo que tanto daño le había hecho y poner todas las millas posibles entre ella y aquel lugar. Sin embargo, por mucho que pensaba, no se le ocurría dónde podrían ir. No era momento de buscar un nuevo caso y tampoco quería regresar a Newark con sus padres. La verdad era que no quería ver a nadie. El único momento en el que se había encontrado a gusto desde que había despertado de la posesión había sido la noche anterior, cuando se quedó dormido en brazos de Eli. Aquello era lo único que quería: estar con ella y olvidarse del resto del mundo.

—¿Y bien? ¿Dónde vamos? —le preguntó ella cuando se sentó a su lado.

Una idea se abrió paso en su mente. Rebuscó en la guantera hasta encontrar la

cinta que buscaba y la metió en el reproductor. La rebobinó hasta el principio y la puso en marcha. La música de U2 inundó la caravana.

—*Quiero correr, quiero esconderme. Quiero derribar los muros que me encierran. Quiero extender el brazo y tocar la llama, donde las calles no tienen nombre*^[ix] —canturreó con la mirada perdida más allá del cristal—. Ahí es donde vamos: donde las calles no tienen nombre.

Ella le miró, confusa, sin entender a qué se refería, pero debió de ver en sus ojos que era algo importante, porque se encogió de hombros y asintió. Él puso en marcha la caravana y empezó a conducir sin saber a dónde. Se dejó llevar tan solo por su intuición, tomando desvíos a izquierda o derecha según se lo dictaba su corazón. Un par de horas después, pararon en un área de servicio y, mientras Eli se encargaba de echar gasolina y llenar los depósitos de agua y gasoil, él hizo una llamada a sus padres para asegurarles que estaban bien y que iban a tomarse un par de semanas de vacaciones en algún sitio tranquilo desde el que ni siquiera podría llamarles. Después entró en el supermercado y compró provisiones para alimentar a un regimiento.

Cuando regresó, Eli le ayudó a guardarlo todo sin hacer preguntas, aunque, por el modo en que le miraba, supo que se moría de curiosidad. Se limitó a sonreírle y a guiñarle un ojo para que ella pensara que el destino era una sorpresa y no empezara a plantearse que llevaba a un loco al volante que no tenía ni idea de a dónde iba.

Salieron del área de servicio y él siguió conduciendo sin rumbo fijo, escogiendo cada vez carreteras más estrechas y menos transitadas. De repente, vio una senda forestal que se internaba entre los árboles. La parte racional de su mente trató de avisarle de que aquel camino no era seguro, que podía haber lugares en los que los árboles estuvieran tan juntos como para no permitir el paso de la caravana. Ignoró aquellos pensamientos y se internó por ella. Algo en su interior le dijo que allí estaba lo que andaba buscando.

El camino era tan malo como había temido. Había baches enormes y el espacio era cada vez más estrecho, pero el lugar merecía la pena. Estaban rodeados por un bosque de arces, hayas y abedules que, a pesar de estar ya a finales del otoño, conservaban sus hojas, teñidas en tonos rojizos, anaranjados y amarillentos. Hacía tiempo que habían dejado la lluvia atrás y los rayos de sol se colaban entre las copas de los árboles, reavivando los colores y convirtiendo el paisaje en un cuadro impresionista que parecía recién pintado.

De repente, los árboles empezaron a espaciarse y se encontraron en una pequeña pradera situada al lado de un lago. Sus tranquilas aguas reflejaban el azul del cielo y los rayos del sol despertaban mil reflejos sobre su superficie. Al detuvo la caravana y se bajó. Eli le siguió y se colocó a su lado. Se quedaron unos minutos en silencio, disfrutando de aquel paisaje, de aquel pedacito del mundo que parecía haber sido diseñado para ellos dos.

—Es aquí. Hemos llegado —anunció Al. Agarró a Eli por la cintura y la hizo girarse para que contemplara el bosque a su espalda. Los árboles estaban alineados, formando amplias avenidas alfombradas con hojas multicolores—. Este es el lugar donde las calles no tienen nombre.

—Me encanta —dijo Eli, confirmándole que nadie en el mundo podría comprenderle nunca como ella lo hacía—. ¿Y cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí?

—No lo sé. Quizá hasta que les pongamos nombre a todas.

Cuando despertó a la mañana siguiente, se levantó despacio para no molestar a Eli. La pobre se había pasado toda la noche sobresaltándose cada vez que él empezaba a gritar en sueños, consolándole, abrazándole y asegurándole que todo estaba bien y que nunca permitiría que le pasara nada malo.

Él también se encontraba cansado después de una noche repleta de pesadillas. Esperaba que aquello se fuera pasando, porque, aunque acababa de levantarse, solo con pensar en que llegara la noche y en tener que volver a dormir, ya se estaba poniendo nervioso. No quería volver a estar atrapado en aquel lugar sin salida, no quería pasarse la noche escapando de un monstruo mientras algo en su interior le decía que no había salvación posible y que acabaría devorándole.

Se metió en el cuarto de baño y miró su reflejo. Tenía unas ojeras horribles y estaba pálido y demacrado. Se lavó la cara y, al echarse el pelo hacia atrás, vio las vendas que tenía en el antebrazo izquierdo. Eli le había dicho que Fish le había obligado a hacerse cortes con el athame hasta que los guardias le habían reducido e inmovilizado. El vendaje parecía profesional, pero pensó que sería buena idea quitárselo y limpiar las heridas. Cuando lo retiró, se quedó sin respiración durante unos segundos. Había cinco cortes paralelos que surcaban su antebrazo de lado a lado. Las heridas, aunque estaban cerradas, debían de haber sido profundas. Estaba seguro de que le quedarían unas horribles cicatrices de por vida como recuerdo. Como si

necesitara algo así para acordarse... Lo único que quería era olvidar y, con aquello en su brazo, no lo conseguiría nunca.

Después de tomarse un café, rebuscó entre las cosas que había comprado la tarde anterior en el área de servicio hasta encontrar una caña de pescar. Salió con ella bajo el brazo, la desembaló y trató de montarla. Quince minutos después, cuando ya estaba dudando entre volver a leer las instrucciones o arrojar la caña al lago y olvidarse de ella para siempre, Eli salió de la caravana. Se acercó a él tratando de contener la risa.

—¿Qué haces, chico de ciudad? —le preguntó burlona—. ¿Se te resisten las habilidades básicas de supervivencia?

—No te cachondees. Creo que a este cacharro le faltan piezas.

Ella soltó una risita y extendió los brazos para que le tendiera la caña. En menos de cinco minutos, la tenía montada. Se la devolvió con una sonrisa de superioridad en el rostro.

—No te pongas chulita conmigo —le advirtió él—. Ya casi lo tenía.

—Sí, sí... Seguro —Ella se sentó en el suelo a su lado para observarle—. No tengas vergüenza por preguntarme. Llevo pescando en lagos desde que pude mantenerme en pie.

Él le dirigió una mirada envenenada. No pensaba admitir que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo ni aunque ella le clavara astillas bajo las uñas. Puede que él no hubiera pescado nunca, pero lo había visto hacer miles de veces en la tele. No podía ser tan difícil. Echó la caña hacia atrás con un movimiento que le pareció ágil y elegante, pero, al tirar hacia delante, sintió que algo no iba bien. Mientras Eli se retorció en el suelo por la risa, él observó que el anzuelo se había quedado enganchado en un arbusto que tenía a su espalda. Resopló furioso mientras se preguntaba a sí mismo qué necesidad tenía de pescar cuando tenían la caravana repleta de latas de comida precocinada, desenganchó el anzuelo y regresó a la orilla. Iba a volver a lanzar la caña cuando Eli se puso en pie y le detuvo poniendo una mano en su brazo.

—Espera... Antes de que vuelvas a tirar la caña, tengo una pregunta. —Su tono era serio, pero el brillo de burla seguía presente en sus ojos—. ¿Por qué crees que los peces van a picar?

—Joder, porque tengo una caña —contestó él, molesto—. Yo tiro la caña, ellos

pican y esta noche cenamos pescado. ¿No va así?

—No, cariño —respondió ella mientras le acariciaba el rostro con actitud maternal—. Hay que ofrecerles algo a cambio. ¿No has comprado cebo?

Negó con la cabeza, pensando que debería haber tirado la caña antes de que Eli se levantara. Ella volvió a reírse.

—Te ofrezco un trato —dijo, conciliadora—. Yo te ayudo a buscar gusanos y a aprender a pescar y tú a cambio me enseñas a tocar la guitarra.

—Tocar la guitarra no es tan fácil como te crees —contestó él, molesto.

—Ya estás viendo que pescar tampoco —dijo ella tendiéndole la mano—. Venga, ¿trato hecho?

Él resopló, pero asintió y le estrechó la mano. Tampoco tenían mucho más que hacer en aquel lugar y, después del modo en que Eli acababa de humillarle, le apetecía demostrarle que no era perfecta en todo. Estaba seguro de que tocar la guitarra se le iba a dar fatal.

Después de comer, se levantó de la mesa y rebuscó por la caravana hasta encontrar unas cuerdas. Se las guardó en un bolsillo y se puso la chaqueta.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó Eli—. Tenemos que fregar.

—Bueno, son cuatro cosas. ¿Podrías hacerlo tú? Quiero ir al bosque y poner unas cuantas trampas para cazar conejos.

—Ahora pescas, cazas... ¿Estás intentando impresionarme con tus habilidades de macho alfa proveedor de alimento?

—Más o menos —dijo él, guiñándole un ojo—. ¿Funciona?

—De momento, no —confesó ella—. Te has tirado cuatro horas en el lago para no traer ni un mísero pececillo y dudo que sepas cómo se construye una trampa para conejos.

—¿También quieres enseñarme tú? —preguntó él, dolido.

—No. Ni de coña. Me encantan los conejos. Son pequeños y peludos. Si consigues cazar uno, ya puedes despellejarlo y limpiarlo tú, porque yo no pienso tocarlo.

—Ya, pero comértelo sí. Me voy, mujer —dijo irguiéndose y sacando pecho—. Espero que tengas la cueva limpia y caliente para el regreso de tu cazador.

—Por supuesto —contestó ella tras sacarle la lengua—. No tardes mucho. Recuerda que, cuando te canses de hacer el bobo por el bosque, tienes que enseñarme a tocar la guitarra. Y no te pierdas...

Prefirió no contestar y salió de la caravana sin decir nada más. Sabía que era una tontería enfadarse por aquello, pero tenía ganas de demostrarle a Eli que, aunque fuera un chico de ciudad, era muy capaz de pescar, cazar o recorrer un bosque sin perderse. Empezó a caminar hacia la espesura con pasos rápidos y seguros. Aquello no podía ser tan difícil.

En cuanto se hubo internado un poco en el bosque, tuvo que reducir el paso. Aquello no tenía nada que ver con el recorrido fácil y agradable que había esperado. No había sendas limpias y sin obstáculos por las que dar un idílico paseo. De hecho, aquel bosque era un desastre. Estaba lleno de arbustos, ramas caídas, troncos atravesados en su camino, piedras, riachuelos... No había manera de dar cinco pasos en línea recta. Miró hacia atrás, con miedo de acabar perdiéndose, pero se dio cuenta de que escuchaba perfectamente la música que llegaba de la caravana. Las notas de *Sweet Child o' Mine* le llegaban con toda claridad. Si no se alejaba demasiado, siempre podría regresar siguiendo la música... mientras Eli no la apagara.

Poco a poco, fue relajándose y sintiéndose más a gusto. A pesar del viento frío, la marcha por el bosque le mantenía caliente. Notaba el cansancio en los músculos de las piernas, sus pulmones repletos de aquel aire limpio y puro... Aquel paisaje salvaje distrajo sus pensamientos y le hizo sentirse libre y tranquilo, en paz... Fue colocando trampas mientras daba una vuelta por el bosque, intentando mantenerse más o menos a la misma distancia de la caravana. Cuando terminó, notó que el sol empezaba a declinar. Miró su reloj y se dio cuenta de que llevaba un par de horas por el bosque y que, durante todo aquel tiempo, no había pensado ni un solo segundo en Fish, ni en posesiones, ni en gente asesinada. Se permitió una amplia sonrisa mientras emprendía el camino de regreso. Aquel lugar iba a sanarles, iba a permitirles olvidar y seguir adelante. Estaba seguro de eso.

Cuando salió del bosque y distinguió de nuevo la caravana, vio que Eli estaba fuera. Había estado amontonando leña y estaba a punto de encender una hoguera. Cuando escuchó sus pasos sobre las hojas secas, se giró hacia él, puso los brazos en jarras y frunció el ceño.

—¿Y la cena? Esperaba que me trajeras un venado que hubieras matado con tus propias manos. ¿Para qué he cogido yo tanta leña?

—Deja de reírte de mí. Las trampas funcionarán, pero hay que darles tiempo —dijo sentándose en un tronco seco cerca del lugar en el que ella había amontonado la leña—. ¿También sabes encender fuego?

Ella asintió, terminó de preparar la hoguera y la encendió al primer intento. Después se giró hacia él y le sonrió, orgullosa.

—¿Hay algo que se te dé mal? —preguntó él tras soltar un suspiro hastiado.

—Sí. Dame un momento —contestó ella antes de echar a correr para entrar en la caravana. Salió unos segundos después llevando la guitarra en las manos—. No tengo ni idea de tocar ningún instrumento musical, pero estoy seguro de que tú puedes arreglarlo.

—Está bien. —Dio un par de golpecitos en el tronco para invitarla a sentarse—. Te aviso de que no es fácil.

Eli sonrió confiada y se sentó a su lado. Él empezó a explicarle cómo colocar los dedos para ir pulsando cada cuerda sin tener que mirarlas. Cuando no llevaban ni diez minutos, ella paró, se frotó las yemas de los dedos y le miró disgustada.

—Esto es un rollo —se quejó—. Yo quiero tocar canciones ya.

—No se puede empezar a tocar canciones sin saber cómo colocar los dedos ni cómo tocar acordes. —Ella hizo un puchero y a él se le escapó una carcajada—. Está bien... Te enseñaré unos acordes básicos para que puedas empezar a tocar alguna canción, pero esta no es la manera adecuada de hacerlo...

—Lo dice la persona que se enfrentó al espíritu de un psicópata sin saber siquiera cerrar un círculo —se burló ella.

—El círculo estaba bien cerrado, pero lo rompí sin querer —protestó él—. ¿Quieres que te enseñe o prefieres seguir discutiendo de tonterías?

Eli asintió y él se dio un par de golpes en las piernas para invitarla a sentarse. Ella enarcó una ceja, sin entender.

—A ver, la mejor manera de enseñarte es ayudarte desde detrás a poner los dedos en su sitio —le dijo él—. Vamos, ni que te fuera a morder...

Ella se sentó sobre sus rodillas y él la rodeó con los brazos y apoyó la barbilla en

su hombro para poder ver la guitarra.

—Bueno, esto es Do —explicó cogiendo su mano izquierda y colocándola sobre los trastes—. Dobla los dedos. Estás muy tensa. ¿Pasa algo?

—Nada... solo que me estás hablando al oído así tan cerca... Me estás poniendo un poco nerviosa.

—¿Nerviosa es tu manera de decir cachonda? —preguntó él, soltando una suave risa con los labios muy cercanos a la piel de su cuello.

—Espero que no hayas enseñado a muchas chicas a tocar la guitarra —dijo Eli, molesta.

—No, tranquila... Tú eres la primera.

—Y la última —se apresuró a añadir ella.

—Y la última. Prometido —contestó él, aprovechando para darle un suave mordisco en el lóbulo de la oreja—. Venga, céntrate. Esto es Sol.

—A tomar por culo la guitarra —dijo ella.

Se levantó, dejó la guitarra apoyada contra el tronco, le agarró las manos y tiró de él.

—¿Qué pasa? —preguntó, confuso—. ¿Te has enfadado?

—No, pero tenemos cosas más urgentes que hacer dentro de la caravana. Ya me enseñarás a tocar mañana.

Llegó a la última trampa y se la encontró vacía, como todas las anteriores. Pasaba lo mismo cada día: todas habían saltado, pero no había caído ninguna presa. Por mucho que Eli lo negara y le dijera que la causa era que los conejos de la zona eran muy listos, él estaba seguro de que ella se dedicaba a desactivarlas todas en aquellos paseos que, según decía, daba para meditar y sentirse en comunión con la naturaleza. Sonrió y, a pesar de que estaba seguro de que no iba a servir de nada, volvió a montar la trampa.

Cuando se irguió, un viento frío sopló contra él. Se subió aún más la cremallera de la chaqueta de cuero mientras miraba apenado el paisaje. Ya estaban a mediados de noviembre y pronto haría demasiado frío para continuar allí. Además, Eli le había

dicho aquella mañana que el aire olía a nieve y que debían tener cuidado si no querían quedarse aislados. Por si fuera poco, la comida se les empezaba a agotar y las reservas de gasoil no durarían mucho más.

No quería dejar aquel sitio. Ya llevaban dos semanas allí y se encontraba mucho más fuerte y tranquilo. Las pesadillas eran cada vez menos frecuentes e incluso había podido dormir algunas noches del tirón. Las extrañas sensaciones y recuerdos que Fish había dejado impregnadas en su alma se iban desvaneciendo y muchas veces descubría con alegría que llevaba horas sin pensar en él. Incluso las heridas de su antebrazo se habían cerrado por completo. En cuanto regresaran a la civilización, se compraría un brazalete de cuero para cubrirlas y podría fingir que aquello no había sucedido nunca.

Eli también estaba mejor. En ocasiones descubría que estaba pensativa, mirando al infinito con ojos tristes y un gesto de preocupación en el rostro. Él no podía ni imaginarse cómo se sentiría si perdiera a su madre, así que pensaba que era normal que a ella le costara recuperarse. A pesar de eso, ella sonreía cada día más, tarareaba canciones cuando estaba distraída y, cuando la miraba a los ojos, podía ver que, a pesar de todo, era feliz. Entonces, si todo estaba bien, ¿por qué no quería regresar?

La respuesta era sencilla: no podían volver a su vida de antes porque él ya no era el mismo. Ya no podía seguir siendo el escéptico del grupo, ya no podía reírse de los fenómenos sobrenaturales ni tratar de buscarle explicaciones lógicas a todo. Por mucha capacidad de autoengaño que tuviera, su mente había estado invadida por un fantasma. Había percibido su rabia, su dolor, sus ansias de venganza, su hambre... Aquel ser había estado durante días ocupando su cuerpo y su mente, tratando de atraparlo y acabar con él para dominarlo por completo. ¿Cómo se ignoraba eso? ¿Cómo se olvidaba y se seguía adelante como si nada hubiera sucedido?

No había respuesta para aquellas preguntas. Quizá otra persona hubiera podido, alguien más fuerte, más valiente... El no se veía capaz. Cada vez que se planteaba que aquellos seres, de los que tanto se había reído, existían de verdad, sentía un escalofrío recorriendo todo su cuerpo. ¿Cómo iban a aceptar más casos sabiendo que se enfrentaban a seres reales? ¿Cómo iba a permitir que Eli luchara contra ellos con lo peligrosos que eran? ¿Cómo iba a ayudarla si solo con pensarlo se moría de miedo?

No quería volver a aquella vida. Las dos semanas que habían pasado en el bosque le habían servido para darse cuenta de lo que quería de verdad: una casita en un lugar tranquilo, despertarse al lado de Eli todos los días, dormirse abrazado a ella

todas las noches y olvidar que había otro mundo, escondido detrás de un velo muy fino, poblado de criaturas de pesadilla. Tenían suficiente dinero como para poder empezar una vida normal y ser felices para siempre.

Emprendió el camino de regreso dispuesto a hablar con Eli y decírselo. Estaba seguro de que podría convencerla, de que podría hacer que ella fuera feliz y se olvidara de fantasmas y demonios. Según se iba acercando, escuchó las notas de una guitarra. Sonrió cuando oyó cómo la canción se detenía y ella soltaba un juramento. En las últimas semanas, Eli había ensayado muchísimo, más de lo que él había esperado, pero seguía siendo malísima. Cuando llegó a la linde del bosque, se quedó oculto detrás de un árbol para observar cómo tocaba.

Estaba sentada delante de una hoguera que despertaba brillos en sus ojos oscuros. Se inclinaba sobre la guitarra, muy concentrada, dejando que su largo pelo negro cayese hacia delante. Tocó unas notas y Al reconoció la canción. Era *Nothing's gonna stop us now*, de Starship. Ella le había pedido que le sacase la tablatura unos días atrás y, en aquel momento, tenía a su lado el papel que le había escrito para poder mirarlo mientras tocaba. Escuchó cómo ella comenzaba a tocar el estribillo mientras cantaba en susurros:

—Podemos construir este sueño juntos y mantenernos fuertes para siempre. Nada va a detenernos. Y si este mundo se queda sin amantes, todavía nos tendríamos el uno al otro. Nada va a detenernos. Nada va a detenernos ahora.

Aquellas palabras le dejaron sin aliento, haciendo que todas las convicciones que había tenido unos minutos antes se desvanecieran. ¿Cómo iba a pedirle que dejara todo por lo que ella luchaba, lo que ella era? Estaba destinada a hacer cosas importantes, a salvar a personas inocentes de realidades que la mayoría de la gente no comprendía ni quería ver. Si no lo hacía ella, no habría nadie más que pudiera hacerlo. No podía pedirle que lo dejase todo y se convirtiera en un ama de casa abnegada, en una amante esposa y una madre ejemplar. Eli era demasiado grande como para dejarlo todo solo porque él tuviera miedo. Él podría soportarlo mientras ella estuviera a su lado.

Salió de detrás del árbol y se acercó. Ella dejó de tocar y levantó la cabeza. Dejó la guitarra a su lado mientras le esquivaba la mirada.

—Me has oído tocar, ¿verdad? —dijo, avergonzada—. Doy pena.

—Bueno, nunca te ganarás la vida como guitarrista, pero has mejorado mucho. Eso que estabas tocando casi se podía oír sin echarse a llorar —bromeó él tras

sentarse a su lado.

—Eres un capullo —le dijo ella apoyándose en su hombro para mirar al cielo, que ya empezaba a volverse de un tono azul oscuro y profundo.

—Lo sé, pero soy un capullo encantador —respondió él antes de depositar un beso en su pelo—. Voy a echar de menos este sitio.

—Tenemos que irnos, ¿verdad? —dijo ella, apenada.

—Sí. Creo que ya estamos preparados. Además, pronto hará demasiado frío como para seguir aquí.

—Yo también lo echaré de menos —dijo ella—. ¿Y a dónde se supone que vamos? ¿Es una sorpresa?

—Te lo diré mañana con una canción —contestó él abrazándola con más fuerza.

Eli había insistido en dar un último paseo antes de marcharse para despedirse del lugar. Él no puso ninguna pega, pero, cuando ella ya había desaparecido entre los árboles, se dio cuenta de que aquello implicaba que le tocaba recoger todo el campamento. Refunfuñó un poco, pero se puso manos a la obra. La verdad era que se encontraba muy bien, rebosante de fuerza y energía, ansioso por marcharse y seguir con su vida.

Le llevó bastante tiempo recogerlo absolutamente todo para que el lugar quedase igual que antes de su visita. Aquel sitio había sido un paraíso para ellos, un santuario que les había ayudado a recuperarse, y sentía que le debía toda su gratitud. Cuando se convenció de que no quedaba ni rastro de su paso por allí, regresó a la caravana y, mientras hacía café, buscó entre las cintas la canción que quería poner cuando Eli regresara. Después salió de nuevo, con una taza de café ardiente entre las manos, y se sentó en el tronco seco a esperar su vuelta.

Ella llegó unos diez minutos después. Tenía la nariz y las mejillas rojas por el frío, pero los ojos le brillaban y, en cuanto le vio, una sonrisa enorme iluminó su cara.

—Ya era hora —le dijo Al—. Pensé que iba a morir congelado esperándote.

—Podrías haberme esperado dentro —sugirió ella.

—Me gusta este sitio. Yo también quería despedirme —Tomó una profunda bocanada de aire, como si quisiera conservar el aroma de aquel bosque en sus

pulmones—. ¿Nos vamos?

Ella asintió y entraron en la caravana. Cuando los dos estuvieron en sus asientos, Eli se giró hacia él, tan ansiosa como si estuviera a punto de abrir sus regalos de navidad.

—¿Y bien...? ¿Con qué canción de Springsteen piensas convencerme de hacer una nueva locura?

Al echó la cabeza hacia atrás mientras soltaba una carcajada. Después se inclinó hacia el reproductor de música y lo puso en funcionamiento, haciendo que sonaran las primeras notas de *No surrender*.

—Has acertado con el jefe, pero esta vez no voy a intentar convencerte de nada —dijo en tono misterioso—. Esta vez la canción es para mí.

—¿Para ti? ¿Y qué quieres decirte a ti mismo?

—Dos cosas: La primera tiene que ver con el título de la canción. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que en este último caso lo he pasado bastante mal. — Espero hasta que ella asintió—. Hubo momentos en los que me asusté de verdad, he tenido pesadillas horribles... He pasado días pensando que quizá deberíamos dejar todo esto y buscar un trabajo normal, que por el dinero que cobramos no merece la pena...

Se quedó unos segundos en silencio, esperando por si ella quería añadir algo. Eli asintió con la cabeza. Parecía que quería respetar la decisión que él tomara, pero pudo distinguir un brillo de decepción en sus ojos.

—Tranquila, ya no pienso lo mismo. Me he dado cuenta de que no es el dinero lo que importa. Sé que para ti los casos no son trabajo. Son algo personal... Estás en una especie de cruzada contra el mal y yo quiero estar a tu lado. —Señaló el reproductor de música. En aquel momento estaba empezando a sonar el estribillo y él se unió a la canción—. *Hicimos una promesa que juramos recordar siempre. Retirarse nunca, nena, rendirse jamás. Como soldados en una noche de invierno con un juramento que defender. Retirarse nunca, nena, rendirse jamás.*

Ella agachó la cabeza y Al vio que dos gruesos lagrimones caían de sus ojos y se estrellaban contra sus piernas. Le dio un golpecito en el brazo para hacer que reaccionara y ella le dirigió una sonrisa y pronunció con los labios un “gracias”.

—No te emociones, que ahora viene la segunda cosa que quiero decirte a mí

mismo con esta canción y que tiene que ver con nuestro próximo destino.

—¿Y qué es?

—Sé que te he propuesto un millón de veces ir a Disney World y que siempre me has dicho que no, pero, como dice la canción, nunca hay que retirarse ni rendirse. —Al tuvo que contener una carcajada al ver que Eli ponía los ojos en blanco y empezaba a negar con desesperación—. Me lo debes después de lo que acabo de decirte. Me he ofrecido a ser tu escudero en tu lucha contra el mal por muchos fantasmas, monstruos y demonios que se crucen en tu camino. ¿Es que eso no merece una compensación?

—¿En serio, Al? ¿Disney World? —protestó ella, desesperada—. ¿Qué tiene de bueno Disney World? Ya no somos críos.

—Tiene mil cosas buenas... Joder, Eli, es un parque de atracciones. Todo lo que hay dentro es bueno. —Ella seguía negando con la cabeza, pero él se dio cuenta de que intentaba contener una sonrisa e insistió con más fuerza—. Además, está en Florida: sol, calor... ¿Hay algún sitio mejor para pasar el invierno? Y, si te preocupa que ya no seamos críos, seguro que por las noches puedo hacerte cosas de chicas mayores —dijo guiñándole un ojo.

—¡Estás enfermo! ¿Piensas hacer guarradas dentro de Disney World? —preguntó ella sin poder contener ya la risa—. Está bien, como quieras... No hay quién pueda contigo.

—Di las palabras mágicas —le pidió él.

Ella sonrió y, tras soltar un largo suspiro, se abrochó el cinturón de seguridad.

—Arranca este cacharro. Nos vamos al puto Disney World.

Gemma Herrero Virto

Portugalete, 11 de enero de 2019

AGRADECIMIENTOS

Aquí estoy de nuevo para daros la vara al final de la novela. Sí. No me es suficiente con reteneros durante 85.000 palabras. Siempre quiero más, pero tranquilos, que seré breve.

Lo primero que quiero hacer es agradeceros que hayáis seguido esta nueva aventura de Al y Eli. Espero que la hayáis disfrutado. Si es así, ya sabéis que siempre se agradece una reseña en Amazon. Si después de los tres primeros libros todavía queréis más, tengo para vosotros una noticia buena y otra mala:

- La buena es que habrá un nuevo libro de estos personajes.
- La mala es que la serie completa no se compone de cuatro libros, sino de cinco, así que tendréis que esperar un poco más para conocer el final. El cuarto estará en julio de 2019 (para el Premio Literario Amazon) y el quinto lo tendréis para finales de año. Sí. Sé que soy una pesada y que son muchos libros, pero la historia, tal y como la tengo pensada, es perfecta. Dadme un voto de confianza ;-)

Después de estas noticias, solo me queda agradeceros vuestro apoyo. Sin alguien que lea mis historias, nada de esto tiene sentido. Gracias por estar ahí, por apoyarme, por las conversaciones en Facebook, por las risas, por vuestra ayuda, por vuestras palabras de ánimo... Os daría las gracias un millón de veces y, aún así, nunca sería suficiente.

Quiero darle las gracias también a Julen, por estar siempre a mi lado, por aguantar mis cambios de ánimo, por soportar que me quede en blanco mirando al techo en medio de una conversación porque se me ha ocurrido algo para la historia, por darme ideas... Por todo.

Por último, quiero dar las gracias a los compañeros escritores con los que me relaciono en Facebook. Dicen que escribir es una actividad solitaria, pero, teniéndoos a vosotros para compartir esta aventura, el camino se convierte en una fiesta. No os nombro porque seguro que me dejo a alguien. Vosotros sabéis quiénes sois.

Solo me queda dejaros mis medios de contacto, por si os apetece comentarme cualquier cosa. Si queréis poneros en contacto conmigo, podéis hacerlo a través de:

- Facebook: <https://www.facebook.com/gemmaherrerovirto2>
- Twitter: @Idaeen
- Instagram: gemma_herrero_virto
- Página web: www.gemmaherrerovirto.es (Si te suscribes a mi página web, puedes llevarte un libro de regalo, a elegir entre La red de Caronte, Viajes a Eilean I: Iniciación o Trece sombras. No lo pienses más y únete)

Me despido ya hasta el próximo libro. Leed mucho y sed felices. Un besazo enorme,

Gemma

OTRAS OBRAS PUBLICADAS

TERROR/FANTASÍA URBANA: SAGA ¿TÚ ME VES?



Al, un joven escéptico que no cree en nada salvo en sus sueños y en su guitarra, se ve obligado a acudir a la mansión para acompañar a su familia, que ha sido contratada para terminar con los extraños acontecimientos que allí suceden. Ante el poder que exhiben los seres que la habitan, tendrán que pedirle ayuda a Eli, una joven bruja con el don de ver a los muertos y comunicarse con ellos, don que, hasta el momento, no le ha traído otra cosa más que problemas. ¿Serán capaces de unir sus fuerzas y terminar con la maldición de la casa Cavendish?



La paz del tranquilo pueblo de Rockport se ve alterada tras la desaparición de varios ancianos y los asesinatos de algunos jóvenes en sus idílicas playas. John Campbell, antiguo investigador psíquico del Grupo Alpha de Boston, empieza a sospechar que algo sobrenatural se esconde tras esos hechos, por lo que acude a Aleister McNeal y Eloise Carter, los jóvenes investigadores que consiguieron terminar con la maldición de la casa Cavendish. ¿Conseguirán descubrir qué peligro acecha a los habitantes de ese pequeño pueblo?



Posesiones, extrañas ejecuciones, sueños proféticos, inquietantes presencias, un asesino sanguinario venido del más allá... y todo ello en los oscuros corredores y pabellones de Sing Sing, una de las prisiones más tenebrosas y peligrosas de Estados Unidos. Aleister McNeal y Eloise Carter, los dos jóvenes investigadores de lo sobrenatural que terminaron con la maldición de la casa Cavendish y con los crímenes de Rockport, deberán enfrentarse a un nuevo caso que pondrá en peligro su vida, su cordura... y su propia alma.

THRILLER PARANORMAL



NOVELA FINALISTA DEL PREMIO LITERARIO AMAZON 2017

Asesinatos, apariciones, sesiones de ouija, un amor perdido, un pueblo maldito por una historia que ya nadie recuerda... Sumérgete en Los crímenes del lago, un thriller sobrenatural que te robará el sueño y detendrá tu respiración.



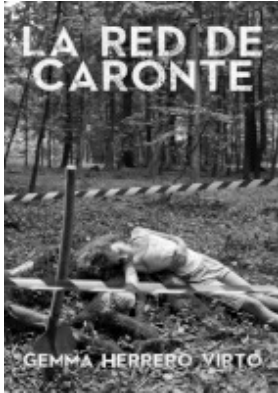
NOVELA FINALISTA DEL PREMIO UNIVERSITARIO DE NOVELA ANAGMA 2011

Bosques tenebrosos, fenómenos paranormales, una ola de crímenes que sacude un pequeño pueblo, un espíritu en busca de justicia y una piedra capaz de conectarte con el otro lado. ¿Te atreves a adentrarte en Erkiaga?



Aventuras, explosiones, persecuciones en coche, tiroteos, malos muy malos, una chica guapa a la que salvar... y gatos que hablan. ¿Buscas una historia diferente? Zhilan es la novela que estabas esperando.

NOVELA POLICÍACA: SAGA CARONTE



BEST-SELLER EN AMAZON. MILES DE COPIAS VENDIDAS EN MÁS DE 60 PAÍSES.

Los cadáveres brutalmente mutilados de varias adolescentes aparecen abandonados en parajes apartados de Vizcaya. No hay pistas sobre el asesino, nadie sabe nada del misterioso asaltante y lo único que tienen en común todas las víctimas es que son jóvenes solitarias.

¿Quieres unirse al equipo de investigación que tratará de atrapar a Caronte, el asesino en serie que enamora a adolescentes tímidas y solitarias a través de Internet?



Una joven salta desde el Puente de la Salve tras recibir una llamada de móvil. Aunque en un primer momento el caso se cierra al considerarlo un suicidio, todas las alarmas saltan para la joven forense de la Ertzaintza Natalia Egaña cuando nuevas muertes van uniéndose a este primer misterio.

¿Qué hace que jóvenes aparentemente normales y felices corran hacia la muerte con una sonrisa en los labios?



¿Por qué el asesino deja los cadáveres de las víctimas en canteras abandonadas de Vizcaya y las coloca sobre una piedra con los brazos en cruz como si fueran una ofrenda en un altar? ¿Por qué cubre sus cuerpos con maquillaje blanco y quema sus caras y sus manos con ácido? ¿Qué significan las máscaras blancas sobre sus rostros y las extrañas inscripciones escritas en ellas?

Carlos, Natalia y Gus tendrán que descubrir el código del asesino y desentrañar el misterio que esconden los cadáveres blancos. Aventuras, pistas, caminos cerrados, perfiles psicológicos... Una trama trepidante que te atraparás desde la primera hasta la última página.

FANTASÍA

TRILOGÍA VIAJES A EILEAN



Luna es una estudiante normal, salvo por un pequeño detalle: es descendiente de una antigua estirpe de hechiceras. A pesar de esa increíble herencia, se siente incapaz de realizar el más mínimo hechizo.

Deneb es un noble nórdico del siglo XVI que fue condenado por la Inquisición. Resucitó como inmortal en un mundo paralelo llamado Eilean, en el que la fuerza de la magia es mucho mayor que en la Tierra. Desde entonces, su vida ha estado dedicada al estudio de la magia, sin que haya cabida para el romance. Cuando Luna llegó a Eilean en busca de su tía desaparecida, sus caminos se cruzarán. ¿Podrá surgir el amor entre dos seres tan diferentes? ¿Será posible enamorarse cuando la existencia de todo un mundo depende de sus decisiones?

Una historia de magia y brujería, mundos paralelos, aventuras, romance... Sumérgete con Luna en un mundo de dragones e hipogrifos, elfos y dríadas, poderosos magos y peligrosos hechiceros. ¿Te atreves a acompañarla en su viaje a Eilean?

RELATOS



Trece sombras son trece relatos breves sobre personas que se sienten solas en situaciones extremas que les resultan demasiado grandes, al igual que sucede con la sombra que proyecta un objeto colocado frente a una vela.



Este libro no es un libro cualquiera. Reúne una serie de relatos, cada uno de los cuales es una puerta hacia ese otro mundo: fantasmas vengativos, espíritus que no encuentran descanso, oscuros y crueles demonios, monstruos que acechan en sueños... ¿Quieres descubrir qué es lo que se oculta detrás del velo?

NOVELA POSTAPOCALÍPTICA



¿Has imaginado alguna vez que los zombis puedan pensar, sentir, soñar... o querer venganza? ¿Quieres saber cómo se vive el apocalipsis desde el bando de los malditos?

[i] Sing Sing podría traducirse como “Canta, canta”.

[ii] Los prisioneros en primer grado son aquellos que están castigados por faltas disciplinarias. No pueden salir de la celda hasta que termine su castigo, por lo que no pueden acudir al comedor, al patio o al economato. Si las faltas disciplinarias son constantes o graves, son trasladados al edificio de las celdas de aislamiento, conocido como “La caja”.

[iii] Las radios de los guardias de Sing Sing, además de poder usarse como una radio normal para comunicarse con los compañeros, disponen de un cordón de emergencia. Solo hay que tirar de él para que la radio envíe una señal que avisa de qué radio es la que ha emitido la llamada de auxilio para que los demás guardias sepan a qué punto deben acudir.

[iv] La traducción sería algo así como “La vieja chispitas”.

[v] Un freno es una barra de metal que mantiene cerradas al mismo tiempo todas las celdas de una galería. Además de ese freno, cada una de las celdas tiene una cerradura individual.

[vi] Fragmento de la canción *Need you tonight* de INXS. La letra original dice “*I need you tonight/ 'Cause I'm not sleeping/ There's something about you girl/ That makes me sweat*”

[vii] En el vudú, espíritus que sirven como intermediarios entre los hombres y los dioses.

[viii] Significa “buena suerte” en francés. Es la expresión con la que Kalfou siempre saluda a todos los presentes en sus invocaciones.

[ix] Primera estrofa de *Where the streets have no name*, canción de U2 perteneciente al álbum *The Joshua tree* (1987)